

Francisco Elías de Tejada y Spínola

HISTORIA DE LA LITERATURA POLÍTICA EN LAS ESPAÑAS

III



Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Con colaboración de la Fundación
Francisco Elías de Tejada y Erasmo Pèrcopo

HISTORIA
DE LA LITERATURA
POLITICA
EN LAS ESPAÑAS

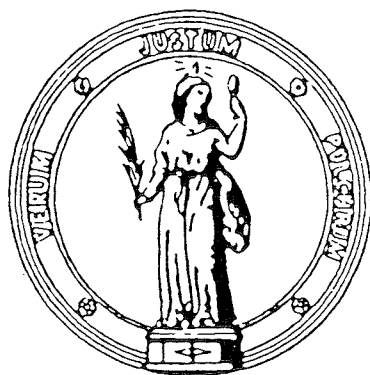
Por

FRANCISCO ELIAS DE TEJADA
Catedrático que fue en las Universidades de
Salamanca, Sevilla y Madrid

ISBN: 84-7296-263-3 (Obra Completa).
ISBN: 84-7296-266-0 (Tomo III).
Depósito Legal: M-43987-1991.
Imprime: Hispagraphis, S. A. - Salamanca, 23 - Madrid.

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA

HISTORIA DE LA LITERATURA POLITICA EN LAS ESPAÑAS



TOMO III

EL REINADO DE LOS REYES CATOLICOS

TOMO III

EL REINADO DE LOS REYES CATOLICOS

	<u>Págs.</u>
I. La coyuntura institucional	11
A) La evolución constitucional de Navarra	11
1. Los ingredientes constitutivos	11
2. La redacción del <i>Fuero General</i>	15
3. La edad dorada del iusconstitucionalismo navarro	18
4. La prueba de la crisis del siglo XV	20
5. Resumen.....	21
B) La evolución constitucional de Castilla	23
1. Los solariegos fundadores	23
2. Las vicisitudes del sistema de gobierno (siglos XIII- XIV)	28
3. Apogeo del iusconstitucionalismo (último tercio del si- glo XIV)	31
4. La crisis (S. XV)	33
5. Resumen.....	37
II. La transición: mosén Diego de Valera	41
1. El personaje y sus obras	41
2. Ojeada a las fuentes	43
3. Etica medieval con consecuencias políticas	46
4. Sociología eticista de la nobleza	49
5. Teoría del poder real	50
6. Visión de la Cristiandad	52
7. Profeta de las Españas	52
8. Conclusiones	54

	<u>Págs.</u>
III. Los historiadores	55
1. Los historiadores castellanos bajo los Reyes Católicos....	55
2. La injusticia es preferible al desorden: Hernando del Pulgar	56
3. Andrés Bernáldez, un Pulgar en tono menor	62
4. Los <i>Anales breves</i> de Galíndez de Carvajal	64
5. La <i>Crónica incompleta</i> de Alonso Flores	64
6. Otros autores menores	65
7. La <i>divina retribución</i> del Bachiller Alonso Palma	66
IV. Fray Iñigo de Mendoza, teórico medievalista de la política de los Reyes Católicos	69
1. Fray Iñigo de Mendoza, teórico político	69
2. Perspectiva antirrenacentista	71
3. El moralismo político	74
4. Las mudanzas de la fortuna	76
5. La teoría del tirano	77
6. El cantor de la política de los Reyes Católicos	79
7. Juicio crítico	82
V. Un teórico de la monarquía limitada: Diego López de Haro	85
1. Los adoctrinadores nobiliarios y Diego López de Haro	85
2. Un precursor de los comuneros	86
VI. Los humanistas	89
1. Nebrija	89
2. Diego Ramírez de Villaescusa	93
VII. Los juristas	97
1. Alonso Díaz de Montalvo, epígono de la glosa	97
2. Juan Alfonso de Benavente	101
3. Juan López de Palacios Rubios, primer jurista moderno....	102
4. Fray Matías de Paz, jurista y teólogo	108
5. Fray Bernardino de Mesa, O.P., político realista	110
6. El licenciado Gregorio	111
VIII. Los adoctrinadores	113
1. La literatura adoctrinadora bajo los Reyes Católicos	113
2. El doctrinarismo caballeresco: Rodrigo Osorio de Moscoso	114

3.	El doctrinarismo llano: Fray Ambrosio Montesinos	115
4.	El doctrinarismo bíblico: Alfonso de Zamora	116
5.	El doctrinarismo caballeresco en la novela: Juan de Flores, Diego de San Pedro	117
6.	La adoctrinación negativa: La Celestina	121
7.	El escolasticismo en el teatro: Lucas Fernández	124
8.	El colofón: Juan del Encina y la concepción de los Reyes Católicos	126
IX.	Los grandes aristotélicos salmantinos: Pedro Martínez de Osma..	135
1.	Grandeza científica de Pedro Martínez de Osma	135
2.	Sus escritos	137
3.	Proyectos grandiosos e intentos de realización	138
4.	Análisis de los <i>Comentarios</i>	140
5.	Fuentes y criterios	141
6.	Los saberes humanos	143
7.	Ética.....	144
8.	Política.....	145
9.	Filosofía del derecho	148
10.	Juicio crítico	149
X.	Fernando de Roa, síntesis y cumbre	151
1.	Fernando de Roa y su fama	151
2.	Clasificación de sus escritos	153
3.	Fuentes y ambiente	154
4.	La ciencia política	159
5.	La ética	160
6.	La teoría de la amistad política	161
7.	La comunidad	163
8.	La casa y la familia	163
9.	Las comunidades superiores	164
10.	Teoría del poder	166
11.	Revisión del concepto del tirano	170
12.	La propiedad	171
13.	La libertad	171
14.	Teoría de la ley	172
15.	El derecho de gentes como derecho positivo	172
16.	El ocaso de una fama	174

	<u>Págs.</u>
XI. Un eco del Tostado: Pedro Jiménez de Préjano	177
1. El maestro Pedro Jiménez de Préjano	177
2. Su dependencia del Tostado	178
3. Política	179
4. Filosofía del derecho	181
5. Otros aspectos de su pensamiento	183
6. Martínez de Osma y Jiménez de Préjano	183
XII. La vuelta al Tomismo: fray Diego de Deza, O.P., y Pedro de Costana	185
1. La restauración del Tomismo por fray Diego de Deza	185
2. Deza como pensador político	186
3. Pedro de Costana	187
XIII. El escotismo político: Pedro de Castrovol	191
XIV. La alta didáctica: Alonso Ortiz	193
1. El oportunismo elevado de Alonso Ortiz	193
2. Providencialismo político	194
3. De la justicia a la inquisición	195
4. Simbolismo dantesco	196
5. Sincretismo didáctico	197
6. Modelo de alta didáctica	197
XV. La casuística de la guerra: Juan López de Segovia	199
1. Medievalismo político	199
2. Casuística de la guerra	201
XVI. El grupo andaluz	203
1. El grupo andaluz	203
2. Juan de Padilla, a orillas del Betis	204
3. Juan de Narváez, a orillas del Turia	210
4. Alonso Hernández, a orillas del Tíber	217
XVII. Aragón y Cataluña	221
1. Aragón y Cataluña bajo los Reyes Católicos	221
2. Aragón: Andrés de Lí y otros	223
3. Juan de Luzón, primer definidor del fernandismo político..	224
4. Gauberte Fabricio de Vagad, espejo de su hora	227
5. Cataluña: Pere Miguel Carbonell	230
6. Gironi Pau	232

CAPITULO I

La coyuntura institucional

A) LA EVOLUCION CONSTITUCIONAL DE NAVARRA

1. LOS INGREDIENTES CONSTITUTIVOS

Aunque los pruritos del gusto barroco y la duración orgullosa por los recuerdos toledanos empujaron al obispo Sandoval a presentar a la monarquía navarra como continuación de la visigótica encabezando la lista de los reyes pamploneses con la de sus supuestos antecesores imperiales¹, ni aunque el gusto propio de la misma hora en Francia ensalzara las apologías de la añorada tierra subpirenaica hasta coloreada con los esplendores de la mayor antigüedad principesca peninsular por la pluma del cortesano parisiense André Favyn², la verdad escueta consiste en que el reino de Navarra no goza de auténtica claridad histórica hasta más de cien años

¹ «He querido hazer esta relacion, o tabla de los Reyes Godos, por dar principio al intento que tengo, de hazer en esta obra una buena relación de los Reyes de Navarra, que sin duda tuvieron gran parte de la sangre destos Reyes Godos, los que luego se perdió España, recogieron las gentes Christianas, que se defendieron en las partes mas asperas de los Montes Pyrineos, que desde Sobrarbe y Jaca, vienen hasta Pamplona. Y en esta ciudad se coronaron y ungieron, como Reyes sucessores y herederos, de los que a España avian perdido.»

FR. PRUDENCIO DE SANDOVAL: *Catálogo de los Obispos que ha tenido la Santa Iglesia de Pamplona desde el año de ochenta, que fue el primero della el santo Martyr Fermin, su natural Ciudadano. Con un buen sumario de los Reyes que en tiempo de los Obispos reynaron en Navarra, dando Reyes varones a las demas Provincias de España*. Pamplona, Nicolás de Assiayun, 1613, folio 9 vto. a-b.

² «Le Royaume de Navarre est le plus ancien de tous ceux d’Espagne» asevera en la página 7 de su *Histoire de Navarre, contenant l’origine, les vies et conquestes de ces Roys, depuis leur commencement jusques à present*. París, chez Laurent Sonnius, 1612.

después de la rota del Guadalete y que su substrato lo constituyen gentes de raigambre euskera.

En realidad, cuando Navarra nació es en la Edad Media, según, con acierto, puntualizaba ya por aquellos propios años el jesuita Pedro Abarca³. Y brota como condensación de situaciones políticas del más puro cuño vascón, en una instauración de monarquía desconocida en la primitiva ordenación euskera y que las circunstancias exteriores de estar la tierra desde Aralar a la hoya de Lumbier colocada en la frontera de francos con árabes crearon como reacción necesaria de los habitantes primeros, si es que no querían resignarse al destino de ser presas alternativas de los dos poderosos imperios enemigos. Tardó más de un siglo la gente de la Euskalerría oriental en percibir la necesidad de una realeza estable a fin de conjurar los peligros a que la condenaba aquella coyuntura histórica de su geografía; hasta el 824 no entra en funciones de rey Iñigo Jiménez Aritza, verdadero fundador del reino navarro. En los años que corren desde que los árabes se asomaron a los valles pirenaicos hasta el alzamiento de Iñigo Jiménez como rey, la situación debió ser más o menos análoga a la que durante todo el Alto Medievo rigió entre los vascos occidentales, menos expuestos a la rapiña de árabes y francos merced a su condición geográfica. Hubieron de regirse de acuerdo con las costumbres patriarcales milenariamente transmitidas por vía de tradición verbal, sin una organización política general, agrupados por pequeños círculos que coincidirían con la extensión de cada uno de los valles y separados entre sí por crestas gigantes pobladas de selvas semivírgenes, en donde la abundancia de animales fieros forjó la mansión del terrible «Basajaun» de las leyendas; solamente en los momentos en que la aspereza del ataque lo exigiera, algunos jefes, cuyo poder duraría lo que tardase en desaparecer el apremio del peligro, guiarían a los que aprisa se juntaran en resistencia del invasor de turno. Vémosles luchar contra imperios agarenos y carlomágnicos, celosos de una independencia que ambos imperios amenazaban, logrando gestas que han quedado impresas en la memoria del pueblo, como la afamada de Roncesvalles. Salvóles de caer bajo ajeno yugo no su cohesión orgánica como entidad política, sino el brío de las gentes, lo apartado de sus guaridas y lo mezquino del terreno; como escribiera acertadamente José Yanguas y Miranda, con palabras que no han perdido fuerza de actualidad, «su invencible tenacidad contra toda dominación extranjera, la aspereza de sus montañas y lo poco que prometió el país a la ambición de las falanges, casi siempre compuestas de aventureros movidos únicamente por el deseo del pillaje y el botín, les ha preservado de las vicisitudes a que se han visto sometidos los demás pueblos de Europa»⁴.

El dualismo de formas sociales se da a lo largo de toda la primera dinastía, desde 824 a 1234, en los diecisiete reyes que van de Iñigo Jiménez a Sancho VII

³ P. M.^a PEDRO ABARCA, S. J.: *Disputa histórica de los Reynados de Pamplona en el primer siglo de la España restaurada*. Más 1863 de la Biblioteca Nacional de Madrid, folios 1-23.

⁴ JOSÉ YANGUAS Y MIRANDA: *La contrajerigonza*, 1833, s.l.n.e., pág. 100.

el de las cadenas. Por un lado, las necesidades cada vez más aguzadas de las guerras contra todos los reinos limítrofes, musulmanes como cristianos, van afianzando en progresión creciente las efectividades de la institución monárquica, construyendo una estructura feudal que jerarquiza las clases sociales en contraste con la igualdad originaria vasca y que se superpone a los vestigios, poco a poco menores, de las formas antiguas; por otra parte, la manera de vivir propia de los hijos de Aitor, equipados entre sí, ceñidos a los linderos de sus valles, subordinados solamente a los ancianos dignos de mayor respeto, gregariamente asociados en agrupaciones familiares o gentilicias. La sorda y callada lucha entre lo antiguo y lo nuevo llena la temática política de aquellos siglos rudos⁵.

El tiempo fue de las formas nuevas, aunque ello no implique la desaparición total del sistema patriarcal antiguo. Que los reyes no se atrevieron a hacerle frente desde el principio cántalo a las claras el hecho de que durante ciento cincuenta años se contenten con la realidad de la corona, sin osar enarbolar el título. Hasta el año 987 transcurren varios príncipes que gobiernan sin llamarse reyes; por primera vez aparece ese título usado por Sancho Abarca en una donación a la villa de Alustué⁶.

Era el tiempo que necesitó la institución para poder ser proclamada sin chocar abiertamente con el antiguo estilo patriarcal; la denominación de rey que se atribuye Sancho Abarca en el año 987 cierra un largo proceso de habilidades y es la deslumbradora llamarada que denuncia muchas quietas batallas ganadas día a día sobre el sistema permanente vasco de vivir político.

Después, las formas nuevas ganan terreno con sobrada rapidez. Obsérvese el modo de elegir reyes. El uso vascón requería fuesen escogidos y proclamados en un «batzarre» o asamblea al efecto convocada; la tendencia realista, embebida de ejemplos foráneos, postula la visión patrimonial del reino. Los dos alternan según los instantes; mientras la continuidad familiar lo permite se advierte el principio hereditario en la dinastía, e incluso Sancho el Mayor usa y abusa del patrimonialismo para repartir sus señoríos entre sus hijos, dando Navarra a García; Castilla, a Fernando; Sobrarbe, a Gonzalo, y Aragón, a Ramiro en 1035; si por cualquier azar se corta la línea de la continuidad dinástica reaparece el viejo patriarcalismo en el «batzarre» elector de rey, cual aquel reunido en Pamplona el año 1134, que escoge a García Ramírez, señor de Monzón y de Logroño, cuando éste se presenta en la asamblea para pedir a los navarros le acepten por príncipe. Al igual que en las monarquías de raigambre germánica, pugnaban las tendencias antiguas hacia la monarquía electiva con el progresivo aseguramiento del sistema hereditario, aquí se

⁵ «Et que Rey ninguno que no haviesses poder de fazer Cart sin consejo del Reyno, ni con otro Rey o Reyna guerra, ni paz, nin tregua non faga ni otro granado fecho, o ambargamiento de Regno sin consello de doze Ricos hombres, o doze de los mas ancianos sabios de la tierra.» En este lugar y los siguientes cito por la edición *Fueros del Reyno de Navarra, desde su creación hasta su feliz unión con el de Castilla*. Pamplona, Longas, 1815, pág. 1b.

⁶ ARTURO CAMPIÓN: *Nabarra en una vida histórica*, 2.^a ed. Pamplona, J. García, 1929, pág. 45: «Reynando yo D. Sancho Rey en Navarra, en Aragón, en Nájera, y hasta Montes de Oca.»

enfrenta el patriarcalismo vascón al sentido de lo patrimonial, en un curso de paralelos hitos y semejantes conclusiones.

En las postrimerías de la dinastía prima lo hereditario, aunque no se acuse ya con el rigor patrimonialista de los tres Sanchos y el primer Alfonso, y la idea del parentesco no esté unida al criterio iusprivalista, que veía en el reino una herencia a repartir. Al morir Sancho VII en 1234 pasa el trono a Teobaldo I, conde de Champagne, por ser éste hijo de la hermana mayor del difunto, doña Blanca, y en 1328 los navarros reivindican frente a la ley sálica francesa los derechos de Juana, sobrina nieta de Teobaldo II y a cuyas pretensiones se antepusieron en virtud de aquella ley francesa tanto Felipe el Largo como Carlos el Hermoso. Al final se imponía la realeza a las fórmulas originarias de vivir.

Sin embargo, los vascones no renuncian a los fueros propios de estas fórmulas. Una interpretación muy extendida y digna del mayor crédito, la de Arturo Campión, considera que la escisión del mundo euskera, que se produce bajo Sancho VII cuando Guipúzcoa y Alava se abanderan en los dominios de Castilla, débese a contrafueros cometidos por el de las Navas. También la Junta de Obanos, liga de infanzones constituida primero para el desarraigo de malhechores y luego con brillo propio en la máquina política navarra, pudiera haberse originado en desafueros de Sancho VII en Navarra⁷.

La coexistencia de ambas tendencias, entre el patriarcalismo gregario y el centralismo feudalista, culmina en un gobierno libre cimentado en costumbres viejísimas y que no requiere la aparición de Cortes hasta bien adelantada la Edad Media. Son fantásticos los empeños de diputar asambleas parlamentarias la de Huarte-Araquil de 1090 o la de Borja de 1134, porque carecemos de documentos probatorios, sin más apoyo que la opinión de un historiador en seis siglos posterior, el padre Moret; todo lo más consisten en reuniones de grandes señores tratando asuntos de interés general, no congregación de representantes de los estamentos al uso de lo que se estimó Cortes en la Edad Media. Durante la primera dinastía no gobiernan los reyes sin consultar al pueblo, pero tales consultas tienen carácter particular a alguna rama de la población interesada en la legislación que proceda, nunca llamada común a los varios brazos de la sociedad. Cuando Sancho el Sabio consultaba en 1192 a los caballeros antes de legislar sobre desafíos, «reptorios y bataylla», o luego a los nobles y órdenes religiosas antes de disponer que previamente a ingresar en religión todo hombre o mujer deberá pagar sus deudas⁸, asume el aspecto libre y popular de un príncipe vascón, no reúne asambleas generales de la monarquía. Los contrafueros que se achacan a Sancho VII no consistieron en gobernar sin contar con inexistentes Cortes, sino, sin duda, en

⁷ ARTURO CAMPIÓN: *Nabarra en su vida histórica*, 124.

⁸ Es el capítulo I, título II, libro III del *Fuero General*. Allí se relata la intervención del «obispo Don Pedro de Paris, que edificó Irazu, con otorgamiento de todas las Ordenes, de los ricos hombres, de Caveros, que eran en aquel tiempo en Navarra». *Fueros del Reyno de Navarra*, 121a.

proceder por sí, dejando de consultar a las ramas afectadas. Y que la asamblea de navarros y aragoneses de 1134 tenía índole meramente nobiliaria (suponiendo tuviese efecto esa reunión), lo proclama la orgullosa reacción de sus componentes ante la actitud de don Pedro de Atarés cuando le fue ofrecida la corona. Las palabras y modo de exponer en el *Fuero General* la intervención del pueblo en alzar rey denota asimismo la falta de Cortes, esto es, de una representación legal y estructurada de las diversas clases sociales para deliberar sobre asuntos tocantes al bien público.

El sistema político de la dinastía fundadora adopta, pues, los rasgos propios de las construcciones mixtas, yuxtaponiéndose el patriarcalismo originario, vivo en la tradición consuetudinaria, pero retorcido en muchas aplicaciones, al fuerte poder central de la realeza, ocupada en jerarquizar las clases según las triunfantes fórmulas del feudalismo⁹.

2. LA REDACCION DEL *FUERO GENERAL*

La fijación de aquel derecho consuetudinario se produjo al cambiar de dinastía. Era el recién llegado, Teobaldo I, hombre educado en tierras francesas, desconocedor, por ende, de la situación del país donde le tocó reinar. Asentadas sobre las propiedades agrarias, las cabezas o «buruzaguis» de la antigua ordenación euskera se han ido trocando poco a poco en señores feudales de diverso grado al estilo de los ricos hombres de Aragón, capaces en muchos aspectos de rivalizar con el propio monarca. Bajo ellos se estratifican solariegos, infanzones, burgueses, villanos, «aicaderos» o jornaleros y siervos. Pero siendo tales ricoshombres, parejos al rey, la clave de la ordenación política.

Desconocedor de los usos consuetudinarios, Teobaldo I los viola sin voluntad de hacerlo; el único remedio consistió en fijar por emitos las reglas vigentes y esta es la labor llevada a cabo en 1237 bajo el nombre de *Fuero General*, llamado así para diferenciarlo de los fueros municipales o especiales. No gozó este *Fuero General* de vigencia plena, sino supletoria respecto a los fueros locales, aunque el hecho de ser denominador común de todos lo eleva a documento fundamental de la Navarra de los siglos medios.

No es este el caso de averiguar si el *Fuero General* recoge o no textos del llamado *Fuero de Sobrarbe*, que se dice otorgó Sancho Ramírez en la segunda mitad

⁹ Disiento, por tanto, de la opinión de Zuaznavar cuando opina fue absoluta la forma de gobierno imperante bajo la primera dinastía: «¿Qué constitución política —dice— podría haber en esta época en los Estados de Pamplona, Nájera y Alava, sino la puramente monárquica absoluta, si es que puede llamarse Constitución una forma de gobierno que solamente se apoya en el poder, y genio emprendedor del que manda, sobre el tal vez forzado, consentimiento de los gobernados?»

JOSÉ MARÍA DE ZUARNAVAR: *Ensayo histórico-crítico sobre la legislación de Navarra*. Pamplona, Viuda de Roda, II, 255-256. Porque es cierto no hay constitución al estilo de las decimonónicas; mas ello no excluye cierta libertad, siempre amparada en las gentes euskeras.

del siglo XI a la nobleza primitiva o «infanzones ermunios» en agradecimiento a la ayuda que le prestaran para la guerra contra los musulmanes; porque parece ser no existió siquiera tal Fuero de Sancho Ramírez,¹⁰. Mas, sea de ello lo que fuere, lo cierto es que un somero análisis del *Fuero General* manifiesta se trata de un documento donde se expresa claramente la situación de Navarra en los años en que se acabó la dinastía pirenaica y entra la de Champagne; esto es, la cada vez mayor formación de escalas sociales, la persistencia de reglas primitivas al lado de principios feudales, la inestabilidad lógica de los instantes de transición.

Típica es, a ese respecto, la visión de la realeza. De un lado se asevera el criterio hereditario, exigencia natural de toda monarquía. «E fue establido por siempre —se lee al libro II, tit. IV, Cap. I— por que podiesse durar el Reyno, que todo Rey que hubiere fixos de leyal coningio dos, o tres, o más, o fixas, pues que el padre moriere, el fijo mayor herede el Reyno, et la otra hermandat, que partan el mueble, quanto el padre avia en el día que murió, e aquel hijo mayor que case con el Regno, et assignar arras con consejo de los Ricos Hombres de la tierra, o doze sabios, et si aquest fixo mayor casado hobiere fixos de leyal coningio, que lo herede su fijo mayor.» Añadiendo la ley siguiente: «Establimos, encara, que si algun Rey ganase o conquiriere de moros otro Regno, o Regnos, et hobiere fixos de leyal coningio, et lis quisiere partir sus Regnos, puede lo fer, et assignar a cada uno qual Regno aya por cartas en su Cart, et aquello baldra, porque eill se los ganó»¹¹.

O sea, estamos ante un intento armonizador, pues vemos se estatuye la realeza hereditaria, a secas con primogenitura para el reino, porque el reino no se puede partir; aceptándose el principio patrimonial para todo lo demás: los bienes muebles y lo que el príncipe ganase por si propio a los moros. Que todavía tal tesis pudiera despertar susceptibilidades por parte del vetusto patriarcalismo vasco, resulta del hecho de que el redactor se sienta en la obligación de justificarse por haber aceptado el criterio hereditario, y diga lo hace «porque pudiese durar el Reyno».

En el procedimiento para alzar rey sucede cosa análoga. En la Iglesia de Santa María la Real de Pamplona¹² se alza al rey sobre el pavés, ceremonia peculiar de Navarra, tras haber jurado los fueros y libertades; cíñese la espada, reparte hasta cien sueldos entre el gentío presente, levántanle los ricos hombres sobre el escudo y, después de todo, ciérrase la solemne ceremonia cuando «los doze Ricos hombres, o Sabios deven jurar al Rey sobre la Cruz, et los Evangelios de curiarle el cuerpo, & la tierra & el pueblo, & los fueros ayudarle a mantener fielmente, & deben besar su mano»¹³. El rey es de pleno derecho sin superior, y cíñese la espada, al rito feudal,

¹⁰ Un resumen sobre las discusiones acerca de la existencia del *Fuero de Sobrarbe*, tanto desde el punto de vista afirmativo de Ernesto Mayor, como desde el negativo de José María Ramos. Vide JOSÉ MARÍA LACARRA: *Sobre el Fuero General y sus fuentes*, en el *Boletín de la Comisión de monumentos de Navarra*, de Pamplona, segunda época II (1928), 302-306.

¹¹ *Fueros del Reino de Navarra, desde su creación hasta su feliz unión con el de Castilla*. Pamplona, Lonjas, 1815, pág. 24 a-b.

¹² *Fueros del Reyno de Navarra*, 2a-b.

¹³ *Fueros del Reyno de Navarra*, 1a-2z.

pero júranle los ancianos, interpretando el viejo estilo en que los mayores en edad eran cabezas de los valles.

Por la misma razón, asombra encontrar en el *Fuero* muchos trechos de bárbaro estilo, sin duda imputables al sentir feudal, cohonestados con normas de derecho principalmente privado en los que se muestra el sentido gregario y libre de la antiquísima base euskera. Basta un ejemplo entre cien, que nos alejarían del hilo propio del cometido de este capítulo. Un uso feudal que bien puede capitularse por bárbaro e incompatible con la inmemorial libertad de los hijos de Aitor es el prescrito en el capítulo 17, del título IV, del libro II de que al partir los collazos o siervos de la tierra los hijos de un solariego difunto dividan por mitad el cuerpo de los villanos¹⁴.

Al socaire del *Fuero General* tiene lugar una cristalización de la sociedad navarra. Al sedimentarse los grupos sociales y a diferencia de lo que acontece en Aragón, es la nobleza de segundo grado la que pesa decisivamente en el reino. Crece extraordinariamente el número de sus componentes, tanto que en 1355 se estimaba constituirían la sexta parte de la población, abundando los ennoblecimientos colectivos, de mucho antes usados en el país. Son los ennoblecimientos en masa una de las peculiaridades típicas de la Navarra medieval y a mi ver en su persistencia acusan huellas de la tradición vasconica, que tendía a considerar a todos iguales, en marcado contraste con los esquemas de la jerarquización feudal; desde el 922 en que Sancho I hace infanzones a todos los roncaleses; hasta que Carlos III ennoblece en 1424 a los habitantes de Genevilla, Juan II en 1429 a los de Aoiz y el príncipe de Viana reconoce en 1442 igual calidad a los de Baztán, transcurren siglos en que, por el cauce de la hidalguía general, se mantiene en pie la idea vasca de la nobleza universal del pueblo, que tanto relieve cobra en las otras provincias vascas, y sobre todo en Vizcaya. Por su número y por mezclarse profundamente con las clases inferiores estos numerosos nobles de segunda fila son el alma de la vida constitucional navarra, los restos postreros en que, por modo apenas perceptible, se asían a las nuevas formas políticas los ecos de la primitiva sociedad vascongada sobre la que fue constituido el reino.

El buscado respeto de Teobaldo I a los derechos de sus súbditos no se circunscribía a la nobleza; empero abundan ejemplos de que procuró sujetar a la ley a todos los sectores de la población. En sus contiendas con el concejo de Tudela, por ejemplo, sométese a un tribunal arbitral¹⁵. Es a lo largo del siglo XIII cuando adquiere carta de naturaleza la concepción de que Navarra es una especie de federación, regida

¹⁴ «La seinall et el seinor Solariego han palabras en semble, assi diziendo al seinor solariego muerto es nuestro villano solariego, et partamos sus creaturas, en esta manera se faze esta partición. La mayor creatura deve aver la seinal, la otra creatura al seinor solariego: Otro si, infanzones, hermanos si huebieren Villanos en cartados por partir, partan los cuerpos, et partan las tierra de los Villanos, cognosciendo quis cada uno lures suertes de ferme el uno al otro de las tierras, et los cuerpo, et de los Villanos que non demanden jamas por partición.» *Fuero de Navarra*, 32 a-b.

¹⁵ GABRIELE BERROGAIN: *Documentos para el estudio de las instituciones políticas de Navarra durante las dinastías de Champagne y de Francia*, en el *Anuario de Historia del derecho español*, VI (1929), 469-472.

por un rey que ha ido pactando separadamente las condiciones de la unión con cada uno de los miembros, universidad, valle, liga o municipio.

3. LA EDAD DORADA DEL IUSCONSTITUCIONALISMO NAVARRO

El ciclo de madurez se cumple en 1328. Las ligas provinciales, las primeras presencias de los representantes de las villas en los actos de jurar los reyes, la línea general de la vida europea y el fortalecimiento de la personalidad colectiva cuanto borrosa fue la voluntad y la actuación en el reino de los reyes de las casas de Champagne y de Francia, todo contribuye a hacer posible aquella reunión habida en Puente la Reina el 13 de marzo de 1328, en la cual todos de común acuerdo mantienen el tenor siguiente: «Primerament juramos sobre la Cruz e los Santos Evangelios so pena de traición, de goardar el dicho regno de Navarra... Otro si: juramos, so la dicha pena, que nenguno non dé, apartadament, respuesta por fecho de regnar el dicho regno sino todos ensemble acordadamente, e la mayor partida, e la mas sana de ricos hombres, de cabailleros, de infanzones, e de las bonas villas. Et juramos mas, so la dicha pena, que nos ayudemos todos que qui obiere de regnar el dicho regno nos jure según fuero e costumbre del regno de Navarra. Et juramos mas que nos ayudemos a mantener fueros, usos, costumbres, privilegios e franquezas, segunt cada uno los habermos». Sostiénenlo los ricos hombres, 43 caballeros, 12 infanzones representantes de sus iguales y delegados de 24 villas. Un paso más y tendremos las Cortes actuando en toda su vigencia. Cuando el 5 de marzo de 1329, en la catedral de Pamplona según manda el *Fuero*, sean coronadas doña Juana y su esposo Felipe III, delante de los tres estados del clero, de la nobleza, de la infanzonía y del pueblo, las Cortes navarras empiezan su brillante vivir¹⁶.

El *Amejoramiento* del *Fuero General* otorgado en 1330 se hace «con conseyllo et otorgamiento e voluntad» de los brazos congregados. Ganan también por entonces el derecho a votar los tributos, y en la segunda mitad del siglo XIV terminarán por hacerse indispensables para la vida económica de la monarquía, merced a la política seguida por Carlos II.

Cuando en la marcha de las instituciones de un pueblo entra en acción un personaje del vigoroso temple de Carlos de Evreux, pueden ocurrir dos cosas: que trueque la máquina política en un instrumento de su briosa personalidad y a la larga de la realeza que encarna; o que, pareciéndole pequeño campo para su ambición el horizonte patrio, lo abandone por entero, se consagre a empresas exteriores y sean los grupos sociales los que inclinen en provecho propio la balanza del equilibrio social. El primer caso es el de Pedro el Cruel en Castilla o de Juan II en Aragón; el segundo caso, el de Ricardo Corazón de León en Inglaterra o el de Carlos II en Navarra.

¹⁶ También para A. CAMPIÓN: *Nabarra en su vida histórica*, 213, nacen entonces las Cortes navarras. A su juicio, la misma reunión convocada el 27 de agosto de 1274 por doña Blanca para nombrar gobernador del reino durante la menor edad de Juana I fue junta particular de unas clases.

Porque, empeñado en luchas parisinas, Carlos II no vio en Navarra sino un manantial de recursos para ellas; cada vez que iba por el reino era para demandar hombres o dinero; dejado en manos del infante Luis, el pueblo navarro encontró en las aventuras de su rey medio de adquirir importancia política. Es a las andanzas por tierras extranjeras de Carlos II a lo que ha de achacarse el rápido fortalecimiento de la institución.

Es que Carlos II se arruinó en ellas, gastando todos los recursos de su patrimonio, hasta tal punto que no le quedó otra solución que fundir sus deudas con las del reino, haciéndose éste cargo del patrimonio real para subvenir el pago de los débitos... Con lo cual vióse el rey careciendo de bienes propios y hubo de pedir subsidios o, en el lenguaje de la época, *ayudas graciosas* para cubrir sus necesidades.

Con el cordón de la bolsa en la mano, la representación popular aseguró su poderío, tanto como lo perdía un monarca que malgastaba en Francia sus naturales arrestos. De ahí la larga lista de reuniones de Cortes durante aquel reinado, todas enderezadas a proporcionar dineros a Carlos II. Además de las Cortes pamplonesas que para la jura tuvieron lugar en 1350, topamos con las de 1355, 1361, 1366, 1368, 1371, 1372, 1375, 1376, 1377, 1379, 1380, 1381, 1382, 1385 y 1386.

Bajo Carlos III persiste la herencia de agobio económico y es precisa la intervención de las Cortes para cualquier medida que acrecentase gastos o mermase los ingresos propios de la corona. Veinticuatro reuniones de Cortes tienen lugar a tales efectos, interviniendo, además de la concesión de tributos, en la creación del condado de Muruzábal en las de Estella de 1407 en favor de su hermano Leonel o las de Olite de 1421 en la del principado de Viana. Por la condición natural de su temperamento, tan tranquilo y pacífico cuanto agitado y belicoso fuera el de su padre, Carlos III continuó la línea del iusconstitucionalismo navarro que crearon las ausencias de su antecesor. Respetuoso con el sistema que encontró al subir al trono, cumplió el papel de la realeza con la máxima escrupulosidad. El testamento que otorgó a 23 de septiembre de 1412 es un constante acomodo a los usos y leyes navarras, lo mismo en lo tocante a lo que dispone sobre la gobernación del reino como en lo que se refiere al cumplimiento de los fueros.

El reinado de doña Blanca, unida a su esposo el infante don Juan, ve once reuniones de Cortes en catorce años, siempre a causa de la absorción del patrimonio real en el del reino y la necesidad de que los brazos de éste intervinieran en los gastos públicos. Desde 1427 a 1441 Pamplona, Tafalla, Tudela y Olite ven pasar los cortejos del clero, de la nobleza y de los procuradores con arreglo a las normas admitidas, sin que asome todavía el brazo fuerte del rey consorte.

Lógrase, en el espacio de tiempo que corre de 1330 a 1442, una ordenación que pudiera pasar por modelo en la Edad Media por el fondo de libertad euskera siempre latente en las entrañas de aquella sociedad vasca no obstante las intromisiones feudales; por la importancia adquirida por las representaciones populares; por el temple medido de la realeza, y, sobre todo, por el maravilloso equilibrio de los factores de la vida pública, tan potente que el conde de Rodezno ha cantado las glorias de las Cortes navarras por tratarse de una expresión del equilibrio político de la época,

«admirable institución que en Navarra llegó a ser aún más perfecta que en Castilla y Aragón, pues su poder, sabiamente equilibrado con el del rey, ni padeció las limitaciones que sufrió en el primero de estos Estados, ni alcanzó la suma de atribuciones que en segundo hizo de las Cortes un poder casi absoluto»¹⁷. Los dos ingredientes, la primera materia del patriarcalismo euskero y el quehacer de la realeza, se han conjugado en síntesis armónica, felizmente amparada por los avatares históricos, hasta conseguir el gobierno libre de un rey con poderes ceñidos a las Cortes, y de una sociedad cuyo esqueleto consta de una numerosa nobleza infanzona, encuadrada en las mallas de los «cabos de armería», restos borrosos y remotos del papel social de las «buruzaguis» de otros siglos.

4. LA PRUEBA DE LA CRISIS DEL SIGLO XV

El siglo XV —entendiendo por tal con cierta libertad en las fechas, legitimada por la variabilidad de los paralelismos entre los pueblos, el trecho de tiempo que corre desde la muerte de doña Blanca en 1442 hasta la entrada del duque de Alba en Pamplona en 1513— está lleno por el choque del iusconstitucionalismo navarro con Juan II de Aragón y su hijo Fernando el Católico.

Cobra vigor inusitado la visión patrimonialista con ocasión de las luchas entre Juan II y el príncipe de Viana; tanto de una como de otra bandería se esgrimen argumentos que inciden en concebir al reino de Navarra como patrimonio de la familia real. Ya en los capítulos matrimoniales la admisión de las teorías patrimonialistas no empece al respeto, que a lo menos externamente, guardan los dos bandos hacia la ordenación política, y en especial hacia las Cortes. Ni aun en lo más enrriscado de los combates o de las polémicas prescinden de reunir Cortes. Congrégalas el príncipe de Viana en 1442, 1444, 1445, 1447, 1448, 1449, 1450, 1451, 1456 y 1457, siendo en las de Olite de 1442 cuando inicia las quejas contra la conducta de su padre. Para contrarrestar a las que los beamonteses reunieron en Pamplona en 1456 y 1457, cítanlas los agramonteses en 1456 en Estella-Sangüesa y en 1457 en Estella. Y es asimismo en las Cortes de 1462 donde Juan II, respetuoso con los formalismos del reino, procede a anular la legislación dictada por don Carlos durante los períodos de desavenencia.

En su reinado de quince días quiso seguir esta línea de conducta la reina Leonor, convocándolas en Tudela en 1447. Continúala la regente Margarita bajo Francisco Febo, llamando a ellas tres veces durante los cuatro años de su breve reinar. Y, finalmente, hacen lo propio doña Catalina y Juan de Labrit, celebrándose cuatro sesiones en 1483:

¹⁷ TOMÁS DOMÍNGUEZ ARÉVALO: *Los Teobaldos de Navarra. Ensayo de crítica histórica*. Madrid, Nueva Imprenta de San Francisco de Sales, 1909, p. 20. A los absolutistas franceses del XVII les escandalizaba la libertad de los navarros con sus reyes. Comentando los sucesos de 1328 escribe ANDRÉ FAVYN: «Considérons icy l'avenglement et la temerité des Navarrois, de vouloir donner loy a leurs Princes, desquels ils la doivent recevoir, & les avoir contrainsts & forcer a'ce faire» (*op. cit.*, pág. 411).

en Pamplona para jurar la reina; en Olite los agramonteses y en Puente la Reina los beamonteses, con objeto de imponer sus candidatos a rey consorte; floración parlamentaria que demuestra el respeto que la institución merecía a los partidos. Diecisiete reunidas desde 1488 hasta 1512 testimonian la importancia de las asambleas, aun en aquellos años de hoscas amanezas y violentas luchas intestinas. Quizá el signo más notable de la antigua ordenación política navarra, aquél que tienen más cuidado en aceptar los reyes de estirpe castellana, es la alta consideración hacia las Cortes y hacia la libertad política que entrañaban.

5. RESUMEN

Cuando Navarra nace, surge por las exigencias concretas de hacer frente a las amenazas de invasión que, del lado alárabe como de los francos ultrapirenaicos, venían pesando sobre las tribus orientales de la vieja Euskalerría; siendo, por tanto su primera fórmula política el patriarcalismo propio de los primitivos euskera, y actuando sobre él, el impulso organizador de la institución monárquica, orientado a dar en lo posible estructura feudal al aparato de la cosa pública.

Ambas tendencias se conjugan en el *Fuero General*, cuando el desconocimiento de un príncipe extranjero aconseja reducir a escritura las tradicionales reglas consuetudinarias. Los ancianos orientan a los reyes confundidos allí con grandes señores; la concesión patrimonial, e incluso la hereditaria, buscan ser justificadas en la naturaleza de las cosas antes de ser inscritas en el trato legal; bárbaros usos feudales están consignados al pie de restos del naufragio del libre vivir de los vascones. En la Navarra medieval, las cerradas subordinaciones feudales se ven constantemente contrarrestadas por los ennoblecimientos colectivos, rescoldos asimismo de la hoguera de la fraternidad de familias que fueron las ligas de la antiquísima generación de Aitor.

A principios del siglo XIV, el olvido en que seis príncipes de hogar francés tuvieran al reino cuaja en un fortalecimiento de las instituciones sociales, que permite la aparición de Cortes estamentales ornadas con el derecho de votar leyes y gabelas. La persistencia del abandono real bajo Carlos II, junto con la ruina en que cae por los dispendios que le cuestan cien ambiciosos sueños de poderío, refuerzan aún más la importancia de las Cortes, sobre todo desde que, al absorber el patrimonio del reino los residuos ruinosos del patrimonio real, intervienen en todos los asuntos hacendísticos.

Lógrase, bajo Carlos III el Noble, al doblar el 1400, un sistema de equilibrio y libertades que recuerda la Castilla de Juan I o el Aragón de Caspe. La bondad natural del rey, gran padre de todos sus súbditos, permite un pausado florecer de los ya logrados frutos del iusconstitucionalismo navarro siendo tan elevado el prestigio de las instituciones que los avatares contrarios y violentos provocados por Juan II y Fernando el Católico no alteran la marcha externa de la máquina institucional.

El perdurar de ella durante la Edad Moderna, hasta los días de Fernando VII, en medio de una Europa continental olvidadiza de las libertades concretas del Medievo,

cae fuera de la consideración del presente capítulo. Baste consignar aquí los méritos del iusconstitucionalismo navarro, tan grandes que le permitieron alentar cuando la sombra del autoritarismo se cernía sobre toda la Península, sin que le venciesen las auras romanistas ni las ambiciones desmedidas de algún miembro del cuerpo social, cual aconteciera hasta en tierras tan libres como el libérrimo principado catalán.

El único reino vascón de la Edad Media, la sola tribu que entre las siete hermanas conservó enhiesto el airón de un vivir político aparte, dejó ejemplo de fecundos resultados institucionales, siendo lástima no se proyectaran con parejo lucir en la evolución de las ideas.

B) LA EVOLUCION CONSTITUCIONAL DE CASTILLA

1. LOS SOLARIEGOS FUNDADORES

El rasgo más característico de la historia medieval castellana está en el carácter popular y nuevo que la informa. Antes de nacer con personalidad histórica, los primeros actos de sus primeros fundadores, llevan ya la impronta de novedades desconocidas en la tradición visigoda de la monarquía leonesa. Son hombres mitad monje mitad soldados, frecuentemente ambas cosas en una sola pieza, los que crean un sentido de la vida que trae aparejada una concepción política de cuño no existente anteriormente.

Mientras la Corte asturleonese se puebla de nombres cargados de leyenda nobiliaria goda, los pobladores de Castilla son en su mayoría habitantes de los valles cántabros y vascos, que un día sintieron audacia bastante para descender desde sus crestas inaccesibles y bajaron a colonizar las llanadas de los valles que se abren en la cuenca del Duero por la parte de Mena, de Lora, de Valdivielso y Tabaliña, siguiendo las líneas de penetración natural que son los cauces del Trueba y del Lora. Sin defensas naturales en la llanura que colonizaban, al cubrirla de castillos y llamarla así Castilla o tierra de castillos, obraban al azar de la ventura, iluminados por la fe y el odio al conquistador árabe, sin un plan general previo que regulara el apoderamiento o *presura* de las tierras que ocupaban. Siéntense seguros de sí mismos en la empresa, saben que a su exclusivo afán se deben las conquistas, considéranse por sí fundadores de pueblos y ganadores de riqueza. Por eso disponen libremente de ellas al morir. Cuando los conquistadores del Monte Cabrío, primer jalón que otea las nuevas tierras de Mena y de Castilla, ofrecen sus conquistas al monasterio de San Emeterio y San Celedonio de Taranco, dejan bien claro que ellos, Vitulo y Ervigio, las deben sólo Dios. «Los dos,

de común acuerdo —declaran los hermanos soldados: aquél, abad, y éste, presbítero—, llenos de alegría y sin temor ninguno por nuestros años mozos, obedeciendo a la Escritura que dice: dad lo terreno para adquirir las cosas celestiales, y nosotros, Señor, no hacemos más que darte lo que recibimos de tus manos, te ofrecemos estos altares sacrosantos de San Emeterio y San Celedonio, San Martín y San Esteban, y por esta escritura de testamento te entregamos y concedemos y confirmamos nuestros cuerpos y nuestras almas, con todas las cosas que hemos podido ganar y apañar; esto es, caballos, yeguas, bueyes, vacas, jumentos, ovejas, cabras, puercos, ajuares de lecho, vestidos, casullas, libros, cálices, patenas, cruces, vasos de plata, de bronce y de palo, y todas nuestras presuras: que recogimos con el auxilio de Dios, y en las cuales fundamos de raíz las citadas iglesias, creamos cultivos, plantamos, edificamos domicilios, despensas, hórreos, lagares, cuadras, huertos, molinos, manzanares, y pusimos toda suerte de árboles frutales»¹.

Y lo mismo el obispo Juan de Valpuesta al ofrendar en 21 de diciembre del 804 a Santa María las presuras que hiciera en Mena, y en el Collado de Pinedo, y en el valle de Gamboa, y en el de Lora, y los molinos que alzara en las márgenes del Flumenillo. E igual los fundadores de Cerbaria y tantos otros. Castilla nace por obra del esfuerzo individual de unos hombres libres que no pertenecían a la alta nobleza neogótica y que deben cuanto son o tienen al empuje de sus brazos.

De ahí que Castilla sea, ya desde sus inicios, país de pequeños propietarios libres, característica que aumentará cuando llegue la hora de repoblar la línea del Duero y acudan a la tarea gran número de gentes sin tierra y sin señor, hombres libres que huyen de sus señores para independizarse económicamente o siervos que al amparo del derecho de asilo aspiran a reorganizar sus vidas en más favorables circunstancias. «Castilla —ha escrito Alfonso García Gallo—, en manifiesto contraste con los viejos territorios norteños, se convierte en el siglo X en tierra de pequeños propietarios libres»².

¹ «In nomine Domine Ego Vitulus abba, quamvis indignus omnium servorum Dei servus, una cum congemeno meo Erbigio presbitero, cum domnos et patronos meos S. Emeteri et Celedoni, cuius basilica extirpe manibus nostris construimus ego Vitalus abba et frater meus Erbigius in loco qui dicitur Taranco in territorio Mainense, et S. Martini, quem sub subdicionem Mene manibus nostris fundavimus ipsam basilicam in civitate de Area Patriniani in territorio Castelle et S. Stefani, cuius basilicam manibus nostris fundavimus in loco qui dicitur Bercenia in territorio Mainense, quem sub Dei truicionem sub presentibus parentes nostri Lebatius et Momadonna in religione relinquerunt Dei, comunes et leti et de nostra infancia nihil formidantes. Nos vero audivimus, escriptura dicente: date terrena et adquirite celestia: Domine, nos que de manu tua accepimus dabimus, et offerimus hic sacrosantos altarios S. Emeteri et Celedoni et S. Martini et S. Stefani levite, et sic tradimus hic et concedimus vel confirmamus per hanc scriptura testamenti animas et corpora nostra atque etiam omnibus rebus nostris cum omnia que ganavimus vel augmentari potuimus, id est, cavallos, equas, boves, baccis, iumenta, oves, capras, porcis, lectuaria, vestimenta, casullas, libris, calicis, patenas, cruces, vasa argentea et area et lignea, et omnes nostras presuras quam sub sedes Dei auxilio accepimus: ibi plantavimus extirpe ipsas basilicas predictas, fecimus culturas, plantavimus, hedificavimus ibi domicilia, cellarios, areas, torcularibus, cortinus, ortos, molinis, manzanares sea cetera que arbusta promifera.»

Cartulario de San Millán de la Cogolla, por don LUCIANO SERRANO, O. S. B., abad de Silos. Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1930, (pág. 2). Sigo en el texto la traducción abreviada de FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL a la página 115 de su *Historia del condado de Castilla*. Madrid, Escuela de Estudios Medievales, 1945. El documento lleva fecha de 15 de septiembre 800.

² ALFONSO GARCÍA GALLO: *Las instituciones sociales en España en la Alta Edad Media (siglos VIII-XII)*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1945, pág. 51.

Mientras en León predominan los ricoshombres, en Castilla el esqueleto social lo integran los infanzones o nobleza de segundo orden, si numerosa ya desde el principio, aumentada extraordinariamente desde que en la segunda mitad del siglo X el conde García Fernández concede fuero de hidalguía a cuantos pudieron mantener caballo en armas, con lo cual duplicó el número de la nobleza castellana, elevando hasta seiscientos el número de guerreros que llenaban tales requisitos³. Y en efecto, mántiense siempre la preponderancia de estos nobles de segundo grado. Ellos son quienes ahíncan el progreso de la reconquista castellana; ellos son la base militar del poderío de Castilla, dado el grande aprecio y la escasez de los caballos⁴, y, por ende, de un ejército de armados caballeros; ellos ascienden a los más altos cargos, de entre ellos salen los jueces que constituyen el primer ensayo de gobierno autónomo o castellano, y en sus filas se cría el aguilucho del Cid Campeador. Sin la decisiva influencia de este grupo social la historia política de Castilla resultaría ininteligible.

Conscientes de su fortaleza, seguros en el extremo de la monarquía y celosos de su *presuras* a ellos mismos debidas, no dudan en hacer su propia historia independiente de León, y en la primera coyuntura propicia aprenden a gobernarse por sí solos. Bríndasela las ofensivas de Abderramán II de Córdoba a mediados del siglo IX. Ante el empuje alárabe, Ramiro I se ve forzado a un repliegue en las montañas astures, abandonando a su suerte la tierra llana apenas protegida por las líneas de torreones fronterizos. Es cuando los repobladores de León, incapaces de contener el avasallador torrente de la morisma, se refugian en el interior de las sierras cantábricas, cuando los castellanos, que justamente entonces andaban concluyendo la repoblación de los valles de la margen derecha del Ebro, se mantienen en el terreno ganado y rechazan por sí solos la ofensiva musulmana. Sin gobierno real, eligen quienes les gobiernan por sí: tal son Nuño Rasura y Laín Calvo, los famosos jueces de Castilla, símbolos de un afán de personalidad histórica y resultado de las especiales condiciones sociales que ya predominaban en la antigua Bardulia, haciéndola tierra de infanzones antes incluso de las reformas del conde Garci Fernández.

Lo explica la estrofa 161 del *Poema de Fernán González*:

«Quando oyeron castellanos la cosa assi yr,
e por alzar rrey non podían avenir;

³ Dice R. MENÉNDEZ PIDAL en *La España del Cid* (Madrid, Plutarco, 1929) que, aunque la noticia provenga de documentos harto posteriores, pues se halla consignada en la *Primera Crónica general*, debe otorgársele fe (pág. 106, nota 1).

El mismo maestro ve en este hecho una «reforma revolucionaria que implica una extensión del concepto de nobleza, una democratización de los de arriba al aristocratizar a los de abajo» (pág. 106). En *El carácter originario de Castilla* acusa el carácter «democrático» de la reforma en tonos aún más vivos, *Castilla. La tradición. El idioma*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1945, pág. 15.

⁴ Sobre el precio de los caballos en el siglo X vide CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ: *Estampas de la vida en León durante el siglo X* (Madrid, Revista de Archivos, 1926), donde establece el valor de uno de ellos en la equivalencia de cuarenta a sesenta ovejas y de seis a doce bueyes como mínimo, o sea, alrededor de sesenta sueldos (pág. 25). En Galicia llegaba a valer hasta cien sueldos (pág. 24).

oyeron que sin pastor non podían byen vevir,
posyeron quien podiessen las cosas rreferir.»

La creación de los condes es la réplica leonesa ante unos hechos consumados, resultantes de la situación social peculiar de Castilla. Si el nombre de jueces no implicaba grandes prerrogativas, ya supone la ruptura con el derecho del *Fuero Juzgo*, el deseo de gobernarse por las fazañas y costumbres de la tierra. «Lo importante —escribe fray Justo Pérez de Urbel— no era el nombre, sino las atribuciones que se concedían a estos jueces castellanos. Ese nombre disfrazaba un poder casi condal, y en cierto sentido casi superior al de los condes, puesto que obraban independientemente del poder central, mal conocido por ellos a causa de las ambiciones que se agitaban en torno a la Corona y sólo les interesaba el bien del pueblo que los ha elegido»⁵. A mi juicio son una institución cuyas raíces han de buscarse en aquella segura confianza que en sus fuerzas sintiera la clase de los nobles de segundo grado que son los forjadores de la vieja Castilla.

Cuando Ordoño I pone a cargo del primer conde, Rodrigo, la defensa de la tierra castellana, cede a los bríos de aquel estrato social. El condado de Castilla, no previsto e incluso en contradicción con aquel precepto del *Fuero Juzgo* (II, 1, 29) en virtud del cual sólo puede resolver pleitos quien fuese nombrado para ello por el príncipe, es hereditario, anómalamente hereditario, como expresión de una realidad dispar de la que en León imperaba. Y todos los rasgos de la historia del condado nuevo, la separación de la Corte, la hostilidad hacia las viejas fórmulas jurídicas, el despego de los usos palaciegos, la aparición pujante de rasgos idiomáticos que «en León se tuvieran por barbarismos, provienen del grande hecho inicial de que en la tierra nueva quienes dominan son los caballeros que han hecho por su mano las presuras de tierras, sin tener en cuenta los resplandores del muerto reino visigodo.

El 1 de julio de 1037, sobre la tumba del primer conde castellano, llámase rey Fernando Sánchez en el monasterio de Arlanza, o sea, Fernando I de Castilla. Encima del cadáver de Bermudo, Castilla asentará la superioridad de su sistema político sobre los recuerdos nostálgicos que en León imperaban. La aparición de una Corte castellana no alterará la estructura social del pueblo nuevo. Un infanzón solariego de Vivar, Rodrigo Díaz, alzará la voz y pedirá en Santa Gadea juramentos a un hijo de ese mismo Fernando, con mengua de los cortesanos y señores leoneses.

Un siglo después, la entrada del estado llano en las grandes asambleas auxiliares de los monarcas encontrará bien dispuesto el ambiente gracias a este espíritu de la gente castellana. Ciertamente es que la primera asamblea donde tal ocurre tiene lugar en León en 1188, y que es Alfonso IX, «rex Legionis et Galletie», quien se «constituit in curia apud legionem cum archiepiscopo compostelano et cum omnibus episcopis, magnatibus et cum electis civibus regui sui»⁶, comprometiéndose allí a no hacer guerras

⁵ FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL: *Historia del condado de Castilla*, 155.

⁶ Cortes de los antiguos Reinos de León y de Castilla, publicados por la Real Academia de la Historia. Madrid, M. Rivadeneyra, I (1861), 39.

ni paces sin el consejo de los presentes⁷. Pero la innovación cuadra bien en Castilla y desde 1250 funcionan unidas las de ambos reinos, salvo paréntesis de escasa duración. Ya en 1177 se había dirigido Alfonso VIII a sus hidalgos en Burgos, con ocasión del sitio de Cuenca, para pedirle subsidio con que atender a los gastos del asedio de la plaza. Y en las burgalesas de 1269 y en las de Haro de 1288 vese aceptado el principio de la limitación tributaria de las facultades reales, junto con la participación de las Cortes en la concesión de los ingresos con que cubrir las atenciones públicas.

El desenvolvimiento de la vida municipal, manifestado en múltiples cartas pueblas, encontraba apoyo, que no obstáculos, en las tendencias de Castilla. Nunca el feudalismo de la alta nobleza es lo que predomina, antes bien conjúganse los segundones nobles con la burguesía naciente. Las inmigraciones ultrapirenaicas que crean barrios francos en todas las ciudades importantes; el apogeo del comercio, que redundaba en aumento de las riquezas urbanas; y, sobre todo, la fe en las fuerzas de cada hombre que era propia del florecimiento de las municipalidades, se avenían con la tendencia originaria de Castilla. De ahí también el aspecto popular de la monarquía en que el rey resalta como algo más que un *primus inter pares*, en situación bien diversa de la de los reinos orientales de la Península, donde topa con el freno de una nobleza que se cree igual o superior a la Corona. Tuvo la realeza en Castilla un sentido más de plebiscito que de parlamento, más popular directo que limitado por poderes sociales altos, más arraigado en el pueblo cuanto menos enfrentado con una clase aristocrática de poderosos ricos hombres. Las grandes figuras de la historia castellana hasta el siglo XII salen de los infanzones que socialmente no pueden contrariar a la Corona, salvo que, como en caso de Rodrigo Díaz, ganen preeminencias merced al brío de su personalidad. Los vicios y los defectos del sistema político han de referirse a la importancia que en Castilla cobran los hidalgos solariegos de aldea, displicentes con la aureola goda e hijos de sus obras o, todo lo más, del quehacer de unos abuelos bien cercanos, ganadores a los árabes de las tierras que poseen sus nietos.

La situación legal de los concejos está escrita en los fueros municipales; la de la nobleza castellana, de esa nobleza de menor altura que hace la historia de Castilla, en el llamado *Fuero Viejo*, compilación que cobra fuerza legal bajo Pedro I, pero cuya redacción se remonta a la segunda mitad del siglo XIII, siendo todavía más viejos sus orígenes, pues alcanzan al reinado de Alfonso VIII⁸. Documento que es a manera del postrer eco donde se acogen los deseos de aquella nobleza de *presura*, cuando ya tronaban los sonos romanistas por los textos, primero doctrinales, luego con fuerza legal, del rey Alfonso el Sabio.

⁷ Promissi etiam, quod non faciam guerram vel pacem vel placitum, nisi cum concilio episcoporum, nobilium et bonum hominum, per quorum consilium debeo regi» Cortes de los antiguos Reinos de León y Castilla publicados por la Real Academia de la Historia. Madrid, Rivadeneyra, I (1861), 49.

⁸ GALO SÁNCHEZ: *El antiguo derecho territorial castellano*, en el Anuario de Historia del Derecho Español, VII.

2. LAS VICISITUDES DEL SISTEMA DE GOBIERNO (SIGLOS XIII-XIV)

El siglo XIII asiste a la recepción del derecho romano, corriente ideológica que, en constante pugna con la vieja legislación castellana, empezará por constituir espejo doctrinal fruto de los especuladores juristas de la Corte alfonsina, para ganar vigor pleno en el derecho por la Ley 1.^a del título XXVIII del Ordenamiento establecido por Alfonso XI en las Cortes del Alcalá de Henares a 28 de febrero u 8 de marzo de 1348. La situación del monarca en las *Partidas* es harto obscura según se muestra en la parte correspondiente⁹. Basta decir por ahora que, mientras en la Ley 12 del título I de las *Partidas* se determina ser la legislación competencia exclusiva del príncipe, con un romanismo evidente proyectado en la equiparación del rey con el emperador a esos efectos, al decirse que «emperador o rey puede fazer leyes sobre las gentes de su señorío e otro ninguno non ha poder de las fazer en lo temporal»; en la Ley 18 de los mismos, título y partida se fija cómo «porque el fazer (las leyes) es muy grave cosa y el desfazer muy ligera, por ende el desatar de las leyes e tollerlas de todo que non valan, no se debe fazer sino con gran consejo de todos los omes buenos de la tierra, los mas honrados e mas sabidores». Amasijo, que no síntesis, de los influjos renovadores que llegaban de Italia, con la realidad ya sólidamente establecida, de un sistema de ordenación política en el que las Cortes compartían con el monarca las tareas legislativas.

Semejante equilibrio doctrinal se atempera a las realidades prácticas en los años que corren desde la redacción de las *Partidas* por Alfonso X hasta que cae asesinado en Montiel su tataranieta Pedro I, de tal manera que el régimen político castellano oscila entre un predominio absoluto de la voluntad del monarca, cuando éste goza de temperamento enérgico, o de una grande intervención de los brazos del reino, sea bajo forma de Cortes o bajo el manto de hermandades o ligas municipales, cuando una minoridad u otra cualquier circunstancia semejante, afloja la presión política del príncipe.

Así vemos que la necesidad de garantizar su trono contra los enemigos de la usurpación fuerza al duro Sancho IV a compartir con las representaciones populares la facultad legislativa, política acentuada por su viuda María de Molina durante la minoridad del que después fue Fernando IV el Emplazado. En las Cortes de 1297, 1299, 1301, y 1307 se establece el principio del reparto de la potestad de legislar. En las de Cuéllar del año 1297 acepta el rey Fernando la ayuda y consejo de doce representantes de las ciudades¹⁰. En las celebradas en Valladolid en 1299¹¹, en las

⁹ En su lugar estudió las *Partidas* como cuerpo doctrinal, habida cuenta del carácter que primeramente tuvieron, por lo cual las incluyo en la presente historia.

¹⁰ «1. Primeramente que aquellos doce omes bonos que me dieron los delas villas del reyno de Castiella para que finquen conmigo por los tercios del anno, para aconsejar e servir a mi e a la Reyna mi madre e al infante don Enrique mio tio e mio tutor, que en fecho de la justicia e de todo lo al que me don los dela tierra e como se ponga e recabdo e se parta en lugar que sea mio servicio e amparamiento de la tierra, e en todas las otras cosas de fecho dela tierra que ovieren de ordenar que sean mio servicio e a pro e a guardamiento dela tierra, que me place que sean conmigo e que tomen cuenta de lo pasado.» *Cortes de los antiguos reinos de León y de Castilla*, I, 135.

¹¹ *Cortes de León y de Castilla*, I, 140.

convocadas en Burgos en 1301¹² y en las vallisoletanas de 1307¹³, aparece con suficiente claridad la cooperación de los brazos del reino en el arreglo de los asuntos públicos y en el asentamiento de las leyes. En algunas de ellas se alude expresamente a cómo Fernando IV legisla con consejo y de acuerdo con sus parientes y con los procuradores: «con consejo e con otorgamiento de la Reyna donna Maria mi madre, e del infante don Enrique mio tío e mio tutor, et con acuerdo de los infantes, e de don Diego Lopez de Haro ssennor de Vizcaya, e de don Johan Nunnez, et de los otros rricosshomes e infanzones e cavalleros e omes buenos que y eran connmigo».

Durante la minoridad de Alfonso XI prevalecen idénticos principios, por más que muchas veces caigan conculcados por los desafueros y violencias propios de las minorías reales, siempre calamitosas. Basta aludir a cómo, en las Cortes palentinas de 1313, el infante don Juan, nombrado tutor y regente del niño rey, empezando a gobernar «con consseio dela Reyna donna Costança e del inffante don Ffelipe e los prellados e los otros omnes buenos»¹⁴, escogiendo a dieciseis caballeros y hombres del estado llano para que acompañen al príncipe, cuatro por cada uno de los Reinos de Castilla, León, Andalucía y Extremadura¹⁵. Postura doctrinal y jurídica que se mantiene a lo largo de los años del período turbulento de la regencia.

El firme puño de Alfonso XI restablece el principio de la primacía absoluta de la Corona, pese a no proclamarlo abiertamente. Así se asiste a una doble faceta de príncipe que admite los postulados de la limitación del poder real, mas que a la verdad actúa como si no existiesen tales limitaciones. Es Alfonso XI el mismo rey y persona que de un lado decreta los suplicios de los rebeldes barones, de un Juan el Tuerto, de un Núñez Osorio, conde de Trastámara, de un Juan Ponce, del señor de los Cameros, Juan de Haro, del maestro de Calatrava y del alcaide de Iscar, sin que le preceda sombra de proceso alguno, al tiempo que proclama en la Cortes de Valladolid de 1325 tener «por bien de non mandar matar ni lisiar nin despechar nin tomar a ninguno ninguna cosa de lo suyo sin sser antes oydo e vencido por ffuerza e por derecho, otrosí de non mandar a ninguno prender sin guardar su ffuero e su derecho a cada uno»¹⁶. Acoge el precepto de que las Cortes votarán los impuestos, ya sentado por su bisabuelo Alfonso el Sabio en las de Burgos de 1269¹⁷, por su abuelo Sancho IV en las de Haro de 1288¹⁸ y por su abuela María de Molina en las de 1301¹⁹, diciendo textualmente en

¹² *Cortes de León y de Castilla*, I, 146.

¹³ *Cortes de León y de Castilla*, I, 185-186.

¹⁴ *Cortes de León y de Castilla*, I, 222.

¹⁵ *Cortes de León y de Castilla*, I, 222-223, respondiendo a la petición segunda.

¹⁶ *Cortes de León y de Castilla*, I, 384. Acuerdo 26. Con lo que coincide el acuerdo 3, a la página 374 del propio tomo.

¹⁷ *Cortes de León y de Castilla*, I, 85-86. Con referencia a seis servicios prometidos, lo da como cosa que se venía practicando.

¹⁸ *Cortes de León y de Castilla*, I, 101. Aparece el carácter contractual del acto jurídico público, según el cual Sancho IV otorga su conformidad a las peticiones de los brazos, a cambio del servicio tributario que éstos le conceden. Dice así el rey: «Et por que nos prometieron de nos dar cadanno un sservçcio fasta en diez annos, quitamos les todas las cosas que nos arrendó don Abraham el barchilon que son estas.»

¹⁹ *Cortes de León y de Castilla*, I, 146. Otorga el niño Fernando IV su conformidad a las peticiones por cuanto «entendiendo que me piden derecho, et que es muy grant mio sservicio, et porque siempre

las celebradas en Medina del Campo en 1318, que: «otrossí, a lo que me pidieron por merced de las non echar ni mandar pagar pecho desaforado ninguno especial, ni general, en toda la mi tierra, sin ser llamados primeramente a Cortes, e otorgado por todos los procuradores que y viniesen: a esto respondo que lo tengo por bien e lo otorgo»²⁰; pero, para asegurar la votación del impuesto de las alcabalas, acude al fraude de convocar Cortes separadas de los diversos reinos para conseguir la aprobación. Y, como señal indudable del fortalecimiento del poder real a que en su reinado se asiste y de cómo bogaba viento en popa de la auras romanistas, en la Ley 1.^a del título XXVIII del *Ordenamiento de Alcalá de Henares*, estatuye que «al rey pertenesce poder de facer fueros e leys e de las interpretar e declarar e enmendar do viere que cumple».

En la débil trama del iusconstitucionalismo castellano de la primera mitad del siglo XIV todo giraba en torno a las personales condiciones del monarca, aunque bien es verdad se logra reafirmar con solidez al menos el postulado de la exigencia previa del voto de las Cortes para las imposiciones tributarias. A partir de las Cortes vallisoletanas de 1307, confirmado por las de 1315 y 1329 entre otras, el rey se compromete a no recaudar tributos que antes no hubiesen sido concedidas por las Cortes. Con lo cual Castilla se alinea en la corriente general de la Europa contemporánea, admitiendo un principio que a lo largo de la baja Edad Media sirvió de germen vigorizador de las libertades públicas. También aquí la grande arma de las representaciones populares fue el arma económica, lo mismo que en Inglaterra o en Cataluña. No obstante, la mayor o menor eficacia con que se utilice dependerá siempre del equilibrio inestable que en cada pueblo y en cada reinado se establezca entre las condiciones personales del depositario de la autoridad real y la solidez del armazón de las fuerzas sociales en que se mueve. El giro de los sucesos durante los periodos en que gobiernan sucesivamente el hijo legítimo y el hijo bastardo de Alfonso XI declara a este respecto más que ninguna consideración por mi parte.

El hijo y sucesor de Alfonso XI atropella todo freno y salta la barrera de cualquier limitación. Contemporáneo de otros reyes homónimos que en Portugal y en Aragón se esfuerzan por dominar a la nobleza, Pedro I desprecia los frenos constitucionalistas sustituyendo el título de realeza popular por el de populachera.

La simpatía que los poetas románticos al estilo de José Zorrilla sienten por su figura fue quizá compartida por los bajos fondos de la población del reino. Pedro I, que choca con las clases superiores de su pueblo, encuentra por ello el aplauso de las más inferiores dando a su reinado el tinte de sustituir el juego más o menos legalista de la época por un cesarismo afianzado en los estratos ínfimos de la sociedad. Su caída fue, al par que el sabido fraticidio, el punto de partida del desquite de los brazos del

sservieron muy bien verdadera miente alos rreyes onde yo vengo et senaladamente sservieron e sirven ami commo vassallos buenos e leales deven servir asu Rey e asu sennor».

El Servicio señalado consistía entonces, en votar cuatro subsidios para llevar adelante la guerra con el rey de Aragón y uno para comprar al Papa la bula de legitimación del rey Fernando y de sus hermanos.

²⁰ MODESTO LAFUENTE: *Historia general de España*, V. Barcelona, Montaner y Simón, 1888.

reino, que él despreciará en las Cortes de Sevilla en tonos de burla vilipendiadora. Por encima de las cauces medidos de la sabiduría de los juristas, Pedro I descoyuntaba la máquina política de Castilla con el ímpetu brioso e irrefrenable de aquella su extremada e incontenible personalidad.

3. APOGEO DEL IUSCONSTITUCIONALISMO (ULTIMO TERCIO DEL S. XIV)

Como la nueva dinastía se entronizó en Montiel, teniendo por trono un cadáver regio y por cetro un puñal ensangrentado, Enrique II hubo de echarse en brazos de los elementos directivos del reino y respetar en grado sumo el sistema constitucional por su hermano despreciado, si es que quería hacerse perdonar la condición bastarda de su cuna y la forma violenta de escalar la cumbre de la realeza. Por eso los años que corren desde 1369 hasta el recodo del 1400 son la edad dorada del iusconstitucionalismo castellano.

Repasando los cuadernos de Cortes publicados por la Real Academia de la Historia, precísase el contraste a simple vista. Mientras don Pedro solamente reúne las Cortes vallisoletanas de 1351 y las sevillanas de 1362, don Enrique de Trastámara las convoca ya en Burgos en 1367 cuando todavía sólo acaudillaba una facción, y ya de rey preside asambleas en Toro en 1369, en Medina del Campo en 1370, en Toro en 1371, en Burgos las de 1373, 1374 y 1377. Todo el despegue que don Pedro mostraba por las expresiones encauzadas por los debidos trámites legales de la voluntad de sus súbditos, es respeto de su hermano Enrique hacia los representantes de la opinión pública, que entonces, como es sabido, no era opinión de masas, sino eco de los grupos selectos de la población.

No le va a la zaga su hijo Juan I, prototipo de rey legalista del Medievo. Veamos cómo el entusiasmo que suscita en algún historiador decimonónico llega a catalogarle de predecesor de los sistemas gubernamentales del monarquismo constitucionalista. «Lo que no podemos dejar de consignar —escribe Modesto Lafuente— es que en este reinado llegó a su apogeo el respeto y la deferencia del monarca a la representación nacional, y que el elemento popular alcanzó el más alto punto de su influencia y su poder. No solamente el rey no obraba por sí mismo en materias de administración y de gobierno sin consulta o acuerdo del Consejo o de las Cortes, sino que en todo lo relativo a impuestos y a la inversión de las rentas y contribuciones era el estamento popular el que deliberaba con una especie de soberanía, y con una libertad que admira cada vez que se leen aquellos documentos legales. Los tratados mismos de paz, las alianzas, las declaraciones de guerra, los matrimonios de reyes y príncipes, se encaminaban, debatían y acordaban en las Cortes. La admisión de un número de diputados de las ciudades en los consejos del rey marca el punto culminante del influjo del tercer estado. Si hablando de época tan apartada nos fuese lícito usar de una frase moderna, diríamos que don Juan I de Castilla había sido un verdadero rey constitucional»²¹.

²¹ MODESTO LAFUENTE: *Historia general de España*, V. Barcelona, Montaner y Simón, 1888, 255.

Tiene razón el elegante historiador. Es la edad de lo que hoy llamaríamos pureza del sufragio, o, en lenguaje apropiado al tiempo, de la libre designación de los procuradores por las ciudades, no solamente por cuanto no interviene la Corona en la elección de los representantes populares, sino porque además no se nota la tendencia, tan acusada al correr del siglo XV, de que los elegidos provengan de los oficios o regidores. Algún historiador moderno ha señalado pruebas de elecciones de procuradores según el sistema del concejo abierto²², apuntando con documentos sacados del Archivo de Simancas, que en San Sebastián en 1401, reinando Enrique III, fue elegido por todos el prevoste de Guetaría Domenjón Daguaga en reunión habida delante de la casa de Fayet, sistema que se repite en Sahagún por el concejo y habitantes de la comunidad congregándose en la iglesia de San Pedro.

Coincidiendo con Lafuente, el historiador ruso Wladimiro Piskorski califica de «leyes liberales»²³ a las dictadas en 1385 sobre el Consejo Real y por virtud de las cuales cuatro miembros del estado llano representaban a las ciudades en el organismo que corría con los asuntos más arduos de la gobernación. La entrada de juristas, según acuerdo de las Cortes de Brivisca de 1387 no significó alteración fundamental, por cuanto al organizarse en la Cortes madrileñas de 1391 el Consejo de Regencia de Enrique III con representantes de los tres estados reaparecen los de las villas en calidad de procuradores y no de mejores conocedores del derecho, con una idoneidad antes política que técnica²⁴.

La intervención de las Cortes en asuntos económicos adquiere notas de máxima actividad. Cuando en septiembre de 1388 pide subsidios a las reunidas en Palencia para cubrir los quince cuentos y medio de maravedís que importaba el empréstito hecho para abono de la deuda debida al duque de Lancaster, los brazos se atreven a expresarse en el tenor siguiente: «Lo qual vos otorgan con estas condiciones, Sennor, que nos mandes de dar las cuentas delo qye rendieron todos los pechos e derechos e pedidos que demandaste e ovistes de aver en cualquier manera desde las Cortes de Segovia fasta aqui, e commore despendieron, segun que nos lo prometistes»²⁵. Al paso que en las de Guadalajara de 1390, al pretender inducir a los procuradores para que votasen un tanto de treinta y cinco cuentos de maravedís, responden ellos en términos de criticar la administración de los fondos públicos, crítica acogida y aceptada por el rey, que deja a voluntad de los procuradores determinar el número de lanzas que había de tener cada tierra, así como el coste de su manutención²⁶.

Sin que falten los casos de limitaciones a los actos del monarca, llegándose a una limitación legal de estos que encarna toda una jerarquía de normas. En las de Briviesca

²² WALDIMIRO PISKORSKI: *Las Cortes de Castilla en el periodo de tránsito de la Edad Media a la Moderna, 1188-1520*. Traducción de S. Sánchez Albornoz. Barcelona, Facultad de Derecho, 1930, págs. 50-51.

²³ WALDIMIRO PISKORSKI: *Las Cortes de Castilla en el periodo de tránsito de la Edad Media a la Moderna, 1188-1520*. Traducción de S. Sánchez Albornoz. Barcelona, Facultad de Derecho, 1930, pág. 181.

²⁴ *Cortes de León y de Castilla*, II (1863), 485-487.

²⁵ *Cortes de León y de Castilla*, II, 408.

²⁶ MODESTO LAFUENTE: *Historia general de España*, V, 205.

de 1387 se decreta que como «muchas vezes por importunidad de los que nos piden libramientos damos algunas cartas contra derecho, et porque la nuestra voluntad es que la justiçia florezca, e que las cosas que contra ellas podiessen venir non ayan poder dela contrariar, extableçcemos que si en nuestras cartas mandáramos alguna cosa que sea contra ley fuero derecho, que la tal carta ssea obedesçcida e non complida, non enbargante que e la dicha carta faga menñcion especial o general de la ley fuero, o ordenamiento contra quien se de»²⁷.

Por los detalles anotados, entre otros muchos que fuera hacedero aludir si no lo impidiese la limitada extensión que por razones metódicas he de conceder a estos capítulos preliminares de historia política, vése con cuanta razón el reinado del segundo Trastámara supone el punto cimero de la evolución constitucional castellana. El carácter peculiar del rey, la tristeza con que le golpeó la adversidad, las amenazas de los Láncaster, los dudosos cimientos del trono a donde su padre tan violenta y debatidamente subió, todo contribuye a desarrollar lo más posible la fábrica de una ordenación en la que el poder de la Corona se encuentra sujeto a barreras legales e institucionales. Cuando a partir del reinado de su nieto y homónimo Juan II, fallen los resortes del aparato constitucional, penetre la intervención cortesana en la designación de los procuradores y avance sin contención posible la avalancha del romanismo afán de los juristas formados en la glosa, los ojos se tornarán a aquellos años, tristes y doloridos para el pueblo de Castilla, pero en los que su sistema de gobierno adoptó por signo distintivo el respeto a las leyes y el refrenamiento de las arbitrariedades²⁸.

4. LA CRISIS (S. XV)

El sistema inaugurado por Enrique II y que conduce en un primer momento al apogeo del constitucionalismo castellano era una dorada manzana en cuyo interior roía, bajo el coloreado matiz de la piel fresca y aparentemente sana, el gusano de la crisis. Porque el ordenamiento político dependía del florecer de las libertades comunales y éstas a su vez de la extensión de los bienes realengos. En la medida en que Enrique II se hizo acreedor al dadivoso título de «el de las Mercedes» por las innúmeras que hiciera para bienquistarse con los nobles y el clero, redujo los ámbitos de los concejos autónomos. No fue aislado el caso de Mora, que perdió su voto en Cortes en 1375 al pasar a poder del conde de este título; antes bien, muchas ciudades, villas y tierras del patrimonio de la Corona pasaban a carecer de oportunidades políticas cuando salían del amparo real.

²⁷ *Cortes de León y de Castilla*, II, 371-372. Castigando con pérdida de oficio al escribano que la firmase.

²⁸ Juan I se ponía a veces al mismo nivel de sus vasallos. En el *Razonamiento* que hiciera a los procuradores congregados en las Cortes segovianas de 1386 para defensa de sus derechos al trono, se expresa en los siguientes términos, declarándose a la par de ellos un simple castellano más, con idénticos deberes hacia la patria común de todos: «La primera alos mostrar e en formar enla verdat de quantas rrazones ovedes por que nos servir e ayudar anos e avos mesmos adefender este rreyno que Dios nos quiso dar, e de nos e todos vosotos somos naturales.» *Cortes de León y Castilla*, II, 351.

Las consecuencias se ven ya en el reinado de Enrique III. Sea verídica o inventada la leyenda de que en cierta ocasión se vio obligado a empeñar su gabán para tener con qué cenar, en todo caso la anécdota significa paladinamente el aumento del poderío de las clases superiores y la decadencia de la realeza. Aumento de poder de nobles y obispos que suponía la desaparición de muchos círculos de libertad concejil y popular.

En el cambio de condiciones económicas y en el creciente auge del romanismo favorecedor de la omnipotencia soberana, por otra parte sólo remedio posible a los desmanes de las clases superiores, se halla la clave de la crisis del sistema político de la Castilla de los primeros Trastámaras.

Por lo que se refiere a la decadencia del brazo popular a medida que disminuían las villas y ciudades reales, la prueba está en el anquilosamiento de su representación en Cortes. Al paso que a las primeras siguientes a la muerte de Juan I, a las madrileñas de 1391 y aun habiendo repartido ya muchos bienes los dos monarcas anteriores, acuden no menos de ciento veinticinco procuradores representando a cuarenta y nueve concejos, a las vallisoletanas de 1425 sólo concurren los de doce ciudades²⁹, y a partir de las de Madrid de 1435 no suelen llamarse sino a los de diecisiete: Burgos, León, Zamora, Toro, Salamanca, Soria, Segovia, Avila, Valladolid, Toledo, Guadalajara, Cuenca, Murcia, Madrid, Sevilla, Córdoba y Jaén³⁰, grandes ciudades, por regla general indiferentes para las necesidades que no fuesen las propias.

Pero además se asiste al hecho de que se trate de los elementos aristocráticos de cada ciudad. En las peticiones concedidas por Juan II durante las Cortes vallisoletanas de 1451 figura la confirmación de un privilegio de los veinticuatro de Sevilla a tenor del cual siempre había de elegirse entre ellos uno de los procuradores de la ciudad³¹. Que la tendencia no se reducía a Sevilla, sino en general en todo el reino, dicen las continuas quejas de los procuradores, o al menos del sector mantenedor de los tradicionales usos democráticos; pero háceles caso omiso la Corona, interesada en quebrar todos los factores capaces de ofrecer resistencia a su constante avanzar en el absolutismo.

El segundo elemento destructor del iusconstitucionalismo castellano y de la importancia de las Cortes, es el creciente auge romanista. Sin entrar ahora en el terreno de las doctrinas y refiriéndome únicamente al campo de los hechos, baste aludir a cómo los juristas van desplazando a los demás grupos en la composición del Consejo Real. Cuando lo creara Juan I en 1385 lo integran doce miembros, cuatro por cada estado; sin ir más lejos, ya en 1406, lo forman exclusivamente hombres de derecho³². La especialidad técnica sustituía a la representación política, sin que valgan en lo contrario las reclamaciones repetidas del estamento popular en las Cortes de Madrid de

²⁹ Hasta donde llegan mis noticias las Cortes más numerosas fueron las Burgos de 1315, a las que asistieron hasta 192 representantes de 101 villas, lugares y comunidades.

³⁰ A la que se añadió luego Granada en 1498.

³¹ *Cortes de León y de Castilla*, III, (1866), 608.

³² CONDE DE TORREANAS: *Los consejos del Rey durante la Edad Media en Europa y singularmente en Castilla*. Madrid, M. Tello, 1884. Vide I, 149.

1419³³, de Palenzuela de 1425³⁴ o de Zamora de 1432³⁵. A la reclamación decimooctava de las primeras, responde Juan II que «yo lo veré e proveeré sobre ello segun que entienda que cumple a mi servicio»; a la décima de las de Palenzuela, eludiendo la respuesta directa, y a la quinta de las zamoranas, «que está asaz bien por mi rrespondido e preveydo», con tono de notorio desabrimiento que denota hartamente el cambio de la estructura política castellana desde los días de su abuelo. Lo cierto es que en ninguna de las ordenanzas posteriores dictadas sobre el Consejo Real, ni en las de 1440 por Juan II, ni en las de Enrique IV el 1459, ni en las de los Reyes Católicos, logran volver a entrar los del estado llano con representación política en los Consejos de la Corona. Los reyes prefieren ver allí a incondicionales juristas formados en el espíritu romanista de la glosa, a escuchar voces populares tal vez criticadoras de sus actos.

Por ambas razones en especial y por el curso de la historia general de Europa, el sistema constitucional castellano se inclina durante el siglo XV delante del peso cada vez mayor de la realeza. Las Cortes van perdiendo prerrogativas cada día, sin que sean ya objeto de aquel respeto casi puntilloso con que las ordenaron los primeros Trastámara.

En primer término, se apela al socorrido expediente de corroer el armazón desde dentro, por la intervención regia en la designación de procuradores. Sin que nada valgan las protestas que contra semejante proceder levántanse en las vallisoletanas de 1442³⁶ y de 1447³⁷, en las cordobesas de 1455³⁸ o en las toledanas de 1462³⁹. Promesas vagas responde Juan II en 1442, inútiles protestas en las de 1447; mientras que Enrique IV ya ni siquiera se digna prometer nada en las de Córdoba de 1455, sino sólo proclamar abiertamente no ser su intención despachar cartas de recomendación en las elecciones, salvo si así lo estimara conveniente: «Aesto vos rrespondo que yo no entiendo enbiar mandar nin rrogar a las cibdades ni villas de mis rreynos que me enbien nombrada mente los tales procuradores mas que libremente ellos los puedan eligyr e sacar cada quelos ovieren de enbiar ami, e esto salbo en algund caso especial que yo entienda ser complidero a mi serviçcop.» De que eran más los casos excepcionales de intervención palatina que los generales de libre nombramiento concejil, decláralo la petición 37 de las Cortes de Toledo de 1462 y la displicente respuesta de Enrique IV cuyo proceder en tales casos está atestiguado por documentos ajenos a los cuadernos de Cortes, cual su conocida carta a los electores de Sevilla recomendando sean elegidos un miembro de su consejo y un secretario suyo⁴⁰.

³³ *Cortes de León y de Castilla*, III, 20-21.

³⁴ *Cortes de León y de Castilla*, III, 56.

³⁵ *Cortes de León y de Castilla*, III, 120-121.

³⁶ *Cortes de León y de Castilla*, III, 407-408. Petición 60.

³⁷ *Cortes de León y de Castilla*, III, 569-570. Petición 60.

³⁸ *Cortes de León y de Castilla*, III, 683-684. Petición 9.^a

³⁹ *Cortes de León y de Castilla*, III, 729-730.

⁴⁰ La copia DIEGO ORTIZ DE ZUÑIA: *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, metrópoli de Andalucía*. Madrid, en la Imprenta Real, III (1796), 15.

La carta está fechada a 22 de octubre de 1457. Los recomendados son «el alcaide Gonzalo de Saavedra, de mi Consejo, e mi Veintiquatro de esa ciudad, e Alvar Gomez, mi Secretario, e Fiel executor de ella». Dice

Por si semejantes manejos no bastaran a debilitar la voz de las ciudades, los monarcas prescinden de lo acordado en las Cortes según su personal gusto. De nada sirve que se acordase en Cortes la no acumulación de regimientos públicos, porque Juan II dispondrá lo contrario a su antojo⁴¹; el contenido, mitad lección, un poco de reprimenda humilde y sobre todo súplica, que es el contenido de la petición 14 de las Cortes vallisoletanas de 1440⁴² deja sin dudas que el mal seguía en pie con evidente menosprecio de la institución parlamentaria.

En tercer término, los reyes del siglo XV vienen a trocar inútiles las convocatorias de las asambleas al falsear la prerrogativa del voto de los tributos, unas veces dejando a los gobernantes la facultad elástica de ampliar los créditos en caso de necesidad, como en las toledanas de 1406, otras empleando el dinero para fines distintos de los propuestos, cual la utilización por el infante don Fernando de Antequera de los subsidios aplicables a la guerra de Granada en pro de sus pretensiones al trono de Aragón o el empleo irregular de los tributos otorgados por las Cortes de Olmedo de 1445, siendo también inútiles las quejas. Algunas veces, como ocasión de la protesta movida en las Cortes de Valladolid de 1420 contra el reparto de las ocho monedas hecho por Juan II para armar una flota en ayuda del rey de Francia, parece cejar el monarca cuando los representantes populares le manifiestan con energía «que fablando so la dicha protestaçon e conla mayor e mas omill rreverençia que podemos las cibdades e villas delos vuetros rreynos sentyan e sienten muy grant agravio al presente e muy grant escandalo e temor en sus coraçones, de lo que adelante se podría seguir, por les ser quebrantada la costumbre e franqueza tan amenguada e tan comun por todos los sennores del mundo asy de catolicos commo de otra condiçion, la qual toda su autoridad e estado seria amenguado e abaxado, non queda otro privilejo nin libertad de quelos subditos puedan gozar ninaprovechen, quebrantando el sobre dicho»⁴³. Más a la postre, la marcha de la concentración de poderes en el príncipe no se detiene por la confesión de arrepentimiento a causa de unas protestas; las reclamaciones contra Enrique IV en la décima petición presentada a las Cortes reunidas en Ocaña en 1469, tienen valor más de procedimiento en el cobro que de mala inversión en lo otorgado, siendo así que éste era uno de los motivos de queja⁴⁴; es una previsión de que los fondos van a ser mal empleados, no un gesto de rotunda gallardía.

el rey: «Mi merced e voluntad es, que ellos sean procuradores y vosotros los nombredes y elijades por procuradores de esa dicha ciudad, y no a otros algunos.»

⁴¹ Vide las quejas contenidas en la petición 55 de las Cortes zamoranas de 1432, en *Cortes de León y de Castilla*, III, 158-160.

⁴² *Cortes de León y de Castilla*, III, 389-391.

⁴³ *Cortes de León y de Castilla*, III, 25.

⁴⁴ *Cortes de León y de Castilla*, III, 799: «Por cierto muy poderosos sennor, vuestros subditos e naturales conosçcen en quanto detrimento es venida vuestra corona rreal, a quanta nesçesidad e pobreza tiene vuestra alteza, e desto todos han muy gran pesar, e usando dela fidelidad e lealtad que con vuestra alteza, han tenido querian rremediar e socorrer a vuestras nesçesidades e cumplir vuestro mandado, pero avemos rreçelo que si con alguna contra vuestros erreynos sirven a vuestra sennoria esta será muy mal cobrada e destribuyda e que con ella no saldría vuestra alteza de nesçesidad.»

Una serie de concausas actuando de consuno fuerzan el equilibrio del sistema político existente durante el último tercio del siglo XIV. Las tesis romanistas, imperantes por todos los rincones del continente europeo; la tendencia a reforzar el poderío de la Corona, como único procedimiento de resistir a los desafueros de la nobleza enriquecida en demasía; la pérdida del sentido democrático en la elección de los procuradores; la reducida cuantía de las ciudades con voto en Cortes; el desbarajuste de las pugnas intestinas; y otras razones menores contribuyen a hacer que en los finales de la Edad Media sea la Corona el poder sólido en el reino castellano, al paso que las instituciones de representación popular se debaten en una irremisible decadencia. El brazo firme de los Reyes Católicos, al cortar la imperante anarquía de los caudillos de cuchillo y horca, consumará la crisis de las Cortes al mostrar su impotencia y al poner de relieve que únicamente la realeza puede cortar los vuelos que a las clases superiores dieran los repartos de las mercedes enriqueñas. La aristocratización de los concejos hace de los representantes voces de la minoría elevada en lugar de decir de los pueblos. Al aristocratizarse los concejos se confunden con el clero y con la nobleza en el despego popular. Por eso los Reyes Católicos hallan en los juristas y en el pueblo soportes para su política debeladora de las clases nobles y arrastran a los núcleos inferiores de la población cuando combaten a los sectores del clero, de la nobleza y de la anquilosada y restringida representación de las ciudades. En el fondo, la política de los Reyes Católicos atacando a los grupos favorecidos por Enrique II y Juan I, y rompiendo en provecho del trono el equilibrio iusconstitucionalista del 1380, es un retorno a la política de Pedro I; lo que sucede es que mientras Pedro I procediera sin prudencia, los Católicos obran con rigor medido; de ahí que la historia llame a aquél el Cruel y a estos los Justicieros. En el fondo, operan según la misma tendencia de aliarse con el pueblo para combatir a las minorías de selección. Concluyendo todos en un cesarismo democratizante que nada tiene que ver con el sistema de gobierno según libertades propio del iusconstitucionalismo que culmina en Juan I.

5. RESUMEN

La Castilla que comenzara a modo de empresa de unos varones con fe en sus propias obras, adquiere personalidad histórica cuando éstos hacen patente que saben resistir los empujones alárabes en la misma ocasión en que los nobles henchidos del prestigio visigodo acorren a refugiarse en las breñas asturianas delante del empuje de los soldados de Abderramán II. El esqueleto del nuevo pueblo lo integra una numerosa nobleza solariega de segundo grado, inferior, a la alta aristocracia palatina de León, pero orgullosa de las *presuras* y de las conquistas que por sí sola llevó a cabo. Los jueces son meros ejecutores del sentir de estos solariegos menores, los condes sus cabezas naturales y los primeros reyes castellanos entre ellos hallan sus mejores adalides. La jura de Santa Gadea no es sino la desconfianza de los guerreros infanzones frente a las maquinaciones cortesanas.

A partir del siglo XIII la estructura política del reino se ordena en torno a un monarca que gobierna por sí propio, pero que comparte con las representaciones de los tres brazos populares el ejercicio de la fijación de las leyes. No bien determinados los límites y funciones del rey y de los estamentos, el equilibrio político se altera según mude el vigor de la persona de aquél o las oportunidades y coherencia de éstos; bien que durante la primera mitad del siglo XIV se afirmen con seguridad ciertos postulados básicos, como, por ejemplo, la necesidad del voto de los tributos para que el monarca pueda proceder a su exacción. Situación de inestabilidad que ha hecho posible sean emitidos los juicios más contradictorios acerca de la importancia efectiva de las asambleas castellanas, que a juicio de Martínez Marina gozaban de auténticas facultades legislativas⁴⁵, mientras que Manuel Colmeiro pone en duda tales atribuciones⁴⁶ y Antonio Sánchez Maguel las niega terminantemente, poniendo en los reyes los solos sujetos del poder de legislar⁴⁷.

El desprecio de Pedro I hacia las clases superiores se trueca en desdén hacia las reuniones de Cortes y en la tendencia a apoyarse en el pueblo bajo, con la consiguiente sustitución del aparato de equilibrio político por un cesarismo tácitamente plebiscitario. Arrastra a las masas y en su nombre desprecia a las Cortes que pudieran delimitar regularmente sus poderes.

La ascensión de Enrique II supone un acentuado respeto a las minorías escogidas, ya que ha de apoyarse en ellas para lograr mantenerse en el trono. Su reinado, y sobre todo el de su hijo Juan I, acusan las más perfectas huellas del funcionamiento del legalismo iusconstitucionalista.

La política de entrega a los nobles y al clero reduce a la larga la importancia del brazo de las villas, por cuanto otorga muchas de éstas a señores, con cuya entrega pierden el derecho a voto en Cortes, resultando así a la larga harto perniciosa la política de los primeros Trastámaras. Bajo Enrique III el eje de la máquina gubernamental castellana pasa al alto clero y a la gran nobleza.

Los excesos de los primeros estratos sociales y el anquilosamiento paulatino de la representación popular, cuajan en una serie de luchas menores que, a lo largo del reinado de Enrique IV, colocan al país al borde de la anarquía y del desgobierno. La salida de la crisis no estuvo ya en retornar al sistema de Enrique II y Juan I, porque

⁴⁵ FRANCISCO MARTÍNEZ MARINA: *Teoría de las Cortes*. Madrid, Fermín Villalpando, 1813, escribe al tomo II, pág. 200, que «desde el origen de la monarquía hasta el tiempo de la dominación austriaca todos las leyes se hacían en las grandes juntas del reino o por los brazos del estado o por el rey con acuerdo, consentimiento y consejo de la nación». Abundando en idéntica opinión, los hermanos R. W. Y A. J. CAS-
LYLE, en su *A history of mediaeval political theory in the west II* (Edinburgh and London, William Blackwood & Sons, 1938), 61 les atribuyen «a legislative or quasi-legislative authority».

⁴⁶ MANUEL COLMEIRO: *De la Constitución y del Gobierno de los Reinos de León y Castilla*, I (Madrid y Santiago, Angel Calleja, 1855), 375 y 377.

⁴⁷ ANTONIO SÁNCHEZ MAGUEL: *Naturaleza política y literatura de las Cortes peninsulares anteriores al sistema constitucional*. Discurso leído en la Universidad Central en la solemne inauguración del curso académico de 1894 a 1895. Madrid, 1895, pág. 1-11.

Compara el poder legislativo de los reyes castellanos al de los césares romanos, salvo la diferencia de que éstos tenían su poder del pueblo y a aquéllos le venía por gracia de Dios.

los abusos de los grandes señores y la aristocratización de los consejos han destrozado para siempre el armónico equilibrio de la Corona y de las varias clases sociales, que es inexcusable para un discreto funcionamiento del aparato constitucional. La única salida viable radicó en el fortalecimiento de la realeza, calurosamente defendido por los corifeos del redescubierto derecho justiniano; échase al pueblo, que no se siente ya representado por el brazo popular en manos de los reyes y adviene la política de los Reyes Católicos a cerrar la Edad Media castellana en un afán calculado de poner coto a los desmanes de los nobles, sin que al hacerlo restauren el brillo de las Cortes, a las que vienen a transformar en coro de una tragedia de la cual los monarcas son los únicos protagonistas. En 1474 todo gira alrededor del cetro real; el iusconstitucionalismo de Juan I ha muerto para siempre; los reyes son los representantes naturales de las masas de población, deseosas de orden y con apetito de ser mandadas. El iusconstitucionalismo fue en Castilla planta de jardín con poca vida; dura un cuarto de siglo, los últimos años del XIV, habiendo nacido casi por una casualidad histórica. Con los Reyes Católicos retorna el más propio gobierno castellano, la alianza de infanzones y de reyes que simbolizó Sancho II frente al aristocratismo leonés, que pobló de leyendas admirativas la memoria de Pedro I y que siempre sintieron los hijos de una tierra que para ser buenos vasallos no requerían ordenamientos legalistas, sino tan sólo que los mandara un buen señor.

CAPITULO II

La transición: mosén Diego de Valera

1. EL PERSONAJE Y SUS OBRAS

Si, como he pensado en muchas ocasiones, no cabe mejor representación plástica del alborotado bullir del siglo XV que el friso externo de la baranda de la escalera mayor de mi Universiad salmantina, Diego de Valera ha de ser aquel caballero alegre y decidior al que hacen carantoñas báquicas villanos y pastores; porque nadie como él, en la variedad de sus acciones como en la múltiple capacidad humana para todas las cosas realizables, puede sintetizar la conjuntiva de aquel abirragamiento mental, suma de colores indecibles y troquel de pasiones desmandadas.

Su vida es ya tema de una novela o, si se quiere, de una de esas biografías noveladas hoy en boga, sin necesidad de cambiar apenas una tilde ni de aderezar con un solo adarme de fantasía lo que ya nos es comprobado cosa suya. En el centro del siglo XV, nace doce años después de empezar y muere otros doce justos antes de que concluya, viviendo desde 1412 hasta 1488. Doncel de Juan II a los quince años, senador luego del príncipe don Enrique, asistente a la batalla de Higuera en 1435, armado caballero delante de los moros de Huelva en 1435, antes de cumplir los treinta años su red de aventuras le traslada a Francia y a Bohemia, combate contra los secuaces de Juan Huss, visita Dinamarca, Inglaterra y Borgoña, actúa de embajador cerca de Carlos VII de Francia y todavía vuelve en 1445 para asistir a la batalla de Olmedo. Enemigo de don Alvaro de Luna, demuestra sus dotes políticas oponiéndose como procurador por Cuenca en las Cortes reunidas en Tordesillas en 1448 al embargo de los bienes de los enemigos del omnipotente condestable e interviene cinco años después en la caída y prisión del favorito. Oscurecido breves años, corregidor de Palencia al mediar su siglo, al servicio de varios grandes, se fija desde 1470 en el Puerto de Santa María, salvo un breve traslado a Segovia con desempeño del cargo de corregidor. Defensor acérrimo de la causa de los Reyes Católicos, todavía a los setenta años tiene arrestos para encargarse del mando de la escuadra del Estrecho. Tras unos

meses de estancia en Madrid hacia 1487, piérdense sus huellas documentales en los postreros días de su vida.

He indicado a grandes hachazos la carrera humana del personaje, porque sólo teniendo presente es posible inferir la calidad de su legado literario. Cuanto de variado hay en su vida, hay de variado en las materias que ante la pluma tuvo. Verdad es que su máxima especialidad fue la ciencia de la noble caballería, con sus allegados de heráldica y ceremonial, tanto que para algunos críticos su *Tratado de las armas o de los raptos* es la más completa de sus obras¹, y que, a lo menos, ha de reconocérsele sobresalientes conocimientos en tales cosas²; pero ello no debe empequeñecer su valía en otros sectores del saber humano, menos eficientes tal vez para un caballero del siglo XV, pero en los que mosén Diego de Valera despositó semillas maduras en su afanosa vida novelesca. Así es historiador, y de mérito insigne, en tres obras históricas fundamentales: *La Crónica de España*, concluida en el Puerto de Santa María en 1481³; el *Memorial de diversas hazañas*⁴, incluido en la Colección de Rivadeneira; y la *Crónica de los Reyes Católicos*, doctoramente editada por el profesor Juan de M. Carriago en 1927⁵. Mitos de interés en los que un historiador exigente echará, como Civot, de menos el aparato crítico y la recta clarividencia de los humanistas como Jean de Maryarit⁶; pero que nos refieren la historia de España, la de Enrique IV y la de los Reyes Católicos, respectivamente, según un plan y con una unidad lógica que ha merecido los elogios de algún sabio historiador moderno⁷.

Y es moralista, componiendo escritos cuales el *Tratado de providencia contra fortuna* que enderezó al marqués de Villena, don Juan Pacheco⁸, o el *Breviloquio de virtudes*, que dedicará al conde de Benavente don Rodrigo Pimentel⁹, escritos llenos de saber al modo de entonces y de una transparente enseñanza que será calificada con aplauso dentro de los más exigentes tratados de didáctica política.

Y es, sobre todo, escritor político en todas las facetas con que brilla esta vocablo. Aconsejador de príncipes, oportuna o importunamente, con amonestaciones de que

¹ LUCAS DE TORRE Y FRANCO-ROMERO: *Mosén Diego de Valera. Apuntaciones biográficas seguidas de sus poesías y varios documentos*. Madrid, Fontanet, 1914, pág. 65.

² JOSÉ ANTONIO DE BALENCHANA: *Introducción a la edición de las Epístolas enbiadas en diversos tiempos a diversas personas*. Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1878, pág. V.

³ Salamanca, s.e., 1493.

⁴ Biblioteca de Rivadeneira, LXX (1878), 1-95.

⁵ Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1927. Fue compuesto entre 1486 y 1487, según conjetura su editor Juan de M. Carriago a la página 91 del prólogo a su edición crítica. Madrid, 1941. *La Coronica del muy valeroso y envencible Caballero el Ciél Ruy Díaz Campeador*. Sevilla, Alvaro de la Barrera, 1587, es en realidad una edición con título y cuerpo aparte de los capítulos 38 a 105 de la Parte III, folios 47a 73a de la *Crónica de España*, citada en nota 3.

⁶ La *Crónica de España* es para Georges Cirot «l'oeuvre d'un retardataire, d'un vulgarisateur peu au courant, d'un abreviateur sans érudition personnelle». —*Las Histoires générales d'Espagne entre Alphonse X et Philippe II (1284-1556)*. Bordeaux, Feret et Fils, 1905—. Tomo I, pág. 41.

⁷ JUAN DE M. CARRIAGO: *Introducción a la Crónica de los Reyes Católicos*, 106.

⁸ Impreso a continuación de *los pubios utilissimos del Ilustre cavallero dó Iñigo Lopez de Médoza marques de Santillana*, s.l.n.a., letra gótica del siglo XV, a los folios 32c - 34b.

⁹ Manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid, número 12672, folios 84-90.

quedan pruebas en sus notabilísimas cartas, joyas de lenguaje y patentes de altiva independencia de opinión: razona cuestiones económicas, como las incidencias atañentes a la acuñación de monedas y recogida del oro amonedado en los reinados anteriores al de los Reyes Católicos; planea la organización de la marina de Castilla con cálculos exactos de tonelaje, tripulación y necesidades; compendia la doctrina política de la época en su *Doctrinal de príncipes*¹⁰; amonesta las ventajas de la paz, tanto en algunas de sus epístolas como en un escrito especial sobre ello¹¹; ordena un completo *Ceremonial de príncipes*¹², ya lindando con sus estudios favoritos, y traslada todo el eticismo sociológico en boga a las letras de su *Espejo de verdadera nobleza*¹³. Ciertamente que pocos hombres del siglo XV anduvieron tantos caminos intelectuales de la política, y menos todavía con tanto acopio de noticias y tanta lucidez de ingenio.

Tal conjunto de obras denotan el panorama del ideario: es la expresión depurada de las reacciones y de los juicios que la realidad podía suscitar en un caballero andariego que además poseyera ambiciones políticas y hubiere gastado largas vigiliass en cobrar puntos de letrado.

2. OJEADA A LAS FUENTES

Puntas de letrado que aparecen en las fuentes, mejor dicho, en su empeño de alardear fértil provecho en el uso de las fuentes, sobre todo de familiaridad con clásicos en general y con los que hoy llamaríamos especialistas.

Su autor favorito es Séneca, tanto que rara es la obra en que no le cite. Si envía *El espejo de verdadera nobleza* a Juan II es porque en trance apurado de su vida recordó unas palabras de Séneca a Lucilio¹⁴; en su correspondencia le menciona a menudo, sea a reyes¹⁵, sea a iguales¹⁶; o el *Ceremonial de príncipes*, libro tan típicamente medieval, arranca asimismo de una cita del cordobés¹⁷, tal como otro trabajo tan poco dado a clasicismos como el *Memorial de diversas hazañas*¹⁸; a tanto llega su constante aprecio de los dichos de Séneca que a él acude en busca de armas

¹⁰ *Doctrinal de príncipes dirigido al muy alto e muy excelente príncipe mío señor don Fernando por divinal prudencia Rey de Castilla de Leon e de Cecilia primogénito heredero délos reynos de Aragón*. Biblioteca Nacional de Madrid, manuscrito 12672, folios 1-36. Otra copia en el manuscrito 1341, folios 113-146. No he alcanzado a ver el ejemplar impreso. La dedicatoria a Fernando el Católico, invalida la opinión de Gino V Solenni, de que lo había redactado antes de 1477 en su artículo *On the date of composition of Mosén Diego de Valera's Doctrinal de príncipes*, publicado en *The Romanic Review*, XVI (1925), 87-88.

¹¹ *Siguese el tratado exortación de la paz*, en la Biblioteca Nacional de Madrid, manuscrito 1341, folios 47-59 vto.

¹² *Cirimonial de príncipes*, en *Epístolas*, edición de 1878, págs. 305-322.

¹³ *Espejo de verdadera nobleza*, en *Epístolas*, edición de 1878, págs. 167-231.

¹⁴ *Espejo de verdadera nobleza*, 169.

¹⁵ Por ejemplo, en sus cartas a Fernando el Católico desde el Puerto de Santa María, fechadas a 4 de agosto de 1478 y a 24 de diciembre 1485; en *Epístolas*, págs. 36 y 90, respectivamente.

¹⁶ Por ejemplo, en la carta que desde Segovia envía a Diego del Castillo. *Epístolas*, 45.

¹⁷ *Cirimonial de príncipes*, 307.

¹⁸ *Memorial de diversas hazañas*, 3a.

para fortalecer sus argumentos en defensa del sexo femenino en diversos hechos de su *Tratado en defensa de virtuosas mujeres*¹⁹.

Tras de Séneca, es Aristóteles su predilecto entre los clásicos. Un Aristóteles al que aún aureola el prestigio inmenso de señor de la filosofía y que para Valera constituye la suma del saber.

Aristóteles aparece, por ende, en sitios tan poco filosóficos como el *Tratado en defensa de las mujeres*²⁰, el *Espejo de verdadera nobleza*²¹ y el *Memorial de diversas hazañas*²². Salustio²³ y Ovidio²⁴ les siguen en aprecio. En cambio, no hay referencias directas a Platón.

Sus fuentes patrísticas son también claras; y sobre todas, San Agustín²⁵.

Conoce a los italianos de las anteriores centurias. Sobre todo Bártulo es entre los medievos lo que Séneca entre los antiguos. El *De dignitatibus*²⁶ y el *De armis*²⁷ son traídos con frecuencia. Imprescindible es Bocaccio y su «Corvacho» en la disputa sobre la bondad de las mujeres²⁸, lugar común tras la obra de Alfonso Martínez de Toledo; pero que también recuerda como «Juan Vocacio» en otros lugares, cual el *Espejo de verdadera nobleza*²⁹. Allí cita asimismo las canciones morales de Dante³⁰, demostrando en conjunto haberle sido accesibles los grandes maestros de la Península hermana, sea en el derecho, sea en la bella literatura, sea en prosa o sea en verso.

Lo que sobre Francia sabe es lo que sacó «del cardenal Martigno en su crónica que de los reyes de Francia escribió llamada martiniana», debiendo ser este el cardenal Martín.

De él toma nada menos que un tratado entero, el *Tratado de la genealogía de los Reyes de Francia* que dedicó al caballero Juan Terrín³¹.

Finalmente la conocida *Estoria theotónica* es su hontanar máximo acerca de las cosas alemanas o del Imperio³², entrando también a saco en ella para resolver dudas heráldicas³³.

Mas todo ese conjunto de lecturas no agotan la tabla de sus fuentes. En hombre como Diego de Valera, la erudición, por muy recargada y pedantesca que sea, nunca

¹⁹ Editado por BALENCHANA en el tomo de las *Epístolas*, 1878, págs. 123-142.

²⁰ *Tratado en defensa de virtuosas mujeres*, 131, 134, 138 y 139.

²¹ *Espejo de verdadera nobleza*, 173.

²² *Memorial de diversas hazañas*, 3^a.

²³ *Tratado en defensa de virtuosas mujeres*, 131.

²⁴ *Tratado en defensa de virtuosas mujeres*, 140.

²⁵ Vr. gr. en el *Tratado en defensa de virtuosas mujeres*, 130.

²⁶ *Cirimonial de príncipes*, 309. *Espejo de verdadera nobleza*, 173 y 221.

²⁷ Carta a don Alfonso de Velasco desde el Puerto de Santa María a 9 de mayo de 1475, en *Epístolas*, 21.

²⁸ *Tratado en defensa de virtuosas mujeres*, 140-141.

²⁹ *Espejo de verdadera nobleza*, 173.

³⁰ *Ibidem*.

³¹ En Biblioteca Nacional de Madrid, manuscrito 1341, folios 328-338 vto.

³² *Cirimonial de príncipes*, 309.—*Prebeminencias y cargos de los oficiales d'armas*, en *Epístolas*, 235. *Tratado de las armas publicado con el título de Tratado de los raptos e desafíos*, en *Epístolas*, 248.

³³ Por ejemplo, remite a ella cuando contesta a los Reyes Católicos desde Segovia, a 6 de julio de 1480, indicando los más convenientes para elevar al marquesado de Moya a don Andrés de Cabrera, en *Epístolas*, 49.

alcanza a enturbiar la clara visión inmediata de las cosas. Amén que sus lecturas, y más que sus lecturas, son sus viajes y la experiencia que dan los choques del vivir los que cincelan una personalidad de estas calidades.

Las lecturas resbalan sobre su imaginación, reflejándolas con la fidelidad indiferente de un espejo, y por eso adolece de aquella carencia de crítica histórica que puntualizó Georges Civot y que le lleva a considerar a la Dacia como porción de Dinamarca³⁴ o repetir la historicidad de Hércules y de su venida a la Península³⁵; y por eso también su mente presta adhesión al cúmulo de los misterios provenientes de fuerzas secretas y maravillosas, demoniacas o materiales. Cree en Hércules lo mismo que creía que el Papa Pablo II llevaba un demonio familiar encerrado en un anillo³⁶ o que los cometas eran signos de acontecimientos importantes³⁷ o que las espigas manaban sangre al ser regadas en un pueblo de Toledo³⁸.

En contraste con esa credulidad para lo maravilloso y con ese repetir sin más lo antes leído, carencia de espíritu crítico que nunca se ha de pedir a un caballero del XV andariego y reñidor, ¡cómo brillan sus juicios sobre lo visto en sus viajes! Aquella definición de Bruselas como «una de las más gentiles villas que hay en Alemania ni en Francia»³⁹, atesora más cultura auténtica y más saber conscientemente vivido que todas sus referencias a Bártulo o a Séneca.

Por eso son también datos dignísimos de su obra dos condiciones atañentes al caballero: la lealtad y la independencia. Es caballero porque es leal, en tanto grado que su prólogo dedicando el *Doctrinal de príncipes* a Fernando el Católico es señal de cómo procuró servir con las letras y los consejos quien antes lo hiciera a sus reyes con las armas⁴⁰; cosa en razón a quien habiendo combatido al condestable don Alvaro de Luna, no acorrió a ser cuervo de sus despojos. Es independiente, y de ello dan testimonio las respuestas a cierto amigo que le tachó de loco por haber escrito la arrojada carta que dirigió a Juan I sobre los males del reino, «Que por cierto dice —hipócritamente o no, pero con indudable entereza— solamente lo que a escribir me movió, fue verdadero zelo al servicio de Dios a que la doctrina evangélica todos días nos amonesta sin faser diferencia entre personas y estados; e deseo singular al bien destos reynos, al que la razón natural nos obliga; e amor entrañable al Rey nuestro señor a que las leyes posytivas e naturales nos costringen e apremian. Pues piensa agora, yo te ruego, si son estas cosas de mayor precio que los males o daños que de lo escripto venir me podían, por grandes que fuesen»⁴¹.

Tan completo hombre de su hora que a aquellos incommovibles juicios sobre el honor o la lealtad, a aquella rectitud teñida de ambiciones y a aquel creer a pie

³⁴ *Crónica de España*, 31d.

³⁵ *Crónica de España*, 18b-19a.

³⁶ *Memorial de diversas hazañas*, 62a.

³⁷ *Memorial de diversas hazañas*, 48b.

³⁸ *Memorial de diversas hazañas*, 48b.

³⁹ *Memorial de diversas hazañas*, 17a.

⁴⁰ *Doctrinal de príncipes*, 1-1 vto.

⁴¹ *Epístolas*, 15. Fechada en Toledo a 31 de marzo de 1447.

juntillas en nigromancias maravillosas, junta su dejo de ironía con las cosas sagradas. Un dejo patente en sus poesías y que molestó a Menéndez y Pelayo al juzgarlas por mediocres⁴² cuando en realidad las ornan méritos apreciables. Pareja irreverencia a la cometida por Alvaro de Luna cuando, para ponderar los encantos de una dama, aludía a una posible competición con Cristo, es la que descubren los *Salmos penitenciales de amor*⁴³ o la *Letanía de amores*⁴⁴. Cuando impetra a los magnos antiguos diciéndoles

«o vos sabios confesores
Omero, Ovidio, Platón,
de gloria merescedores
rogad por mi salvación»

no hace otra cosa que seguir la corriente media de un caballero de su alcurnia y de sus circunstancias, ni mejor ni peor que los demás, aunque más avispado y audaz que todos.

La vida y los escritos de mosén Diego de Valera descubren una persona aguda e impulsiva, nerviosa e inquieta, hazañosa y emprendedora, culta como el que más entre los seglares cortesanos de Juan II, crédula como todos, irreverente como la moda, brillante en los torneos y en los saraos; de opiniones propias y osadas, recatadas sólo en los límites de la conveniencia, fácil en el decir y en el obrar, resistente a los hombres y a los años. Encarnación modelar del caballero castellano del XV en sus formas más características y extremas, estampa como pocas válida para conocer una de las más movедizas y apasionantes épocas de nuestra historia.

Y su pensamiento político no hará más que reflejar estas condiciones personales en lo vivo, en lo agudo, en lo desordenado, en lo oportunista, en lo certero y en las dimensiones de su esfuerzo constructivo.

3. ETICA MEDIEVAL CON CONSECUENCIAS POLITICAS

La ética es medieval, o si se quiere aristotélico-escolástica. Claro, pues no siendo Diego de Valera letrado graduado en universidades, escápasele la técnica terminológica de la escuela y cifra sus ideas en apreciaciones tomadas de sus lecturas, más o menos desordenadas. Es la moral de un autodidacta, con fe cristiana.

En su *Doctrinal de príncipes*⁴⁵, lo mismo que en su *Breviloquio de virtudes*⁴⁶, repite las definiciones formuladas por Panecio, Aristóteles, Lactancio, Cicerón, San Agustín y San Gregorio para deducir que, aunque parezcan dispares entre sí, concuerdan

⁴² MENÉNDEZ PELAYO: *Antología poetas líricos castellanos*, II (1944), 237.

⁴³ Publicadas por LUCAS DE TORRE Y FRANCO-ROMERO: *Op. cit.*, págs. 88-100.

⁴⁴ Apud. LUCAS DE TORRE Y FRANCO-ROMERO: *Op. cit.*, 86-87.

⁴⁵ *Doctrinal de príncipes*, 28.

⁴⁶ *Breviloquio de virtudes*, 86 vto.

teleológicamente en apartar el mal y traer el bien. Sus aprendizajes dogmáticos y sus aprendizajes clasicistas dan la siguiente clasificación de ellas:

Virtudes: { Cardinales: prudencia, temperancia, fortaleza, justicia.
Teologales: fe, esperanza, caridad.
Intelectuales: filosofía natural y racional, metafísica, matemática y geometría.
Corporales: fuerza del cuerpo⁴⁷.

Circunda la clasificación con un manojo de citas sin nada personal para detenerse en la consideración de dos de ellas: la fortaleza que, siguiendo a Aristóteles y castellanizándolo, llama «acometimiento de terribles cosas»⁴⁸; y la justicia, que trata con igual repetición de ideas del estagirita, recordando sus cuatro especies de legal, particular, conmutativa y distributiva en términos conocidísimos que no creo preciso reiterar ahora⁴⁹.

Eran las que podían interesar a un caballero como él, y son las que marcan el tránsito a la política, porque valoran y encauzan respectivamente al esfuerzo del campeón. Pero el salto tiene lugar por otros dos caminos: por la valorización de la paz cual virtud inseparable de la justicia y por la consideración del tema de la fortuna, ineludible en el cortesano que convivió con Juan de Mena y que se hallaba al tanto de la cultura italiana contemporánea.

El primer camino lo señalaba el tratado titulado *Exortación a la paz* y sus cartas para Juan II y Enrique IV. La paz se le antojó el «soberano bien entre las cosas humanas»⁵⁰ y la condición imprescindible para que aliente la justicia⁵¹. A tenor de lo cual sus cartas a los reyes machacan insistentemente en las conveniencias del orden interno de los reinos y de la general concordia. Estando en 1441 Juan II en Avila, le escribe antes de que el rey de Navarra y el príncipe Enrique entrasen en Medina del Campo a fin de recordarle que debe perdonar y evitar una batalla que nada remediaría⁵²; consejo que repite en 1447, entrando Juan II en Tordesillas y amonestándole que con la violencia no cabe pacificar a un pueblo⁵³, en palabras que nunca perderán actualidad. Palabras sinceras y no artificio de lucha política, según lo prueba que, hablando de Enrique IV y de las esperanzas que hizo concebir al comienzo de su reinado, haga notar en el *Memorial de diversas hazañas*, donde ningún provecho podía

⁴⁷ *Doctrinal de príncipes*, 28-28 vto.

⁴⁸ Dice seguirle «en el tercero libro de las heticas». *Breviloquio de virtudes*, 88.

⁴⁹ *Exortación de la paz*, 52-53. *Breviloquio de virtudes*, 87-88. Dice seguir al «filósofo en el libro quarto de las heticas».

⁵⁰ *Exortación a la paz*, 47.

⁵¹ *Exortación a la paz*, 57.

⁵² *Epístolas*, 3-9.

⁵³ *Epístolas*, 10-13.

reportarle reiterar la idea, que «Los Reynos e Señorios mucho mejor se gobiernan e tengan con clemencia e amor, que con fuerza e rigor»⁵⁴.

Ese apego a la paz es una transición a la política de aquellas doctrinas aristotélicas que aprendió en los libros y que sus afanes de caballero quieren hacer carne real. Mas si lo quiere es, sobre todo, porque la paz es requisito para la estabilidad del orden social, porque sin la paz «ninguna cosa dura»⁵⁵.

La paz es, pues, un medio para combatir a la fortuna, alteradora constante de los ordenamientos políticos. Con lo cual hemos topado a la postre con la constante preocupación de los hombres de aquella hora, la de encontrar fórmulas que detengan ese cambiar incesante que la fortuna obra en las cosas de los hombres.

Es lo que procura resolver en su tratado *Providencia contra Fortuna*, obligado tributo que este hombre, encarnación del siglo XV, no podía por menos de pagar a la temática política renacentista.

Para combatir a la Fortuna hay que precaverse contra ella: he ahí su primera respuesta. Tanto más que sus mudanzas no son cosas leídas, sino vividas⁵⁶. Y a Diego de Valera lo que vive y no lo que lee es lo que le cala las entretelas del alma.

El acuciante acoso de la Fortuna caprichosa se vence por un camino que es término medio entre la paganía de la *virtú* maquiavélica y la ciega entrega a Dios del pensamiento estrictamente religioso. Realismo político cristiano el de Diego de Valera, tan original que él sólo bastaría, si otros méritos no tuviera, a proporcionarle un lugar de relieve sobresaliente en la historia de nuestro pensamiento político. Sin despreciar a la Fortuna ni dejar de confiar en Dios, busca con ojos pragmáticos la manera de arrebatarle su destructora iniciativa.

Tal es el valor político de los cinco consejos que da al conde de Benavente. Para vencer a la Fortuna ha de haber: servicio de todo corazón al rey como representante de Dios en la tierra; amor en los súbditos, requisito para aquella lealtad; riquezas sin las cuales ningún gobierno permanece; fortaleza, que hoy diríamos poder militar que infunda respeto; y grupo de amigos leales, aunque sean pocos, tres o cuatro, con quienes contar, suceda lo que suceda⁵⁷.

Tal es la manera de vencer a la Fortuna, según Diego de Valera. Una fórmula que aprendió en la vida y no en los libros, aunque exorne sus ideas con guirnaldas de citas innúmeras de San Agustín, de Boecio, de Terencio, de San Bernando, de Salomón y de los Salmos de David. Por haber sido su escuela la experiencia y poder haber mirado la cuestión sin perder un punto su condición de creyente caballero, su solución es a un tiempo cristiana y realista, tan alejada de las paganías como de las quimeras. Y por todo ello excelentemente original.

⁵⁴ *Memorial de diversas hazañas*, 4b. Al capítulo II.

⁵⁵ *Exortación de la paz*, 47 vuelto.

⁵⁶ «E para esto provar no son necessarias auctoridades: nin menos hystorias estrañas buscar, que abondamos en exemplos domesticos acaescidos en nuestros tiempos.» *Providencia contra Fortuna*, 32c.

⁵⁷ *Providencia contra Fortuna*, 32d-33a, 33c.

Porque en ella atiende a las cosas de la tierra; para «después de servir a Nuestro Señor»⁵⁸.

4. SOCIOLOGIA ETICISTA DE LA NOBLEZA

Sociológicamente, esta ética da una teoría eticista de la nobleza contenida sobre todo en los once capítulos de su *Espejo*.

Para definirla emplea idéntico procedimiento que al descubrir cual sea la virtud, y así encabeza su estudio con un capítulo donde recoge «las opiniones que los sabios antiguos cerca de la nobleza o fidalguía tenían»⁵⁹. Mezclando ya en el planteamiento de los sentidos ético y político del vocablo, para concluir eran tres, que apoya con fárrago de referencias: a) la consideración de los demás, que refiere a Aristóteles y a Bocaccio; b) la virtud, que alude a Aristóteles, a Dante, a San Ambrosio, a Boecio y a su preferido Séneca; c) el valor, acepción más medieval que antigua. Para saltar por encima de todas y copiar las tesis de Bártulo, a quien sigue en el resto del tratado según confesión propia.

Luchan, sin embargo, en su pensamiento el ideario del jurista italiano con la tradición agustiniana de adscribir la ciudad del diablo a la vida política. Bien sea cuando, por una parte, asevera que el príncipe es quien da dignidades, y no otro, en su calidad de representante de Dios en la tierra⁶⁰, tesis bartoliana; como inserta a renglón seguido el recuerdo de la Edad Dorada y achaca al crimen y a la violencia el origen de las desigualdades políticas en que la nobleza institucional consiste. Curioso caso, en verdad, el de este caballero, profesional del torneo y de la lanza, fiel servidor de reyes y señores, que, con alarde de erudición en fuentes de lectura, establece que «es de presuponer que en la primera edad todas las cosas fueron comunes, syn alguna diferencia entre los ombres aver, segunt los antiguos ystoriadores escriven; e despues la malicia en el mundo cresciendo, quien pudo más ocupar quebrantando el derecho de la humanal compañía, fijo suyo lo que primero de todos era; asy los mejores tiranos por más nobles fueron tenidos, e los que la natura yguales crió, la malicia desyguales fizo»⁶¹.

Son recuerdos de lo que leyó en Aristóteles y en la Biblia⁶²; vano oropel sin realidad alguna. Porque su verdadera creencia es que la nobleza constituye un presupuesto institucional que capacita hereditariamente para la virtud. Nueva mezcla de los valores ético y político del vocablo nobleza, que da al final su verdadera teoría, la de su condición y coyuntura: los cargos de gobierno han de proveerse en nobles.

⁵⁸ *Providencia contra Fortuna*, 32d.

⁵⁹ *Espejo de verdadera nobleza*, 173-176.

⁶⁰ *Espejo de verdadera nobleza*, 183.

⁶¹ *Espejo de verdadera nobleza*, 134.

⁶² Cita a la *Política* I, 4 y la historia de «Membroth», en págs. 134-135.

Para ello basta aferrarse al erudito armazón de textos que amontona en su *Espejo de verdadera nobleza* y observar sus impresiones delante de la vida cotidiana. Como Enrique IV nombrara a Miguel Lucas condestable y señor de Agreda «siendo hombre de poco estado y bajo linage» y proveyese el maestrazgo de Alcántara en Gómez de Cáceres «aunque de pobre estado, escudero hidalgo», atribuye a estos nombramientos alteraciones y desastres, porque en sus palabras, «no parecía preceder merecimientos, ni linage, ni virtudes tan señaladas de aquellas que dinos los ficiese de conseguir tan altas dinidades, acostumbradas a dar a personas notables y de grandes merecimientos»⁶³. Es la propia queja que enderezó al mismo rey en su valiente carta desde Valencia el 20 de julio de 1462, cuando le censura dar los altos puestos del reino «a ombres yndinos, no mirando servicios, virtudes, linages, ciencias»⁶⁴.

De lo dicho se infiere que nunca separó los sentidos ético y político al contemplar lo nobiliario. Moral e institución, virtud y sociedad son para él indiscernibles. Visión de caballero, que se atiene a lo que ve, aunque produzca confusiones por recoger relieves de ajenos juicios consagrados. La verdad fue que participó del orden establecido y que creyó en la fuerza de la sangre. Por encima de todo, hasta de las religiones profesadas. No en balde calificaba al rey de Granada de «caballero bien esforzado»⁶⁵.

Es su tránsito de la ética a la política, del barniz letrado al empuje del torneo. Por eso el *Espejo de verdadera nobleza*, que hemos visto comenzar con adobo de citas y según una definición moral de lo nobiliario, termina con un capítulo consagrado a separar las armas de dignidad de las de linage y que lleva el título de «Commo se deven aver las armas y en quantas maneras perderse pueden»⁶⁶. Es dar por lección lo que mantuvo defendiendo a su rey de las imputaciones del conde Ubrich de Cilli en la Corte del emperador Alberto.

5. TEORIA DEL PODER REAL

Si de la nobleza nos elevamos a la realeza, vemos iguales planteamientos. Tiene de la monarquía un concepto que se ha definido con justicia entre patriarcal y heroico⁶⁷. Yo diría que lo primero tomado de los libros, lo segundo de sus maneras de caballero.

Sabe, porque lo leyó en San Isidoro que rey viene de regir⁶⁸; sabe, porque lo vio en la segunda Partida que los reyes han de mantener a sus reinos en justicia, defendiéndolos de sus enemigos, castigando a los malos y premiando a los buenos⁶⁹; sabe,

⁶³ *Memorial de diversas hazañas*, 17b.

⁶⁴ *Epístolas*, 18. *Memorial de diversas hazañas*, 25a.

⁶⁵ *Memorial de diversas hazañas*, 19a.

⁶⁶ *Espejo de verdadera nobleza*, 221-229.

⁶⁷ JUAN DE M. CARRIAGO: *Introducción a la Crónica de los Reyes Católicos*, 75.

⁶⁸ *Doctrinal de príncipes*, 2-2 vto.

⁶⁹ *Doctrinal de príncipes*, 2 vto.

porque lo aprendió en Cicerón y en Séneca, que debe procurar más ser amado que temido de sus súbditos⁷⁰; sabe que es mejor la clemencia que la violencia en el gobierno, porque conoce lo que aconteció a David, a Salomón, a César, a Alejandro y a Augusto⁷¹; hasta bosqueja una descripción del rey perfecto valiéndose de modelos consagrados. Para recalcar cómo deben amar a Dios, se acordará de Salomón⁷²; que trabajarán, mirando a Trajano⁷³; que serán justos y misericordiosos, al mismo Trajano⁷⁴; que modestos y templados, a Vespasiano y a Antígono⁷⁵.

Las relaciones del rey con su pueblo se acuñan en moldes parecidos. Para saber que el reino constituye un cuerpo cuya cabeza es el rey, ha de acudir a Santo Tomás⁷⁶; para entender que el mal rey es tirano, ha de atenerse al Tratado *De Regia potestate* de Bártulo, al *De summo bono* de San Isidoro, a la *Etica Aristotélica*, al *Regimiento de Príncipes* atribuido a Santo Tomás y al *De officiis* ciceroniano⁷⁷.

A Bártulo va para deslindar las dos clases de tiranía, acompañándole un texto aristotélico, otro senequista y otro de la Partida II, título I, ley décima; y agrupando fuentes con verdadera maestría logra a veces páginas magníficas, en las que su aportación personal consiste en síntesis excelentes de cosas ajenas, pero verdadero compendio de la ciencia política de la época, como el cotejo entre rey y tirano expuesto en el capítulo V del *Doctrinal de Príncipes* y que debiera figurar en todas las antologías de nuestra literatura política.

Por su concisión y maestría lo transcribo aquí: «Segunt santo Thomas escribe en el libro suso adlegado a Seneca en el segundo de clemencia y agidio de roma en el tercero de su compendio, y el filosofo en el tercero y quinto de las políticas, la diferencia que ay entre el rrey y el tirano, es esta, qe rey tiene las armas para defender la rrepublica, y el tirano para ofenderla, el rrey busca el provecho de sus subditos, el tirano los aborresce e defama, el rrey busca la unidat e cócordía de sus subditos el tirano la disensión, e discordía, el rrey conserva e aumenta las grandes cosas e antiguas, el tirano las amégua e destruye, el rrey enriqueze sus subditos el tirano los enpobresce e desgasta, el rrey gobierna segút las leyes, el tirano segunt su voluntad»⁷⁸.

También supo noticias de experiencia. Una de ellas la de que no sólo tiranizan los reyes, sino también los nobles levantiscos. Por tiranos les trata en el *Memorial*⁷⁹ y en la *Crónica de los Reyes Católicos*⁸⁰. Mientras Isabel es reina justa, Pardo de Cela es el tirano de Galicia⁸¹. Otra la de que, así como los reyes legítimos pueden degenerar

⁷⁰ *Doctrinal de príncipes*, 22.

⁷¹ *Epístolas*, 11-12.

⁷² *Doctrinal de príncipes*, 4.

⁷³ *Doctrinal de príncipes*, 4 vto., 5.

⁷⁴ *Doctrinal de príncipes*, 5 vto.

⁷⁵ *Doctrinal de príncipes*, 12.

⁷⁶ *Doctrinal de príncipes*, 23 vto. Sin cita, el mismo concepto, en *Epístolas*, 16.

⁷⁷ *Doctrinal de príncipes*, 2 vto., 3.

⁷⁸ *Doctrinal de príncipes*, 25.

⁷⁹ *Memorial*, 94b

⁸⁰ *Crónica de los Reyes Católicos*, 11.

⁸¹ *Crónica de los Reyes Católicos*, 103.

en tiranos, otros que ascendieron ilegítimamente al trono pueden justificarse por su buen gobierno. Pedro I de Castilla y Juan I de Portugal, respectivamente, le enseñan lo que no tomó de Aristóteles ni de Séneca⁸².

Por lo dicho puede colegirse cómo conviven en la doctrina del poder de Diego de Valera la *Weltanschauung* del caballero con la erudición oropelizada de los códigos antiguos.

6. VISION DE LA CRISTIANDAD

Medieval a machamartillo, comulga en la convicción de existir una cristiandad abarcadora de distintos reinos y centrada en el eje que forman papa y emperador, dos luminare para él como fueron para San Bernardo⁸³. Leal servidor del rey de Castilla, confiesa ser más elevada la dignidad imperial, aunque recalque que su príncipe, como el de Francia, no se halla sujeto a los emperadores germánicos⁸⁴.

Por lo que toca al pontificado, acátale como creyente, más deplora y censura acremente la participación del obispo de Roma en las querellas intestinas de Castilla, sobre todo la conducta de su malquisto Pablo II, a quien critica por buscar el propio provecho más que el bien de la cristiandad⁸⁵. Quien conozca las circunstancias de la época no hallará ni irrespetuosas ni exageradas las palabras del creyente caballero castellano, que al escribirlas nunca creyó menoscabar sus convicciones religiosas.

7. PROFETA DE LAS ESPAÑAS

Habiendo intervenido activamente en los avatares de Castilla durante los tres reinados que alcanzó, Diego de Valera toma posiciones en cada uno de ellos, que delatan su actitud sucesiva tachando de débil a Juan II con todo respeto, de degenerado a Enrique IV con acritud violenta, y de providenciales a los Católicos con regocijo radiante.

Sus sentimientos respecto de los dos hermanos Enrique e Isabel es el colofón de un pensamiento político arrojado y vivo como pocos, verde siempre con lozanía primaveral pese a las otoñales hojarascas de una erudición huera y ficticia. La de Enrique que es tiránica gobernación⁸⁶; él era perezoso y mudable⁸⁷. La vivísima descripción, toda en negros colores, de la triste situación del reino, presa de ambiciones, campo de desafueros, rueda de atropellos y cubil de liviandades⁸⁸, de ser cierta, justifica sobradamente tan acres comentarios.

⁸² *Doctrinal de príncipes*, 26-26 vto.

⁸³ *Cirimonial de príncipes*, 310.

⁸⁴ *Cirimonial de príncipes*, ibídem.

⁸⁵ *Memorial de diversas hazañas*, 39b-40a.

⁸⁶ *Epístolas*, 46.

⁸⁷ *Memorial de diversas hazañas*, 46b, 48b, 24a.

⁸⁸ *Crónica de los Reyes Católicos*, 5.

Por eso el advenimiento de los buenos reyes hinchó de gozo las velas de su ser. Fue un milagro de Dios, cumplimiento de profecías de San Isidoro⁸⁹, una predestinación celestial trajo a Isabel⁹⁰, una mano milagrosa la salvó de las asechanzas del maestre de Calatrava don Pedro Girón⁹¹. Nimbos de maravilla y de maravilla obra indudable del Rey de los Reyes, aureolan a la que él mira como salvadora del trono castellano.

Y no es adulación, sino sinceridades, porque mosén Diego de Valera es maestro insigne en las independencias ariscas y censura a los monarcas sin miedos ni temores. Lo hizo con Juan II, lo hizo agresivamente con Enrique IV, lo hará si llega el caso con Fernando el Católico. Cartas suyas quedan en las que censura medidas de gobierno a su ver erradas, como la de 10 de agosto de 1476 contra los pechos excesivos en beneficio de las iglesias, aljamas y mercaderes⁹², redactada en viril lenguaje libre. Lo que sucede es que Fernando era muy otro que Enrique y agradece los consejos en lugar de despreciarlos⁹³. Al leer la respuesta de su rey, mosén Diego de Valera debió de sentirse bien regido por primera vez en sus dilatados años.

De ahí su optimismo. En el viejo hay la alegría que el joven no sintió. Si otros datos no hubiera para tasar la importancia del cambio y la fe en sí mismo que invadió a los castellanos tras las sombrías jornadas de Enrique IV, suficiente sería contemplar a este celoso caballero, truhán pero patriota, ambicioso pero digno, político de bandería pero independiente de juicio, profesar los ensueños de unas Españas nuevas, que él ya no verá con ojos carnales, pero que vaticina por la realización de sus sueños largamente acariciados. Dios destinó a Fernando e Isabel para reyes de todas las Españas dice al comienzo del reinado, en el *Doctrinal de príncipes*, a Fernando⁹⁴ y repite a Isabel en 1482⁹⁵. Y más allá de las Españas mismas: los Reyes Católicos traerán a la fe católica a los infieles de Ultramar. Desde el Puerto de Santa María escribe a 2 de junio de 1485 al Católico «que no solamente estas Españas pornés debaxo de vuestro cetro real, mas las partes Ultra marinas sojuzgarés en gloria y ensalzamiento de nuestro Redentor e acrecentamiento de la cristiana religión y en grande onor y excelencia de vuestra Corona Real»⁹⁶.

El viejo caballero parecía estar dotado del don de profecías, por cuanto siete años antes del descubrimiento de América y de la conquista de Granada presagia ambos sucesos. La unidad de las Españas con la expulsión del árabe y un nuevo continente que evangelizar son sus promesas. Pocos años más tarde eran realidades; pero si no

⁸⁹ *Crónica de los Reyes Católicos*, 6.

⁹⁰ *Epístolas*, 46.

⁹¹ *Memorial de diversas hazañas*, 39b.

⁹² *Epístolas*, 27-28.

⁹³ Prueba de ello la menuda carta con que contesta a Diego de Valera desde Vitoria a 7 de septiembre de 1476 y que puede leerse en *Epístolas*, 32-33.

⁹⁴ Fernando es «de quien es profetizado de muchos siglos aca que nó solamente sereys señor destos reynos de castilla e aragon ꝑ por todo derecho vos pertenescé mas abreys la monarchia de todas las españas e reformareys la silla imperial dela inclita sangre delos godos». *Doctrinal de príncipes*, 1 vto., 2.

⁹⁵ *Crónica de España*, 1.

⁹⁶ *Epístolas*, 86.

hubieran existido efectivamente una Granada que rendir y una América que conquistar era tal la fe de los caballeros del temple de Diego de Valera que habían encarnado en horizontes terrenales por mera obra de sus iluminadas esperanzas.

8. CONCLUSIONES

Un paisano de mosén Diego le tachó de mendaz y de apresuradamente irreflexivo, de «hablistán» y «parabolona», porque con tal de hablar, narra despropósitos y porque confunde lo no cierto con lo averiguado⁹⁷. A las veces, al leer las fantasías que admite sobre las cosas viejas o las supersticiones del diablo encerrado en un anillo, parece deba darse crédito a Juan de Valdés y se retraiga la simpatía que inicialmente despierta el caballero del XV, en homenaje a la seriedad sabionda del humanista del XVI. Pero cuando más pausadamente se repara en ambos y se coloca la vigorosa humanidad del primero al lado de la pedantesca escritura del segundo, pueden darse de lado a las precisiones históricas y abrir las compuertas del aprecio para aquel varón en todo íntegro, grande de vicios y en virtudes, que cae y se levanta, y que sobre todo tiene fe de intuición futura en la misión de los suyos en orden a Europa con vaticinado presentimiento de los planteamientos que no acertará a ver.

Viólos Valdés y en verdad que su reacción dista leguas de la del paisano censurado. Profeta de las Españas en sus andanzas inmensas, andariego él por una Europa donde suscitó admiraciones en lugar de anhelar copias serviles, anticipo de la postura genial de las Españas heroicas, medieval en la concepción del mundo y bizarro en las acciones, consejero de reyes, es en la historia de nuestro pensamiento político encarnación del siglo XV. Atisbó desde antes la faena de los pueblos españoles y desde antes participó en ella por las rutas misteriosas del agüero enguinaldándola con los complicados arabescos de su erudición forzada y mortecina, entonces usual. En todo instante cumplió la misión que aconsejaba.

Su poder de síntesis en lo técnico y su realismo cristiano al tocar el punto de los males acarreados por la fortuna, son sus dos legados en el campo que yo historío; pero por encima de ellos brilla su personalidad exuberante y sugestiva, que atrae con resoles de renovada admiración por lo que tiene de recio, de arrojado, de bullicioso y de castellanísimo.

⁹⁷ JUAN DE VALDÉS: *Diálogo de la lengua*. Madrid, Espasa-Calpe, 1946, pág. 180.

CAPITULO III

Los historiadores

1. LOS HISTORIADORES CASTELLANOS BAJO LOS REYES CATOLICOS

La historiografía castellana de los Reyes Católicos no se agota con el elenco de escritores recogidos en este capítulo, porque otros cultivaron también el género, algunos con tan preclara fortuna como mosén Diego de Valera, aunque aquí no se toquen cuando la actividad historiográfica queda desbordada por el conjunto de sus otros estudios o escritos. Aunque como historiadores fidedignos les aventajen el cura de los Palacios, Andrés Bernáldez, o aquel Luis Correa que presencié los hechos que cuenta sucedieron con ocasión de la entrada por Navarra de las huestes del duque de Alba, vistos con atención a sus construcciones filosóficas o a las glosas que aderezan críticamente sus capítulos, son dos los de mayor enjundia: Hernando del Pulgar, continuador de la actitud clasicista de Fernán Pérez de Guzmán, y el bachiller salmantino Andrés Palma, digno de memoria por la fantasía con que unce al carro de las luchas de su época antiquísimas profecías bíblicas, en verdadero alarde de ornamentación fantástica donde entra más la poesía que la técnica de lo sucedido. Los demás quedan muy por debajo en tales aspectos. El cura de los Palacios repite punto por punto los criterios de Hernando del Pulgar, empero sin la gracia humanista ni el nervio del modelo, antes con sencillez rayana en el vulgar linaje de la crónica ingenua y pintoresca. Los *Anales breves* de Galíndez de Carvajal, a pesar de las presunciones debeladoras del prólogo, son simples anales, o séase, fechas anotadas. Alonso Flores, Hernando de Baeza, Luis Correa o Juan Núñez de Toledo bordan dispersas consideraciones que sólo cabe referir por vía de completar el cuadro historiográfico alrededor de acontecimientos individualizados como las luchas contra Portugal, las pugnas contra la morisma granadina, los hechos de Navarra o la amenazante fuerza contra Francia. Y si esto sucede con los que, para nuestro intento podríamos designar por historiadores de segunda línea, mucho más acontecerá con los que carecen de algo aprovechable y que por ello quedan fuera de nuestra consideración, limones sin jugo tras la presión de la lectura.

Hay en todos los historiadores referidos una serie de notas comunes, apenas si completas en Diego de Valera y en Hernando del Pulgar, y que en el presente capítulo sólo se hallan suficientemente completas en el último de ellos.

Hay, en primer lugar, un clasicismo humanista, bastante complejo en Pulgar, reducido a latín de rezo en Andrés Bernaldez y a espolvoreada cita a Aristóteles en Alonso Flores o Luis Correa. Hay un realismo narrativo, consistente sobre todo en uniforme descripción de los Reyes Católicos, que veremos rehecha luego por algún humanista de relieve como el obispo malagueño don Diego Ramírez de Villaescusa, a tenor de la cual Isabel es la mujer superior, violenta y rigurosa, mientras Fernando es el humanísimo señor sujeto a la delicadeza del perdón y a las caídas en los amores fáciles. Hay un orgullo castellano, conjugado con hondísima certeza de que se acercan días áureos en que las Españas, bajo el cetro rector de Castilla, harán patrimonio suyo los señoríos todos del planeta. Y envolviéndolo todo, campea desmedrada concepción de la condición de los hombres, un pesimismo antropológico promovido por el desconcierto enriqueño, un ansia cabal de sosiego pacífico a costa de cualquier precio, una hartura de anarquías que es hambre de autoridad real.

Que Isabel encaja este momento psicológico de su pueblo téngolo por verdad indiscutible. Que a ello debe su aureola de mujer excepcional con que generalmente se la mira, paréceme también cosa segura. Y que merced a tamaña oportunidad Castilla centró en sus banderas la universal carrera de la vida, créolo por punto defendible.

La conclusión a que se llega es que esta historiografía de transición, mixta de recuerdos tristes con anhelos esperanzados, tiene por raíz una filosofía pesimista y, en lógica consecuencia de los pesimismos, expresará un final de soluciones políticas autoritarias. Tal es el anverso y el reverso que acuñan los perfiles de las narraciones y crónicas castellanas bajo los reyes Fernando e Isabel.

2. LA INJUSTICIA ES PREFERIBLE AL DESORDEN: HERNANDO DEL PULGAR

Prudente, moderado, pretendiendo la ecuanimidad en todo punto, Hernando del Pulgar es el historiador más historiador del reinado de los Reyes Católicos, adonde llega en la segunda mitad de sus días, después de haber jugado cartas varias en la política castellana en tiempos de Enrique IV. Nacido en el Reino de Toledo, hombre de confianza de Isabel, quien le encomienda la resolución de delicados negocios en la Corte de Luis XI de Francia ya en los ásperos comienzos de aquel grande reinado, partidario decidido de ella contra las pretensiones de la Beltraneja, no calla con todo cuando debe decir las cosas, y en los retratos de la reina y de don Fernando dejó, a mi ver, claro testimonio de cómo su fervor isabelino no le empecía para censurar a los reyes que defendía, veladamente es cierto, pero no por ello con menos claridad. Puede decirse, por eso, que cabe tomarle por prototipo de historiadores y por el primero entre los muchos de la época.

Y no es que yo, al precisar este juicio, acredite en las cosas que narra ni aplauda incondicionalmente sus maneras narrativas. Lo que pretendo aseverar, ya que no estudio

el valor de las historias sino el alcance de la filosofía de la historia en sus relaciones con la política y con el derecho, es que Hernando del Pulgar procuró siempre trasladar al papel la realidad palpable, por más que errara en muchos de sus juicios o fueran incompletas las noticias que aporta.

Continuador de Fernán Pérez de Guzmán, a quien recuerda con respeto entreverado de admiración y de cariño en alguna de sus *Letras* o cartas¹, síguele en los amores clasicistas, empedrando de latines literarios hasta su correspondencia². Séneca, que el de Guzmán tradujo³, Cicerón⁴, Tito Livio⁵, Valerio Máximo⁶ y Terencio⁷ entre los de la clásica latinidad; San Juan Crisóstomo⁸, San Gregorio⁹, San Pablo¹⁰, San Agustín¹¹ y Boecio¹², entre los santos padres, son sus autores preferidos. Así sabemos que leyó las *Morales* de San Gregorio, que del obispo de Hipona conocía la Exposición sobre el Padre nuestro, las *Epístolas*, a lo menos la 149, y la *Ciudad de Dios*; que manejó el *De consolatione* de Boecio, y que en su biblioteca de hasta 80 libros allá por los años 1484¹³ la antigüedad latina se hallaba bien representada. Tan clasicista de aficiones que llega hasta lo pedantesco, aunque en ocasiones se burle con donosura de su propio afán clasicista, con agudeza de ingenio de que dio muestras en muchas ocasiones de su vida¹⁴. Tal nos cuenta que de nada le sirvió leer al *De senectute* de Cicerón para medicina de un «gran dolor de ijada» que le tenía desconsolado, gracejando con la concepción estoica del sabio como aquel hombre a quien la virtud hace inmune al dolor¹⁵.

Burlas que son una cara de su personalidad, pues en nada obstan a la seriedad de sus estudios latinos. Los *Claros varones* fueron redactados como imitación a Valerio Máximo y a Plutarco¹⁶ en tanto grado que es fácil ver cómo a cada héroe castellano confronta otro personaje latino, sin duda para manifestar la mayor excelencia de aquéllos. Catón-almirante don Fradique, Bruto-conde de Haro, Manlio Torcuato-marqués de Santillana, Mucio «Cevola» con el rey Persena, Pero Fajardo con el rey

¹ En la Iv a un caballero amigo de Toledo, en la BAE de Río, XIII (1945), 40b, y en los *Claros varones de Castilla*. Madrid, Espasa-Calpe, 1942, págs. 6 y 141.

² *Letras*, 44b, 45a, 49a, 50a-b, 52a, 54b, 56a, 57b, 58a-b, 59a-b.

³ *Letras*, 45a, 46b.

⁴ *Letras*, 51b.

⁵ *Letras*, 46a, 47a.

⁶ *Letras*, 52a.

⁷ *Letras*, 52a.

⁸ *Letras*, 51a.

⁹ *Letras*, 54b, 55a.

¹⁰ *Letras*, 55a.

¹¹ *Letras*, 51a, 52a-b, 55b.

¹² *Letras*, 55a.

¹³ Se jacta de sus libros en carta al prior del Paso, de septiembre de 1484, que hace el n.º 28 en la colección recogida en el tomo XIII de la BAE, págs. 58b-59a.

¹⁴ Algunas referidas en la *Floresta General*, editada por la Sociedad de *Bibliófilos Madrileños*. Madrid, 1910-1912. Apud S. DOMÍNGUEZ BORDONA: *Introducción a los Claros varones de Castilla*, edición citada, pág. XV-XVII.

¹⁵ *Letras*, 37a.

¹⁶ *Letras*, 59b.

de Inglaterra, «Oracio Teocles»-Garcilaso de la Vega, son otras tantas parejas que expresan la preocupación de comparar a Castilla con Roma, esto es, de acercar a la realidad de su patria las grandezas del mundo latino.

Problema oscuro es el de su comercio con el saber griego. De Aristóteles conoció la *Ética*, pues la cita en una carta que puede fecharse en 1482; de Platón parece que apenas le conoció de referencias, pues la única alusión que recuerdo le haga, en una carta de 1468, es sobremanera vaga para inferir conocimiento directo¹⁷.

Su clasicismo sírvale de lente ahumada con que ver la realidad que le circunda, pero, y este es su mérito, nunca de lente deformadora de lo real. Caballero y político amén de letrado, vive la intensísima vida de las luchas enriqueñas y de las represiones isabelinas, procurando trasladar al papel lo que le parecía, sin embargarse siquiera por el oficio de cronista que los Católicos le otorgaran en 1481.

Y así nos retrata un Enrique IV como «*omme franco*»¹⁸ que desgobernaba a Castilla a pesar de la lúcida guardia con que se rodeaba¹⁹, rodeado de varones serios y viriles, legándonos tal vez el juicio más exacto sobre el cazador del Pardo, ya que se mantiene equidistante entre las apologías de Enríquez del Castillo y las diatribas de Alonso de Palencia. Al par que los dos Reyes Católicos son dibujados sin duda como eran, con realismo comparable a la independencia de criterio que aflora en la pintura de Enrique IV. Por eso es una la pluma que consuma la subversión de valores existentes en la Castilla enriqueña, doliéndose de que la desobediencia haya venido a «costumbre mala e perversa»²⁰ y la que no disimula la dureza excesiva de la mano de Isabel la Católica, ni la más afable y benigna condición de don Fernando. Porque este apologista de los Reyes Católicos nos da una estampa sobremanera acerba de aquella rigurosa y egregia señora, no cansándose de anotar que se la temía más que se la amaba, ni más ni menos que en el juicio del humanista don Diego Ramírez de Villaescusa. Historiador y humanista coinciden en repetir esta cualidad de dureza como capital en el carácter de Isabel la Católica. Más dada al rigor que a la piedad nos dice al anotar su carácter en el famoso capítulo IV de la parte II de la *Crónica*, tantas veces repetido²¹; temida por los comendadores de Santiago reunidos en Uclés, que por temor renuncian a elegir por maestro a don Alonso de Cárdenas²² y por los jueces de Jaén, que tiemblan ante el castigo que pueda darles²³; asustando a los sevillanos, que al saber su llegada en 1477 huyen aterrorizados en número de más de cuatro mil, subrayando el cronista cómo los ciudadanos hubieron de impetrar perdón ante la magnitud de los rigores regios²⁴; sorprendiendo a las gentes cuando perdona a alguien de alguna falta, cual en

¹⁷ *Letras*, 51a.

¹⁸ *Claros varones*, 12.

¹⁹ *Claros varones*, 15.

²⁰ *Letras*, 39b. También la carta al obispo de Coria que hace el n.º 25, págs. 56a-57b.

²¹ *Crónica de los señores Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel de Castilla y de Aragón*, en BAE de Rivadeneyra, LXX (1878).

²² *Crónica*, 317b.

²³ *Crónica*, 401a.

²⁴ *Crónica*, 324a-326a.

el caso de don Pedro de Stúñiga, ya que «la Reyna perdonaba los yerros que le facian con gran dificultad»²⁵. Siendo como era castellano, Hernando del Pulgar dice lo cierto y, junto a esta demasiada dureza de la Reina Católica, coloca la condición más humana y piadosa del Rey, a quien elogia por ser compasivo y generoso en perdonar en contraste con la reina²⁶ y por no ser «franco» como era Enrique IV²⁷, pero de quien no calla sus desvaríos en asuntos femeniles. La rígida supermujer casta y heroica que Isabel fue y el hombre a secas que Fernando era, quedan tan vívamente expresados que ni los latines doctorales de Villaescusa, ni las trovas de fray Iñigo de Mendoza pueden competir en verismo con estas pinceladas sobre los dos caracteres de aquella mujer soberana y de aquel humanísimo señor.

Contando, pues, los defectos de unos y de otros, con imparcialidad patente y pese a su cargo de cronista regio, Hernando del Pulgar es índice excelente para hacernos ver por qué los castellanos se inclinaban con gusto delante de la dureza de Isabel sin echar de menos la anarquía de los tiempos de su hermano. Este hombre recto nos da la clave de la época: es que los castellanos, y él mismo que por el común razona, preferían como Goethe la injusticia al desorden.

Por eso toma desde el principio el bando de Isabel y por eso la aplaude en el fondo de su alma, censurándola pero aplaudiéndola. En una de sus cartas, en la tercera enderezada al arzobispo Carrillo, nos da la clave de su actividad política y de su visión de historiador. Hablando de los males de los pueblos, dice al prelado toledano exteriorizando su confesión política que «la corrupción e males de la división son muchos e mas graves sin comparación que aquellos que del mal rey se pueden sufrir»²⁸. No es que le pareciera bien la nueva política de los Católicos; es que le parecía mejor que el gobierno de Enrique IV, que tan certeramente glosó en los comentarios a las *Coplas de Mingo Revulgo*.

Es que los nobles no entendían otro lenguaje. El conde de Lemos, o el conde de Miranda, el conde de Cabra, o el señor de Montilla, el duque de Medinasidonia o el marqués de Cádiz sólo atendían a las razones de Isabel; era preciso aquella decisión de la reina abriendo las puertas del alcázar segoviano o yendo a buscar sola y preñada al hijo del almirante de Castilla, a un primo de su esposo real, a su fortaleza de Simancas, para tener a raya ánimos más acostumbrados durante medio siglo a menospreciar los mandatos de sus reyes. Si los nobles no eran de fiar para los hombres de las ciudades como lo muestra el episodio del real de Toro en 1475, ¿cómo podían proceder de otro modo los monarcas que querían serlo de verdad? Por eso, si Hernando del Pulgar apunta las violencias en el gobierno, las halla un mal necesario y el solo remedio para restañar las heridas de la anarquía; hasta exageradas quizá y por ello injustas, mas con todo preferibles al desorden.

²⁵ *Crónica*, 285a.

²⁶ *Crónica*, 256b-282b.

²⁷ *Crónica*, 256b.

²⁸ *Letras*, 40a.

Es que en su mente de humanista se barajaba la sabida distinción entre la nobleza de oficio y la nobleza por virtud. Para hacer nobles por virtud a los que ya lo eran por nacimiento o cargo, no quedaba otro camino que la energía y el castigo ejemplar; y no olvidemos que a los criterios de Hernando del Pulgar no hay más nobleza auténtica que la nobleza de la virtud²⁹.

La concepción política que he indicado viene corroborada por su manera de enjuiciar a la tiranía, que, si no ofrece novedad como opinión, tiénela al insertarse en este cauce de ideas. Porque para él son tiranos los reyes, no por ser duros, antes por permitir durezas y desafueros; casi es tirano el rey que no sabe ser violento para impedir violencias por parte de sus súbditos; en su *Crónica* nos dice ser tiranos los reyes que dan lugar a robos y a fuerzas por blandura o negligencia³⁰. Y ser tiranos, por supuesto, los autores de tales fuerzas o rapiñas: los nobles bajo Enrique IV³¹, los levantinos contra la autoridad de los Católicos³², los alcaides rebeldes de las fortalezas de Castronuño³³ y de Atienza³⁴ que resisten a las órdenes dimanadas del poder real; Siempre el espectro de la anarquía por detrás de todo su pensamiento político, como telón de fondo de una sociedad anhelante por encima de todo de un orden social, sea conseguido como fuere!

Este anhelo de sosiego se junta a sus lecturas clasicistas en un punto: en la tendencia jurídica romanista a reforzar el poder real. Son varios los lugares en que asoma tal tendencia. Unas veces refiriendo que la Sagrada Escritura manda que nadie se iguale con los reyes³⁵; otras ciñéndoles de una aureola divinal, incluso en los casos de ser reyes tan acerbadamente discutibles como Juan II de Portugal, ya que «aunque son humanos, pero por experiencia vemos tener alguna especialidad divina»³⁶. Siempre el irracionalismo ha acompañado como justificación doctrinal a los regímenes de fuerza.

En la misma línea se halla su teoría sobre el origen divino del poder real, parto de su anhelo de tranquilidad para Castilla con algún ligero adobo de lecturas. Cuando repite que en las manos de Dios están los derechos a reinar³⁷ que gozan de «autoridad divina en la tierra»³⁸, dícelo en evitación de alteraciones y revueltas, con vistas a sacar la consecuencia pragmática y oportunista de «que sean sujetos al juicio humano los que son puestos por la voluntad divina»³⁹. Hasta parece retratar las circunstancias de Castilla más que las de Portugal, aludiendo más que a Juan II a Isabel si se tienen en cuenta los juicios de dureza que antes recogí, cuando escribe a la letra en el capítulo 35 de la tercera parte de la *Crónica*: «otrosi deben ser humanos e tratables con sus

²⁹ *Letras*, 46b, 48a.

³⁰ *Crónica*, 274a.

³¹ *Claros varones*, 20. *Cartas*, 44a. *Crónica*, 231b.

³² *Crónica*, 300a, 318a, 326b, 330a, 258b.

³³ *Crónica*, 254a, 320b.

³⁴ *Crónica*, 299a.

³⁵ *Letras*, 42a.

³⁶ *Crónica*, 406b.

³⁷ *Crónica*, 291a.

³⁸ *Crónica*, 257b.

³⁹ *Crónica*, 407a.

naturales, pero dado que no lo sean, e tengan otros defectos, los súbditos no han de ser jueces de su rey; porque Dios que los puso por sus vicarios en la tierra, reservó este juzgado para sí».

Si la teoría de Hernando del Pulgar sobre el poder político pende de preferir la injusticia al desorden, otro tanto sucede a su filosofía del derecho, cimentada en una visión pesimista de la condición humana que recuerda mucho la de ciertos padres de la Iglesia y que se explica también por motivos de la ingrata circunstancia histórica. «Todos los hombres generalmente dice la Santa Escritura que somos inclinados a mal; y para refrenar esta mala inclinación nuestra son puestas y establecidas leyes e penas e fueron por Dios constituidos reyes en las tierras e ministros para las ejecutar, por que todos vivamos en paz e seguridad»⁴⁰. La teoría de la comunidad política, la teoría de la ley, la doctrina del poder, la definición de la nobleza, todo se encadena entre sí y a la coyuntura de un ansia de seguridad, tras las insoportables turbulencias padecidas bajo Enrique IV.

Y también su filosofía de la historia, donde campea un providencialismo expresamente agustiniano⁴¹, reforzado directamente con textos de *La ciudad de Dios*. En cambio, apenas si hay huellas en su obra del tema de la fortuna, de tanta tradición medieval y clave de la filosofía de la historia del Renacimiento. Apenas una alusión, más moralista que historicista, contenida en el retrato del almirante don Fadrique Enriquez, en los *Claros varones*,⁴² y nada más.

La visión de las Españas, como totalidad capitaneada por Castilla es convicción honda y reiterada, tal vez estaba insita en el centro de las meditaciones de aquel siglo en toda la Península. A juez de historiador veraz cuenta la enemistad arraigada y la emulación del valor entre castellanos y portugueses⁴³, tan ocasionada a ejercicios en las batallas por la sucesión de la Corona; pero ni un instante pierde el sentido de la totalidad hispana, considerando como propio punto de honra la tesis de que los condados de Rosellón y Cerdaña, que él llama «Cerdanía» son catalanes y, por ende, españoles⁴⁴. Orgulloso de su patria castellana, hínchasele la pluma de alegría al ponderar que los Reyes sus señores reinan ya en la mayor parte de las Españas⁴⁵ y aun serán pronto los más poderosos príncipes de la cristiandad entera⁴⁶.

A ellos sirvió lealmente Hernando del Pulgar, como caballero letrado de Castilla. «Movido de aquel amar de mi tierra que los otros ovieron de la suya»⁴⁷, compuso los *Claros varones* para demostrar que los castellanos «no fueron menos excelentes que aquellos griegos e romanos e franceses que tanto son loados en sus escripturas»⁴⁸.

⁴⁰ *Letras*, 48b.

⁴¹ *Letras*, 44a. También *Claros varones*, 18, 19. *Letras*, 43b-44a. *Crónica*, 291a.

⁴² *Claros varones*, 24-26.

⁴³ *Crónica*, 261b, 295a. *Letras*, 43b.

⁴⁴ *Crónica*, 396a.

⁴⁵ *Crónica*, 229a, 2391, 344a.

⁴⁶ *Letras*, 46a.

⁴⁷ *Claros varones*, 7.

⁴⁸ *Claros varones*, 8.

Quiere que los ajenos busquen en Castilla ejemplos, ya que aquí abunda el valor tanto como el hierro en Vizcaya⁴⁹. En su ánimo, como en el de Juan II reconociendo en Vitoria la precedencia a su hijo Fernando en señal de la primacía castellana sobre todas las Españas y que él con tanta delectación relata, prendado del hechizo de aquel rasgo para un castellano tan halagüeño⁵⁰, repercute aquel sentir misterioso, pábilo en la vela de la historia, que fue indecible misterio renovador de nuestros abuelos en los días más lucientes de la humanidad. Las Españas por totalidad, bajo la dirección de Castilla, son axiomas de fe en Hernando del Pulgar, aquí también eco de la creencia general de sus contemporáneos.

No es mi oficio juzgarle como historiador, ni sacarle del aprieto de evidentes contradicciones o errores, ya tachados por Lorenzo Galíndez de Carvajal y que movieron a Antonio Agustín a disputarle por autor bárbaro en carta a Jerónimo Zurita fechada en Tarragona a 5 de diciembre de 1578. Ni tampoco está en mí averiguar la certidumbre de los elogios con que le florea Antonio Capmany por su estilo conciso al par que elegantísimo⁵¹. Materias son esas respectivamente en las que la voz toca a los historiadores de nuestra patria o a los críticos de nuestras letras, no siendo yo ninguno de ambos. Lo que sí es cosa mía, y que ha de insistirse siempre que de Hernando del Pulgar se hable, es que como a muy pocos hombres le asistió el acierto de recoger el espíritu de sus contemporáneos. Sus obras son verdaderos termómetros donde se cifra la fiebre espiritual y política de los castellanos del siglo XV, como él obsesos por salir de la anarquía enriqueña, fatigados de tantos desórdenes, deseosos de un poder robusto en el castigar y en el mandar, caballos necesitados de un real jinete voluntarioso y decidido, ducho en el mandar y en el premiar. Más que sus lecturas eruditas, es la realidad palpitante y sombría la que envuelve sus palabras con manto de angustias tachonado de esperanzas. Su pensamiento entero, desde la caracterización de Isabel a la teoría de la ley, está dominado por el afán incontenible de paz, por un orden social logrado costare lo que costare, aun a cuenta de excesos e injusticias. Escritor que reacciona contra la agonía anárquica de las bandas encrespadas, prefirió la injusticia al desorden, no porque amara a la primera, sino porque le parecía menos mala que el segundo. Y al obrar así, y al construir sobre tal idea basilar todo su pensamiento político, queda por uno de los más expresivos y atendibles escritores de aquella edad siempre más arisca que lo que las apologías posteriores pretenden presumir.

3. ANDRES BERNALDEZ, UN PULGAR EN TONO MENOR

Hernando del Pulgar había sido el historiador que extrae consecuencias del pasado, empedrando de discursos amonestadores o de reflexiones sugestivas el curso de su

⁴⁹ *Claros varones*, 105-106.

⁵⁰ *Crónica*, 329b.

⁵¹ En el *Teatro crítico de la elocuencia española*. Madrid, 1786, pág. 113.

exposición, sin salir del barullo de las contiendas, hasta que ya el peso de las canas lo recluye en la villa de Madrid al cuidado de sus viñedos de Villaverde. Otro historiador, mucho más cuidadoso de la exactitud de las noticias, retirado en su curato del pueblo de los Palacios, en las cercanías de Sevilla, sin otras salidas al mundo que confesar al arzobispo Diego de Vega o que hospedar a Cristóbal Colón, Andrés Bernáldez o Bernal, nos dará una historia estrictamente narrativa, ayuna de consideraciones, más precisa que la de Hernando del Pulgar y por tanto más limpia para el historiador, pero más pobre, infinitamente más pobre, desde el ángulo de nuestro trabajo. Menéndez y Pelayo define a su *Historia de los Reyes Católicos* como el tránsito desde la crónica a la historia, con el ingenuo pintoresquismo de la primera y el método incipiente de la segunda⁵², y su juicio valga para el Bernáldez que recuenta los sucesos; nosotros, más encerrados en nuestro tema, no podemos encontrar en lo que dice apenas otras cosas que las propias ideas de Hernando del Pulgar, empero deslabazadas y sueltas, absolutamente imposible de ser reducidas a sistema.

Mucho más pobre es, ante todo, la cultura clasicista de Andrés Bernáldez. Ni Séneca ni Cicerón, ni San Agustín ni Terencio tienen entrada en sus relatos; hay sí muchos latines empedrando el texto⁵³, mas son latines de seminario o de coro, jamás remedo de bellas sentencias clásicas.

También comulga, cual no podía ser menos, en la visión providencialista de la historia, mas sin galanura ni brío, con pesadez ramplona, sin la brillantez expositiva de Hernando del Pulgar ni sus alusiones al Hiponate. Le son providenciales el triunfo del Gran Capitán en Calabria⁵⁴ o a la conquista de Granada⁵⁵, pero expone su tesis con el tono con que compondría un sermón dominical de aldea. Ni sabe escoger las ocasiones para meditación; hasta la boda de Fernando con Isabel es venganza de Cristo contra sus enemigos⁵⁶.

Una vez, solamente una que yo encuentre, remite a la temática de la fortuna, pero igualmente con desdichado tino, porque la recuerda donde menos oportuno era memorarla: en ocasión de la muerte del príncipe don Juan, allí donde parece ser viene de molde el recuerdo de la providencia de Dios.

Lo mismo que Hernando del Pulgar define a Isabel por rigurosa y temida más que amada⁵⁷, bosquejando la imagen de aquella gloriosa superfémina con palabras atinadas y sentidas, aunque no exentas de hosquedad sermoneadora, en las que resalta su papel de pacificadora⁵⁸, términos todos que corresponden a la concepción de Pulgar arriba expuesta.

⁵² MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: «De los historiadores de Colón», en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, VII (1942), 80.

⁵³ ANDRÉS BERNÁLDEZ: *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, en BAE, de Río, LXX (1878), 583b, 589a, 599a-b, 600a, 637a, 646b, 648a, 651a-b, 654a-b, 685a-b, 704a, 714b, 715b, 716a, 717a, 721b, 722a-b, 723a-b, 726b, 754a.

⁵⁴ *Historia*, 704a.

⁵⁵ *Historia*, 644a.

⁵⁶ *Historia*, 691a.

⁵⁷ *Historia*, 722.

⁵⁸ *Historia*, 723 a-b.

Asimismo, como el caballero historiador, siente por propias las grandezas de sus reyes y se exalta de que con los Católicos España «más triunfante y más sublimada, poderosa, temida, y honrada que nunca fue»⁵⁹. Y por repetir en todo las huellas andadas por Hernando del Pulgar hasta lamenta en el capítulo 104 de su *Historia* con ocasión de la muerte del marqués de Cádiz lo que éste lamentaba en el prólogo a los *Claros varones*: la carencia de cronistas para las hazañas de los castellanos, mucho mayores que las de los griegos y romanos tan afamados por haber encontrado quienes escribiesen sus hechos. Para que se vea la coincidencia, recogeré las palabras mismas de Andrés Bernáldez. «Daces y Homero —dice—, cronistas, escribieron muy por estenso en las historias de las conquistas de Troya, las facciones de Héctor, e Paris, e Troilo, sus hermanos, e de los otros troyanos que fueron famosos en las armas; e eso mesmo los de Diómedes e Ulises, e de Menelao, e Agamenón, e Aquiles Griego, que fasta hoy viven, por ser escritas, aunque fueron gentiles y sin ley; pues ¿quanto debian ser escritas las cosas hazañosas y virtuosas que los nobles caballeros de España hacen y han hecho en las guerras, y junto con ellas las facciones y condiciones de cada uno?»⁶⁰.

No vale la pena insistir más. Si Bernáldez es más perfecto narrador que Pulgar, cédele en la riqueza de ideas críticas, que es lo que a nosotros nos toca ver. En lo capital es un eco de las directrices que en Pulgar noté; solamente que sin aparato clasicista, sin engarce temático, sin altura de conceptos ni sin brillo expositivo. Andrés Bernáldez, sencillo y fiel, cuenta y cuenta los hechos con ejemplar verdad y pobre adorno.

4. LOS ANALES BREVES DE GALINDEZ DE CARVAJAL

Infinitamente más liviana para nuestro intento son los *Anales breves* del doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal, simples bocetos cronológicos, extendidos tan sólo en lo concerniente al fallecimiento del Rey Católico. Desde el punto de vista de la historia del pensamiento político únicamente es doble topar en ellos con la calificación de los nobles por tiranos⁶¹, cosa usual en aquel tiempo.

5. LA CRONICA INCOMPLETA DE ALONSO FLORES

Ni es mucho mayor la riqueza de la *Crónica incompleta de los Reyes Católicos*, atribuida a Alonso Flores, familiar del duque de Alba, que corre desde 1469 hasta 1476, por más que aquí la narración tenga hebra y estilo superior al de los anales

⁵⁹ *Historia*, 723b.

⁶⁰ *Historia*, 646a.

⁶¹ En la BAE de Rivadeneyra, LXX (1878), 535a.

enjutos. Hay en ella la inevitable comparación de la labor pacificadora de Fernando e Isabel, con los tiempos «del rrey don Enrique, que como paño prieto se nos pone ante los ojos, nos hizo ver y resplandecer al blancor y claridad de la excelencia destos»⁶². Su entronque clasicista viénele de un recuerdo a Aristóteles⁶³, amén de una imprecación contra la fortuna tejida con hilos de la túnica literaria de Juan de Mena⁶⁴ y de alguna frase suelta sobre «las persecuciones» de tan voluble diosa, puesta en boca de Enrique IV y dirigida a doña Beatriz de Bobadilla⁶⁵. Como se ve, un remedo más de los puntos ordinarios en la bibliografía histórica de la época.

6. OTROS AUTORES MENORES

Y con ser tan endeble el aprovechamiento de estos escritos, menos es todavía lo que cabe deducir de otros, en donde no da la atenta lectura más que notas sueltas sin hilación posible. Por vía de prueba citaré algunas de ellas, escogiéndolas de estilos diferentes, para ahorrar enojosas repeticiones.

Entre los temas moriscos sobresale la de Hernando de Baeza acerca de *Las cosas que pasaron entre los Reyes de Granada desde el tiempo de el Rrey don Juan de Castilla, segundo de este nombre, hasta que los Catholicos Reyes ganaron el Rreyno de Granada*⁶⁶, de muchas de las cuales fue actor o testigo. Ducho en cosas moriscas y conocedor del idioma árabe, del cual trae algunas palabras no comunes, cuales la de «jara» y «cuna» que traduce con puntas de erudición bachillera por «derecho canonigo y cevil»⁶⁷, evoca una vez más el providencialismo histórico, atribuyendo a decretos celestes la caída de Granada⁶⁸, en la única especulación filosófica de todo su relato.

En la conquista de Navarra, la de Luis Correa tampoco entra en honduras de consideración, limitándose a decir lo que vio asimismo como actor y testigo presencial de los sucesos. Razona levemente los derechos de Fernando el Católico⁶⁹, pero sin el aparato jurídico de que hace gala en tal ocasión el doctor Palacios Rubios. Sencillo en el relato, siendo la única historia completa al decir de Yanguas⁷⁰, no deja de traer a colocación alguna cita puntual a Aristóteles en el libro primero de la *Metafísica*⁷¹ o

⁶² *Crónica incompleta de los Reyes Católicos (1469-1476)*, según un manuscrito anónimo de la época. Prólogo y notas de Julio Puyol. Madrid, Tip. de Archivos, 1934, pág. 309, también en la pág. 144.

⁶³ *Crónica incompleta*, 87.

⁶⁴ Con motivo de la muerte de la reina Juana de Portugal, mujer de Enrique IV, en pág. 196.

⁶⁵ *Crónica incompleta*, 119.

⁶⁶ Incluido en el tomo de *Relaciones de algunos sucesos de los últimos tiempos del Reino de Granada*, que publica la Sociedad de Bibliófilos Españoles. Madrid, 1868, págs. 144.

⁶⁷ HERNANDO DE BAEZA: *Las cosas que pasaron*, 3.

⁶⁸ *Las cosas que pasaron*, 19.

⁶⁹ LUIS CORREA: *Historia de la conquista del Reino de Navarra por el duque de Alba, general del ejército del rey Fernando el Católico, en el año de 1512*. Pamplona, Longás y Ripa, 1843. La primera edición es la de Salamanca, Juan Varela, 1513. Cita a las páginas 53-64, que a la postre tampoco pasan de relato de los antecedentes de la conquista.

⁷⁰ En el «Prólogo» a la edición de 1843, pág. 4.

⁷¹ LUIS CORREA: *Historia de la conquista*, 49.

alguna narración helénica como lo sucedido al rey espartano Agides⁷². Empero todo llano, con recortadas alusiones brevísimas para todo cuanto no sea decir lo que vio, ajeno a meditaciones o a glosas cualesquiera.

Y, por correr todos los tipos, la historia apologítica y optimista que significaba el *Tratado* que el toledano Juan Núñez envía desde Madrid a 17 de noviembre de 1497 a Isabel la Católica para certificarla de que los españoles siempre vencieron a los franceses, con memorias de que los godos derrotaron a los francos, Alonso el Casto a Carlomagno y Fernando I a las gentes de ultrapirineos⁷³, en un alarde de erudición que recuerda sobremodo a los que acostumbraba Diego de Valera. Lo que en Hernando de Baeza había de suelto providencialismo y en Luis Correa cabo desatado de helena erudición, es en Juan Núñez pieza de orgullo castellano en la seguridad de la grandeza patria. Pero en los tres rasgos aislados, mármoles en Forso, capiteles desperdigados de un templo ideológico nunca concluido.

7. LA DIVINA RETRIBUCION DEL BACHILLER ALONSO PALMA

Tampoco ofrece más que un aspecto interesante la obra del bachiller Alonso Palma, oriundo de Toledo y clérigo salmantino, titulada *Divina retribución sobre la caída de España en tiempo del noble rey don Juan de Primero*; pero que, al revés que en las anteriores, presenta visos de originalidad que bien la torna merecedora de consideración aparte por constituir granado intento de actualizar profecías bíblicas, aplicándolas a las Españas del siglo XV.

Concretamente la actualización de la visión del profeta Daniel en sueños, y la aplicación a Castilla de la estatua que tenía cabeza de oro y pies de barro, derribada por una piedra minúscula desprendida de la montaña, piedra que luego crece a monte poderoso. El esquema del bachiller Palma transforma la cabeza de oro en Juan I, el vencido en Aljubarrota y ensalzado por su buen gobierno; los brazos de plata que la estatua había son sus hijos Enrique y Fernando, reyes de Castilla y de Aragón, respectivamente: el vientre de barro, Juan II, por ser padre de Isabel la Católica; las piernas y pies de hierro mezclado con barro, Enrique IV, que al casar con Juana de Portugal mezcló cosas contrarias como el barro portugués con el hierro de Castilla; la piedra, el cardenal don Pedro González de Mendoza, que recogió la confesión de la ilegitimidad de la Beltraneja con el reconocimiento de los derechos de Isabel; al monte gigante, los grandes de Castilla que en Segovia se unen al cardenal para proclamar a los Reyes Católicos. La conclusión es el providencialismo histórico y la certeza de que, más la conquista de Portugal, que Palma juzga indiscutible, el Reino de Fernando e

⁷² LUIS CORREA: *Historia de la conquista*, 256.

⁷³ JUAN NÚÑEZ DE TOLEDO: *Tratado enderezado a la reyna nuestra señora sobre la guerra de Francia embiado al muy Reverendissimo e muy magnifico señor de Fray Francisco Ximenez Arzobispo de Toledo en que paresce por exemplos como los reyes de España y sus gentes siempre fueron vencedores de los reyes de Francia y de los suyos*. Alcalá de Henares, «Lancalao Polono», 1504, cita a los folios 2 vto. 3.

Isabel no tendrá parigual en el orbe. «E assí despertó Dios del cielo este rreyno tan grande, para la misma Castilla e Rey e Reyna, sennores naturales della, que a otro pueblo non será dado... Agora alçad los ojos, tended los rreynos, ensanchad la tierra, derrocad los calles (sic), tirad los puertos, pasad las lindes e mojones.»⁷⁴ El dedo de Dios marcaba un camino con letras de profecía bíblica; Andrés de Palma, clérigo bachiller, es el originalísimo intérprete que procura fórmulas nuevas a aquel optimismo imperial que fecundaba las venas de su pueblo. Sin la erudición de Hernando del Pulgar, aventaja a todos los historiadores de los Reyes Católicos en el nervio creador de enfoques nuevos y en la manera excepcional de levantar ensueños vivos sobre el cielo de una Castilla enardecida.

⁷⁴ *Divina retribución*, 75-77.

CAPITULO IV

Fray Iñigo de Mendoza, teórico medievalista de la política de los Reyes Católicos

1. FRAY IÑIGO DE MENDOZA, TEORICO POLITICO

Aunque nada menos que el maestro Menéndez y Pelayo catalogó a fray Iñigo de Mendoza en el grupo de los moralistas que esmaltaron el reinado de los Reyes conquistadores de Granada, paréceme que trátase de hombre con personalidad tan expresiva, tan levantada y tan briosa que de por sí excede a las recortadísimas calificaciones de la poesía moralizadora para entrar con derecho propio en uno de los más cimeros asientos de la especulación política en la Castilla de su tiempo. Porque, si bien se considera su obra, fácil será ver cómo aspira a dar a sus versos dimensiones mayores que las de la moralización, e incluso que las de la adoctrinación política; fray Iñigo de Mendoza es casi el poeta oficial del momento, el cantor de la gran empresa de la pacificación de los reinos y de la incipiente grandeza hispánica, el artífice poético de las preesas líricas que engalanarán el puño de la espada fernandina y el manto leonado de Isabel.

Y tan es así, tan poco cae dentro de un moralismo rápido y menudo, del enfrenamiento y de la amonestación rimados al uso medieval y a la manera en que los traza con oropel antiguo su cofrade y contemporáneo fray Ambrosio de Montesinos, que quedan composiciones suyas teñidas de cierta galantería hartamente incompatible con la cogulla parda del fraile, e incluso dos composiciones contenidas en el *Cancionero general* bajo los números 814 y 815 nos le declaran con escasa autoridad para moralizar, si es cierto que cortejaba doncellas, se carteaba con monjas, servía a las damas con canciones encendidas, pasaba por el lindo fraile palaciego, y era, en suma, por decirlo con palabras del trovador Vázquez de Palencia un hombre de «falsa ypocresía» de quien era dable opinar:

«este religioso santo
metido en vanos plazerres
es un lobo en pardo manto».

Por cierto, que no es muy piadosa la estampa del fraile requebrador que se lamenta con su dama de cómo

«para jamás olvidaros,
ni ansias a mi olvidarme,
para yo desesperarme
y vos nunca apiadaros
¡ay que mal hize en miraros!»¹.

Pero también cabe que tal requiebro sea flor maligna de una transitoria primavera y que el resto de sus días campease, sobre la imagen del fraile mujeriego y palacial, la rectitud moral del monje que se cubre con el sayal de los seráficos. Aletea cierto orgullo, si vale la expresión aquí tal vez inexacta, en su proclamación de fraile menor, a la que añade una confesión de pecador que no ha de tomarse por cínica como las de Antón de Montoro, sino por manera de humildad². Y no hubiera tampoco tolerado desfuero tamaño de rectitud de Isabel la Católica, mujer tan inmovible en cosas tales y a la que no es posible concebir recibiendo consejos sobre la moral que haya de guardarse en las danzas y bailes de la corte, de labios de un fraile público conculcador de la moral³.

Puede ser que en algún paso cayera en culpa y abriera pie a lo que luego quedó por censura permanente de sus enemigos; pero, cuando con referencia a las mujeres grita en una de las *Coplas* que hizo en vituperio de las malas hembras y en loor de las buenas mujeres,

«Fuyamos desta nascion»⁴

hay entre líneas un dejo de arrepentimiento que abre al crítico las puertas para una interpretación rayana en concederle crédito de bueno.

Sea ello lo que quiera y téngasele en la reputación que a cada cual más acomode, siempre resaltaré que la mayoría de sus composiciones rozan temas políticos, y que en su conjunto, lo que de él leemos constituye el contrapié de la prosa del Cura de los Palacios y la apología metrificada de los trajines activos de Fernando e Isabel. Hay, sí, en su haber composiciones moralizadoras como las del vituperio de las malas

¹ Las obras de FRAY IÑIGO DE MENDONZA fueron editadas por R. FOULCHÉ-DELBOSE en el tomo XIX de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, Bailly-Bailliére, 1912, págs. 1-120. Cito a la composición n.º 12, titulada «Canción» pág. 120b.

² «Que aunque soy frayre menor,
no es mi regla tan estrecha.»
Vita Christi, en pág. 46a.

³ En el Dechado del Regimiento de Príncipes, fecho a la señora reyna de Castilla y Aragón, 77a-b.

⁴ Coplas que hizo Fray Iñigo de Mendoza, frayle menor: «doze en vituperio delas malas hembras, que pueden las tales ser dichas mujeres e doze en loor delas buenas mujeres, que mucho triumpho de honor merecen», 61b.

hembras a que acabo de referirme, y versos rústicos, cuales sus trovas a la Verónica⁵; pero otros propiamente no políticos hállanse repletos de consideraciones de esa índole y, sobre todo, son estrictamente políticos sus escritos más llamativos: el *Sermon trobado que hizo al muy alto y muy poderoso principe, rey y señor, el rey don Fernando, rey de Castilla, de Aragón, sobre el yugo y conyundas que su alteza trahe por devisa*⁶, el *Dechado del Regimiento de Príncipes, fecho a la señora reyna de Castilla y Aragon*⁷ y las *Coplas compuestas para los Reyes Católicos, nuestros naturales señores, en que declara cómo por el advenimiento destes muy altos señores es reparada nuestra Castilla*⁸. Con tal bagaje, ungido de arranques de entusiasmos y de sabrosas razones caldeadas en el cerebro por el fuego de las hogueras del corazón, fray Iñigo de Mendoza es a mi ver el grande poeta político castellano de la hora, el infatigable tesorero de los ensueños prometedores, el paladín rimador de las coyunturas ambiciosas propias de aquellos días álgidos y vivos, el espejo fiel de las pasiones altivas y luminosas de aquella coyuntura única en la que los hispanos comenzaban a ver traducidos en carne palpitante de acaecer histórico las encandiladas ilusiones de unidad y poderío acunadas en ocho siglos de rudo iluminismo heroico.

2. PERSPECTIVA ANTIRRENACENTISTA

Como en todos los escritores situados en la alborada de la recepción del clasicismo, fray Iñigo de Mendoza oscila entre el gusto por las novedades antiguas y el temor a perder el tempero proporcionado a los siglos anteriores. Gústale la gracia de los decires de los maestros de la antigüedad revivida, pero no se entrega por entero a la alegría de un gusto que rompía con muchos de los esquemas que encadenaron su manera de ver las cosas todas. De ahí la manera media y el tono un tanto indeciso de sus actitudes literarias, mitad clasicistas y mitad medievales, junto con su desenfadado aprecio de los nombres ilustres del saber antiguo y con su recepción temerosa de lo que ellos opinaron.

La especial importancia de la postura de fray Iñigo de Mendoza débese a que define su actitud de una manera expresa sin contentarse con asumir términos tácitos. Desde Juan de Mena no hubo otra tan clara precisión de maneras en la poesía castellana, aunque esa precisión consista en un término medio que huele a temblor ante lo tajante y decisivo.

Repúgnale, en primer lugar, aquel farragoso y continuo apelar a los dioses falsos del paganismo, pareciéndole que con semejantes invocaciones se menoscababa la pureza límpida de los dogmas únicos del cristianismo. Cierto es

«que sy no mentio Platon»⁹

⁵ NBAE, XIX, 104b-116a.

⁶ NBAE, XIX, 52b-59b.

⁷ NBAE, XIX, 72a-78b.

⁸ NBAE, XIX, 63a-72a.

⁹ Sermón sobre el yugo, 52b.

colócale apoyando su opinión en la del cristiano Boecio¹⁰, y son harto apocadas las citas en que argumenta con dejos de autorizar los dichos de quienes, por magnos pensadores que fuesen, no excedieron los mojones de la paganía. Harto significativo es el hecho de que empareje a Epicuro con Mahoma, esto es, a la filosofía pagana con el enemigo islámico, cuando describe el cortejo que la sensualidad lleva tras sí al disputar con la razón¹¹.

Entre ciceroriano y cristiano, o sea, entre clasicista y creyente, contempla una contraposición que justifica en la supuesta amonestación hecha por Dios mismo a San Jerónimo:

«Sant Iberonimo, acusado
porque en Ciceron leya
en spiritu arrebatado,
fué duramente acotado
presente Dios que le dezia:
"Sy piensas que eres christiano
segund la forma devida,
es un pensamiento vano,
que eres ciceroniano,
pues es Ciceron tu vida"»¹².

Por todo lo cual despide a las musas, en vanas ficciones de la imaginación, temeroso de darlas entidad efectiva con menosprecio de la sola realidad divina digna de ser invocada con efluvios de fe sincera: el Dios cristiano. Hay lógica a machamartillo de fraile auténticamente medieval en este repudio de las rientes diosas de la inspiración helénica:

«Descemos las poesias
y sus musas invocadas,
porque tales niñerías
por humanas fantasias
son cierto temORIZADAS,
y viniendo a la verdad
de quien puede dar ayuda
a la sola trinidad
que mana siempre bondad
ela pidamos sin duda»¹³.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ «Comiença a loor y servicio de Dios, provecho, deletación de los próximos, la luptoria dela question y diferencia que ay entre la Razón y Sensualidad sobre la felicidad y bienaventuranza humanam», en NBAE, XIX, 83a.

¹² Vita Christi, 2a.

¹³ Via Christi, 1b.

Por lo cual ha de ser

«asy que la invocacion
al solo eterno se faga;
que espira en el coraçon,
y el da la discrecion
cada y quando que se paga;
pues do comienzo a la obra
en nombre de aqueste solo
de quien todo bien se cobra,
descada toda çoçobra
de Venus, Mares y Apolo»¹⁴.

Esta es la carga negativa y rotundamente medieval de su gusto, en la hora transicional de los renacimientos que llegaban; pero tampoco fue su ánimo tan pétreamente granítico que no percibiese las bellezas de aquella paganía, aun sin dejar de insistir en el carácter ficticio y vano de creaciones por lo demás tan bellas. Como Juan de Mena, de quien se reclama expresamente¹⁵, sabe atenuar la condena de lo sustantivo con el deleite de lo adjetivo; y así este fraile, en aquello teológico como monje franciscano, y en esto avizor cual cortesano palaciego, acierta a condensar su doble postura en una defición de su doble personalidad a un tiempo medieval y renacentista, frailuna y palaciega, segura del dogma y enamorada de lo bello, síntesis del ayer y del mañana:

«Non digo que los poetas,
los presentes y pasados,
nos fagan obras perfectas
en sus renglones trobados;
mas affirmo ser horror
(perdonen si bien no fablo)
en su obra el trobador
invocar el dios de amor
para servicio del diablo»¹⁶.

¡Magnífica definición, sin duda! Lo que hay que preguntar es si la guardó siempre el hombre de la cogulla seráfica. Por tenerla en cuenta cita a los héroes de la antigüedad como modelos humanos; Alejandro César o Pompeyo vienen a colocación paradigmática a fuer de hombres, al paso que se eliminan los dioses al estilo de Venus, de Apolo o de Marte¹⁷. Pero si bien se repara en sus escritos veráse que tales

¹⁴ Vita Christi, 2a-b.

¹⁵ Vita Christi, 2a.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ Coplas, 66a.

enumeraciones de héroes antiguos son mínimas si se las compara con las de los personajes bíblicos, estando siempre a punto de poner por modelos a Ester, a Mardoqueo o a Judit¹⁸, o de citar a los profetas¹⁹, que de aludir a los héroes de aquel mundo lejano, dorado y pecaminoso que se llamó grecorromano. Al ensalzar a los Reyes Católicos, sus héroes máximos y cercanos, no acude a los recuerdos de Alejandro ni de César, antes toma por modelo a los Macabeos debeladores del tirano Antioco²⁰. El fraile cortesano tenía el corazón medieval, aun cuando pusiera los ojos con demasiada frecuencia en las bellezas de las Venus renacidas.

3. EL MORALISMO POLITICO

Lo dicho antes no excluye en fray Iñigo de Mendoza la condición de moralista, por más que ella sea inferior en comparación con sus actividades de ideólogo y adoctrinador político. En tanto grado que, aun en las ocasiones en que su pluma empieza a moverse con intentos de moralización acaba por dar en una moralización enderezada especialmente a los gobernantes, esto es, una amonestación que, más que de otra cosa, hállese cerca de los «castigos» o adoctrinaciones características de los siglos medios.

Pondré algunos ejemplos de ello. Cuando intenta deducir consecuencias morales y reformadoras de costumbres de la meditación proporcionada por la pobreza de Cristo en el portal de Belén, cuando su regalo eran unas pajas, su abrigo el aliento de un asno y sus cortesanos unos pastores, se yergue contra los emperadores, los reyes y los poderosos de la tierra, poniendo intención política, allí donde tal vez fuera más oportuno sacar fórmulas de sencilla humildad individual y reglas de conducta recta aplicables al común de los humanos. Véase la forma en que hace doctrina política cuando más pudiera quedarse dentro de la ética:

«Ay de vos, emperadores!
ay de vos, reyes poderosos!
ay de vos, grandes señores,
que con agenos sudores
traeis estados pomposos!
o grandes, quan de llorar
es a vos lo del pesebre!
o pobreza syngular,
quien te puede contemplar
que su sobervia no quiebre!»²¹.

¹⁸ Vb. gr., en el Sermón sobre el yugo, 54b-55a.

¹⁹ Vb. gr., en la Vita Christi, 24b.

²⁰ Coplas, 67a.

²¹ Vita Christi, 15b.

Tan político en todo que salta desde la ciencia al arte y, tras documentar sabiamente la doctrina, procura que la exposición que acaba de hacer no parezca caer en zaherir a los grandes, con los que no quiere enfrentarse en modo ninguno²².

Otro ejemplo de cómo fray Iñigo de Mendoza trueca en moralización política cualquier caso de estricto planteamiento ético, es el que ofrece la disputa entre sensualidad y razón, cuando aquélla pretende demostrar que la felicidad consiste en el poderío, al paso que la segunda arguye estar la dicha en la virtud. Dice la Sensualidad que, puesto que es Dios el poder supremo, consistirá en el poder supremo en la tierra la mayor felicidad, como lo prueba, alarde de intención que funde al clasicismo político de los césares romanos con su torcimiento rechazable, el suceso de la antigua Roma²³; a lo que replica la Razón: dame la dicha en la virtud, pues todo mando y señorío son transitorios, debido a lo cual:

«es cosa de grand locura
llamar gloria syngular
lo que no es de tanta dura»²⁴.

Y sin que falte tampoco la inevitable alusión anticlásica y medievalmente frailuna que ponga por ejemplos demostrativos lo que acaeció con los mandos pasajeros y con los señoríos idos de un Darío, de un Nerón, de un Alejandro o de un César²⁵. Todos

²² He aquí sus palabras en la misma *Vita Christi* y a la página 16b de la edición del tomo XIX de la NBAE:

«Algunos grandes avía
eneste paso nombrados,
aquién yo reprehendería
la sobrada demasya
de sus sonados estados,
y la conciencia me affluenta
que parece infamación,
pues por tenella contenta
yo les rayo desta cuenta
y les demando perdón.»

²³ Question y diferencia, 83b-84b.

²⁴ Question y diferencia, 85b.

²⁵ Question y diferencia, 85b-86a. Dice la Razón a la Sensualidad:

«Sy no, vengan por testigos
aquexarte tu fatiga,
aquellos muertos antigos
que por serte tan amigos
les fueste tan enemiga,
diga Dario, diga Nero,
y Alixandre, aquel monarcha,
Cesar, Augusto y Asuero,
el escote del dinero
que tomaron de tu arca.
Dionysio y los tyranos
vengan dando sus querellas,
y los guerreros troyanos,

ellos desde el infierno, atestiguan cómo la felicidad no consiste en la posesión del poder, en uso de un argumento que por sí solo proclama la raíz medieval de la ideología de fray Iñigo. Sobre todo si se recuerdan al lado de ella los desafueros irreverentes y hasta sacrílegos que abundan en un Garcí Sanchez de Badajoz o en un Diego de San Pedro al emparejar con lo divino los temas del amor humano.

Trátase, en consecuencia, de un moralista de capucha escolástica que siempre se ve arrastrado por el peso magnético de su vocación política.

4. LAS MUDANZAS DE LA FORTUNA

El puente lo señala ese mismo tema de la transitoriedad del poder a que acabo de aludir. Tema típicamente renacentista que, al ser tratado por un Maquiavelo o por un fray Iñigo de Mendoza, acusa las dos orientaciones en combate al filo del 1500.

Caben dos maneras de abordarlo: a lo pagano y a lo cristiano. Una consideración pagana o neopagana del tema de la fortuna es aseverar un juego ciego en los avatares de la vida, y en primer término en los avatares políticos, solamente sujeto a un planteamiento fatalista, que únicamente podía cortar el brío de una personalidad fuerte; es el dualismo *fortuna* que vence y *virtú* que vence a la fortuna en la filosofía de la historia de Nicolás Maquiavelo. Una consideración cristiana del tema de la fortuna cree en una disposición cerrada de las cosas, pero cuya cerrazón no llega jamás al determinismo histórico, sino que cede delante de la libre acción del hombre; una acción que no será ya el brío sin trabas de la personalidad vigorosa, sino la adhesión libre a unas urdimbres éticas por Dios instituidas; es el dualismo Creador-criatura, trasplantado al mito del orden cósmico y a la noción de la *virtus* en la acepción escolástica del vocablo.

Fray Iñigo de Mendoza, medieval de corazón, se inscribe en la concepción medieval del tema de la fortuna. Recuértese cómo no apoya la mudanza de las cosas del mundo echando mano de textos estoicos, sino acudiendo a citar a Boecio; el mundo no será impulso ciegamente irreprímible, antes se le define porque

«O rueda siempre mutable
que asy te llama Boecio»²⁶.

Porque si es cierto que en alguna ocasión repite el cuadro de la estampa de la doncella que en manos trae una rueda por donde unos bajan y otros suben²⁷, la

con los pomposos romanos,
conformandose con ellas;
diziendo que por las famas,
por solo creer a vos,
se han tornado sus camas
eternas ardientes llamas
mientras que Dios fuese Dios.»

²⁶ Vita Christi, 41b.

²⁷ Coplas, 68b. Su dependencia de Juan de Mena lo fue en tanto grado que llegó a ser acusado de plagio por Pedro de Cartagena en la poesía 9090 del mismo *Cancionero* R. Foleché-Delboré, XX, 514a.

descripción reproduce otra bien conocida de Juan de Mena y es artificio literario que acabará poniendo la arbitraria fortuna a los pies de la justicia. Lo mismo que no pasa de licencia poética y recurso para la rima, decir a Fernando el Católico que fue la fortuna quien le elevó a la cumbre del poderío²⁸.

Su auténtica perspectiva es la de que la fortuna es un medio para la meta cardinal y ultraterrena del hombre y que la lucha contra ella ha de hacerse en armas de virtud. Las cosas de la fortuna pasan, como pasó el imperio de Alejandro²⁹; y es curioso ver que este mismo punto de la inestabilidad de la fortuna que sirvió de arranque a Maquiavelo para la neopaganización de la política sirve a fray Iñigo de Mendoza para un salto de moralización³⁰.

Tan es así su pensamiento que de esa suerte resuelve la pugna entre los Reyes Católicos y la fortuna, que no puede por menos de plantearse siguiendo el gusto de la época. Al ser virtuosos no la temen y la vencen³¹. Victoria cristiana, medieval y escolástica de la virtud contra los castigos secuela del pecado, que nada tiene de común con la victoria heroica, neopagana y renacentista del hombre recio que sujeta las contrarias enemigas enconadas. Si otros datos no vinieran mostrando ya que fray Iñigo es colofón y no partida, bien claro lo diría esta faceta de su ideario.

5. LA TEORIA DEL TIRANO

Otro rasgo que confirma la interpretación enunciada es su teoría del tirano, también calcada sobre los moldes inmediatamente anteriores y sobre la realidad ambiente, en vez de dar en simple repetición de la clásica tabla aristotélica con pruritos de recepción directa del original. Aquí el realismo auténtico y primorosamente castellano salta a la liza de los conceptos en mescolanza bien compuesta con sus lecturas evangélicas y con sus desprecios al mundo de la paganía grecolatina. En la doctrina del tirano de fray

²⁸ Véase el texto del Sermón sobre el yugo; pág. 53a:

«Y pues tan poco repuna
a mí grand insuficiencia
mirandos enesta luna
la cumbre que dio Fortuna
a vuestra magnificiencia.»

²⁹ Coplas en que pone la cena que Nuestro Señor hizo con sus discípulos quando instituyo el sancto sacramento de su sagrado cuerpo, en NBAE, XIX, 101b-102a.

³⁰ Este salto conceptual está bien claro en el siguiente trecho de la Vita Christi, pág. 42a:

«A esto vino del cielo
el redemptor y maestro,
a mostrarnos que enel suelo
no estaba puesto el consuelo
del verdadero bien nuestro,
y que las cosas presentes
tienen continua mudança,
mas son puestas como puentes
ala firme bienandança.»

³¹ Coplas, 64a.

Iñigo de Mendoza asistimos a uno de los típicos urdimientos de dispar procedencia propios de las etapas de transición ideológica; pero también a un predominio de los gustos medievos sobre las sugerencias clasicistas, amén del constante oteo de los sucesos cotidianos que atañía a un poeta oficioso cantor de la nueva política inaugurada en Castilla por Fernando e Isabel.

A lo primero, el tipo máximo del tirano de todos los tiempos es Herodes y el mayor acto de tiranía nunca conocido la matanza de los Inocentes. Postura ciertamente no nueva en la historia del pensamiento político español, porque ya venía siendo repetida en diversas ocasiones desde que por vez primera la formuló Caio Vetio Aquilino Juvenco en el alba de nuestra personificación histórica³²; pero que en fray Iñigo de Mendoza cobra un alcance de insistencia que subraya a todas luces cómo es en la meditación de los textos sagrados donde aprendió a conocer el modelo de la malignidad política que suele definirse como el tirano. «Tirano malvado»³³, «tirano cruel»³⁴, «tirano rey de Judea»³⁵ son calificativos usuales para el Ascalonita, cuya tiranía resalta aún más en contraste con la bondad de los Reyes Magos, patente cuando éstos le increpan en términos de moral política medieval, cuya sola exposición supone un repudio anticipado de las teorizaciones de que el fin del gobierno es mantenerse en el uso del poder:

«Ay de ti, tyrano triste,
que parayso perdiste
y que infierno cobraste»³⁶.

A lo segundo, ya los romanos son responsables de la tiranía impar de Herodes, puesto que ellos son quienes le sostuvieron en el poder. Con lógica de fraile prerrenacentista, que recela y no admira la vieja Roma imperial, discurre así:

«Segund esto, no deviera
aquel romano senado
sublimar tal bestia fiera
como el rey Herodes era
en la cumbre del reynado,
porque dar cetros reales
a los crueles tiranos
es hazer los mismos males
como los que ponen puñales
a los locos en sus manos»³⁷.

³² C. V. AQUILINO JUVENCO: *Historiae Evangelicae*, libri IV. Edición por Faustino Arévalo, Romae, apud Autonium Fulgonium, 1792. Cita al libro I, verso 302, pág. 109.

³³ Vita Christi, 49b.

³⁴ Vita Christi, 50a.

³⁵ Vita Christi, 49a.

³⁶ Vita Christi, 37b.

³⁷ Vita Christi, 52a.

Cómplices del tirano, porque eran también tiranos. Todo aquel brillo de la Roma antigua, que deslumbró los ojos de un Maquiavelo hasta hacerle abominar del cristinismo como factor de decadencia y degeneración, es en fray Iñigo objeto de desprecio; los emperadores, meros tiranos³⁸, favorecedores de tiranos; la caída de Roma castigo a tales tiranías y en modo alguno debilitación social motivada por la entronización del cristianismo.

A ambos ingredientes jÚntase el tercer factor: la realidad política vivida. La contraposición entre los justos Reyes Magos y el tiránico Herodes reproduce entre la política de los Reyes Católicos y los nobles desaforados y turbulentos a quienes éstos pusieron a raya. Son varias las veces en que les llama tiranos ensoberbecidos y rapaces³⁹ y en que contrasta a la nobleza arisca, y por ello tirana, con la sobria justicia de Fernando el Católico

«príncipe muy soberano,
nuestro natural señor,
contraste delo tirano,
delo sano castellano
mucho amado y amador»⁴⁰.

No es tampoco, pues, renacentista la doctrina mendociana acerca del tirano.

6. EL CANTOR DE LA POLÍTICA DE LOS REYES CATÓLICOS

Esta definición de Fernando como contrapié del gobernante tiránico nos pone en la ruta para tocar el postrer detalle del pensamiento político de nuestro fraile menor: su condición de cantor de las hazañas y de las actitudes de los Reyes Católicos.

No he de demorarme mucho en ello, porque basta echar una ojeada sobre las poesías salidas de su mano para darse cuenta de cuánta pasión, cuánto cariño y cuánto

³⁸ Trazando una lección para sus coterráneos argumenta así en el Dechado del Regimiento de príncipes, 73b:

«Oyanme los castellanos:
los romanos
por que cabsa prosperararon?
por cierto, porque labraron
e guardaron
esta labor con sus manos;
mas despues que alos tiranos
inhumanos
pasaron syn ponicion,
cayo su governación,
de tal son,
que sus cetros soberanos
son tornados muy enanos.»

³⁹ Dechado, 74b. Sermón sobre el yugo, 54b.

⁴⁰ Sermón sobre el yugo, 52b.

enardecimiento puso en una empresa que bien pudiera llegar a parecer, a fuerza de repetida cantilena, la justificación suprema de sus actividades literarias. Necesitaríanse muchas páginas para glosar sus conceptos y opiniones, tarea innecesaria porque asimismo en contadas líneas hay bastante espacio para poner de relieve su postura de cantor político de la hazaña de la sujeción al trono de aquella nobleza levantisca y rebelde que tantas veces se alzó contra la débil voluntad de Enrique IV y a la que el yugo fernandino de la obediencia reduciría a paladín de gestas impares y sin número.

Para fray Iñigo de Mendoza, Fernando e Isabel rehacen lo que deshizo el último de los reyes godos; es un rehacer más que un hacer, insiste, y canta a la Divina Justicia por cuanto soldó

«... las quebraduras
de nuestros reynos de España»⁴¹,

encontrando motivo para ello, habida cuenta de que

«y pues razon nos ha dado
vuestro mando, segund digo,
por juntar lo derramado
que perdio el rey don Rodrigo»⁴².

Un afán de reconstrucción que es apetito de unidad de todos los pueblos españoles. Lograda la unión de Castilla con la confederación catalano-aragonesa, faltaba todavía Portugal, y fray Iñigo no duda de que Fernando e Isabel reclamarán el reino luso por lo que de portugués late en sus reales venas.

«Y lo que ay de Portugal
no nos puede hazer mal
para demandar lo vuestro»⁴³,

exclama, acallando su recelo ante la estirpe portuguesa de los herederos de Joao I de Avís, recelos de un castellano convencido de la capitania histórica de su pueblo y superados por el afán imperial de una unión que capacite a las Españas para señoríos universales y gloriosos. Nótese cómo el particularismo castellano se evade de las estrecheces de lo propio para calibrar expansiones universas del brazo de los pueblos hermanos; porque la manera en que tal evasión tiene lugar proclama bien a las claras que la unidad no era unificación, sino aumento del caudal de reinos sujetos al cetro de los reyes que encabezaban una monarquía federativa en trance augusto de comenzar a ser ya misionera.

⁴¹ Coplas, 63a.

⁴² Coplas, 64b-65a.

⁴³ Coplas, 66b.

Para que Castilla fuera digna de tales aventuras maravillosas era preciso una política previa de disciplinamiento, que quebrase rebeldías y armase fuerzas, que cortase intereses y encauzase ímpetus. A ese fin tendió la acción decidida, y muchas veces dura, de los Reyes Católicos, y fray Iñigo les incitará a no andar con contemplaciones para atajar los males endémicos que aquejaron el cuerpo de la monarquía reinando Enrique IV. Entre muchos textos que pudiera traer a colación, referiré únicamente el que sigue, en ocasión de amonestar el poeta a la Reina Católica:

«No piense vuestra excelencia
que es clemencia
perdonar la mala gente,
antes de tal accidente
comunmente
se causa la pestilencia:
syno, ved por experiencia
que presencia
os demuestra vuestra tierra,
que el no punir a quien yerra
dio tal guerra
ala real providencia,
qual vos muestra su dolencia»⁴⁴.

Tal consejo político llena dos de sus obras cardinales: El *Dechado*, enderezado a Isabel la Católica y cuyo pensamiento central se condensa en el trecho que de él acabo de extraer; y el *Sermón* donde analiza las armas usadas en aquella hora por el Rey Católico⁴⁵ para ir deduciendo a manera de explicación emblemática consejos para la gobernación: mano dura del yugo⁴⁶; blanda humanidad de las melenas⁴⁷ o piel que se pone a los bueyes en la frente para que no les roce la cuerda o correa que les sujeta el yugo y que asimismo figura en las armas de Fernando V; y firmeza de las coyundas⁴⁸, que son las correas fuertes y anchas o las sogas de cáñamo con que se uncen los bueyes al yugo.

En cuyos dos escritos fray Iñigo de Mendoza ganó títulos suficientes para que podamos considerarle hoy sin temor a yerros como el mayor poeta político de la Castilla de Isabel. Aquel su programa de reconstruir las Españas, enmendando las malas jornadas del Guadalete no es apenas una apetencia de la época; por espacio de muchos años seguirá siendo *leitmotiv* de muchos sueños españoles⁴⁹.

⁴⁴ *Dechado*, 73b.

⁴⁵ Como es sabido, en heráldica al comienzo usó el yunque y el martillo.

⁴⁶ *Sermón* sobre el yugo, 54b-56a

⁴⁷ *Sermón* sobre el yugo, 56a-57a.

⁴⁸ *Sermón* sobre el yugo, 57a-58a.

⁴⁹ Creo vale la pena reproducir lo que resume al final del *Sermón* sobre el yugo, enderezado a Fernando V:

«Alto rey cuya potencia,
cuyas virtudes y modos

7. JUICIO CRITICO

Fray Iñigo de Mendoza, fraile francisco y poeta oficioso de la política de la Reyes Católicos, es un hombre rotundamente medieval. Las concesiones que haga a los gustos del clasicismo que avanzaba son mínimas, y eran de pura forma; en el meollo de su pensamiento guíale la ilusión de aquel orden armónico del Medievo, no exento de rigideces, en el cual modeló su apetencia de orden en Castilla, tal vez como reacción contra la acidez violenta del anterior reinado. En los temas fundamentales del contraste, como la teoría del tirano o el entendimiento de las mudanzas humanas, sigue aferrado a los cánones imperantes durante las centurias anteriores.

Tal vez por ese medievalismo, Menéndez Pelayo le diputó moralista a secas⁵⁰, aunque a mi ver hay argumentos sobrados para achacarle una preocupación política que no existe en los estrictos moralizadores al uso de un fray Ambrosio de Montesinos; porque no caben dudas de que en todo instante fray Iñigo siente la afrenta de los días de Enrique IV, los afanes de la reedificación de las Españas hacía ochocientos años fragmentadas, el acicate de aquel hábito de optimismo histórico que sin duda creó los pechos castellanos hacia 1480 y hasta el inconsciente anticipo de las jornadas áureas de nuestra grandeza.

Hay amor a lo propio sobre todo. Véase cómo rechaza a los emperadores romanos con cristiana y medievalizada percepción de su gobierno, según antes mostré; pero véase también cómo hace una excepción con Trajano, que es buen príncipe por ser nada menos que:

«el emperador Trajano,
castellano
de Pedraza de la Syerra»⁵¹;

merece por su excelencia
heredar de aquella herencia
que se perdió por los godos
al tiempo que don Rodrigo
en pena de su luxuria
recibió tan grand castigo,
nos desco tan syn abrigo
sometidos con injutia
a la marometa furia,
porque asy como sus vicios
merescieron pena digna,
asy, rey, vuestros servicios
merescerán beneficios
a la justicia divina,
de manera que aplacada
por vuestras obras su saña,
no solo ser subjuzgada
a Castilla con Granada,
mas con poca fuerça y maña
vos podeys ver rey de España» (página 59b).

⁵⁰ *Antología de poetas líricos castellanos* III (Madrid, CSIC, 1944), 41-56.

⁵¹ *Dechado*, 74b.

donde el yerro histórico de la patria del príncipe le salva de caer en el desprecio que todos sus congéneres merecían a este fraile francisco de la segunda mitad del siglo XV.

La perspectiva eticista del devenir político en función de un providencialismo hondamente sentido, le llevó a presagiar días impares para sus pueblos españoles. En el umbral de los caminos de la gesta hispana fue por eso trovador anticipado y mañanero, que al contemplar juntas

«la pasada enfermedad,
la presente sanidad
delos reynos do benimos»⁵²

dio a sus poesías resonar de clarines de victorias, con acentos de letra medieval y música de luengas verdades cristianísimas.

Era la doctrina política que con mayor agrado podían escuchar los oídos de Isabel I de Castilla.

⁵² *Question y diferencia*, 80a.

CAPITULO V

Un teórico de la monarquía limitada: Diego López de Haro

1. LOS ADOCTRINADORES NOBILIARIOS Y DIEGO LOPEZ DE HARO

Lo que pudiéramos llamar adoctrinación caballeresca y palaciega por el carácter florido y cortesano de sus autores, hállese representada en el *Cancionero General* de Hernando del Castillo, sobre todo por el vizconde de Altamira, don Rodrigo Osario de Moscoso. Bien pudiera incluirse en ella, forzando un poco el tema o ensanchando el criterio, las coplas que Garci Sánchez de Badajoz compuso contra las mudanzas de la fortuna¹, por cuento del vituperio de los cambios resultan enseñanzas de color moral: o a lo menos el diálogo entre la Razón y el Pensamiento, en la que la primera corrige al segundo por ser ella según confiesa,

«aquella Razón
que enderezo a los errados»²;

mas sobre todo el *Aviso para cuerdos*, pieza larga de hasta novecientos versos, en donde Diego López de Haro dialoga con los personajes más dispares antiguos y modernos, desde Adán hasta Mahoma, pasando por los bíblicos como Noé o Jacob, por los mitológicos como Hércules, por los griegos como Aquiles, por los persas como Zoroastro, por los filósofos como Platón y Aristóteles, por los romanos como Rómulo y Tarquino, por los cartagineses como Aníbal, por los apóstoles como San Pablo o por los monarcas visigodos como Wamba y Sisebuto. No es tarea del historiador del pensamiento político tasar el mérito de una obra que para Bartolomé José Gallardo no pasaba de «mediana»³ y a la que Menéndez y Pelayo, por el contrario

¹ Incluidas por R. FOULCHÉ-DELBOSÉ en la NBAE, XXII (1915), 649a-650b.

² NBAE, XXII, 737b.

³ BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO: *Ensayo de una biblioteca*, III, 455.

ponderó⁴, yendo demasiado lejos a juicio de su editor Erasmo Buceta⁵. Es asunto de estrechez literaria que no afectó al historiador de mi especialidad.

A quien sí corresponde, en cambio, poner de relieve cómo el moralismo del *Aviso para cuerdos* no se aparta ni un ápice del carácter medieval que preside el pensamiento de las Españas ayugadas por los Reyes Católicos; las alusiones a personajes clásicos y mitológicos son modelo de artificiosidad, y la moral que ponderan es justamente la manida que se venía atesorando en centurias anteriores y a la que López de Haro se limita a dotar de versificación discreta.

2. UN PRECURSOR DE LOS COMUNEROS

Veamos algunos rasgos. Josué dice que con la ayuda de Dios supo gobernar sin saber muchas veces las razones de su acierto, a lo que el poeta arguye que, no obstante la ayuda divina, es preciso el esfuerzo individual, pues

«aunque Dios ayude aquí
nunca el hombre olvide a sí»⁶,

adelantándose en lo político a lo que Lutero aseverará en teología cuando explique la justificación ante Dios por la sola fe.

De dónde que los poderes políticos pendan de la justicia y duren según se ejerzan rectamente. Verdad es que en algún trecho parece contradecirse⁷; pero bien a las claras saca al cabo la consecuencia eticista cuando postula una política recta con carácter infalible al señalar cómo

«esta rregla nunca huye:
el poder que aquí se tiene,
abaricia lo destruye,
la justicia lo sostiene.
Por esto duraron poco
pueblos, rreynos que aquí toco»⁸

Era un concepto deducido de la responsabilidad; al desenvolverlo ulteriormente llegará a borrar los regimientos perpetuos por cuanto diluyen la responsabilidad. Trátase de una originalísima consecuencia que, tomada a la letra en su valor político, llevaría

⁴ MENÉNDEZ PELAYO: *Antología*, III, (1944), 129.

⁵ Nota en la *Reine Hispanique*, LXXVI (1929), 823.

⁶ *Aviso para cuerdos*, en *Revue Hispanique*, LXXVI, 333a.

⁷ Al hablar de la caída de Roma, en pág. 344b, cuando afirma que
«no ay quien pueda sotener
lo que Dios quiere perder.»

⁸ *Aviso para cuerdos*, 339a.

a transformar a Diego López de Haro en debelador de las formas monárquicas de gobierno; tesis evidentemente absurda, dadas sus personales circunstancias de caballero castellano del 1500, y que fuerza a recortar sus ideas al valor estrictamente ético de un postulado de reforma moral en la vida pública⁹.

En las líneas mismas de ese tajante moralismo, que llega a rozar lo iconoclasta, está su repulsa de los reyes que gobiernan arbitrariamente. Dos son los frenos del monarca, según Diego López de Haro: la ley y la moral; o en otras palabras las leyes positivas y las leyes de Dios.

Ambos límites se hallan expresamente consignados. En cuanto a la sujeción a las leyes divinas considera como animal malicioso al rey arbitrario que por sus pasiones se guía equiparándole a un buey según el ejemplo bíblico de Nabucodonosor tornado en animal que pacía yerba¹⁰. En lo que toca a la obligación que el príncipe tiene de observar las leyes humanas, básase en que Cristo vino a cumplir la ley antigua siendo rey divino, ejemplo que deben seguir cuantos reyes humanos haya¹¹.

Tan convencido está de lo acertado de tales límites y de la conveniencia de frenar a los reyes, que ve en esa limitación la señal de una gobernación recta, repeliendo con aspereza la tesis opuesta en términos casi violentos:

«el que contrario discere
hacer rreyes malos quiere»¹².

⁹ He aquí sus propias palabras en página 339b:

«Los perpetuos Regimientos
a los rreynos y cibdades
destruyen por los cimientos
porque oficios de bondades
no los da merecimientos:
y esta orden muy perfecta
en el cielo clara es,
pues no rreyna una planeta
mas de un mes.
En buen tiempo así se usó
y el mal tiempo lo mudó.»

¹⁰ *Aviso para cuerdos*, pág. 335a, sobre todo cuando cierra la consideración arguyendo que

«rey que sigue su pasión
buey se torna en la verdad
pues que desecha la rrazon
por seguir su voluntad».

¹¹ «Que aunque el rrey haga la ley,
de guardalla es obligado
por justicia como rrey;
y esta ley quiso aproballa
Christo Dios quando dezía:
que no a la ley quebrantalla,
mas como a rrey que benía
a cumplilla y acaballa.»

Aviso para cuerdos, 339b-340a.

¹² *Aviso para cuerdos*, 340a.

Verdad es que su observación de los hechos pasados le enseña que la soberbia tiranía dura poco¹³, cayendo por los suelos hasta la incomparable majestad de Roma¹⁴; pues aunque los reyes debieran haber aprendido por su lado semejante clara enseñanza de la historia, insiste en ella transformándola en eje de todo su adoctrinamiento.

Como hombre del Medievo está convencido de la supremacía de la ciencia divina por encima de las humanas¹⁵; donde su fe se extingue es en los hombres, y por eso pretende encerrarlos dentro de las barreras legales de una serie de normas humanas y divinas. Lo que otorga originalidad al pensamiento de Diego López de Haro, haciéndole sobresalir del grupo de adoctrinadores segundones, es cabalmente tal desconfianza, que no admite la desatada fe en los hombres, sino que requiere la atada fe en las leyes. Es un reflejo en Castilla de las mismas ideas que impugnan las teorías iusconstitucionalistas, pan de llevar de la confederación catalano-aragonesa. Sin la cultura ni la talla de un Francesc Eiximenis, que asaz diferentes son sus coyunturas personales, parece este hidalgo dado a las armas el remedo de aquel fraile, dado a las teologías sin más que cien años después.

Porque en la áspera Castilla de las absolutizaciones espirituales, emparejó su doctrina con el foco docto de la universidad de Salamanca, en una audacia que por su mismo extremismo requiere la corrección de los intérpretes, Diego López de Haro significa un algo aparte en el conjunto de los adoctrinadores: nada menos que el defensor en nombre de la nobleza de una monarquía limitada, cuando ya la monarquía, a fuerza de doblregar a la nobleza, iba perdiendo los límites de su contenido medieval.

A contrapelo de las circunstancias, Diego López de Haro está antes y más allá del Renacimiento y del romanismo político; es un eco de la Edad Media que moría, acostada a las «leyes terrae» y mal avenida con la exaltación romanista de los príncipes. Si de algún escritor de la época cabe decir que siguió obstinado en mirar hacia atrás sin cuidado para las inevitables mutaciones ambientes, éste es Diego López de Haro. Mientras otros medievales, frailes como Iñigo López de Mendoza o juristas, se empeñaban en acrecer el poderío de las testas coronadas, él elevó a las cumbres de la doctrina los valores vigentes en una edad que agonizaba.

Con su visión cortante de la monarquía limitada es el más auténticamente representante de la vieja teoría anterior a las influencias boloñesas, la misma que otros nobles de su cantera defendieron poco después en Villalar. Lo que Juan de Padilla escribió con su espada, él lo escribió con su pluma breves años antes solamente; y que escriba un noble tal como Diego López de Haro escribe manifiesta los profundos ecos adormecidos que en la nobleza castellana despertó el movimiento de los comuneros.

Era la Edad Media que no se resignaba a perecer políticamente.

¹³ *Aviso para cuerdos*, 340b.

¹⁴ *Aviso para cuerdos*, 344b.

¹⁵ *Aviso para cuerdos*, 338a.

CAPITULO VI

Los humanistas

1. NEBRIJA

La paulatina venida de noticias de la antigüedad dorada que Italia va expandiendo por toda Europa a lo largo del siglo XV produjo bajo los Reyes Católicos un clasicismo netamente hispano y un humanismo auténticamente nuestro, genuino en su entraña y fértil en sus desarrollos. Artífice máximo de él fue el andaluz Elio Antonio de Nebrija, que en 1475 se presenta a opositar en Salamanca la cátedra de Poesía, tras diez años de estudios en la Península Itálica y repleto de ambiciosos ensueños renovadores su cerebro de latinista consumado. En esta historia no tienen cabida las vicisitudes de la vida del genial renovador, padre de nuestros latinistas y patriarca de nuestro gustos literarios; si fue o no a Salamanca, si se recluyó durante un septenio de fructífero trabajo en un rincón de Extremadura, si chocó con el claustro salmantino, si era rígido de carácter, si le afeó el orgullo, son cuestiones que no interesan al historiador del pensamiento político. Basta con poner de relieve que lo gigantesco de su obra ciclópea traspasa las lindes peninsulares, porque nada menos que la moderna pronunciación del griego arranca de derroteros por él iniciados, según reconocen Ingram Bywater¹, Engebert Deerup² y el P. Ignacio Errandonea³.

La parte de su actividad que a nosotros nos interesa es su pensamiento político, la visión que tuvo el humanista de los sucesos que en torno suyo tenían lugar en una hora de tan radicales mudanzas y que tantas novedades conocía. El resto de su

¹ INGRAM BYWATER: *The Erasmian Pronunciation of Greek and its precursors* Jerome Alexander, Aldus Manutius, Antonius of Lebrixa. London, Oxford, 1908, págs. 13 y 25.

² EUGEBERT DEERUP: *Die Schulaussprache des Griechischen von der Renaissance bis zur Gegenwart, im Rahmen einer allgemeinen Geschichte des griechischen Unterrichts*. Paderborn, Goeresgesellschaft, 1930 y 1932.

³ IGNACIO ERRONDONEA: *¿Erasmus o Nebrija?*, en *Micelanea Nebrija*. Madrid, CSIC, 1946, págs. 65-96.

pensamiento nos queda ajeno, incluso su actividad didáctica y lo que en la historia de la pedagogía puede valer su tratadito *Deliberis educandis*⁴. Es su sentido político lo que le asienta en esta historia.

Elio Antonio Nebrija participa del estremecimiento que sacudió a los espíritus castellanos bajo la reina Isabel y aporta su grano de arena, arena dorada de artífice de imperio, a la empresa que vive y le apasiona. Fiel a Isabel, canta su gobierno como gobierno justo, narrando cómo reforma hombres y usos mediante leyes cargadas de prudencia, mientras Fernando prepara el cruce del estrecho de Gibraltar para proseguir la lucha contra los sarracenos en suelo africano. Con ritmo clásico nos dice en versos que saben a regustos de latín bellísimo:

«Dum tamen ille parat bellum, reficitque cohortes
quas vekat Herculeas traiciatque fretum,
haec mores tandem patriae desuetaque corda
componet certis legibus arque modis»⁵.

Es que la reina y el erudito se comprendieron desde el primer encuentro, cuando él acertó a insertar en los planes universos de ella aquél su amor por la filología, mostrándola la utilidad política del cultivo depurado de la lengua. Cuando Nebrija presentó a Isabel un ejemplar de su *Arte* la reina inquirió por qué lo había escrito, a lo que replicó el humanista estas bien sabidas frases:

«El considerar que siempre la lengua fue compañera del imperio, e de tal manera lo siguió, que juntamente comenzaron creciendo e floreciendo e despues juntamente fue la caída de entrambos»⁶.

En aquella entrevista se anudó al humanismo con las hazañas expansivas de Isabel y se definió, con frases intachables y precisas, el programa político del humanismo castellano. La lengua hermana del Imperio marcará la ruta ascensional de Castilla. Cuando unos lustros más tarde el castellano reine en Italia y en Portugal, sirva de vía de predicación por todo el mundo, sea lectura favorita de Isabel de Inglaterra, lo conozcan todos los belgas, eche mano de él Carlos V para hablar al Papa o los ciudadanos de Wittenberg para dirigirse a Carlos V, se había cumplido en punto aquel programa que un día en Salamanca forjaron la mayor de las reinas de Castilla y el máximo entre los humanistas españoles. Nebrija será uno de los grandes artífices políticos de la universalidad gloriosa de Castilla.

Convencido andaba él mismo de ello, en sumo grado. El Imperio es para él un nombre vacío, porque el verdadero imperio reside en la monarquía de las Españas. También semejan vaticinio de los tiempos de Felipe II aquellas sus palabras rotundas en el prólogo a las *Décadas*: «Nunc vero quis est qui non intelligat, quamquam titulus

⁴ Publicado por Roqué Chabas en la *Revista de Archivos*, IX, 56-66.

⁵ *Epithalamium*. Salamanca, 1491, folio.

⁶ *Tratado de gramática que nuevamente hizo el maestro Antonio Lebrija sobre la lengua castellana*. Salamanca, 1491, folio a2.

imperii sit in Germania, rem tamen ipsam essepenes Hispanos Principes, qui Italiae Magnae atque Maris Nostris insularum domini, iam miliuntur bella in Africam trans-mittere, atque missis classibus, caeli motum secuti, iam pertingunt insulas Indorum populis adiacentes. Neque eo contenti, alterius orbis magna parte explorata, parum abest, ut Hipasniae atque Africae finis occidens cum orbis terrarum fronte orientali adjungatur»⁷. Carlos V ostentaría el título imperial, pero hará de Castilla el sostén de su Imperio; Felipe II, ya sin título imperial germano, será el defensor de Roma que el emperador debiera ser. Nebrija predijo ya bajo sus abuelos ese papel imperial de las Españas, generosas en no asumir el título y en soportar las cargas imperiales.

De esas Españas forma parte Portugal. Tampoco en este punto Nebrija constituye excepción y por eso se enorgullece cantando la expansión portuguesa en sus versos epitalámicos de 1490 a las bodas de la princesa Isabel con don Alfonso de Portugal. Otra vez el ritmo del verso clásico asume matices de alborada gloriosa:

«Nam lusitanus Princeps, secura videbit cum
sua terga metu, consocerique fidem,
armatas classes et multo milite plenas
in mare deducet, sol ubi mergit equos»⁸.

He aquí la más linda glosa a la bula que el Papa Alejandro VI va a dictar años después. También ahora el vate es adivino, para hacer honor humanista a la etimología del nombre de su oficio. Fernando guarda las espaldas a su yerno y Portugal, hermana de Castilla, va segura a conquistar el mundo. En esos versos de Nebrija las «descobertas» se incorporan a la gran faena universal de nuestros pueblos.

Al lado de esas intuiciones políticas, muchas veces con pinceladas que rayan en lo genial, poco cabe decir de las opiniones jurídicas de Nebrija, pese a haber redactado un *Lexicon juris civilis*⁹, en su época de grande difusión y autoridad. No fue jurista pero su espíritu renovador del lenguaje se extendía a restablecer el oportuno valor de los vocablos jurídicos, muchas veces mal empleados; en cuyo aspecto su labor fue cardinal, bien que no sea aquí el sitio en que deba justipreciársela.

Asoma sí, algún instante, cierto atisbo de filosofía jurídica, que sobrepasa a sus confesados intentos de retocar el vocabulario legal; pero no es en el *Lexicon juris*, sino en la *Apología* que dirigió a Cisneros en defensa propia. Es aquel trecho en el que asevera que si fue propósito del legislador al dictar leyes el de premiar a los buenos, también será el de castigar a los malos¹⁰, con lo que postula una concepción finalista de la actividad legislativa dentro de los viejísimos módulos isidorianos recogidos en

⁷ AELII ANTONI NEBRISEENSIS: «Rerum a Fernando», et *Elisabe Hispaniaru foelicissimus Regibus gestarum Decadas Duas*. Granada, 1545, folio a5 vto.

⁸ *Epitalamiun*. Salamanca, 1491, folio.

⁹ Salamanca, 1506.

¹⁰ «Quod si propositis legislatoris esse debet bonos ac sapientes viros premis afficere: malos vero atque a veritatis via aberrantes poenis coercere.» *Apología*, folio 2 vto.

otra parte de la presente *Historia*. Al lado de esa opinión nada cuenta la erudición que muestra al agregar a su *Lexicon* un catálogo de las leyes que suele ser citadas en las historias¹¹, ni un vocabulario especializado¹². Son derroches de saber humanista que sólo ha de considerar un historiado de las letras latinas en España.

Tal es el cuadro de motivos por donde el príncipe del humanismo incide en una historia del pensamientos político, y en verdad que son sobresalientes. Amén de su actividad fijando y lustrando las disciplinas universitarias mediante el acopio de dicciones felices, es el impulsor del espíritu de las Españas volcándose hacia Europa. Es de subrayar que mira de Pirineos arriba con ojos de dominio, nunca con debilidades de copista. En lo cultural, como en lo propiamente político, es un paladín de los bríos hispanos, entonces vencedores de Europa. Juan del Encina nos ha observado que si desterró de España los barbarismos introducidos en el cultivo del latín, «una de la causas q le movieron a hazer arte de romance fue que creya ntra lengua estar agora mas empinada y pulida q jamas estuvo»¹³. Consciencia de las fuerzas de su pueblo, seguridad en su obra, certeza de que sonó la hora de Castilla en el reloj de la Providencia, y que la fuerza a colocar en las Españas el imperio real que Alemania de nombre ostentaba. España, imperio auténtico: haber pugnado por la cristalización de esta idea en el horizonte de sus posibilidades es el mérito insigne de Elio Antonio de Nebrija en la historia de nuestro pensamiento político.

Predijo el proceso de desplazamiento de misiones imperiales que poco después iba a producirse, que él mismo vio todavía con los ojos de la carne en el postrer lustro de su vida, antes de morir en 1522. Tuvo, por ende, del imperio una noción nueva teológica y funcional, que anticipa las doctrinas demostrativas de la grandeza hispánica abundantes en el pesamiento español hasta los días de Francisco Quevedo.

Por eso fue en verdad el «egregio varón» que le consideraron sus contemporáneos¹⁴. Símbolo de las virtudes de la raza en el 1500, entronque de las capacidades de nuestros abuelos, servirá siempre de ejemplo para los extranjerizados de toda laya, embobados ante lo europeo, a quienes enseñó cómo es dable admirar sin copiar, asimilar conservando la propia contextura, entrar a saco en los almacenes científicos de Europa para atesorar instrumentos, sin menoscabo de la personalidad nativa, adquirir en los mercados ultrapirenaicos trajes a nuestra medida y vestirlos sin violentar la corpulencia nuestra. Pudiera aquí traerse a colocación en lo político aquel juicio, certero como suyo, con que Menéndez y Pelayo, lo caracterizó en lo literario al decir que «nadie podrá dejar de ver en el ilustre maestro andaluz la más brillante personificación literaria de la España de los Reyes Católicos, puesto que nadie influyó tanto como él en la general cultura, no sólo por su vasta ciencia, robusto entendimiento y poderosa

¹¹ «Leges quae solent citari in historis», en *Iuris civilis lexicon*, folios e4 vto.-e5.

¹² «Latina vocabula ex iure civili in voces hispanienses interpretata», en *Iuris civilis lexicon*, fols. e6-e8 vto.

¹³ JUAN DEL ENCINA: *Cancionero*, folio 2.

¹⁴ Tal le califica JUAN DE VALLEJO a la pág. 56 de su *Memorial de la vida de fray Francisco de Cisneros*. Edición de Antonio de la Torre. Madrid, Bailly-Bailliere, 1913.

virtud asimiladora, rico por su ardor propagandista, a cuyo servicio puso las indomables energías de su carácter, arrojado, independiente y cáustico»¹⁵.

Violento, tajante, erudito, difícil y audaz, generoso en ambiciones patrias, seguro de sí y de los suyos, ni más ni menos que debieron serlo los conquistadores americanos o los soldados de Gonzalo de Córdoba. Europa ridiculizará tal vez a esos tipos humanos y puede que descastados nietos concurren con sus risas al ridículo, proclamando envidiar a los que llevan la sangre física o espiritual de los que Nebrija despreció. Signo de los tiempos esa mudanza en el criterio de los abuelos; pero el ejemplo de Nebrija basta para aferrar en el suelo de las Españas vivas los pies de quienes todavía, gracias a Dios, no hayan caído en el papanatismo de lamentar no haber nacido en Marburg.

2. DIEGO RAMÍREZ DE VILLAESCUSA

De la época de los Reyes Católicos ha de considerarse a otro humanista, Diego Ramírez de Villaescusa, maestro de retórica, obispo de Cuenca, visitador de la universidad de Salamanca donde su visita dejó huellas indelebles, obispo de Málaga, presidente de la Chancillería vallisoletana, mediador entre comuneros y realistas, promotor de la edición de las *Obras* de Alfonso de Madrigal que tuvo lugar en Venecia entre 1527 y 1531, fundador del llamado Colegio de Cuenca, uno de los cuatro mayores de la primera Universidad de las Españas, y autor o cooperador de innumerables otras obras culturales. Porque, aunque Diego Ramírez de Villaescusa fallece en 1537, el eje de sus actividades se centra en el reinado de los Reyes Católicos, alcanza al advenimiento de Carlos V entrando en los sesenta, y, sobre todo, a los Reyes endereza su mayor pieza escrita, la titulada *Los cuatro diálogos sobre la malhadada muerte del príncipe de las Españas*, cuyo texto ha sido vertido al castellano con exquisita pluma por su biógrafo, el padre jesuita Félix G. Olmedo como apéndice a la monografía apretada que le consagró no ha mucho¹⁶.

Los diálogos publicados por el P. Olmedo son tres: el primero, donde conversan la Muerte y la Reina Isabel, acerca del fallecimiento del príncipe, único varón de los monarcas¹⁷; el segundo, donde aparecen Fernando el Católico y su nuera Margarita de Austria¹⁸; y el tercero, donde el diálogo se traba entre los dos Reyes Católicos¹⁹.

Como era de suponer, el meollo consiste en una serie de lamentaciones, curadas con la conformidad cristiana. «El Señor mortifica y vivifica» proclama el rey condenando en una frase el argumento entero²⁰. Motivo de conformidad que arrastra otro

¹⁵ M. MENÉNDEZ Y PELAYO: *Antología de poetas líricos castellanos*, III (1944), 30.

¹⁶ FÉLIX G. OLMEDO: *Diego Ramírez de Villaescusa (1459-1537)*. Madrid, Editora Nacional, 1944.

¹⁷ En FÉLIX G. OLMEDO: *Diego Ramírez de Villaescusa*, 239-255.

¹⁸ En FÉLIX G. OLMEDO: *Diego Ramírez de Villaescusa*, 255-259.

¹⁹ En FÉLIX G. OLMEDO: *Diego Ramírez de Villaescusa*, 260-296.

²⁰ *Diálogo III*, pág. 290.

punto de humildad: recordar que los reyes son de carne y hueso como sus súbditos, sujetos a las leyes del nacer y del morir igual que ellos²¹. De ahí que deban gobernar con justicia y mansedumbre.

Aquí aparece un curioso contraste, pues el humanista hace ver la dureza de carácter de Isabel junto a la mansedumbre de Fernando. Es el rey quien amonesta a la reina para que gobierne más blandamente y es ella quien justifica su manera de regir, violenta y dura. Es un matiz que conviene resaltar, tal vez porque refleja como un espejo los temperamentos de ambos esposos regios. Para que el lector juzgue por sí mismo, me limitaré a copiar el texto dado por el padre Olmedo, sin azucararlo ni avinagrarlo con el más mínimo comentario.

He aquí las palabras de Fernando: «Por consiguiente, debes regirlos con suavidad y no destruirlos con crueldades y tiranías, para que esta insignia del poder no sea en tus manos vara de furor, sino símbolo de justicia y cetro de equidad para defender a los miembros de Cristo, que eso son los cristianos... Los pueblos te recibieron como madre: madre y no madrastra debes ser para ellos, mirándolos como hijos. Créeme, que no todos los que andan con nosotros buscan nuestro bien ni el bien de la república, sino el suyo particular.»²²

A lo que a la letra contesta Isabel: «Veo que debo ser madre de mis pueblos, y eso procuro ser. Si alguna vez parezco madrastra no es por culpa mía, sino de los malos vasallos. No es cruel el que degüella a los crueles. No hay ladrón que no llame cruel al juez que lo condena a la horca.»²³

A esta pincelada se agrega una definición de los consejeros, dada asimismo por Fernando, en la que declara como deberán ser discretos, prudentes, temerosos de Dios y ajenos a toda codicia²⁴, definición que quizá se formule como réplica a alguna de las críticas que le hemos visto formular en el párrafo que acabo de transcribir. Si a ello añadimos que para Diego Ramírez de Villaescusa el poder del príncipe ha de emplearse sobre todo en favorecer a las iglesias²⁵, postura de aspirante a doradas prebendas eclesiásticas, tendremos completo su panorama ideológico político.

El humanismo asoma por dos partes. Primero, en el uso de un latín atildado. Segundo, en una especie de clasicismo hispanista, casi en una españolización de la historia romana.

Es interesante este matiz, por más que no sea nuevo en Villaescusa. Los nombres clásicos que recoge son los que consideraba hispanos. En todo el arsenal erudito que poseía, hay dos nombres con relieve: Séneca, a quien cita Fernando el Católico²⁶, y a quien la Muerte considera hispano, diciendo a Isabel «vuestro Séneca»²⁷; y Trajano,

²¹ *Diálogo III*, pág. 274.

²² *Diálogo III*, pág. 274.

²³ *Diálogo III*, págs. 274-275.

²⁴ *Diálogo III*, pág. 275.

²⁵ Lo hace decir a Fernando el Católico en el *Diálogo III*, pág. 273.

²⁶ *Diálogo III*, pág. 280.

²⁷ *Diálogo I*, pág. 249.

sobre quien recoge por boca del Rey Católico la leyenda de que salió del infierno merced a los rezos de San Gregorio²⁸.

Con estos matices se monta el aspecto de los *Diálogos* que puedan interesarnos: una conformidad cristiana, a las veces hermanada de senequismos merced a ese prurito hispanificador²⁹; un detalle de las consecuencias que en el gobierno traían aparejados los dos caracteres diferentes de Isabel y de Fernando, más recio aquél cuanto más hábil éste, más duro el de la mujer cuanto más realista el del hombre, más inclinada Isabel a la justicia cuanto más dado Fernando a mansedumbres; una visión de cómo han de ser los consejeros de los Reyes, lugar común sobre materia que ya agotó en breve y enjundioso tratadito el jurista Alonso Díaz de Montalvo; un barrer para dentro en el hombre de iglesia que Diego Ramírez de Villaescusa fue; y un afán por ensalzar a los clásicos nacidos en la Península por encima de sus iguales, tanto da pensadores cual Séneca como emperadores cual Trajano. Con ese amasijo se adereza una de las piezas políticas del humanismo castellano.

²⁸ *Diálogo III*, pág. 267.

²⁹ «La mayor desgracia —dice Séneca— es la de aquel que no ha tenido ninguna.» *Diálogo III*, pág. 280.

CAPITULO VII

Los juristas

1. ALONSO DIAZ DE MONTALVO, EPIGONO DE LA GLOSA

Alonso Díaz de Montalvo es el más representativo de los juristas de la época de los Reyes Católicos, sea por su calidad de redactor del monumento legal más importante de la época, sea porque en su pluma reverdecen las formas del saber estrictamente medieval que señalan aquel reinado. Su actividad como colector de leyes es bien conocida, siendo él quien recopiló las que se agrupan en el *Ordenamiento* que lleva su nombre, uno de los instantes más trascendentes en el proceso de la legislación hispana, empresa en la que ha merecido unánimes elogios, tanto de sus contemporáneos¹, como de los críticos modernos².

En lo doctrinal, el pensamiento político de Montalvo se recoge en sus glosas al *Fuero Real de España*, o sea a aquel conjunto de disposiciones dictadas por Alfonso el Sabio, al par de las *Partidas*.

Su formación filosófica es escolástica, como se discierne de los contados trechos en que apunta cuestiones de tal índole. Concretamente en lo que toca a la psicología, cuando repite a la letra que el alma es forma del cuerpo humano³ y que puede ser sensitiva, vegetativa e intelectiva o racional⁴. Si a ese fondo aportamos el caudal de algunas lecturas clásicas, sobre todo las de aquel Séneca que todo el siglo XV llamó unánimemente nuestro con orlas lejanas y sed de prestigios clasicistas⁵, habremos

¹ De último fine utriusque Juris Canonici et Civitis 1514.

² Ad. titulum de Justitia ete June 1517.

³ ALONSO DÍAZ DE MONTALVO: *El Fuero Real de España. Diligentemente hecho por el noble Rey don Alonso IX* (sic.). *Glossado por el egregio doctor...* Burgos, Juan de Junta Florentino, 1533, fol. 5c.

⁴ «Est etenim anima sensitiva: vegetativa et intellectiva seu rationabilis». *El Fuero Real*, 5c.

⁵ Vr. gr., le cita en el *Prólogo*, folios primeros, sin numerar.

atalayado la amplitud de su mundo espiritual y precisado las bases en que cimentará sus pirámides de consideraciones jurídicas.

Jurista en todo, incluso aconsejando a príncipes o intentando escapadas por terrenos extraviados al legista, no era en modo alguno canonista mínimo ni de flojo ingenio, cual modestamente se confiesa⁶; pero sí adolece de limitaciones intelectuales, precisamente por su apego, a veces demasiado, a los textos de las leyes, lo que acarrea en él la propensión a enhebrar los problemas al hilo de una consideración siempre legalista.

Tal sucede con su visión de la figura principal de las ordenaciones medievales, con el rey. Al perfilarla reproduce aquella serie de dogmatizaciones isidorianas, ya recogidas a la letra en el *Forum Judicum* y casi la conciencia impresa de los hombres de aquella edad en estas cosas. Desde la etimología, al deducir «rex» de «recte regendo», hasta la obligación consecuente de gobernar con justicia, toda la teoría montalviana de la realeza bébese en tres fuentes principales: San Isidoro, Bártolo y Aristóteles. Isidoriana es la etimología; bartoliana la obligación por parte de los príncipes de buscar paz en la comunidad; aristotélica la diferenciación entre el principado político y el absoluto. La imagen del príncipe resulta de combinar las *Etimologías*, la glosa y el primer libro de la política. Encasillados en esos marcos, los monarcas medievales vienen a ser, tras la exposición de este jurista castellano, casi seres vivos vestidos con trajes de otros siglos ideológicos. Basta leer lo que consta en los folios 1 b-c y 149a para penetrarse de lo forzado que resulta a veces este artificio mental entonces tan en boga.

A veces la fe en la norma cede delante de la fe en el hombre, como al afirmar que «melior est bonus rex quam bona lex»⁷; mas son escapadas esporádicas, hijas del profundo sentido humano del siglo XV, y que bien pronto desaparecen aplastadas por la avalancha asoladora de citas sin fin. La justicia será la «constans et perpetua voluntas» de los juristas romanos⁸ y las condiciones de la ley reproducción literal de las que San Isidoro fijó en las *Etimologías* y que de ahí pasaron a la ley 2 del título 6 del libro I del *Fuero Juzgo*⁹.

No era esa la realidad vivida, y alguna vez el jurista se asoma a las ventanas de su circunstancia para desentumecerse del fatigoso ajeteo de los textos dorados y leídos. Las libertades castellanas, aún tan vivas, sobre todo las concejiles de tanta solera y tan duradero arraigo, se dejan ver en algunos comentarios, que al fin y al cabo Díaz de Montalvo es hombre de mente medieval, anticipador pero no secuaz de los absolutismos de las centurias venideras, para quien la autarquía municipal pasaba por verdad inconcusa. Hay pálpito de vida política castellana del siglo XV en aquellas sus palabras en que, comentando la ley del título 7 del libro I del *Fuero Real* alfonsino, considera que «ad officium enim rectorum civitatis pertinet convocare concilium: et facere electiones officialium»¹⁰.

⁶ «Ego Alphonsus de Montalvo inter iuris canonici professores minimus: illustrissimi domini regis Castellae auditor: et sui consilii imbecillissimus ingenio», declara en el *Prólogo* citado.

⁷ *Fuero Real* glosado, 22b.

⁸ *Fuero Real* glosado, 1c.

⁹ *Fuero Real* glosado, 22c.

¹⁰ *Fuero Real* glosado, 25b.

Aunque también esas salidas a la lozana realidad de las libertades de Castilla es punto de excepción. Su doctrina prefiere servirse la marchita primavera de las erudiciones, cuando de doctrinas políticas se trata. El ápice y cumbre de su pensamiento, aquello que él, consejero de reyes, compuso como afiligranado blasón para su fama, su *tractatus de consilio regis*¹¹, es un amasijo de retazos literarios, eso sí, urdidos con genio brillante y poderoso. Divídelo en tres partes: la calidad de los consejeros que debe tomar el rey, la manera en que aquéllos hayan de proceder al dar sus dictámenes, y las razones por las cuales sus opiniones deben ser tenidas en cuenta. A lo primero, repite el eticismo de los siglos anteriores, amonestando de que los consejeros reales deben buscarse en «viros potentes in virtutibus et timentes Deum in quibus sit veritas et oderunt avaritiam»¹², a cuyas dotes han de agregarse las del peso que da la edad y, sobre todo, el estudio¹³, punto el último en que argüía su propio encumbramiento social. A lo segundo, establece idénticos criterios morales, ahora en el juramento que prestarán al entrar en el oficio, comprometiéndose a tener en cuenta únicamente la utilidad de la patria, a no escuchar a los mendaces y a no adular al príncipe¹⁴. A lo tercero, recomienda a éste que escuche los criterios de sus consejeros, pues «qui sapiens est audire consilium»¹⁵, tema como puede verse asimismo profundamente medieval. En esta parte, la más granada de su cosecha filosófico-política, aparece Montalvo tal como fue: un hombre de leyes que mira hacia atrás en los crepúsculos de un mundo feneciente.

Lo que igualmente resulta de sus confrontaciones de la monarquía castellana con las dos magnas instituciones de la edad media, el Imperio y el Papado.

Mezclando sus lecturas canonistas con su condición de jurista de la Corona, va allí a extraer argumentos con miras a justificar la independencia de los reyes de Castilla respecto al Imperio romano-germánico. Para ello recoge la sabida argumentación de que la permisión divina hizo quedarse fragmentado el imperio, herencia histórica de Roma, debido a que la «potestas romanorum fuit per violentiam usurpata»¹⁶.

Y en lo que toca a su consideración de los temas eclesiásticos, su pericia se manifiesta en muchos puntos que ni es necesario ni adecuado traer aquí. Me limitaré a referir algunos: su definición de la Iglesia, su teoría de las llaves y lo que opina como eco de la polémica conciliar.

Su teoría de la Iglesia, de estirpe canonista, es mucho menos complicada que la paralela del Tostado, concretándose en tres significaciones: la Iglesia como comunidad clerical, o, en sus palabras, a modo de «collectio clericorum»; la Iglesia como agrupación de fieles o «collectio fidelium», y la Iglesia como local destinado al culto¹⁷.

¹¹ Inserto como glosa en los folios 2c-4c de sus comentarios al *Fuero Real*, pero, sin duda alguna, constituyendo cuerpo aparte.

¹² *Fuero Real* glosado, 2d.

¹³ «Item elegendi sunt senes populi ac magistri seu doctores in consiliarios regis ut cum rege substantare possint onus populi.» El *Fuero Real* glosado, 3a.

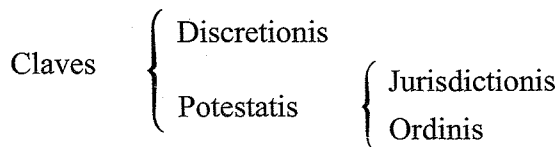
¹⁴ *Fuero Real* glosado, 3c-4b.

¹⁵ *Fuero Real* glosado, 4c.

¹⁶ *Fuero Real* glosado, 144c.

¹⁷ *Fuero Real* glosado, 21a-b.

La doctrina de la llaves tampoco ofrece novedad mayor. Separa la potestad significada en las llaves evangélicas de la ciencia de discernir los dignos de los indignos, diversificando aquélla en potestad de orden, reservada a los presbíteros, y potestad de jurisdicción, accesible a otros miembros del cuerpo de la Cristiandad¹⁸. En cuadro comprensivo, la teoría montalviana de las llaves, pudiera ordenarse del siguiente modo:



En el tener extremo, cuestión inflamable para aquellos años todavía, por más que ya careciese de la virulencia ardiente que la selló en los tiempos inmediatamente anteriores, Alonso Díaz de Montalvo se declara conciliarista, sobreponiendo las decisiones del Concilio a las del Obispo de Roma, echando mano de un texto sacado del capítulo XXII del *Evangelio* de San Lucas en el cual Cristo declara a los apóstoles haberlos dispuesto al modo en que el Padre dispuso su reino en el orden medido de la Iglesia¹⁹. Postura no rara entre nuestros escritores bajo el reinado de los Reyes Católicos y que vemos reiterada en la mayor parte de ellos con indicios de machacona repetición.

Igual sentido de la modulación ideológica atemperada a su fuero mental de jurista regio de los Reyes de Castilla, doctor en decretos y perito en cánones, resplandece en su filosofía del derecho, que, al uso escolástico, es casi una mera teoría de la ley. Si mezclamos unos textos aquinatenses con pequeña mutación a su manejo de definiciones romanistas bebidas en el grupo de los glosadores o postglosadores, habremos percibido toda su filosofía jurídica. Así es de cuño romanista, por ejemplo, su definición de la ley como estatuto dictado por el pueblo romano a petición de sus magistrados²⁰, alarde de erudición tardía que nada tenía que ver con lo que la ley era en la Castilla del siglo XV. Y así es, por no citar tampoco más que un botón de muestra, estrictamente tomista su clasificación de la ley en cinco especies; eterna, divina, natural, humana derivada de la natural por conclusión de los principios, y humana derivada de la natural por vía de determinación²¹.

En los atisbos fragmentarios de desarrollo parcial de tal doctrina repite también lugares conocidos de la Glosa y sobre todo de Bártolo. Citaré como ejemplo, entre otros, la consideración con valor de ley del contrato concluido por el príncipe²² o que

¹⁸ *Fuero Real* glosado, 142b-c.

¹⁹ «Quinto est videndum de potestate concilii generalis et an sit ejus potestas maior quam potestas pape et videtur quam si maior concilii generalis potestas cn. descendat illo potestas en l. divina que est immutabilis cui papa subiacet et hoc probat luce XXII ubi Xpo. apostolis suis inquit ego dispono vobis sicut disposuit mihi pater meus regnum in ecclesiam: ut edatis et bebatis super mensam meam in regno meo hoc est in ecclesia.» *Fuero Real* glosado, 143d.

²⁰ «Statutum populi romani quod interrogante magistratu constituebatur.» *Fuero Real* glosado, 22b.

²¹ *Fuero Real* glosado, 147b.

²² *Fuero Real* glosado, 173c.

éste no puede dispensar del derecho natural primario común a hombres y animales por naturaleza, aunque sí del derecho natural instituido por la simple razón²³.

Algún atisbo de originalidad, aunque hartó descuidado, es el que ofrece en el *Tratado del consejo real* al sostener que el príncipe debe tener en cuenta las opiniones de sus consejeros porque éstos son para él lo que los senadores eran para los emperadores latinos²⁴, pero de una originalidad en la comparación que no se compadece con la realidad viva y que delata una vez más el afán insaciable de los hombres de este renacimiento empeñado en reducir sus instituciones presentes al patrón imposible de una Roma lejana, añorada, y por ventura para siempre inasequible.

Mas siempre es el príncipe el legislador; y este dato dice lo bastante para entender cómo el derecho romano renacido, hábito intelectual de estos juristas, aireaba una tendencia que reforzó la potestad de los monarcas.

Por lo dicho cabe reducir a juicio la figura de Alonso Díaz de Montalvo como doctor egregio y meritísimo, cuya huella quedó grabada para siempre en la historia del derecho castellano; pero además como hombre de formación a un tiempo multiforme y limitada, que se asomó a los clásicos griegos con Aristóteles y a los latinos con Séneca o Salustio, pero que nunca olvidó en sus maneras cogitativas su profesión de hombre de leyes. Jurista insigne, no es más que jurista insigne; y por eso repite a la letra viejas noticias, directa o indirectamente aprovechadas, con un gusto por el detalle y una destreza en el artificio del comentario que recuerdan y emulan las que poco después manifestará el extremeño Gregorio López de Tovar al comentar otro libro del Rey Sabio. Por sus lecturas mira hacia el pasado, y lo que en él haya de renacentista no pasa de aliño externo y sin raigambre. Modelo de juristas, adolece de los defectos de una formación especializada, al par que goza de los méritos del saber. Por eso al definirle, medieval y letrado, no es dable encontrar otro juicio mejor que el de ver en él un típico representante de la ciencia jurídica española hacia 1480, con sus vicios todos y todas sus virtudes. Su conciliarismo, su erudición, su maestría en ligar textos, hasta la misma ingenuidad con que él, por consejero de los Reyes Católicos, dipútase heredero directo de una de las cien sillas curiales del Senado romano, son rasgos que ponen de relieve al personaje más que si nos hubiese legado un tratado voluminoso y concertado, en vez de esos puñados de glosas rápidas, parciales, chispeantes e inconexas.

2. JUAN ALFONSO DE BENAVENTE

Juan Alfonso de Benavente sufrió la malandanza de la adversa fortuna, porque la posteridad no conserva su legado literario, de suerte que al traerle a estas páginas no

²³ *Fuero Real* glosado, 145d. Así podría dispensar del matrimonio entre parientes, mas no de que el matrimonio sea unión de sexos distintos.

²⁴ «Conditur autem lex a rege cum consilio procerum saeri palatii et cum consilio honestissimo doctorum sui consilii: qui olim erant senatores centum numero qui dicebatur patres conscripti: ut ait Salustius.» *Tractatus de consilio regis*, 22b.

ocupa el lugar señero a que tal vez tendría derecho si en vez de reducirnos al análisis del único libro que de él se guarda, de su *Tratado de penitencia*, pudiéramos estudiar las setenta y cinco obras que redactó entre tratados, repeticiones y otras varias. De lamentar es que el fruto de sus sesenta años de profesorado universitario en las aulas salmantinas, enseñando derecho canónico, retórica, oratoria y filosofía, condensado en tres cuartos de ciento de obras manuscritas, se haya perdido, tal vez para siempre, sin más memoria que una escueta noticia que debió de poner su hijo al frente del *De penitentiis* cuando aún vivía en 1498. El historiador no puede rendirle otro homenaje que lamentar su adversa estrella, pero ha de recordarle, más que por lo que hizo, por lo que de su labor ha llegado a nuestros días.

Y en este punto, reducirse al *Tractatus de penitentiis* que no excede de pura recopilación de los casos que pueden presentarse a un confesor, junto con la sentencia que en el tribunal penitenciario quepa dar para cada uno de ellos. Temas de moral casuística, que rehuyen a las materias aquí historiadas y del que apenas si es posible sacar alguno con valor político: aquel en que sostiene pecan mortalmente los que anteponen la ley de los emperadores a la ley divina²⁵. Texto así desnudo y suelto, sin más apaño de citas ni conexión con otros, que bien poco supone para el recuerdo de jurista de tanta nombradía.

Sobre todo es de lamentar su comentario a la *Ética* aristotélica, del que da noticia Nicolás Antonio²⁶; porque de su cotejo con el gran cuerpo de comentarios que escribieron Osma y Roa pudiera haber salido una clara lección sobre los pasos de la recepción del aristotelismo político entre nosotros.

3. JUAN LOPEZ DE PALACIOS RUBIOS, PRIMER JURISTA MODERNO

Juan López de Palacios Rubios, es el mayor entre los juristas castellanos del 1500. Alumno y catedrático de Cánones en Salamanca, lo mismo que Díaz Montalvo y Juan Alfonso de Benavente, aventaja a todos por la firmeza del pensamiento, por la trabazón de las ideas, por lo recio de las tesis y por la perfección en palpar las fibras del saber. Saltando desde los claustros del Colegio de San Bartolomé a las aulas de la Chancillería de Valladolid y el cargo de Juez Mayor de Vizcaya, asciende a los consejos de la Corona por espacio de más de cuatro lustros, preside el Consejo de la Mesta, colabora en la redacción de leyes tan importantes como las de Toro o las primeras dadas para las Indias en 1512, defiende la actuación de las armas castellanas en Navarra, y viene a morir en 1524 cargado de años dejando tras de sí la memoria de uno de los varones de mayor enjundia intelectual que nacieron en tierra salmantina. Hoy todavía, al contemplar los muchos campos que aborda y cómo su pluma acorre

²⁵ JUAN ALFONSO DE BENAVENTE: *Tractatus de penitentiis et actibus penitentium et confessorum: cum forma absolutionum: et de canonibus penitentialibus*. Zaragoza, Jorge Coci, 1519, cita al folio g5 vto.

²⁶ *Biblioteca Vetus*, II (Madrid, Ibarra, 1788), 347b.

a cuantas partes sea preciso en defensor de los intereses de la Corona castellana provócase la admiración en presencia de esfuerzo tan complejo y se suscriben las palabras justas de Vicente de la Fuente: «Como publicista, como hablista castellano, como primer regalista de España, como primer abolicionista de la esclavitud en las Indias, como alma y principal oráculo de las Cortes de Toro y otras de su tiempo, como primer escritor de derecho político y de *Regis institutione* en el siglo XVI, en que sobre aquella materia se escribió tanto, como escritor modesto, honrado, laborioso y concienzudo, Palacios Rubios es uno de los personajes más notables del siglo XVI, en aquella época en que había tantos»²⁷.

Discutible la afirmación de la Fuente, sin embargo, en lo de padre de nuestro derecho político, siendo contemporáneo, como fue, de un Fernando de Roa y de un Diego López Rebelo, tanto más que sus obras propiamente políticas o al menos las tres que Eloy Bullón señala por tales²⁸, la *De beneficiis in Curia vacantibus*²⁹, la *De iustitia et iure obtentionis ac retentionis regni Navarrae*³⁰ y el *Libellus de Insulis oceanis quas vulgus Indias appellat*³¹, ofrecen carácter esencialmente polémico sobre cuestiones harto candentes y amojonadas, hallándose una y otra muy lejos de la lozana serenidad de las teorizaciones puramente tales. Porque lo que fue Palacios Rubios es un jurista de su hora a secas, que en el derecho halla acomodo al nervio de su cultura y a la floración de sus decires. Sus obras mal llamadas políticas son alegatos jurídicos sobre problemas en disputa, séase el patronato regio en la provisión de beneficios frente a Roma, sea la ocupación del reino de Navarra frente a los Labrit. Su grande obra moral, el *Tratado del esfuerzo bélico-heroico* es la única que se aparta de lo estrictamente jurídico; pero consiste en escrito compuesto al borde de sus días, fuera por tanto de sus usuales tareas intelectuales, casi como legado a su hijo primogénito Gonzalo Pérez de Vivero, resumen de experiencias y patrimonio de saberes vitales, nunca ocupación predilecta y preferente. Es exponiendo todo cuanto quepa decirse tocante a las donaciones en su *De donationibus*, es comentando a las leyes de Toro, es alegando en materias de herejías en su *Allegatio in materia haeresis*, es en los rasgos esparcidos en los manuscritos salmantinos, donde queda la huella auténtica de su personalidad, relieves del gran banquete de sus lecturas y de sus cogitaciones. Si la ciencia es sobre todo aquella maraña de sutilezas que le preocupa, es su ciencia una ciencia de jurista, coronación lograda de los frutos de la postglosa entre nosotros, tardíos pero no por eso menos evidentes.

Tanto es así, que su condición de jurista aparece en numerosas ocasiones para manifestar su excelencia sobre la para él menospreciada condición de caballeros. Como

²⁷ VICENTE DE LA FUENTE: *Palacios Rubios. Su importancia jurídica, política y literaria*. Madrid, *Revista de Legislación* (separata), 1869, pág. 36.

²⁸ ELOY BULLÓN Y FERNÁNDEZ: *Un colaborador de los Reyes Católicos. El doctor Palacios Rubios y sus obras*. Madrid, Victoriano Suárez, 1927, págs. 231-278.

²⁹ La primera edición en Sevilla, 1574.

³⁰ La primera edición en Salamanca, 1574.

³¹ JUAN LÓPEZ DE PALACIOS RUBIOS: *Opera varia*. Autverpiae, apud haeredes Martini. Nut & Joanánem Mursium, 1615, pág. 302a.

los juristas catalanes teóricos de la burguesía barcelonesa en sus luchas contra Juan II, como Mieres o Marquilles, como Cicerón o como cualquier hombre de birrete del siglo XIX enamorado de la primacía del poder civil con rutilantes frases de hueca sonoridad, Juan López de Palacios Rubios, intérprete de ese espíritu dentro del marco de sus especiales coyunturas, insiste en la primacía de las togas sobre las armas. El doctor es superior al soldado, porque es cargo de dignidad, asevera en su *De donationibus*³², llevado del espíritu que le impele en el *Tratado del esfuerzo bélico-heroico* a ridiculizar los usos exagerados de la nobleza caballeresca, atacando a aquellos que por agradar a su dama entran en mortales peligros o luchan a muerte por el amor de una mujer³³ o a postular que las dignidades de la república hayan de ser ganadas por procedimientos teñidos de justicia³⁴.

Y no es que por ello este hombre, equilibrada expresión de las opiniones medias de la toga, rechace de plano el papel gubernamental preferente de la nobleza, que eso sería salirse de los linderos de la realidad de entonces; pero sí, con un deseo coordinador que pone en sus labios el criterio de que los nobles que gobiernen sean letrados³⁵, armonizando así la vida real con sus preferencias de jurista.

Las doctrinas políticas que expone sufren por ende las ventajas y vicios de las de los otros jurisconsultos, taradas de idénticas limitaciones y empujadas por análogos ímpetus, bien que éstos sean mayores por la más recia médula de Palacios Rubios. Son en su mayor parte expresiones membradas con rigor —en consecuencia superior— al de las glosas sueltas de Alonso Díaz de Montalvo o a las pequeñas nótuas que nos quedan de Juan Alfonso de Benavente; mas tocadas de igual estilo, de una naturaleza más robusta pero de la propia estirpe.

Cabía agruparlas en grandes claves: la teoría del poder real, el Imperio, el Papado, las guerras y el derecho, anteponiéndoles una escueta referencia a los pilares éticos que las sostienen.

Su ética es medieval, lo mismo que su psicología. Cuando habla del alma, de su unión con el cuerpo, de sus clases y potencias, repite las consabidas tesis de la Escuela sin ningún aderezo de originalidad³⁶. La virtud es una ascesis, como en el Estagirita o en Santo Tomás, un freno y no un desarrollo de las condiciones naturales³⁷; no consiste, como en Maquiavelo, en una voluntad que vence a la fortuna, sino en una voluntad que rige las pasiones. Alguna frase suelta lo retrata, aun rozando al tema con ala de pájaro, como al definir que la «virtus profecto nunquam fortuna regitur»³⁸. Su teoría de la virtud, su ética y su psicología no tienen nada de común con los revueltos debates del Renacimiento. Su mismo tratado ético,

³² *De donationibus*, 85a.

³³ En el capítulo XXII, págs. 820a-821b.

³⁴ *De iustitia et iure obtentionis ac retentionis regni Navarrae*, 705.

³⁵ *De donationibus*, 22b.

³⁶ En los seis primeros capítulos del *Tratado del esfuerzo bellico heroico*, págs. 801a-803a.

³⁷ *Tratado del esfuerzo*, 815a.

³⁸ *De donationibus*, 2.

el del esfuerzo bélico, se ciñe a entender a éste no como heroicidad pagana, sino como fortaleza cristiana³⁹.

Lo mismo puede afirmarse de su concepción del poder político, eco postrero de nuestras medidas libertades medievales, aunque asome en ella la tendencia de los juristas al refuerzo del poder real. Para él todo poder viene de Dios, según la inevitable cita de la *Epístola ad romanos*⁴⁰: factor cristiano. Aunque el príncipe es el autor de la ley, o más aún, de la ley viva, de la «lex animata»⁴¹: ingrediente romanista sacado de la Glosa. Pero su poder no es absoluto, sino limitado, sujeto a las leyes del reino en numerosos casos que enumera⁴², puesto que de su reino «est gubernator vel administrator, non dominus»⁴³: sentido cristiano de la libertad política y de los poderes limitados existentes en los siglos medios con los avances autoritarios que ésta arrastraba en sus crestas.

O sea, el bosquejo fiel de una realeza ceñida a las leyes, módulo de sabores cristianos, aun con algún aporte romanista como acabo de hacer notar.

El colofón de esta teoría medieval es la doctrina del tirano. Por lo cual tampoco falta ésta con los necesarios toques medievales, limitándose aquí a repetir lo que en el libro IV del *Policraticus* escribió al efecto Juan de Salisbury⁴⁴.

En la doctrina del poder pontifical rompe con la tradición conciliar salmantina heredera de los criterios del Tostado y a la que se aferran los dos juristas antes estudiados, para defender la supremacía del Papa sobre el Concilio y en general sobre todos los príncipes cristianos. Es curioso cómo este hombre, a quien se ha calificado de padre del regalismo nuestro, sublima los poderes del Obispo de Roma. El Papa es para él señor universal que con justa causa puede dar o quitar reinos⁴⁵, declarando la guerra contra los cismáticos⁴⁶, a la cual deben ayudarle los príncipes cristianos, empezando por el emperador⁴⁷, porque los jueces seculares deben reducirse a ejecutar sin discusión las sentencias dictadas por los jueces eclesiásticos contra los herejes⁴⁸. Los Reyes cristianos tienen obligación de auxiliar al cumplimiento de las decisiones papales en estos casos⁴⁹, pues si no despreciarían al Papado, y ese desprecio constituye por sí solo señal indudable de tiranía⁵⁰, echando sobre sus autores las penas inherentes al tirano. Es que Pedro recibió las dos espadas⁵¹, por lo cual «Qui cumque igitur hunc

³⁹ Al hablar de «la virtud de fortaleza, o esfuerzo», en 804 a...

⁴⁰ *De iustitia*, 705, 747a.

⁴¹ *De beneficiis*, 779a.

⁴² *De donationibus*, 334a y sigs.

⁴³ *De iustitia*, 753a.

⁴⁴ *De iustitia*, 704.

⁴⁵ *De iustitia*, 740b, 722a, 747b, 748a, 723a-b, 746b.

⁴⁶ *De iustitia*, ibídem y 736b.

⁴⁷ *De iustitia*, 735a.

⁴⁸ *De donationibus*, 329a.

⁴⁹ *De iustitia*, 737b.

⁵⁰ *De iustitia*, 743b.

⁵¹ «Uterque enim gladius scilicet spiritualis & temporalis Petro traditus est, & per eum omnibus successoribus in vius fede canonice intrabus.» *De iustitia*, 721a.

potestasti a Deo sic ordinatae resistit, Dei ordinationi resistit»⁵², incluso en lo temporal; «Papa ex causa ardua potest excercere inrisdictionem in temporalibus» escribe textualmente⁵³. A consecuencia de cuya exaltación, colocándose al lado de Torquemada o de Sánchez de Arévalo y muy lejos de sus colegas salmantinos, identifica al Papado con la Iglesia⁵⁴ y le coloca resueltamente por encima del Concilio⁵⁵. Ensalzamiento que tuvo lugar con la venida de Cristo pues antes de ella hubo otros dominios políticos legítimos según la ley natural, todos ellos destruidos por el Salvador, quien, de creer a Palacios Rubios, asumió todos los poderes, incluso los políticos, en misión continuada por sus Vicarios los Pontífices romanos, de este modo señores universales del orbe^{55bis}.

Como secuela de tal ensalzamiento del Pontificado adviene la supremacía del derecho canónico sobre todos los demás. Palacios Rubios júzgale divino, a causa de lo cual abarca a la totalidad del universo, mientras que el derecho imperial se halla limitado, pues no rige, como aquél, «ubique locorum»⁵⁶. Es que a su entender es más excelente la finalidad del derecho canónico que la que persigue el civil, romano o imperial, porque el primero atiende a la santidad y el segundo se encierra en la sutileza⁵⁷.

El derecho canónico vale en España, pero el imperial no, ni puede ser alegado aquí bajo pena de muerte⁵⁸, con la sola excepción de la fe pública de los notarios legítimamente creados por el Emperador⁵⁹. Es que el derecho civil vale en España sólo en calidad de supletorio, esto es, más que en fuerza de derecho propiamente tal, como expresión de la razón escrita⁶⁰. La independencia de los monarcas hispanos frente a los emperadores se alía con su dependencia respecto de los obispos de Roma.

La teoría que Palacios Rubios expone acerca de la guerra hierve en ese mismo afán de la superioridad universal del Papa. La guerra a su vez más ornada de justicia es la que el Papa promueve convocando a los príncipes contra los herejes o cismáticos, incluso si la herejía o el cisma fuese encabezada por el propio emperador⁶¹. Donoso papel el de este canonista que, por servir quizás a su rey, exalta hasta las nubes un poder distinto del que sirve.

No faltan en las obras de Palacios Rubios referencias a las situaciones concretas con que la vida política castellana iba tropezando. Esta misma rara exaltación del Pontífice por señor universal del orbe, tan chocante con la opinión general de los

⁵² *De iustitia*, 721b.

⁵³ *De iustitia*, 740b.

⁵⁴ *De iustitia*, 714a.

⁵⁵ *De iustitia*, 719a, 777a.

^{55bis} Copia los textos pertinentes, sacados del capítulo IV del *Delusulis*. ELOY BULLÓN, en las páginas 33-34 de *El problema jurídico de la dominación española en América antes de las «Relecciones» de Francisco de Vitoria*. Madrid, 1933.

⁵⁶ *De donationibus*, 6b.

⁵⁷ *De donationibus*, 4b.

⁵⁸ *De donationibus*, 5a, 6b.

⁵⁹ *De donationibus*, 7a.

⁶⁰ *De donationibus*, 6b.

⁶¹ *De iustitia*, 738a-b.

pensadores y juristas paisanos y contemporáneos, ha de acreditarse quizás por la perentoria necesidad de justificar en la decisión indiscutible del Papa la ocupación de Navarra por Fernando V de Castilla. Atento al vuelo de las cosas, no se le escapa la defensa de los derechos de las mujeres al ceñir la corona castellana, consecuente actitud para el jurista de Isabel; tanto en diversos lugares del *De donationibus*⁶² como del *De iustitia et iure obtentionis ac retentionis regni Navarrae*⁶³, se trasluce la imagen de Isabel en el dibujo de una reina propietaria de sus reinos, que los disfruta con pleno título de gobierno y que no los aporta a su matrimonio con otro rey como mera dote.

A este respecto es de notar cómo en Palacios Rubios la toga del jurista ampara el mismo anhelo de unidad hispánica que vimos en los poetas o humanistas, junto con la visión de las Españas a guisa de comunidad de pueblos distintos y hermanados bajo la primogenitura insigne de Castilla. Cuando extiende su mirada por los planos de las tierras españolas, topa en ella cinco reinos: Castilla, Aragón, Portugal, Granada y Navarra⁶⁴, de los que Castilla es el principal⁶⁵. Todos herencia de la unida monarquía visigoda, todos llamados a rehacer aquella unidad de que provienen. Si Navarra es España por su origen godo⁶⁶, para la unidad de las varias partes de las Españas, Navarra, como Granada, se hacina con Castilla y Aragón. Entre líneas queda la aspiración de la ligazón con Portugal.

Tal es, a grandes rasgos, el contenido del pensamiento político de Juan López de Palacios Rubios. Lo mismo que sus hermanos en la toga mira hacia atrás, hacia las formas del desapareciente mundo medieval, con mengua muchas veces de la ideología que parece inherente con su oficio. Hostil a la milicia, y no por argumentos de la incipiente burguesía, pues declara no poseer riquezas en el prólogo al *Tratado del esfuerzo bélico-heroico*⁶⁷, por más que esta declaración no parezca exactamente corroborada por los biógrafos; lector de viejos libros que cita a Vegetio, a Valerio Máximo y que pone a Tarquino el Soberbio por modelo de tiranos⁶⁸, arrancando una hoja del árbol de la socorrida erudición latina para cubrir sus estimaciones radicalmente medievales; observador de la realidad, que empuña la pluma como si fuese una espada al servicio de los intereses de su señor; fiel servidor, ducho jurista, buen escritor, filósofo escolástico, siempre discreto, siempre sereno, siempre oportuno.

Atención a la actualidad que presta originales tintes a su visión de la supremacía pontificia. Fuese por atarse a lo conveniente o fuese por convicción sincera, la teoría suya acerca de la supremacía del Papa y de la obligación que cumple a los príncipes cristianos en servir con su espada secular los decretos de Roma, brotó con una

⁶² *De donationibus*, 309a, 334a.

⁶³ *De iustitia*, 757a.

⁶⁴ *De iustitia*, 769a.

⁶⁵ *De iustitia*, 769b.

⁶⁶ *De iustitia*, 765b, 770a, 783b.

⁶⁷ *Tractado*, 797.

⁶⁸ *Tractado del esfuerzo bellico-heroico*, 795.

oportunidad que ni su mismo autor pudo presumir. Cuando Carlos I o Felipe II asuman la tarea de brazos armados de la verdad romana verificarán lo que Palacios Rubios defendiera, sacrificando a las Españas por una idea que antes se enarboló en provecho de unir las; la supremacía romana aquí expresamente proclamada, causa de todas las desgracias y blasón, el más ilustre de las intransigencias españolas.

Juan López de Palacios Rubios fue el primer teórico de esa postura que es la postura definitiva del haz de pueblos hispanos en el decurso de la historia. Lo buscara o no, tal es su supremo mérito. Por ello viene a ser, no ya el mayor de los juristas fernandinos, sino el anillo de oro que enlaza la ciencia jurídica española del siglo XV con la del siglo XVI en el común empeño de mantener la Cristiandad que moría contra la Europa que alboreaba.

4. FRAY MATIAS DE PAZ, JURISTA Y TEOLOGO

Aunque el dominico Matías de Paz intervenga en los problemas jurídicos con afanes de procurar soluciones a consultas reales sobre casos concretos, como el de la condición y trato de los indios, siempre desde su postura de teólogo, por los temas que discute y por los argumentos que aduce cae de lleno en el grupo de los juristas. Ciertamente es que jamás desaparece en él la impronta del teólogo y que interviene en las controversias de indios, con que le definió certeramente el padre Venancio D. Carro⁶⁹; pero no es menos cierto que este catedrático de Prima de Teología en la Universidad de Valladolid y de Escritura en la de Salamanca actúa en la ocasión por la que aquí aparece con marcada preferencia por el estilo de los canonistas, aun con desmedro del clásico método escolástico, pagando a aquéllos un tributo que la pluma indiscutible del P. Vicente Beltrán de Heredia ha llegado a diputar por excesivo⁷⁰. Alienta en sus palabras un como anticipo del oreo de serenidades que esparcerá poco después Francisco de Vitoria, bien que sus conclusiones sean harto diferentes de las de su compañero de hábito; hay igual anhelo de simpatías humanísimas, pero sigue sustentada la doctrina del señorío universal del Papa; vitoriano en el espíritu, casi Palacios Rubios en las conclusiones, de todos modos su surco era profundo en el círculo de las preocupaciones jurídicas suscitadas por el descubrimiento de América en tiempos de los Reyes Católicos.

La ocasión brindósele el haber sido llamado en 1512 a formar parte de la Junta reunida por Fernando el Católico en Burgos para resolver la cuestión de las encomiendas, determinando si eran lícitas, como venían sustentando al unísono juristas con

⁶⁹ VENANCIO D. CARRO: *La teología y los teólogos-juristas españoles ante la conquista de América*, I. Madrid, 1944, 373.

⁷⁰ VICENTE BELTRÁN DE HEREDIA, O. P.: *El padre Matías de Paz, O. P., y su tratado «De dominio regnum Hispaniae super Indos»*, en *La Ciencia Tomista*, XL (1929), 189 y 182.

teólogos, o si eran ilícitas, como había proclamado el dominico Ambrosio Montesinos en su célebre sermón en la Española la víspera de navidad de 1511.

Bien entendido que lo que Matías Paz se propone averiguar era la cuestión del dominio político, llamado dominio de prelación, pero no la del indiscutido derecho de propiedad o dominio posesorio; aunque de ello toma pie para elevarse a alturas superiores, comenzando por ventilar la licitud de los derechos de los Reyes de Castilla al señorío de las tierras descubiertas.

La respuesta es afirmativa, porque poseen las Indias en virtud de la bula alejandrina y el Papa es señor universal de todas las cosas, teniendo en sus manos la facultad de privar a los infieles de sus señoríos políticos sin otro título que la infidelidad en que se hallan «*Quad Ecclesia iuste potest spoliare omnes principes infideles propter solam infidelitatem dominio suo, dato quod subditi non convertuntur ad fidem*»⁷¹ son sus terminantes conclusiones. Y la razón es que de «*Ecclesiae catholicae est dominium totius universi propter fidem Redemptoris nostri, quod est jus et titulus habendi tale dominium; ergo licite potest spoliare infideles a dominio suo propter solam infidelitatem*»⁷². Sucede que el imperio de Cristo, a tenor de la visión del profeta Daniel, es la piedra que derriba al coloso de pies de barro que encarnó a los imperios de caldeos, persas, griegos y romanos, gracias a lo cual en Cristo reside la monarquía universal, es «*verus monarcha totius universi*»⁷³. Si Cristo fue rey, lo seguirá siendo su vicario el obispo de Roma⁷⁴, quien podrá ejercer semejante dominio bien enviando predicadores, bien mandando a los príncipes cristianos con mano armada en nombre suyo⁷⁵.

Conclusiones hermanas, incluso en el desarrollo lógico, de las que sustentó, el gran jurista Juan López de Palacios Rubios, su compañero en las reuniones burgalesas. Arguéntalas Matías de Paz con citas sacadas de canonistas, cual el cardenal Enrique de Ostia e Inocencio III, y de su gran teólogo Santo Tomás de Aquino, al que se remite con referencias directas al párrafo 10 del libro III del *De regimine principum* (lo da por suyo) y a la *Summa Theologica* II, IIae, q.X, art. 10. Referencias al Angélico en las que tuerce la verdadera significación de la doctrina tomista, de creer al P. Venancio Carro⁷⁶, con olvido incluso de las tendencias dominantes entre sus cofrades de hábito, hasta de hombres de la solvencia intelectual de un Juan de Torquemada, como puntualiza con su habitual maestría, el P. Vicente Beltrán de Heredia⁷⁷.

Problema distinto es el régimen legal que los reyes de Castilla deban dar a sus súbditos indios, una vez establecida la certeza del indiscutible señorío que sobre ellos

⁷¹ MATÍAS DE PAZ, O. P.: *De dominio regum Hispaniae super indos*. Edición del P. Vicente Beltrán de Heredia, O. P., en el *Archivum Tratum Praedicatorum*, III (1933), 137-179, cita a la pág. 159.

⁷² MATÍAS DE PAZ: *De dominio*, 159.

⁷³ MATÍAS DE PAZ: *De dominio*, 160.

⁷⁴ «*Solus Christus est monarcha atque per consequens vicarius ejus papa*» escribe en página 163.

⁷⁵ MATÍAS DE PAZ, O. P.: *De dominio*, 175.

⁷⁶ VENANCIO D. CARRO, O. P.: *La teología y los teólogos*, I, 376.

⁷⁷ VICENTE BELTRÁN DE HEREDIA, O. P.: *El P. Matías de Paz*, 189-190.

les proporciona la donación de Alejandro VI. Aquí es donde Matías de Paz se acerca a Vitoria, lo mismo que avecindó con los juristas en el planteamiento legal de la cuestión.

En primer lugar, el principado que sobre ellos se ejerza será legal y no despótico, esto es, considerándoles como hombres libres y no a manera de esclavos, según la sabida distinción aristotélica. Para ello ha de tenerse en cuenta que no es propio de los príncipes cristianos hacer guerra contra los infieles movidos por afanes de lucro, sino únicamente para propagar la fe verdadera; de donde infiere que, si oyeren del buen grado la predicación del Evangelio no será lícito atacarlos, así como la necesidad de que antes de combatirles les sean enviados predicadores⁷⁸. Si tal amonestación previa no tiene lugar, los indios harán la guerra justa contra los cristianos, una guerra que, al ser justa no podrá terminar jamás en que se les reduzca a esclavitud, ya que es esclavo solamente el vencido por defender causas injustas; si a los indios no se les envió predicadores invitándoles a aceptar la fe católica, al ser vencidos no caerán en la esclavitud del principado despótico, sino en la sumisión propia del principado político⁷⁹.

El resumen de su postura se concreta en la tercera conclusión: «Auctoritate suummi pontificis, et non aliter licebit catholico atque invictissimo regi nostro supredictos indos regali imperio seu politico, non autem despotico, regere, atque sic perpetuo sub suo dominio retinere»⁸⁰. Con los juristas afirma que el señorío universal del Papa da títulos sobrados al señorío de los Reyes Católicos en las Indias, punto dispar de lo que luego mantendría Francisco de Vitoria, confusión de lo espiritual con lo temporal y materia vulnerable para sus críticos modernos dominicos; afín a la tendencia dominicana encabezada por Fray Antonio Montesinos, niega a la larga la licitud de las encomiendas, aun sin salirse de las cerradas premisas anteriores. Postura armónica, equidistante entre Palacios Rubios y Vitoria, síntesis del canonista con el teólogo, original y hábil, intérprete feliz de un momento de la historia del pensamiento jurídico español. Donde maestros insignes ven flojedad de teólogo yo admiro consumado artificio de jurista.

5. FRAY BERNARDINO DE MESA, O. P., POLITICO REALISTA

Fray Bernardino de Mesa, cofrade en hábito de fray Matías de Paz, predicador de oficio más que teólogo de profesión, empero a fuer de dominico nutrido de la teología tomista, despeja el problema de los planteamientos jurídicos, trayendo la cuestión de la servidumbre de los indios a un desnudo realismo, chocante sin duda con las afirmaciones de las Casas, más también sin duda claramente equilibrado; en este punto,

⁷⁸ Es el segundo corolario de la primera conclusión: «Unde convenientissime sequitur quod tales, prius quam bellum contra eos iniatur, si congrue possibile est, monendi sunt ut Christi fidem verissiman totius viribus amplectentur atque venerentur.» FR. MATÍAS DE PAZ: *De dominio*, 146.

⁷⁹ FR. MATÍAS DE PAZ, O. P.: *De dominio*, 146.

⁸⁰ FR. MATÍAS DE PAZ, O. P.: *De dominio*, 146.

el dominico fray Bernardino de Mesa no será teólogo ni jurista, pero sí el político por excelencia. Para él los indios no son siervos por derecho, porque la infidelidad no fue en ellos pecado ni por ende podía justificar la conquista; ni lo son por compra, ya que al nacer los hombres nacen libres; ni tampoco en la intención de los Reyes Católicos, que siempre les consideraron libres. Su servidumbre provenía de la incapacidad de entendimiento y de la poca firmeza en la perseverancia en la fe, pues «dado que reciban la fe, la naturaleza dellos no les consiente tener preverancia en la virtud, quien por ser insulares, que naturalmente tienen menos constancia, por ser la luna señora de las aguas, en medio de las cuales moran los insulares quien por los hábitos viciosos, que siempre inclinan a actos semejantes; así de donde se sigue, que aunque ellos tengan capacidad para recibir la fe, no por eso se quita que no sea necesario tenerlos en alguna manera de servidumbre, para mejor disponerlos y para constreñirlos a la perseverancia, y esto es conforme a la bondad de Dios»⁸¹. Con lo cual, aun sentando que jurídicamente los indios «eran súbditos vasallos de su Alteza y no siervos»⁸², y que teológicamente eran libres de naturaleza, concluía políticamente por justificar las encomiendas. Salida política que lógicamente había de indignar al idealista impolítico que las Casas era, salida que tal vez no coincidía con sus hábitos, salida pragmatista y real, pero también la más hacedera y comprensiva.

6. EL LICENCIADO GREGORIO

El licenciado Gregorio, otro de los asistentes a la junta burgalesa de 1512, inicia en subido grado la corriente que colmará Ginés de Sepúlveda, transfiriendo el caso a la distinción aristotélica entre los principados despótico y político, aunque no deje de citar al uso de la época al *De regimine principum* de Tolomeo de Lucca, con la consabida atribución a Santo Tomás. Atribuyendo a los indios una barbarie incivilizada, los juzga capaces de ser sujetos únicamente por la dominación despótica o dominical; de donde la justificación aristotelizante de las encomiendas y servidumbres, con escándalo del deslenguado celo de las Casas, que no sabe dar otra lección de mansedumbre evangélica que insultarle con los epítetos de ignorante, temerario, vendido a la codicia, y otras lindezas, no muy propias de un discípulo de Jesucristo⁸³.

Los argumentos del licenciado Gregorio caben en el siguiente expresivo trecho: «Esto mismo dice Aristóteles en el libro I, de República, tit. II, cap. 2º, donde, según los exponentes, allí, dicen, que entonces la gobernación dominical, *id est*, tiránica, es justa, donde se hace en aquellos que naturalmente son siervos y bárbaros, que son aquellos que faltan en el juicio y entendimiento, como son estos indios, que, según todos dicen, son como animales que hablan»⁸⁴.

⁸¹ FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, O. P.: *Historia de las Indias*, III (Madrid, Miguel Ginesta, 1875), 395-396, libro III, cap. 9.

⁸² FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: *Historia*, III, 392.

⁸³ FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: *Historia*, III, 410, libro III, cap. 9.

⁸⁴ FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: *Historia*, III, 411.

Aristotelismo puro, mal templado por la caridad cristiana, pero combatido por las Casas sin tino y con pasión bien poco edificante en la que faltaba el mismo signo de caridad para el contrario. Tanto más cuanto que el licenciado Gregorio se ceñía al planteamiento doctrinal político, dejando bien sentado que el rey había de poner visitadores que cuiden por que «sean bien tratados y mantenidos»⁸⁵. Realismo consecuente y humano, acoplo de la ciencia de Aristóteles con la realidad americana, que deja a Gregorio muy por encima de las invectivas energuménicas del desorbitado fraile dominico.

⁸⁵ FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: *Historia*, III, 412.

CAPITULO VIII

Los adoctrinadores

1. LA LITERATURA ADOCTRINADORA BAJO LOS REYES CATOLICOS

La adoctrinación política bajo los Reyes Católicos reviste la complejidad inherente a la índole variadísima de los aspectos que abarca, tanto mayores cuanto que asístese a una transición de criterios, adobada con un optimismo general, calibrado por la conquista de Granada y por el descubrimiento de América, por la pacificación interior y por la certidumbre de que Dios había deparado a las Españas unos Reyes perfectos en una coyuntura decisiva de la universal historia.

Las corrientes que se perfilan son numerosas. En primer término, remedo de los estilos usuales en la baja Edad Media, hállanse las trovas de Rodrigo Osorio de Moscoso, vizconde de Altamira y repetidor de las quejas contra la Fortuna, adobo de tantos condimentos filosóficos-políticos por aquellos siglos. En segundo lugar, contrapié de la manera anterior, se da la llana usanza del poeta predilecto de la Reina Católica, el franciscano fray Ambrosio Montesinos, sencillas hasta la simpleza y por eso mismo teñidas de un eticismo conmovedor y suave. Luego hay un doctrinarismo de corte en cierto modo éxotico por la exclusividad con que se le reduce a un hontanar lejano y por los resabios mal adormecidos que su autor denota: el formulario bíblico del converso Alonso de Zamora, rabino insigne que extracta de la lectura bíblica un esquema eticista donde pugnan justicia y ambición, ambas desempeñando papel análogo al que en el eticismo de adoctrinación caballeresca venían ocupando la Virtud y la Fortuna, o sea, esta rompiendo un orden político y moral que aquélla procura mantener. Doctrinarismo caballeresco que llena la novela de la época, donde Isabel la Católica vence a la Fortuna merced a sus virtudes y donde los nobles paladines se pierden en quiméricas empresas donde encontrar ocasión de aquilatar la nobleza que es su condición fundamental y que en la adoctrinación novelesca de Juan de Flores o de Diego de San Pedro consta de dos ingredientes indispensables: la alcuernia y la conducta, el origen y las obras, los padres claros y los hechos grandes. Muy cerca de

la cual se halla otro tipo de adoctrinación caballeresca, ahora negativo: el que campea por las doradas páginas de la *Tragicomedia de Calixto y Melibea*, retrato al desnudo de las sombras que entenebrecen un sistema social donde los nobles corazones y las claras estirpes pueden caer víctimas de las asechanzas del vicio, del error, del amorío o de cualquier otro artilugio de la Fortuna adversa; al apuntar el mal, Fernando de Rojas nos da el reverso fiel de la literatura novelada y caballerescamente moralizadora. *La Celestina* es diálogo irrepresentable, paralelo a las farsas que ya pisaban las tablas por mano de dos ingenios salmantinos. Uno de ellos, Lucas Fernández, es el reflejo en el teatro de lo que fue fray Ambrosio Montesinos en la lírica: moralización suave, llanísima, con piques de escolasticismo, casi predicación a un pueblo humilde y sin honduras. Otro, Juan del Encina, arrebatado y complejo, enamorado de un gusto clasicista y arrastrado por su genio popular en mescolanza que muy bien expresa los hilos de la urdimbre cultural de aquellas horas, eleva a canon de adoctrinación dos personas vivas: los Reyes Católicos su señores, dando comienzo a una línea que culminará en el Barroco del siglo XVII concretada a Fernando de Aragón y que actualiza en hechos cotidianos, vistos por la cara popular del autor, lo que su faceta erudita pudo leer en libros de sabiduría monótona y de aleccionamiento clasicista más o menos auténtico.

Todas esas corrientes, entrecruzadas unas con otras en indecibles contradanzas, prestan al panorama intelectual del 1500 aquel colorido rico y vigoroso que parece espejar la vigorosa fuerza histórica de nuestros pueblos en la mayor de todas sus jornadas. Todas medievales, sin apenas algún que otro retoque clasicista, corroboran también la evidente dimensión medieval que es asiento de la entera especulación política bajo los cetros de Fernando y de Isabel.

2. EL DOCTRINARISMO CABALLERESCO: RODRIGO OSORIO DE MOSCOSO

Si Diego López de Haro enhebra las ansias de libertad con un sistema ordenado de monarquía limitada, tejido de retazos de memorias medievales, y si Garcí-Sánchez de Badajoz queda en un repetidor más del tema archimanoseado de la Fortuna, queda el vizconde de Altamira como adoctrinador político propiamente dicho entre los representantes del estamento nobiliario, según resulta de alguna de sus composiciones.

Breve es el comentario que merece. Que consideró a la vida como una ballesta desde la que disparamos obras buenas o malas¹, artificio hartamente rudimentario si tenemos en cuenta la perfección que la ejemplarización caballeresca había alcanzado entre nosotros un siglo antes en las composiciones de Pere March²; y que renegó de las mudanzas caprichosas de la suerte, tema tampoco muy original que digamos³. Únicamente el no parecerle bien una opinión de Séneca acerca de la igualdad de todos

¹ NBAE, XXII (1915), 762b.

² Vide mi libro *Las doctrinas políticas en la Cataluña medieval*. Barcelona, Aymá, 1950.

³ NBAE, XXII, 759.

los hombres es motivo de novedad⁴; aunque también cabe que la rechazara por no abrir ocasión a los cambios obrados por la Fortuna en la persona de los príncipes⁵.

Como puede verse, un moralismo enteco, desmayado y pobrísimo, si se le compara con otros momentos del eticismo caballeresco en siglos de nuestro pasado medieval. Nada añade el conde gallego a la materia que historió.

3. EL DOCTRINARISMO LLANO: FRAY AMBROSIO MONTESINOS

No son mayores las aportaciones del franciscano fray Ambrosio Montesinos, ingenuo poeta, rimador preferido de Isabel la Católica y obispo de Sarda en Albania (4 ca. 1572 ó 1573)⁶. También Montesinos simboliza otro aspecto de la sensibilidad medieva: el lado religioso imperante en los monasterios de los siglos XIV y XV⁷ y que sirve de contrapié a la sensibilidad caballeresca representada por don Rodrigo Osorio; fue, por decirlo en una de las maravillosas definiciones de Menéndez y Pelayo, «un orador sagrado en forma poética, un expositor popular del dogma y de la moral cristiana»⁸.

Aunque desmedrado expositor en lo que a la política se refiere, e incluso en lo que concierne a las materias de moral social, ni siquiera vistas a la usanza del medievo. Espigando en su única obra original, el *Cancionero*, apenas si cabe recoger dos temas machaconamente reiterados: la noción de la realeza de Cristo por encima de los reyes terrenos y con mayor excelencia que éstos⁹ y la definición por tiranos de todos aquellos que persiguían a Jesucristo, los soldados que le azotaron¹⁰, los que le zaherían mientras subía «a la cumbre golgotona»¹¹, hasta el tributo que le hacían pagar al César roma-

⁴ Cuando exclama en página 758b:

«Tiene Séneca por ley,
aunque en esto no lo alabo,
que no ay sangre de esclavo
que no haya sido de rey,
y de rey esclavo al cabo.»

⁵ Parece indicarlo que al verso anterior antecede este otro, ligando así ambos temas:

«Que yo vi reyes nascidos
morir pobres sojuzgados
y otros pobres lazerados
en breve tiempo subidos,
y en muy mas breve abaxados» (pág. 758b).

⁶ No de Cerdeña, cual se vino repitiendo equivocadamente sobre el particular. ERASMO BUCETA: *Fr. Ambrosio Montesinos fue obispo de Sarda en Albania*, en la *Revista de Filología Española*, XVI (1929), 267-271.

⁷ Muy atinadas a este respecto las consideraciones de Marcel Bataillon al final de su artículo *Chanson pieuse et poésie de dévotion Fr. Ambrosio Montesinos*, en el *Bulletin Hispanique*, XXVII (1925), 228-238.

⁸ MMyP: *Antología*, III (1944), 61.

⁹ FRAY AMBROSIO MONTESINOS: *Cancionero de diversas obras de nuevo trobadas*. Toledo, a 16 de junio de 1508, folios 5 vta. a, 9b, 15d, 39 vto, 53, 69b.

¹⁰ *Cancionero*, 16 vto. a.

¹¹ *Cancionero*, 30 vto. a-b.

no¹². Bien poca cosa en verdad para hombre que tanto significa en otros campos de la cultura. Desde el punto de vista nuestro, sigue siendo el gran traductor de la *Vita Christi* de Landulfo de Sajonia¹³ y el gran ordenador de las *Epístolas y evangelios*¹⁴.

4. EL DOCTRINARISMO BIBLICO: ALFONSO DE ZAMORA

El judío Alfonso de Zamora, rabino convertido al catolicismo en 1506, primer profesor de hebreo en la Universidad de Salamanca, profesor más tarde en la de Alcalá de Henares, colaborador en la *Poliglota* complutense y autor de una excelente *Gramática hebrea*¹⁵, enarbola la bandera del doctrinarismo bíblico. Bien es verdad que la *Biblia* venía siendo hontanar donde abrevaban todos los moralistas políticos; pero es Alfonso de Zamora quien emprende la tarea de glosarla de modo que los antiquísimos preceptos salomónicos o mosaicos adquieran vigencia para los hombres del cristianismo con una exclusividad que sabe a resabio de su formación rabínica primera. El mismo confiesa en el prólogo en que relata el argumento de la obra haber leído muchas veces la Sagrada Escritura¹⁶, así como su convencimiento de la mucha necesidad que de conocerla hay; y de diversas partes de los libros del Antiguo Testamento, y sobre todo de los *Proverbios* del Rey Sabio, va sacando opiniones y juicios, que luego glosa en coplas de diverso gusto.

Las más de las glosas rimadas, siempre reproducción de un decir bíblico consignado al margen con exacto detalle en la referencia, ofrecen interés exclusivamente ético, cuando no repite los consabidos puntos de vista de la adoctrinación medieva. La mudanza de los estados terrenos y las humanas vicisitudes¹⁷ le hacen pensar en la necesidad de aprovechar el tiempo de que el hombre dispone aquí abajo para el mayor servicio de Dios¹⁸. Con ejemplos del Faraón egipcio, de Roboán y de «Senacherib»¹⁹, arguye que

«siempre vemos abaxado
al soberbio con caída
muy conforme asu medida
y el humilde es enxalçado»²⁰.

¹² *Cancionero*, 50 vto. b.

¹³ Alcalá de Henares, García de Rueda, 1503.

¹⁴ Toledo, Juan de Villalquarán y Juan de Ayala, 1535.

¹⁵ Academia Complutensis, 1526.

¹⁶ MAESTRO ALONSO DE ZAMORA: *Loor de virtudes nuevamente impresso: añadido y enmendado*. Alcalá de Henares, Miguel de Egnia, 1525, cita al folio A2.

¹⁷ *Loor de virtudes*, A4.

¹⁸ *Loor de virtudes*, A5.

¹⁹ *Loor de virtudes*, C3 vuelto.

²⁰ *Loor de virtudes*, C2.

De ahí que haya de desestimarse la ambición, siempre madre de males y disgustos, recomendando a cada uno contentarse con su estado²¹.

La justicia es enemiga de la ambición, pues la ambición impele a trastocar el orden que conserva a cada hombre en su estado y oficio, orden en que precisamente consiste la justicia²². Así todo el esquema de su eticismo político cuaja en una justicia que mantiene el orden político y en una ambición que busca romperlo en mil pedazos.

Nuevo rasgo auténticamente habraico este de confundir lo justo con la sumisión a un orden político vigente, cual si éste dentro del cristianismo fuese siempre obra directa de lo alto y no resultado del quehacer hermano que haya de ser reglado a tenor de su contenido intrínseco y no como obra irremediable del Señor.

La conclusión de todo ello es también típicamente judaica: los tiranos son castigo de Dios

«por los pecados que haze
el pueblo y grandes orrores»²³

comparándoles con nociva lluvia veraniega²⁴, que en la historia

«son guardados para males
mas profanos»²⁵.

Trátase, en resumen, de la ideología de un hombre que, aun después de bautizado, siguió considerando los problemas nuestros sobre quicios de su sólida cultura rabínica. Por eso los plantea sobre bases escriturarias, roca viva para cimiento de sus inquietudes; y por eso los revuelve con arreglo a la sumisión propia de las creaciones de su raza, arrebolado todavía por los temblores bíblicos, miedoso del mundo, percibiendo en todas partes el dedo aterrante de Yahvé rigiendo directamente a su pueblo y castigando inexorablemente sus maldades. El peso entero de los terrores bíblicos y de las maldiciones seculares es la clave para entender el eticismo político con el que este rabí converso pretende adoctrinar a sus nuevos cofrades en la fe echando mano de sus arraigados criterios primeros e invariables.

5. EL DOCTRINARISMO CABALLERESCO EN LA NOVELA: JUAN DE FLORES, DIEGO DE SAN PEDRO.

La novela de la época presenta intenciones adoctrinadoras, siendo ellas la contribución que la imaginación aporta a una fijación de los principios fundamentales

²¹ *Loor de virtudes*, C4.

²² «Es justicia un tal grado
y divino ejercicio
que conserva cada oficio
en su propio y mismo estado.»

²³ *Loor de virtudes*, K5 vto.

²⁴ *Loor de virtudes*, J6.

²⁵ *Loor de virtudes*, h3.

de la vida política y social. Salvo una de ellas, y es la menos importante, la *Question de amor de dos enamorados*²⁶, narración napolitana que más parece crónica de sociedad fantaseada que narración novelada propiamente dicha, las demás sirven de manual para la educación de los caballeros perfectos tanto o más que de ficciones de entretenimiento.

Las más importantes de entre estas novelas de corte caballeresco y aleccionador de gentilhombre, son debidas a dos autores: a Juan de Flores y a Diego de San Pedro.

De Juan de Flores apenas sabemos otra cosa que los títulos de sus narraciones, referidos a los nombres de sus protagonistas: *Grimalte y Gradissa*, la más larga y mejor construida, y *Grisel y Mirabella*, la más aguda e intencionada. Compuestas ambas por y para un ambiente limitado, apenas si dejan sitio a otra cosa que a plañideras quejas amatorias y a enzarzadas consideraciones sentimentales, rebuscadas al gusto de la época a fin de que sirvieran de placer a los hombres de mundo de aquel entonces.

En libros así resulta baldía empresa la de buscar doctrinas políticas, a no ser que tomemos por tales las bizarras estampas de los galanes enamorados o los trágicos sufrimientos de las doncellas malhadadas. En las dos novelas de Juan de Flores el lector descubre apenas un afán de particularizar en sus hábitos a los nobles de «nuestra Spanya»²⁷, una aplicación del adjetivo «tirano» al amor²⁸ que corresponde a las adaptaciones religiosas que del vocablo vimos hizo fray Ambrosio de Montesinos, y la inevitable queja contra la «enemiga Fortuna»²⁹, queja aquí de exclusivo alcance literario y sentimental, sin concesión ninguna para una asimilación clasicista del vocablo. Porque todo lo grecolatino que haya en las novelas de Juan de Flores consiste en poner por modelo a sus caballeros el desprecio de los romanos hacia la muerte³⁰.

No es muy distinto lo que sucede con las dos novelas de Diego de San Pedro, por más que gocen de más rica policromanía, que en ella, y en otros textos del autor asomen alusiones clasicistas y que la agilidad del literato supla con viveza las rudas maneras de una literatura de esa guisa. También Diego de San Pedro exorna de orgullo, y como Juan de Flores, su proclamación reiterada de español³¹ y de castellano³², y también acude a la antigüedad grecolatina para buscar modelos de perfección, si no para los caballeros gentiles, para las damas virtuosas y admirables³³. También emplea la palabra «tirano»³⁴, pero no en el sentido que pudiéramos decir

²⁶ Incluida en la *NBA Españoles*, VII (1907), 41-98.

²⁷ JUAN DE FLORES: *Grimalte y Gradissa*, en BÁRBARA MATULKA: *The novels of Juan de Flores and their European diffusion A study in comparative literature*. New York, Institute of French Studies, 1931, págs. 374-432, cita a pág. 392. El héroe Grimalte se declara natural de «castellana tierra», pág. 421.

²⁸ *Grimalte y Gradissa*, 400.

²⁹ JUAN DE FLORES: *Grisel y Mirabella*, en BÁRBARA MATULKA: *op. cit.*, págs. 334-370, cita a la pág. 329.

³⁰ *Grimalte y Gradissa*, 399.

³¹ DIEGO DE SAN PEDRO: *Cárcel de amor*, en *Obras*. Madrid, Espasa-Calpe, 1950, págs. 127, 129 y 130.

³² DIEGO DE SAN PEDRO: *Cárcel de amor*, 189.

³³ DIEGO DE SAN PEDRO: *Cárcel de amor*, 200-202, 207.

³⁴ DIEGO DE SAN PEDRO: *La pasión de nuestro Redentor y Salvador, Jesucristo*, en *Biblioteca de Autores Españoles*, Rivadeneyra, XXXV (1950), 373b.

sentimental, sino con la interpretación religiosa de fray Ambrosio Montesinos, para calificar de tales a los martirizadores de Jesucristo y en primer término al traidor apóstol Judas a quien apostrofa por ser

«caudillo de los malvados»³⁵.

Aunque haya de hacerse constar que la utilización de la palabra «tirano» con valor religioso operase en el segundo momento de la vida de Diego de San Pedro, cuando en la madurez renegó de sus libros amatorios y pedía perdón a Dios por haber preparado tantas «salsas para pecar»³⁶.

Los dos temas más importantes que el poeta de Peñafiel aborda corresponden respectivamente a los dos periodos palaciego y devoto de su vida. En el primero preocúpale sobre todo la libre alegría bullanguera de los amoríos y las pugnas ennoblecedoras de la caballería, y por eso su argumento político central es el dibujo del perfecto caballero. En la segunda etapa acontece el desarrollo de la consabida reprobación de la Fortuna, ahora emprendida por él con un donaire y una intensidad de efectos que sobresalen aun en tiempos en que tal reniego había dado en lugar común de los poetas. Consideraré ambos puntos.

El tipo sampedrino del perfecto caballero básase en la unión de dos factores: la alcurnia y la conducta. Ambos inseparables, de creer la definición que pone en boca del héroe de la *Cárcel de amor*, Leriano, cuando le hace decretar, en estimador de la caballería modelo, que «todo noble es obligado a ocuparse en autos virtuosos, así en los hechos como en las hablas»³⁷, y que halla su confirmación negativa en las manifestaciones consignadas en el cartel de desafío con que Perseo reta al propio Leriano, acusándole de haber obscurecido a su «claro linage» por seguir las inclinaciones de su «condición» en sus tratos con Laureola³⁸. Unión del origen con las obras que luego se repetirá hasta el infinito en los siglos posteriores como traducción política de nuestra actitud antipredestinacionista y que alcanzará su más lograda exposición en el diálogo de don Beltrán con don García en la *Verdad sospechosa* de Ruíz de Alarcón, en el primer tercio del siglo XVII.

El desprecio a la Fortuna es su argumento fundamental durante los días del arrepentimiento. Siendo de notar plantea la cuestión como pugna del hombre virtuoso contra el destino adverso, bien que otorgando a la *virtus* la significación de freno que le concedió la ética escolástica. Ya en una de las coplas de *Arnalte e Lucenda* elogia a Isabel la Católica por cuanto

«supo vencer a la Fortuna»³⁹;

³⁵ DIEGO DE SAN PEDRO: *La pasión*, 371b.

³⁶ DIEGO DE SAN PEDRO: *Desprecio de la Fortuna*, en *Obras*, 236.

³⁷ *Cárcel de amor*, 193.

³⁸ *Cárcel de amor*, 149.

³⁹ *Arnalte e Lucenda*, en *Obras*, 14.

y su época madura, tránsito de arrepentimientos por los desvaríos literarios con que diera ocasiones a pecado en los verdes años de la mocedad, reitera tal planteamiento combativo, diciendo ser ahora él quien vence a la Fortuna, ni más ni menos que cuando joven elogió a Isabel la Católica por haberla vencido:

«Y porque tus formas sé
y conosco tu denuedo,
y más te perseguiré,
que ciertamente yo he
de tus obras poco miedo.»⁴⁰

El concepto seguía siendo el mismo, el de suponer que la vida no es otra cosa que una colisión entre fortuna y virtud; con los años no mudó el concepto, sino el sujeto que luchaba, primero la Reina Católica, luego él mismo.

Todas estas novelas son ejemplo de un moralismo que adoctrina a una rama especial de la sociedad, a la de los galanos caballeros dados a la milicia y a las hazañas. El alimento ideológico que brindan es un condimento guisado con especias de míticos impulsos, de quiméricos sucesos, de acuciantes empeños y de generosas inquietudes; todo ello sin honduras teóricas, sin eruditismos sazonados de referencias pedantescas y sin mayores artificios que las superficiales consideraciones correspondientes a las gentes un tanto rudas a quienes iban dirigidas. Ya observó Diego de San Pedro en su *Sermón* cómo había libros propios para caballeros, distintos de los que tocaban a los devotos y a los letrados⁴¹; en estos libros cabía una moralización muy limitada, sobre puntos muy concretos y con orientaciones muy precisas. No otra es la etización política que acabo de mostrar.

En las demás novelas de la época no aparece ni siquiera esa moderada moralización política. La otra narración novelesca de aquel entonces, la *Repetición de amores* de Lucena, se limita a glosar apreciaciones sobre detalles sentimentales, empedrando un alambicadísimo desmenuzamiento del amor como pasión con referencias a diosas mitológicas⁴² o con citas puntualizadas a Cicerón, a Séneca, a Virgilio o a Tito Livio⁴³. Aquí el tema emotivo es tan absorbente que ni siquiera deja paso a bosquejar una estampa, ni aun amanerada, del cumplido caballero; parece que en la estudiantil Salamanca de finales del siglo XV el cultivo de las musas enguinaldaba de citas inútiles los sentimientos de los caballeros del mañana.

⁴⁰ *Desprecio de la Fortuna*, 248.

⁴¹ DIEGO DE SAN PEDRO: *Sermón ordenado porque dixeron unas señoras que le desseanan oyr predicar*, en *Obras*, 99.

⁴² *Repetición de amores compuestas por Lucena*, hijo del muy sapientísimo doctor y Reverendo prothonotario don Juan Ramírez de Lucena embajador y del consejo de los reyes nuestros señores, en *servicio de linda dama su amiga estudiando en el preclarissimo studio de la muy noble ciudad de Salamanca*. Encuadernada con su *Arte breve e introducción muy necessaria para saber jugar al axedrez*, s.l.n.a. aunque anterior al fallecimiento del «príncipe de las Españas» don Juan, acaecido en 1497 y a quien va dedicada. Elogia a la castidad con ejemplos de Minerva, de Vesta (folio a3) y de Lucrecia (folio a3 vuelto).

⁴³ *Repetición de amores*, folio 4 vto.

6. LA ADOCTRINACION NEGATIVA: LA CELESTINA

Otra teorización de la nobleza es lo que podemos aprovechar también en uno de los libros más sazonados, jocundos y sabrosos que jamás parió el genio de la literatura castellana. *La Celestina*, narración de los amores tristemente acabados de los galanes, a cuyo alrededor se teje la más viva urdimbre de caracteres que quizá produjo nunca nuestro suelo; retablo caliente de lo que era la realidad, por más que su redacción debió a la mano de un estudiante de las aulas salmantinas, quien acometió la proeza más grande que imaginar quepa: haber recolectado cosecha riquísima de medradas primaveras italianas o clásicas para con esos hilos de procedencia tan alejada de la realidad de la vida popular del siglo XV regalarnos una descripción tan inmediata que sólo con la lectura de *La Celestina* es posible darse cuenta plena de lo que fue el estilo humano de nuestros antepasados del 1500. Quien lea el original tras la magnífica tesis de F. Castro Guisasola acerca de sus fuentes⁴⁴, apenas concebirá que con colores tan ajenos a nuestro mundo cultural se haya podido construir cuadro tan emotivo y tan realista.

No es mi papel entrar en razonamientos demostrativos de la unidad de autor para toda la obra, apuntada por Blanco-White hace más de un siglo⁴⁵ y puesta en claro magistralmente por el maestro Menéndez y Pelayo⁴⁶; ni tampoco resolver la cuestión del ambiente local en que la acción se desenvuelve, cuando una vieja, la Celestina, con seis docenas de años auestas en el conocido empleo de nueva trotaconventos media en los amores del galán Calixto, agraz en sus veintitrés años, con la bella y noble Melibea. Ni siquiera aduciré textos sobre los ecos clasicistas, porque ya la crítica ha separado los bastantes para concluir trátase de libro de corte literario, obra de lector agudo que conoció con certeza a Aristóteles⁴⁷, a Virgilio⁴⁸, a Ovidio⁴⁹, a Perseo⁵⁰, a Terencio⁵¹ y a Séneca⁵² entre otros; si es que no bastara la propia declaración del título donde se declara su mercancía repleta de «muchas sentencias filosóficas».

No se propuso el autor de la *La Celestina* educar a jóvenes nobles en la honra galana de los modales caballerescos, como hicieran los novelistas Juan de Flores o Diego de San Pedro; fue su objeto trazar un retablo de la situación humana de su siglo, y así, su tarea concrétese en observaciones acerca del tema central: la nobleza.

También para Fernando de Rojas la nobleza resulta de la unión entre alcurnia y conducta ni más ni menos que en los textos de la *Cárcel de amor*. No basta la

⁴⁴ F. CASTRO GUIASOLA: *Observaciones sobre las fuentes literarias de «La Celestina»*. Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1924.

⁴⁵ Vide ERASMO BUCETA: *La opinión de Blanco White acerca del autor de «La Celestina»*, en *Revista de Filosofía Española*, VII (1920), 372-374.

⁴⁶ MMyP: *Orígenes de la novela*, III (1943), 256-257.

⁴⁷ F. CASTRO GUIASOLA: *Observaciones*, 23-34.

⁴⁸ F. CASTRO GUIASOLA: *Observaciones*, 63-66.

⁴⁹ F. CASTRO GUIASOLA: *Observaciones*, 66-79.

⁵⁰ F. CASTRO GUIASOLA: *Observaciones*, 79-80.

⁵¹ F. CASTRO GUIASOLA: *Observaciones*, 80-94.

⁵² F. CASTRO GUIASOLA: *Observaciones*, 94-98.

ascendencia a no ir acompañada por obras, según la eterna definición de la hidalguía hispana. En el principio del acto II dice Sempronio que «entre los elementos el fuego, por ser más activo, es más noble, y en las esferas puesto en más noble lugar. Y dicen algunos que la nobleza es una alabanza que proviene de los merecimientos y antigüedad de los padres, yo digo que la ajena luz nunca te hará claro si propia no tienes. Y por tanto no te estimes en la claridad de tu padre, que tan magnífico fue, sino en la tuya»⁵³. Opinión repetida casi a la letra en el acto IX por la poca honrada y sospechosa Arensa cuando advierte que «las obras hacen linaje y que es necio nadie "vaya a buscar en la nobleza de sus pasados la virtud"»⁵⁴. A cuyo tenor son nobles los tipos centrales de los dos amadores: el de Calixto, como ya demostró Leo Spitzer⁵⁵ frente a Miguel Herrero García⁵⁶, y el de Melibea, «castellana altiva y noble» según la definitiva calificación de Menéndez y Pelayo⁵⁷. Gentes alocadas, ciegas, culpables, víctimas del señorío arrebatador de su sangre, cumplidoras de las penas que sus culpas merecieron; jamás viles, rufianes ni míseros de alma.

Son dos víctimas de las mudanzas de la Fortuna a causa de sus desvaríos amorosos. Las cosas son criadas en contienda, advirtió heracliteamente Fernando de Rojas, con palabras tomadas de Francesco Petrarca⁵⁸ en las primeras líneas del «Prólogo»⁵⁹, y este criterio preside a la obra entera, haciendo penetrar sutilmente en ella la preocupación central de entonces: la temática de la Fortuna. Porque tales mudanzas no son ordenadas, sino obra de la Fortuna caprichosa, según asegura la misma Celestina en el acto IX con frases terminantes, que denotan el hilo sutil de la ideología imperante en la tragicomedia: «Ley es de fortuna, que ninguna cosa en un ser mucho tiempo permanece, su orden es mudanza»⁶⁰. Por eso la Fortuna es enemiga, «adversa» en boca de Calixto⁶¹; porque muda el sistema equilibrado de la vida, arrastrando a los hombres en su rueda.

La Fortuna enemiga, la Fortuna a quien vencer, la Fortuna hostil: ese es el asunto renacentista que da calor a la obra, y el mayor mérito de Fernando de Rojas en el mundo de los amores, como en otro sentido lo fue de Maquiavelo en los ámbitos de la política, consiste en haber dado bríos de carne y hueso a la cuestión, vistiéndola de pasiones candentes lo que en Juan de Mena o en fray Íñigo de Mendoza no pasa de fríos cadáveres enterrados en el panteón de la poesía.

Al lado de ello, la concepción pagana del amor como impulso natural que por ser natural es lícito satisfacer, versión nueva del «collige virgo, rosas» ausoniano, tantas

⁵³ *Celestina*, en BAE de Rivadeneyra, III (1944), 16a.

⁵⁴ *Celestina*, 42a.

⁵⁵ LEO SPITZER: Note sur «La Celestina», *Revista de Filología*.

⁵⁶ M. HERRERO GARCÍA: En *Revista de Filología Española*, XI, 411-412.

⁵⁷ MENÉNDEZ Y PELAYO: *Orígenes de la novela*, III, 270.

⁵⁸ Según F. CASTRO GUIASOLA: *Observaciones*, 117, sacados del *De remediis utriusque fortunae*, de Petrarca.

⁵⁹ *Celestina*, 2-3.

⁶⁰ *Celestina*, 43a.

⁶¹ *Celestina*, 5b.

veces proclamada suasoriamente por la docta Celestina⁶² y repetido por Melibea en su, por otra parte de fuente caballeresca, afirmación de que su amor es tan alto, que repudia al matrimonio⁶³, pasa a segundo término en la calificación moral de la obra entera. Son juicios a los que hay que dar una importancia semejante a la de la censura de las costumbres del clero, tan mal parado en la charla que en el acto IX sostiene la Celestina con el truhanesco Sempronio⁶⁴. Lo importante y llamativo, lo que sella la Tragicomedia con señal imborrable, lo que preside con carácter trágico los hilos llanos de la trama, lo que forja la madeja y abruma a las figuras, es el imponderable soberbio de esa Fortuna, mudadora, cruel, inexorable, enemiga de hombres y mujeres, a quienes arrastra como a muñecos en el guiñol sublime e indefinible del amor. Las obras de los hombres procuran domarla y recluirla en límites de inofensividad; obras justas y rectas, en cuyo ejercicio hay condición esencial de la nobleza. Virtud y nobleza se alían para pugnar contra la otra pareja nefasta que forman la Fortuna y el Amor; y la obra entera, con sus citas eruditas, con sus cuadros al natural, con sus caracteres genialmente expresivos, con sus diálogos chispeantes, con sus irreverencias y sus alusiones doctas, no es más que el tablado nunca escénico donde aquellas cuatro fuerzas que son quicios cardinales de la Vida forcejean en el logro de la existencia de los hombres.

Véncese a la Fortuna con la virtud y en tal vencimiento consiste la nobleza, aunque el azar arrastre luego las cosas por el lado de lo demoniaco. Pero la fuerza del amor no es en sí demoniaca, como juzgara Franz RANHUT⁶⁵, ni el amor arrastra inexorablemente a unos hombres impotentes para resistir a su divinidad naturalmente demoniaca. Lo que falla en *La Celestina* no es un aparato humano, sino la imperfecta educación de los dos enamorados, juguetes de la ambición de Celestinas y Sempronios. No es la naturaleza arriba apuntada de la nobleza, sino las fórmulas sociales en que se debaten, presa de sus educaciones, de sus inexperiencias, de los engaños de unos y de las ambiciones de otros.

Cabalmente ahí está el aspecto moralizador de *La Celestina*, en que retrata los perniciosos efectos de un sistema social determinado. Por lo cual es la moral descrita por Fernando de Rojas una moral a contrapelo, que al pintar los males postula los bienes y que en la descripción de una malandanza refleja la crítica moralizadora contra un falso estilo de nobleza.

En este sentido, júzgola por sátira social y por reformación de costumbres. Diego de San Pedro o Juan de Flores dijeron lo que debe hacer el noble; Fernando de Rojas lo que ha de evitar. Todos parten del mismo concepto de nobleza y a todos anima el

⁶² *Celestina*, 23b, 25b.

⁶³ *Celestina*, 64a.

⁶⁴ *Celestina*, 43b-44a.

⁶⁵ FRANZ RANHUT: *Das Dämonische in der «Celestina»*. En *Festgabe für Karl Vossler*. München, Max Hueber, 1932, págs. 117-148. Sobre todo a la 141, cuando escribe que en la *Celestina* «die Liebe ist die dämonische Gottheit, die tötet, die die ganze Menschheit in ihren Totentanz lockt. Das Individuum ist hilflos, nichtig gegenüber der Natur-Dämonie der Liebe».

empeño de instruir deleitando a los posibles perfectos caballeros; pero con la ventaja para el autor de *La Celestina* de que, mientras aquellos colocan sus estampas en el mundo irreal de las fantásticas Tebas o de las imposibles Macedonias, Fernando de Rojas nos habla de personajes vivos y reales, que vivieron en una ciudad castellana y que él modeló con la piedra dorada de la cantera salmantina.

Desde el punto de mira en que se mueve el autor de este libro, tal es el motivo principal de estimación. Lo demás, los méritos estilísticos o la originalidad del argumento, son cosas de historiadores del idioma; es en esta vigorosa manera de aducir ejemplos de los peligros que acechan al caballero en intentos de hacer carne y hueso el drama filosófico renacentista de la lucha del hombre contra la fortuna, donde reside el meollo soberano de este doctrinal de caballeros que en definitiva es la *Tragicomedia de Calixto y Melibea*.

7. EL ESCOLASTICISMO EN EL TEATRO: LUCAS FERNANDEZ

También salmantina por el horizonte vital del autor puesto que no por los escenarios de sus farsas, son los legados poéticos de Lucas Fernández, nacido en la ribera del Tormes, mozo de coro de la catedral salmantina, profesor de música en la Universidad famosa y abad de ese joyel románico que es la iglesia de Santo Tomás de Canterbury. Poesías escenificadas en que emanan los primeros vagidos del teatro castellano junto a las de su coterráneo Juan del Encina, sencillas, ingenuas, como canciones de cuna impregnadas del encanto suave de lo infantil; decires de pastores, pinturas de amores sin complicaciones dramáticas ni licenciosas, donaires de ermitaños, arrepentimientos sinceros del dolorido San Pedro, teatralización del nacimiento o de la pasión del Redentor con poca mayor robustez dramática que la del anterior estilo del auto representado a la puerta de los templos; una manera sencilla, dulce y humanísima de trasladar en diálogo campesinas emociones o memorias religiosas, reflejo de un campo y de una fe que esmaltaban los gustos de las gentes no universitarias de la ciudad universitaria por excelencia. Nada hay en los versos de Lucas Fernández de aquel artificio clasicista que inunda, muchas veces forzosamente, los metros de Juan del Encina, los chispeantes juegos de *La Celestina* o las pasiones caballerescas de la *Cárcel de amor*; es una musa la suya entrañable y popular, que está más cerca que de ninguna otra de la llana unción de fray Ambrosio Montesinos con ser tan dispares sus respectivas coyunturas poéticas en lo exterior y formal.

Aunque falleció en 1542, es en 1514 cuando editanse sus trovas, y por eso Lucas Fernández⁶⁶ cae por entero en los límites cronológicos de mi estudio. Un estudio que en lo tocante a él se reduce a apuntar algunas doctrinas sueltas, casi por azar incluidas en el sereno ensalmo que nos legó como engarces que casi desentonan.

⁶⁶ LUCAS FERNÁNDEZ: *Farsas y églogas al modo y estilo pastoril y castellano*. Madrid, Imprenta Nacional, 1867, págs. 51-52.

Nada hay de clasicismos en él. La alusión que la figurada Doncella hace a la Fortuna como algo hostil en la primera de sus dos *Farsas*⁶⁷ no pasa de un decir usual que en nada recuerda las sesudas consideraciones de Juan de Mena ni los requiebros de cualquier humanista o trovador contemporáneo. Asimismo, en otro plano crítico, sus referencias a la realeza de Cristo son, lo mismo que las que Montesinos hiciera, ecos de voces bíblicas y de loores rituales, nunca transposiciones de realidades políticas. Y por lo que toca a su formación cultural, dice ser claramente escolástica la referencia que establece en las sucesivas leyes natural, de la Escritura y de la gracia en la primera de las famosas dedicadas a narrar el nacimiento de Jesús, así como el triunfo de la última y su excelencia en procurar la paz a los humanos. Es casi un texto repetido en aulas universitarias aquel expresarse de Macario cuando expone, con rudeza de pastor y saber de estudiante, el giro de las tres leyes:

«Ya dos leyes son pasadas:
la una fue de Natura,
y la otra sus pisadas
guió por sendas halladas
de la Sagrada Escritura.
De Gracia es la Tercera ley,
más verdadera;
la cual este Sancto rey,
como amador de su grey,
hoy nos dió con paz entera»⁶⁸.

Poco más puede hallarse en Lucas Fernández de temáticas políticas. Apenas si una expresiva condena de la soldadesca y una crítica de las costumbres militares, hecha por el pastor Pascual con tajante exposición que bien respondería a un sentimiento general entre los de su clase⁶⁹. Por el resto, es Lucas Fernández expresión de un sentido sencillo y popular y su teatro refleja normas vivas entre las gentes del común, de tal suerte que queda a medias entre la sátira y la adoctrinación; puede decirse, desde el ángulo visual en que le considero, que es un adoctrinador popular que traslada a las

⁶⁷ *Farsas y églogas*, 231 y 245.

⁶⁸ *Farsas y églogas*, 162.

⁶⁹ He aquí un hecho sobremanera vivo:

<i>«Pascual:</i>	Sois milanera y langosta. Por las tierras donde vais, ¡mia fe! todo lo dejais agostado a poca costa.
<i>Soldado:</i>	Ciego, lleno de malicia, la justicia. nosotros la sostenemos.
<i>Pascual:</i>	¡Mia fe! con vuestra codicia y avaricia la confundéis, según vemos.»

gentes inferiores de la escala social unas consideraciones políticas o ideológicas con el mismo gesto con que pudiera explicar el catecismo o el símbolo de la fe a los niños que congregara en los poyos que exornan la lindísima iglesia de Santo Tomás de Canterbury. Las contadas picardías satirizadoras son tan ingenuas que hasta ellas cabrían en curso semejante; y aun en el peor de los casos, quedarían a lo menos como lección ejemplar para sus feligreses mayores, niños también entonces en lo que toca a yerros de doctrina o a desviaciones en la fe.

8. EL COLOFON: JUAN DEL ENCINA Y LA CONCEPCION DE LOS REYES CATOLICOS COMO DOCTRINA VIVA

Con aquella su memorable sagacidad, definió Menéndez y Pelayo a Juan del Encina con las siguientes palabras justas: «Por el número y variedad de sus producciones; por el feliz consorcio que en muchas de ellas hicieron la musa popular y la erudita; por su doble carácter de poeta y preceptista; por su importancia en la historia del arte lírico-musical, y finalmente, por su venerable representación en los orígenes de nuestra escena, es Juan del Encina el ingenio más digno de estudio entre cuantos florecieron en tiempo de los Reyes Católicos»⁷⁰. Justas en la crítica literaria y aun en el aprecio humano de este varón multiforme, con pintas de picames, galán juvenil y viejo piadoso, síntesis del pecado y de la virtud, hermandad de la gracia con la cita clásica, profundamente entrañado en su época y en su contorno, truhán y beneficiado, enamorado y devoto, arquetipo de lo que debiera ser el tipo medio del castellano de sus días. Tan enclavado en la cruz de su circunstancia que cuanto haga o diga no será sino reflejo candente de un instante lleno de armas nuevas, pero en el fondo radicalmente medieval.

Cierto es que el maestro le juzgó a fuer de crítico de nuestro pasado literario y que en cuanto historiador del pensamiento político no me será posible repetir letra por letra el calificativo de figura prominente para quien convivió en la misma ciudad y por las mismas décadas con un Pedro de Osma o con un Fernando de Roa; pero aun así es su estampa la que mejor conviene para cerrar este capítulo omnicomprendivo en donde vienen los hombres de bellas letras a ser examinados por lo que pudieran opinar en cosas de moral.

La característica esencial del momento es la pervivencia de las maneras y de los conceptos medievales, y Juan del Encina no es tampoco excepción en semejante rasgo, ni podrá serlo, ya que puede tomársele por modelo vital del hombre de aquel entonces. En lo que concierne a las formas literarias lo hizo notar también Emilio Cotarelo de una manera terminante⁷¹, pudiendo valer también para el historiador del pensamiento

⁷⁰ MENÉNDEZ PIDAL: *Antología de poetas líricos castellanos*, III (1944), 321.

⁷¹ EMILIO COTARELO: Prólogo a *Juan del Encina: Cancionero*. Primera edición, 1496, publicado en facsímile por la Real Academia Española. Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1928, Pág. 28.

político lo de juzgarle por escritor lleno de atisbos y adivinaciones salidos de su propia fantasía, pero parado en los términos vigentes hacia 1490.

La mezcla de lo popular con lo borroso y en gran parte ficticio clasicismo imperante es su nota peculiar, pues ese clasicismo no se aparta del módulo general existente en tales años. Hay, como en cualquier letrado salmantino, el pedantesco afán de la erudición que consagre el reconocimiento de su valía cultural. Al describir una tormenta citará a Virgilio con puntualidad, para que el lector sepa de su saber clásico:

«Quando yo vi todo aquesto
pareciome tal tormenta
qual el Virgilio recuenta
en la Eneyda libro sexto»

nos recalca en el *Triunfo del amor*⁷², en otra de cuyas páginas, tras exponer las teorías de los filósofos Epicuro y Aristipo quiere también mostrar que sus conocimientos filosóficos no desdecían del caudal de sus lecturas clasicistas, repitiendo pudiera citar otros muchos pensadores antiguos y que, si no lo hace, no ha de achacarse a incultura, sino que

«mas otros muchos no cuento
por no dilatar la cuenta»⁷³.

Ese afán pedantesco de estudiante aprovechado que busca ocasiones para lucirse empiedra los naturales alientos de su musa popular con piedras del yermo antiguo. Al lado de los gráciles pastores o de los burlones estudiantes arrancados al bloque pétreo del campo o de la ciudad de Salamanca, topamos con invocaciones a Venus⁷⁴, con descripciones de las tres Parcas⁷⁵, con una casa de la Ventura repleta de Piramo, Tisbe, «Archiles», Dido y Fedra haciendo coro a Venus⁷⁶, con recuerdos a la profecía de la Sibila de Cumas⁷⁷, con enumeraciones de ejemplos clásicos por modelos de feminidad⁷⁸ o de perfectas parejas amorosas⁷⁹, con toda la preocupación del letrado que pretende serlo muchas veces a remolque de la gracia nativa de su genio. A tanto le

⁷² *Cancionero*, 63c.

⁷³ *Cancionero*, 66b.

⁷⁴ *Cancionero*, 61c.

⁷⁵ *Cancionero*, 63b.

⁷⁶ *Cancionero*, 63d-64b.

⁷⁷ *Cancionero*, 10c-11a. *Eglogas*, en *Antología* de Menéndez y Pelayo, V (1944), 283.

⁷⁸ En *Otra égloga de tres pastores* Cardonio dice a Fileno ponderando los males causados por el Amor:
«Marcia, Lucrecia, Penélope, Nido,
Claudia, Veturia, Porcia, Cecilia,
Julia, Cornelia, Argia, Atrisia,
Livia, Artemisa y otra que olvido.»

Teatro completo. Edición de la Real Academia Española. Madrid, 1983, pág. 210.

⁷⁹ *Plácida y Vitoriano*, en *Teatro completo*, págs. 273, 315 y 354, donde enumera a París y Elena, Jasón y Medea, Minos y Datribea, Medea y Jasón otra vez, Dido y Eneas, Leandro y Hero.

lleva ese afán que mezcla en sus églogas representables a ninfas y dioses con ermitaños y pastores, cual acontece en la de *Cristino y Febea*, donde el dios Amor dialoga con el pastor Justino y la ninfa Febea seduce al ermitaño Cristino⁸⁰; o entra en irreverentes parodias, muy a lo renacentista italiano, de oraciones sentimentales a la diosa Venus o al dios Cupido, como las que les endereza Vitoriano en la égloga a que da nombre⁸¹. Tan arraigada tuvo esa preocupación erudita toda su vida, él, el poeta de la fresca lira juguetona y popular, que cuando emprende viaje a Tierra Santa en las horas maduras del arrepentimiento, retraídos los cinco sentidos del desenfreno de la sensualidad, empareja su rectificación de vida con el renegar de Cicerón por San Jerónimo⁸². Quizá el mejor índice de su manera de pensar y de sus apetencias fue su admiración hacia Juan de Mena, hecha constar expresamente⁸³, siendo así que su musa festiva rimaba mejor con lo que decían la pastora de la dehesa o el estudiante burlador. No me parece exagerado decir que Juan del Encina fue auténtico poeta del pueblo cuando lo que se proponía era imitar los ritmos pausados de Juan de Mena; para lo cual su lira no valía, como puede opinar cualquier lector de su pesadísimo y mal rimado *Viaje*.

Esa actitud de hombre superior se manifiesta en su donoso desprecio de las predicciones astrológicas⁸⁴, una de las poesías más lozanas y alegres del parmaso castellano, así como en plantear el tema de la mudanza de las cosas como el problema entonces en boga de la variabilidad de la fortuna.

«Mira que todo perece
nuestro mucho y poco aver
que jamas cosa en un ser
no vemos que permanece»⁸⁵

nos dice meditando el *Memento homo* que recuerda a los hombres ser cenizas que han de parar en cenizas; pero, apenas sacada la consecuencia de que

«no dura cosa con cosa
en este mundo mundable:
solo Dios es perdurable
y su gloria gloriosa»⁸⁶

⁸⁰ *Teatro completo*, 379-409.

⁸¹ *Teatro completo*, 326-344 y 353-354.

⁸² Lo hace porque a los cincuenta años

«pues dexe Geronimo su Cicerón».

Viaje y peregrinación que hizo y escribió en verso castellano el famoso poeta Juan del Encina, en compañía del Marqués de Tarifa, en que refiere lo más particular de los sucedido en su Viaje, y Santos Lugares de Jerusalén. Madrid, Pantaleón Aznar, 1786, pág. 8.

⁸³ *Viaje*, 6.

⁸⁴ *Juyzio sacado por Juan del Encina delo mas cierto de toda la astrologia*, en *Cancionero*, 58c-59b.

⁸⁵ *Cancionero*, 25d.

⁸⁶ *Ibidem*.

cuando la secuela cristianísima se esfuma en un alarde clasicista donde se pregunta que fue de griegos y troyanos, de cartagineses, de los fuertes tebanos, de «los poderosos persianos»; de los sabios atenienses, de los «rezios lacones», de «los muros babilonios», de César, de «Pompeyo», de «Alexander», de Pirro, de las riquezas de Midas y de la constancia de Catón; apenas si entreverados por un recuerdo bíblico a la sabiduría salomónica, por una memoria caballeresca a los imperios carlomágnicos y por una pleitesía popular a

«el nuestro Cid castellano»⁸⁷.

Otra vez la eterna cantilena del poeta popular: mostrar su cultura clasicista. Ni más ni menos lo mismo que hará al señalar cómo la muerte no perdonó al príncipe don Juan; también aquí la lamentación se diluye en una salmodia, donde se nos notificará que la parca no perdona «ni al fuerte Sansón» «ni al sabio Platón»⁸⁸.

Con ese bagaje no es de extrañar que el moro Meris, que en la novena de las *Eglogas* a lo virgiliano encarna nada menos que a Mahoma, rinda vasallaje a la corriente dominante en el gusto de la época y presente la rendición de Granada como azar de la voluble Fortuna. Es es sentimiento fatalista mahometano, anudado al fatalismo neoestoico del siglo XV, lo que pone en boca de Meris las palabras desconsoladoras:

«Pues a la fortuna plaze,
que buelve todas las cosas
con su rueda,
de fazer lo que ella haze,
contra sus fuerças forçosas
no hay quien pueda»⁸⁹.

Proyección en la filosofía de la historia de lo que antes fue explicación de su propio curso vital. Con motivo de entrar al servicio de los duques de Alba su comentario consistirá en que con ello está ya en la parte más alta de la rueda de la Fortuna⁹⁰, aunque no confie demasiado en su bienandanza

«porque fortuna desvíá
aquello que nos aplaze»,

como dirá en otra ocasión⁹¹.

⁸⁷ *Cancionero*, 26a.

⁸⁸ *Cancionero*, In fine, 4c.

⁸⁹ *Eglogas*, 397a.

⁹⁰ «Fortuna que siempre rodea su rueda
me tiene ya puesto arriba en la cumbre».

Cancionero, 52c.

⁹¹ *Cancionero*, 85d.

Y que traslada igualmente a las Fabras en las tramas de los amores. El pastor Fileno nos hablará de

«Fortuna, mudable gobernadora»⁹²

y sobre su tumba otro pastor, Zambardo, confesará cumpliase en él lo que la diosa quiso⁹³.

¿Y qué otro planteamiento cabía en el rendido admirador de las *Trescientas* de Juan de Mena?

Poeta atento a su hora, no escasea en sus rimas la crítica al desenfreno de las costumbres, y sobre todo a las costumbres del clero. En sus piezas representables el dios Amor proclama públicamente la sumisión en que le están obispos y frailes⁹⁴; y hasta se llega en la de *Plácida y Vitoriano*, representada en 1513 en el palacio de un cardenal de la Iglesia Romana, a que una nueva Celestina, llamada Eritea, adoctrine a su pupila Fulgencia aconsejándola ser mejor entregarse a amores con un fraile o sacristán que con un galán seglar⁹⁵.

Y poeta atento a su hora, la pluma se le va en el ensalzamiento de los Reyes Católicos, que son cuales

«nunca fueron en el mundo»⁹⁶.

En torno a ellos teje la corona de loas echando mano de sus pruritos clasicistas. Iguálalos en la clemencia a Julio César, en la igualdad a Pompeyo, en la piedad a Metelo, en el valor a Alejandro, en la prudencia a Temístocles, en la constancia a Falio y en la continencia a Escipión⁹⁷. Isabel es primor de mujeres, Fernando es excelente⁹⁸. Tan modelares que Dios les reserva sin duda la monarquía total de las Españas. Hay que leer cómo pondera, entre todas las hazañas,

«las del Cesar don Fernando
rey de todas las Españas»⁹⁹;

hay que poner delante de los ojos el prólogo de las *Bucólicas* enalteciendo la restauración y esclarecimiento de Castilla desde los días sombríos de Enrique IV¹⁰⁰, hay que deletrear el orgullo con que nos habla de «los muy poderosos e cristianísimos

⁹² *Teatro*, 192.

⁹³ *Teatro*, 224.

⁹⁴ *Teatro*, 163.

⁹⁵ *Teatro*, 291.

⁹⁶ *Cancionero*, 85c, 97c.

⁹⁷ *Cancionero*, 1 vto.

⁹⁸ *Eglogas*, 286.

⁹⁹ *Eglogas*, 309.

¹⁰⁰ *Eglogas*, 261.

reyes don Fernando e doña Isabel, príncipes de las Españas, reyes naturales y señores nuestros»¹⁰¹; hay que encenderse en su fuego, un fuego que luego recogerá Hernando de Acuña en nuestra olimpiada de la poesía política, al memorar aquellas estrofas inflamadas:

«O claro linaje, victoria escogida,
los grandes triunfos e mucha alabança
a vos que se deve se dé sin dudança,
ya vienen los tiempos de gloria crecida:
mirad toda España que estava perdida,
las tierras y el mar, la fe no constante,
alégrense todos por lo de adelante,
que el bien se nos viene con vuestra venida»¹⁰².

Tan exaltada es esa actitud admirativa que Juan del Encina eleva a los Reyes Católicos a modelos de adoctrinación política, pudiendo decirse que en él se inicia la corriente de la fama ejemplar de Fernando el Católico como príncipe cuyas acciones sirven de fundamento a una teoría adoctrinadora, cuya culminación tiene lugar en la historiografía política del barroco, y sobre todo en Baltasar Gracián¹⁰³.

Es concluyente su dedicatoria al frente del *Cancionero* en lo que respecta a hacer de la conducta de los Reyes criterio de buen regir político. «Todas quantas cosas ay escritas de buen regimiento de príncipes de tal manera las guardays, que no ay cosa buena que los escritores ayan instituido que vosotros no la pongays en obra y no obrays cosa que no este instituyda por muy buena y aunque las tales instituciones no huviera: de vuestras obras mesmas se pudieran muy bien colegir y sacar trasunto de vida perfecta»¹⁰⁴.

Es la encarnación viva de una doctrina política. Para Juan del Encina, Fernando e Isabel son libros vivos, y estudiar sus acciones equivale a leer los viejos libros de castigos, de consejos, de máximas y de orientación de gobernantes. Son el ideal realizado. Son un libro vivo. Son la verdad política. Son la perfección en el gobierno. Son modelos de adoctrinación viviente.

Otra vez asoma la oreja su afán erudito y los reyes modelos encarnarán los siglos áureos de la vida perfecta que tanto los poetas ensalzaran en los tiempos primeros de la humanidad y que Juan del Encina sitúa exactamente en la Castilla y el Aragón en que él vivió:

«O rey don Hernando e doña Isabel
en vos començaron los siglos dorados;

¹⁰¹ *Eglogas*, 269.

¹⁰² *Eglogas*, 286.

¹⁰³ Es curioso que este papel de Juan del Encina no haya sido tenido en cuenta en libro tan erudito como el de Angel Ferrari: *Fernando el Católico en Baltasar Gracián*. Madrid, Espasa-Calpe, 1945.

¹⁰⁴ *Cancionero*, 1.

serán todo tiempo los tiempos nombrados
que fueron regidos por vuestro nivel»¹⁰⁵

Nueva afirmación de que los Reyes Católicos son por sí mismo doctrina política en sus obras, que recorta a ellos tal calidad de normas vivas. Cuando Carlos I suba al trono, ya no será así. El poeta, atento a la hora, volverá a hacerse eco de la voz popular, y en 1579 el siglo dorado ya pasó para quedarse en simple e irrealizable añoranza de poeta erudito en clasicismos. Hay un abismo entre la estrofa alegre y segura de la Egloga Cuarta y los versos desconsolados del *Viaje*:

«¡O tiempo felice de siglo dorado
que daba la tierra los frutos de suyo!
No había envidia, ni mío, ni tuyo:
deseo ninguno ponía cuidado:
malicia, ni vicio no había reynado,
proposito malo, ni mal pensamiento:
Despues sucedió el siglo de argento,
que vino, en Quilates, a ser mas calado»¹⁰⁶.

Las ambiciones de los flamencos y el descontento de Castilla, pronto erizado en las picas de los comuneros, ha proyectado en lo irreal remoto de la leyenda antigua aquel siglo dorado que el poeta vivió cuarenta años atrás. Carlos I transformó a Juan del Encina, salmantino del 1500, en un remedador de Lucrecio, poeta romano de la centuria decadente. Los reyes que eran adoctrinación son ya un emperador que precisa ser doctrinado.

Y para que Juan del Encina escribiera libros de doctrina política era ya demasiado tarde. Apenas si en todo su *Cancionero* sentó alguna que otra recomendación acerca de la prudencia de los monarcas¹⁰⁷, o de la necesidad de que sean instruidos en filosofía¹⁰⁸ de las bienaventuranzas inherentes a la paz¹⁰⁹. Harto poca cosa en verdad,

¹⁰⁵ *Eglogas*, 284.

¹⁰⁶ *Viaje*, 1.

¹⁰⁷ «Mal rige quien no es prudente
por que todo va al reves
y el perfecto regir es
saber mandar sabiamente:
qual regido y el rigente
sin saber
mal regidos pueden ser.»

Cancionero, 89b.

¹⁰⁸ Va aplicada a nuestro bienaventurado príncipe don Juan, «porque los príncipes e reyes deven ser en su mocedad instrutos en la filosofía y en las hazañas e istorias de sus antepasados, para que sepan apartar de sí lo malo y echar la mano a lo bueno según en los muy excelentes reyes sus padres se pueden tomar exemplo.»

Eglogas, 292.

¹⁰⁹ *Egloga representada en la noche postrera de Carnal*, en Teatro, 74.

pero no más de quien colocaba toda su posible adoctrinación en la conducta ejemplar de sus reyes. Muertos Fernando e Isabel, se cerraba el libro con que Juan del Encina adoctrinara a los príncipes y señores de la tierra.

Baste un ejemplo que acusa el cambio de horizontes. Todas las *Eglogas* a lo virgiliano son un canto a la toma de Granada y a la vencida morisma; es la época alegre de los príncipes perfectos. Ahora, en el *Viaje*, bajo el príncipe imperfecto, solamente ve la tristeza de los antes alegres y victoriosos cristianos. De Granada a Belén media en su geografía política una distancia menor que la de Isabel a Carlos, cuando escribe

«¡O ignominia de Reyes Christianos!
Perdonénme, cierto, que me desentono,
mas yo por Christiano, jamás les perdono
la injuria que sufren de perros Paganos»,

pues que

«de nuestra flojura y poquedad tanta
los mismos Paganos se burlan de nos,
que tienen la tierra do fue nuestro Dios
y nadie a cobrarla se mueve o levanta»¹¹⁰.

El añorado recuerdo de los Reyes Católicos era aquí también doctrina calladamente honda. El poeta escribía, como siempre lo hiciera al decir de Bartolomé José Gallardo, «a impulsos de su genio»¹¹¹, oyendo el segundero de la historia, prendido a la menuda ansia del pueblo, alegre cuando las gentes reían en la toma de Granada, triste cuando los flamencos vaciaban las arcas de Castilla.

Expresión viva de los anhelos populares, cierra la línea de los adoctrinadores políticos bajo los Reyes Católicos recogiendo una convicción arraigada en los campesinos de Castilla desde Andalucía hasta Galicia: la de que Enrique IV fue un pésimo gobernante, la de que Carlos I comenzaba siendo también pésimo príncipe y la de que Fernando e Isabel, victoriosos hacia afuera, pacificadores por dentro, conquistadores de Granada, expulsadores de los judíos, domeñadores de la nobleza y descubridores de un mundo nuevo, realizaban en sus acciones rectísimas un palpitante normal de adoctrinación política. Eran la perfección regia en carne y hueso, sin necesidad de acudir a estampas buenas archivadas en códices monótonos.

¹¹⁰ *Viaje*, 95 y 96.

¹¹¹ BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO: *El Criticón, Papel volante de Literatura y Bellas Artes*, n° 4. Madrid, Angulo, 1836, pág. 19.

CAPITULO IX

Los grandes aristotélicos salmantinos: Pedro Martínez de Osma

1. GRANDEZA CIENTIFICA DE PEDRO MARTINEZ DE OSMA

Si exceptuamos a Alfonso de Madrigal, encrucijada de todos los saberes de su siglo, ningún maestro salmantino rayó a la de altura de Pedro Martínez de Osma. Nada menos que el orgulloso Antonio de Nebrija, su discípulo en las aulas de nuestra Universidad Mayor, le recordaba al hacer su *Apología* delante de Cisneros honrándose con haberle tenido por maestro y calificándole con los más subidos elogios, tanto más de notar en quien menospreciara a los profesores salmantinos: «Quanto ingenio et eruditione fuerit Magister Petrus oxoniensis; nemo est q. ignoret: cum post Tostatum illum e Samanticensi scholastico Epm Abilensem oññ indicio apud nos fuerit nostra aetate guenere doctrinae facile principis»¹.

Criterio no exclusivo del bético, empero compartido por los contemporáneos y compañeros de claustro. Cuando las bulas pontificias en que se le encausaba por sospecha de herejía llegan el 30 de marzo de 1479 a conocimientos de la Universidad, el 6 de abril acuerdan los maestros del estudio por unanimidad pedir al arzobispo de Toledo, Carrillo, que el negocio sea visto primero delante del obispo de Salamanca², sin duda con intenciones de decirlo en ambientes más propicios al posible reo. Metido en la causa, sus colegas quieren levantarle el pedestal de su aprecio eligiéndole el 15 de abril, pese a lo difícil de la situación en que se hallaba, para uno de los diez diputados de la Universidad. En el claustro del 24 de abril se le pondera como a «persona que tanto fruto ha fecho» en las aulas y como a «persona que tanta doctrina ha dado en este estudio»³. Tan brillante era su fama que, al proceder contra él con

¹ Aelli Antoniú Nebriss: ex grammatico rhetoris in Complutensi Gymnasio: atq. Proinde Historici Requi Apologia earum rerum quae illi obiiciuntur. Apud inclytam Garnatam menre february DXXXV. Feb. 5-5 vto.

² Según los libros de claustro de esa fecha, transcritos por el padre FÉLIX G. OLMEDO, S. I., a las páginas 86-87 de su libro *Nebrija en Salamanca*. Madrid, Editora Nacional, 1944.

³ FÉLIX G. OLMEDO, S. I.: *Nebrija en Salamanca*, 88.

autoridad apostólica, el mismo arzobispo Carrillo, asegura lo hace obedeciendo el mandato del Papa, pero «no sin amargura de su corazón»⁴. Por todas partes le circunda un aura de aprecio admirativo.

Su carrera intelectual nos es someramente conocida. Perteneció como colegial al de San Bartolomé desde el 1 de mayo de 1444⁵, mereciendo la borla de maestro en teología y una prebenda, la de racionero, en la catedral salmantina. Canónigo más tarde de Córdoba, catedrático de Filosofía Moral en 1457, sustituyó en 1463 al dominico fray Alvaro de Osorio en la cátedra de Prima de Teología. Es en esta cátedra desde donde esparció, durante los cursos de 1476 a 1478, una serie de opiniones que causaron escándalo primero en Zaragoza a finales de 1478 y luego en otras partes, por lo cual el Papa Sixto IV encomendó al arzobispo de Toledo, don Alfonso Carrillo, la misión de averiguar y proceder contra él con autoridad equivalente a la de la propia silla apostólica. Reunidos en Alcalá de Henares un grupo nutrido de teólogos el 22 de marzo de 1479, oyeron la denuncia formulada por otros dos catedráticos de Salamanca, por los maestros Pedro Jiménez de Prescano y Pedro Díaz de Costana. Llamado Osma, que debióse quedar en Madrigal yendo camino de Alcalá a causa de una enfermedad, fue condenado a 23 de mayo, condena aprobada por Sixto IV en bula del 10 de agosto de 1480.

Cuando el pontífice publicó su bula, había ya muerto en el convento franciscano de Alcalá de Henares el maestro Pedro de Osma porque a 14 de mayo del mismo año de 1480 había sido provista en fray Diego de Deza la cátedra de Prima de Teología, en quien tan constante le defendiera en las reuniones de Alcalá.

Juzgar lo que de herético haya en los escritos de Pedro de Osma no es cuestión atañente a un libro como éste. Para el padre Mariana⁶, Fiedrich Stegmüller⁷ y para Menéndez y Pelayo⁸, trátase de un hereje. Para Armando Cotarelo, en cambio, púrgale de cualquier mancha de herejía su retractación⁹, punto de vista en que abunda asimismo el padre Olmedo al subrayar la humildad de su arrepentimiento¹⁰. Sin entrar o no en la calificación de sus teorías, me limitaré a señalar que en el aspecto que me interesa, el de la afirmación del posible yerro por parte de la Iglesia de Roma, no se apartaba de lo que había mantenido el Tostado; bien que en otros puntos, como en la materia del sacramento de la penitencia su opinar rebasase todas las audacias anteriores.

⁴ FÉLIX G. OLMEDO, S. I.: *Nebrija en Salamanca*, 85. MENÉNDEZ Y PELAYO: *Heterodoxos*, II (1947), 375.

⁵ REZÁBAL Y UGARTE: *Biblioteca de los Colegiales*.

⁶ PADRE JUAN DE MARIANA, S. I.: *Historia general de España*, en BAE de Rivadeneira, XXXI, (1950), 204, pág. 25 y b.

⁷ FIEDRICH STEGMÜLLER: *Pedro de Osma. Ein Beitrag zur spanischen Universitäts-Konzils und Ketzergeschichte*, en *Römische Quartalschrift*, XLIII (1935), 205-266.

⁸ MENÉNDEZ Y PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, II, (1947), 367 y 391.

⁹ ARMANDO COTARELO Y VALLEDOR: *Fray Diego de Deza. Ensayo biográfico*. Madrid, José Perales y Martínez, 1902, pág. 56.

¹⁰ FÉLIX G. OLMEDO, S. I.: *Nebrija en Salamanca*, 92.

A mi ver estamos delante de un hombre tocado del afán de novedades que aireaba los claustros salmantinos en aquella época. La docta enseñanza del Tostado, el renegar de la escolástica, el olvido de los magnos teólogos del siglo XIII, el amor por el conocimiento directo de los filósofos antiguos y en primer término de Aristóteles, de Platón y de Séneca, todo contribuía a formar un ambiente donde muy bien las sutilezas del ingenio pudieran resbalar a las grietas de la herejía. Todavía está por poner de relieve, y quizá la carencia de testimonios impedirán retratarlo nunca en sus debidas proporciones, el ímpetu anhelante con que maestros y discípulos abrían sus ojos desorbitados a las novedades de los tiempos. Es una ocasión única, cuando todavía los imperativos inquisitoriales no han endurecido las circunstancias y la vigorosa curiosidad se derrama, quizá a veces por cauces extraviados, pero siempre acuciante y siempre viva. Pedro Martínez de Osma, lumbré del estudio salmantino, fue expresión típica de semejante actitud intelectual.

2. SUS ESCRITOS

Hasta veintisiete escritos de Pedro de Osma encontró F. Stegmüller en el código 35 de la biblioteca catedralicia de Oviedo, a los que hay que agregar otros nueve existentes en diversas partes o de los que queda noticia.

Los escritos de Pedro de Osma que motivaron su condena en Alcalá de Henares por afirmaciones erradas en materia penitencial no contienen nada de aspecto político, según puede verse en el *Quodlibeto* que Menéndez y Pelayo copió en la Biblioteca Vaticana y que editó como apéndice a su *Historia de los heterodoxos españoles*¹¹ y según me comunica acerca de los que se conservaran en Oviedo el doctísimo fray Vicente Beltrán de Heredia, O. P., máximo conocedor del pensamiento teológico de aquella edad entre nosotros.

En la biblioteca de la Universidad de Salamanca se guarda manuscrito su *Breve compendio de los seis libros de la Metafísica de Aristóteles*, manuscrito que poseyera y del que no dio cuenta Pérez Bayer en sus anotaciones a la *Bibliotheca Vetus*, de Nicolás Antonio¹², así como tampoco de una selección sobre el libro III de la *Política* de Aristóteles que el propio Martínez de Osma nos dice haber disertado en la universidad salmantina el año 1459¹³. El solo material aprovechable para nosotros consiste en el voluminoso tomo de los *Comentarios a la Ética de Aristóteles*, editados dieciséis años después de su muerte por su compañero y grande amigo Fernando de Roa. Y las *Conclusiones quatuordecim de principe* manuscritos en la biblioteca catedralicia de Toledo.

Tales comentarios no son obra aislada, sino parte de un programa general de estudios aristotélicos elaborados por Osma tal vez por sugerencia del Tostado, y que

¹¹ VII (1948), 332-338. Del código 4.149 de la Vaticana.

¹² II, 311.

¹³ *In ethicorum Aristotelis libros commentarii*. Salamanca, 1496, folio p4 vto.

llevó a término Fernando de Roa cuando las circunstancias impidieron a Martínez de Osma consumir sus proyectos. Los que eran de grande ambición, pues implicaban nada menos que una nueva recepción directa del Aristóteles griego, desnudo de la enmarañada vestidura de las interpretaciones escolásticas. El desprecio por los teólogos del siglo XIII y la cerrada estima de Aristóteles inspiró a este grupo de profesores salmantinos la descomunal empresa de llevar a cabo una recepción nueva del Estagirita, directa y limpia, para ellos la auténtica y verdadera. Tal fue quizá el máximo pensamiento de Alfonso de Madrigal y tal fue la tarea que hace de Osma y de Roa, de dos castellanos del siglo XV, los supremos aristotelizantes de su hora, a lo menos en el campo de la historia del pensamiento político.

3. PROYECTOS GRANDIOSOS E INTENTOS DE REALIZACION

Las obras políticas de Aristóteles conocidas en el siglo XV eran tres: la *Política*, la *Economía* y la *Ética a Nicómaco*, todas siguiendo la traducción de Leonardo Aretino desde el griego al latín, con desdoro para las versiones anteriores dado el crédito humanista que el de Arezzo merecía. Con las tres se editó en las mantillas de nuestra tipografía un volumen por Lamberto Palmar en Valencia el año 1475¹⁴. Traslación latina que imperó entre los estudiosos y que a su vez requería nuevo traslado al castellano para su general difusión, a cuyo fin son varias las plumas que acorren con mayor o menor fortuna.

Una fue de don Alfonso de Cartagena, obispo de Burgos, hijo del converso Pablo de Santa María, retratado por Hernando del Pulgar en uno de los más logrados retratos de su galería de los *Claros varones*, grande humanista, traductor y comentarista de Séneca. Debe de ser la que sin expresión de traductor fue impresa en Sevilla por el impresor Ungut en 1493¹⁵.

Otra la que llevó a término fray Diego de Belmonte, aludida por don Carlos de Viana al dedicar su propia traducción a su tío Alfonso V el Magnánimo y que, como sospecha Diego Clemencín, tal vez fuera idéntica a la que en el año 1473 realizó el estudiante Esteban Masparranta¹⁶.

Otra es la que se imprimió en Zaragoza, por Juan Hurus, sin indicación de la data, pero aproximadamente hacia 1490, y que Conrado Haebler juzga pudiera ser la que llevó a cabo el bachiller Alfonso de la Torre hacia mediados del siglo¹⁷. Suposición aclarada por el ejemplar que consta al I-1348 de los incunables de la Biblioteca

¹⁴ CONRADO HAEBLER: *Bibliografía ibérica del siglo XV. Enumeración de todos los libros impresos en España y Portugal hasta el año de 1500*. La Haya-Leipzig. Martinus Nijhoff-Karl W. Hiersemann I (1903), 15; II (1911), 10.

¹⁵ Al menos es la opinión de D. HIDALGO en el *Boletín Bibliográfico*, II (1861), 80, seguida por el padre Francisco Méndez OSA en su *Tipografía española*. Madrid, Imprenta de las Escuelas Pías, pág. 94.

¹⁶ DIEGO CLEMENCÍN: *Ilustración XVII. Biblioteca de la reina doña Isabel*, en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, VI (1821), 475.

¹⁷ CONRADO HAEBLER: *Bibliografía ibérica*, I. 14.

Nacional de Madrid, cuyo colofón concluye: «Acaba aquí el compendio breve de los X libros de la ethica de Aristóteles sacado por el egregio bacheller de la Torre en nuestro comun fablar, en el qual son contenidas las conclusiones del philosopho para bien e virtuosamente vivir»¹⁸.

Finalmente, la más conocida, es la de don Carlos, príncipe de Viana, impresa en 1509 por Jorge Coci en Zaragoza y sobre cuya importancia ya me ocupé en otra parte¹⁹, señalando que fue la del príncipe la primera completa, ya que las otras adolecen de supresiones, cuando no caen en meros extractos.

Mas ninguna traducción era buena para tan buen conocedor del latín como se juzgaba Pedro de Osma²⁰, quien por ende construye sus comentarios como glosas marginales a la traducción de Leonardo Bruno de Arezzo, según confiesa de un modo expreso desde el comienzo de la obra²¹.

Es que profesaba por la labor del Toscano devota admiración rendida, que a veces se trasluce en enardecidas frases de elogio como cuando asevera que «non paucas igitur nec parvas gratias habemus atque debemus aretino qui in hoc sicut in aliis quam pluribus propie ac lucide traducendo hanc et hunis modi ambiquetates substulit ac penitus delevit»²²; como para los demás humanistas peninsulares, como para el príncipe de Viana mismo²³, Leonardo es un genio del idioma que ha servido a la ciencia cristiana el auténtico Aristóteles que ella precisaba para la recepción apetecida.

Aunque el espíritu crítico del profesor salmantino no posea fe ciega, antes la contrasta para valorarla quizá en todo cuanto significa, hay alguna ocasión en la que manifiesta cotejó la versión de Leonardo con otras, ya que dice que el de Arezzo tradujo «magistratus» donde otros tradujeron «principis»²⁴.

Con los materiales de su saber y sobre los cimientos cavados por el italiano, Pedro de Osma sueña con componer la gran obra que el Renacimiento necesitaba: la recepción cabal y directa del pensamiento aristotélico. Siente por el filósofo la admiración que sintieran los mayores talentos de la España de entonces, la del Tostado y la del príncipe de Viana, la de Fernando de Roa, la que pone en sus labios el juicio de que «Aristoteles inter homines ultiman habuit perfectionem in naturis rerum dinoscendis»²⁵, haciéndose eco de la opinión difundida en el Renacimiento sobre las dotes elocuenciales del filósofo heleno²⁶.

Monumento que consistirá en la actualización de las doctrinas aristotélicas en la ética y en la política. Que Pedro Martínez de Osma y Fernando de Roa estimaban que

¹⁸ 119 folios, s. l. n. d., letra gótica.

¹⁹ FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA: *Las doctrinas políticas del príncipe de Viana*. Madrid, Reus, 1944.

²⁰ Aunque no le tenía por tal Nebrija, pese a admirarle tanto. Vide *Apología*, folio 5 vto.

²¹ *In ethicorum*, aa2.

²² *In ethicorum*, fl.

²³ Le cita literalmente en sus cartas al poeta Juan Ruiz de Corella como «Reonardo». Vide *Obras de J. Roig de Corella*. Barcelona, 1913, pág. 149.

²⁴ *In ethicorum*, n6.

²⁵ *In ethicorum*, bb6 vto.

²⁶ *In ethicorum*, aa4 vto.

el ideario aristotélico constituía un bloque único e indiscernible se declara expresamente a la conclusión de los *Comentarios*²⁷. Tendíase a procurar a las generaciones nuevas un Aristóteles sin herrumbre de glosas escolásticas, un Aristóteles, pudiera decirse, que lo más depuradamente aristotélico posible, un Aristóteles vivo en medio del siglo XV.

Verdad que no era exclusivo de los profesores salmantinos ese sueño. Seis lustros atrás lo había acariciado el príncipe de Viana, convocando a los estudiosos de todas las Españas para esa empresa que no le permitían llevar a término ni las agitaciones políticas ni la endebles de sus fuerzas. Quisiera el príncipe haber traído las enseñanzas de Aristóteles a las realidades que le circundaban; como le consta su incapacidad, procura que otros lleven a cabo el grandioso proyecto. En su *Lamentación a los valientes letrados de España*²⁸, canta sus esperanzas. «Mas considerando el cansancio de nuestro espíritu e persona en la traducción de las *Ethicas*, deliberamos quedar de tomar un tan excesivo e nuevo trabajo. Porende e porque muestra imaginación que buena nos pareció nonse del todo perdiessse deliberamos fazer la presente Epistola con la qual a todos los valientes letrados de nuestra Spanya exortamos e requerimos. Que a la obra del presente tractado con sus claras intelligencias e sabidurias, den obra en la execución daquél»²⁹.

A orillas del Tormes hubo oídos para esas voces del infortunado y gloriosísimo príncipe. El cuerpo aristotélico de doctrinas éticas y políticas es el que redactan Pedro Martínez de Osma y Fernando de Roa, verdaderos testamentos espirituales de don Carlos y por ello nuestros aristotélicos más insignes en lo que al pensamiento político concierne.

4. ANALISIS DE LOS COMENTARIOS

Tal como ha venido a nuestros días, el cuerpo de los *Comentarios* a la Etica a Nicómaco fue impreso dieciséis años después de fallecer su autor, siendo cuidada la edición por Fernando de Roa. Aunque en ninguna parte se dice, el examen detenido del texto muestra a las claras que Martínez de Osma no debió de dejar listos para las prensas en el instante de su muerte más que los comentarios pertinentes a los seis primeros libros, siendo sin duda elaborados los de los cuatro últimos por mano de Fernando de Roa, sin duda aprovechando notas o enseñanzas del autor. Es tal la desproporción en cuanto a la magnitud de las glosas y tan nuevo el estilo de las notas marginales que existe evidente hiato entre los libros VI y VII. Las glosas de los seis primeros están construidas férreamente; las de los últimos no completan el comentario de todo el texto íntegro, dejan frecuentes lagunas y solamente en contados trechos ofrecen la trabazón que en los otros campeó. Ha de creerse que Fernando de Roa

²⁷ «Cum h. "(Aristóteles)" aperte ethicam cum politica continuerit». In *ethicorum*, y 6.

²⁸ Impresa en la *Colección de documentos inéditos del Archivo general de la Corona de Aragón* XXVI, 1-22.

²⁹ *Lamentación a los valientes letrados de España*, 21-22.

respetó escrupulosamente las opiniones de Martínez de Osma, limitándose a coleccionar las notas que este legó y a colocarlas en el lugar correspondiente a lo largo de los libros VII y X. A mi ver, esta diferencia evidente denota la honradez con que Fernando de Roa tuvo entre manos el texto que nos ofrece y dice por sí sola que el comentario íntegro es fruto de la pluma del maestro de Osma.

5. FUENTES Y CRITERIOS

Las fuentes principales usadas para la redacción de los *Comentarios* son los escritos de Aristóteles, cosa lógica ya que asistimos a un esfuerzo en pro de la aristotelización más pura posible del pensamiento ético y político. Cítase a la *Metafísica* en sus libros I³⁰, VI³¹, IX³² y X³³; a los libros I³⁴, II³⁵ y IV³⁶ de las *Físicas*; a los libros I³⁷, II³⁸, III³⁹, IV⁴⁰, V⁴¹, VII⁴² y VIII⁴³ de la *Política*.

Por lo que toca a Platón, parece leyó el *Gorgias*, pues refiere una frase de Sócrates en él escrita⁴⁴, estimando que Cicerón escribió su *De officiis* a lo platónico⁴⁵, con opinión propia, pues que ese escrito ciceroniano consta en diversos lugares⁴⁶, así como las *Tusculanas*⁴⁷.

Parece fue asimismo buen conocedor del estoicismo, motivo a que hay que achacar referencias numerosas a Séneca y diputarle por estoico máximo entre todos⁴⁸, así como la fama extendida que dice ostentar Boecio⁴⁹ y las referencias que también le hace⁵⁰.

La patrística le merece aprecio, no ya solo en la persona de Boecio, cuyas inclinaciones acabo de anotar, sino sobre todo en San Agustín, al que diputa «doctor egregius»⁵¹.

³⁰ *In ethicorum*, b5 vto., c4 vto.

³¹ *In ethicorum*, a5 vto.

³² *In ethicorum*, p2 vto.

³³ *In ethicorum*, a7, b5 vto., d7, l8 vto.

³⁴ *In ethicorum*, q2.

³⁵ *In ethicorum*, p4 vto., q3 vto., q6 vto.

³⁶ *In ethicorum*, c3 vto.

³⁷ *In ethicorum*, q8 vto., t3 vto., m4.

³⁸ *In ethicorum*, y6, t2 vto.

³⁹ *In ethicorum*, m1, m3 vto., m4, q8 vto.

⁴⁰ *In ethicorum*, m5, m5 vto.

⁴¹ *In ethicorum*, m5.

⁴² *In ethicorum*, c3, r5 vto., m4, t3 vto., y4, a4.

⁴³ *In ethicorum*, o2, t8 vto., y3.

⁴⁴ *In ethicorum*, d8.

⁴⁵ «Juxta Platonem». *In ethicorum*, aa2.

⁴⁶ Entre otros, d8 vto., t8 vto., y2 vto. Al libro I.

⁴⁷ *In ethicorum*, d8. Al libro I.

⁴⁸ «... stoici (quorum Seneca maxime inter latinos)...» *In ethicorum*, aa6 vto.

⁴⁹ *In ethicorum*, aa3 vto.

⁵⁰ *In ethicorum*, aa6 vto. bb2, bb5 etc.

⁵¹ *In ethicorum*, x4.

La escolástica, por el contrario, es por completo menospreciada, cosa lógica en quien busca precisamente por meta de sus trabajos sustituir la interpretación que la Escuela hiciera de Aristóteles por otra nueva con pretensiones de mejora. Apenas si cabe encontrar tres citas a Santo Tomás por toda huella escolástica en los *Comentarios*, y éstas casi incidentales, sobre la caridad⁵², sobre los límites de la metafísica⁵³ y sobre la excelencia de la vida contemplativa⁵⁴.

Mejor parados salen los derechos. Hay citas de primera mano al *Liber Feudorum*⁵⁵, es frecuente verle copiar a la letra definiciones justinianas⁵⁶, y hasta se gloria de que doctrinas enteras estén desarrolladas siguiendo a los juristas y glosadores, cual la de la distinción entre la «ignorantia iuris» y la «ignorantia facti», que dice desenvolver cual se expone «apud iurisperitos»⁵⁷.

Aunque jamás sus patentes aficiones hacia el *Digesto* o hacia la Glosa las coloquen a la altura del Estagirita, cuyas doctrinas son para Martínez de Osma encarnación del ideario político perfecto. Tan perfecta encarnación del ideal político que los «romanorum iura non posse in toto concordare cum philosophorum de moribus documentis que in rectissima republica tantummodo locum habent»⁵⁸, debido a que los preceptos éticos de Aristóteles rigen sólo en una república óptima, mientras que las instituciones romanas se hallan expuestas a defenderse en oligarquías o tiranías⁵⁹.

Dudoso es si manejó la lengua griega, cosa que hubiese colmado sus aficiones aristotelizantes sin necesidad de acudir a los buenos oficios de Leonardo Bruno. En algún pasaje cita vocablos helénicos⁶⁰, pero de manera asaz aventurada, de tal suerte que puede afirmarse apenas si supo el significado discreto de las palabras que expresan figuras retóricas o gramaticales, a las que sí hace erudita y hasta pedantesca alusión en el principio de los *Comentarios*⁶¹.

Con todo ese almacén de cultura, venteando con olfato de ambiciosos proyectos un mundo cuyas fronteras apenas si se entreabrían para los curiosos peregrinos del saber que moraban a las orillas del Tormes, con los preconceptos de la preferencia hacia Aristóteles claro y puro; jerarquizando en el orden de Aristóteles a otros pensadores antiguos, juristas y escolásticos, el resultado fue un libro pesado por el estilo y el intento, pero sobremanera jugoso y a los trechos original. Páginas enteras honrarían las explicaciones de cualquier cátedra de filosofía moral o jurídica en la mitad del siglo XX. Porque Pedro Martínez de Osma no es hombre como para perder el hilo del propio discurso en las moradas de la erudición, antes sagaz expositor crítico, aferrado

⁵² *In ethicorum*, y2.

⁵³ *In ethicorum*, y3.

⁵⁴ *In ethicorum*, y3.

⁵⁵ *In ethicorum*, m1.

⁵⁶ Como la de obligación en m4.

⁵⁷ *In ethicorum*, h2 vto.

⁵⁸ *In ethicorum*, m4 vto.

⁵⁹ «Quia aristotelis de moribus praecepta locum habere videntur in sola optima republica, romanorum vero iura non in paucis declinare videmus in oligarchiam aut tyrannidem.» *In ethicorum*, k3.

⁶⁰ Como en p6.

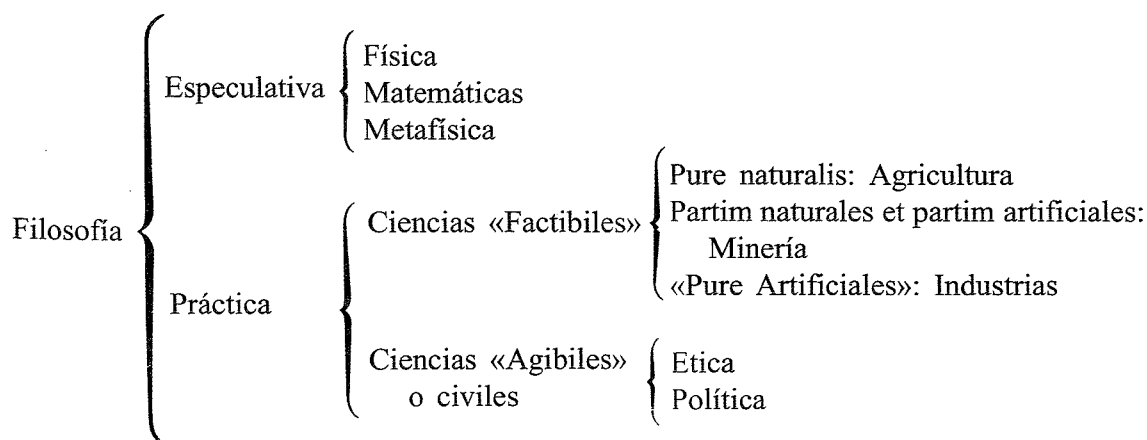
⁶¹ *In ethicorum*, aa2, aa2 vto., aa3.

consecuente y tenazmente al empeño aristotelizante, siempre seguro de sus juicios, siempre caminando con paso de maestro. Pudiera resbalar en otros sentidos, como lo demostró el juicio condenatorio de Alcalá de Henares; pero en las glosas que dan lugar a los *Comentarios* todo proclama su firme maestría: el planteamiento de las cuestiones, la erudición medida, el correr del discurso, la rectitud en el decir. Las fuentes delantan la índole de su empresa y descubren los horizontes de su imaginación; pero por encima de las fuentes todas ha de proclamarse ese su don de maestro a machamartillo, el don inimitable de la magistralía que tanto admiraron en él amigos o enemigos sólo con haber escuchado sus lecciones en la cátedra de Prima de Teología.

6. LOS SABERES HUMANOS

Fiel siempre a Aristóteles, Martínez de Osma divide la filosofía en dos partes: especulativa y práctica, compuesta aquella por la física, la matemática y la metafísica, y está por las ciencias «factibiles» o cuestiones y las «agibiles» o civiles. Las «factibiles» se diversifican en puramente naturales, como los conocimientos tocantes a la pesca, a la caza, a la agricultura y al pastoreo; puramente artificiales, como las industrias y oficios; y mixtas, «partim naturales et partim artificialis», de que es ejemplo la minería⁶². Las civiles o «agibiles» se parten en morales y legales, según que estudien las costumbres o las leyes de los hombres, dando a la palabra costumbre en este caso el valor que en latín soporta el «mos» y no el que supone el vocablo «consuetudines»⁶³. No se le escapa que Aristóteles trata de cuestiones políticas en sus libros éticos y viceversa, pero ello no obsta a que Osma postule un estudio separado de cada una de esas ramas⁶⁴. La ciencia civil es el género, cuyas especies son la ética y la política⁶⁵.

En cuadro, el conjunto de los saberes tan como es concebido por Martínez de Osma, pudiera expresarse así:



⁶² *In ethicorum*, bb7 vto.

⁶³ «Civilis vero due sunt partes scilicet moralis in qua de moribus consideratur et legalis ubi de civitatum legibus tractatur.» *In ethicorum*, bb8.

⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁵ *In ethicorum*, bb7.

Las caracterización particular de las ciencias civiles les viene de su índole práctica, de que su fin no es el saber sino el de obrar⁶⁶, razón por la cual se hallan regidas por criterios de prudencia⁶⁷. Muy a lo aristotélico, es la consideración teleológica lo que perfila su calificación científica.

Dentro del grupo de los saberes prácticos, la ética se separa de la política y de la teología por el objeto de sus estudios, lo ético se refiere a sí mismo, lo político o propiamente civil al prójimo y lo teológico a Dios⁶⁸. Viniendo aquí a concretarse una hilación entre política y derecho, que se contrapone como un algo único al conjunto de los saberes morales. Criterio que en otro trecho se afirma de modo expreso al afirmar que las ciencias del derecho y la política tienen el mismo fin: asegurar y fijar la justicia legal, ya que esta es la virtud suprema que a todas abraza⁶⁹.

No escapa a Osma el aspecto humanístico del saber, punto en el que tanto habrá de insistir pocos años más tarde su antiguo discípulo Antonio de Nebrija. La gramática y la retórica, el arte de la expresión y el manejo preciso de las palabras, es algo que considera importantísimo⁷⁰. Que lograra o no triunfar en esta rama y que en sus obras pudiera anotar Nebrija fácilmente hasta seiscientos yerros, no empeece al hecho de que Osma se inquietó con preocupaciones humanísticas y a que postuló caminos nuevos, aunque él no los hallara y dejara a un gran discípulo el desarrollo de esa idea.

7. ETICA

Humanista ya en los adjetivos y en las imágenes, adhiérase a la exposición aristotélica de la noción de la virtud casi a la letra. Para él la virtud es un ejercicio y una ascesis, algo tan humano que está sujeto a caída. No hay en la teoría osmaniana de la virtud ninguna huella de aquel «sofós» estoico, incapaz de yerros, perfecto siempre, tipo ideal que no es posible topar en la filosofía y que solamente se da en las zonas superiores de la santidad; a fuer de peripatético, el maestro castellano supone que el varón prudente puede despeñarse en la vida o ser mordido por el dolor⁷¹, dentro de una inteligencia humanísima de las realidades de las cosas.

Igualmente sigue a Aristóteles frente a los estoicos al afirmar que no basta la virtud para ser feliz, porque la virtud es «imperfectio quam felicitas»⁷², siendo la felicidad la culminación de todo quehacer humano y la virtud un sendero en la ladera.

⁶⁶ «Itam civilis scientia pratica est et in intellectu pratico consistere dicitur cum eius finis non sit scire: sed operari.» *In ethicorum*, p4 vto.

⁶⁷ «Hec vero civilis doctrina sub prudentia contineri necesse.» *In ethicorum*, p4 vto.

⁶⁸ Con cita al libro VII de la *Política* de Aristóteles, en folio a4.

⁶⁹ *In ethicorum*, m3 vto.

⁷⁰ *In ethicorum*, bb8.

⁷¹ «Stoici non concedunt in viro prudente posse cadere iram nec dolorem, peripatetici vero dicunt id esse possibile.» *In ethicorum*, d3 vto. Otro ejemplo de preferencia de Aristóteles sobre la Stoa en folio g8.

⁷² *In ethicorum*, b2 vto; -b3.

En la teoría más propiamente ética, la doctrina de la justicia, sigue también fielmente al Estagirita, aunque recuerde los juicios de otros autores. El comentario al libro V de la *Ética a Nicómano* es uno de los trozos más estrictamente aristotélicos, y solo aristotélicos, de nuestra literatura juspolítica. No es el caso repetir aquí las distintas matizaciones, por lo que me limitaré a referir sus definiciones de las justicias legal y particular, así como de las dos ramas de esta última: la conmutativa y la distributiva. «*Legalis quidem iustitia in eis operationibus versatur que ad reipublice utilitatem referentur, particularis vero iustitia in eis consistit operationibus que sunt ad personas privatas. Commutativa quidem in comertiis: distributiva vero in bonorum communium distributione versatur*»⁷³. Como se ve, una copia de las respectivas tesis de Aristóteles.

Aristotelismo que no le impide considerar la clásica definición de Ulpiano en el *Digesto* como constante y perpetua voluntad de dar a cada uno lo suyo, aunque argumente para preferir la exposición de Aristóteles⁷⁴. Preferencia que subsiste al ocuparse de Cicerón, a quien acusa de no tener en cuenta más que a la justicia legal⁷⁵. Apenas si recoge algún juicio no aristotélico y eso donde Aristóteles no definió, como en la noción de jurisprudencia, que para él es la conocidísima de los libros justinianeos⁷⁶.

Con amores clasicistas, de un clasicismo en gran parte para él inasequible, asciende a poetizar la teoría de la justicia en una imagen según la cual ella es Venus y las demás virtudes las estrellas, abarcando a todas con su brillo, lo mismo que el planeta Venus brilla más radiante que todos los demás cuerpos celestes⁷⁷. En cuya comparación el clasicismo apeticido queda en bello decir astronómico, a la postre también por entero medieval.

Ni estoico, ni medieval, ni escolástico, ni jurista; en la ética, el maestro Osma es radical y exclusivamente aristotélico.

8. POLITICA

También lo es en política, comenzando porque centra lo político en la virtud de la prudencia y porque su punto de partida es copiar a la letra la doctrina del primer libro de la *Politeia* sobre la condición del hombre cual animal sociable, o, como él traduce el *zoon politicon*, como «animal civile»⁷⁸. De la sociabilidad dimana la importancia de la «civile prudentia», conformándose con la tesis peripatética de que no cabe virtud ninguna faltando la virtud de la prudencia⁷⁹.

⁷³ *In ethicorum*, 15. También en folio m6.

⁷⁴ *In ethicorum*, 15-5 vto.

⁷⁵ *In ethicorum*, 15 vto.

⁷⁶ *In ethicorum*, 17 vto.

⁷⁷ *In ethicorum*, 18 vto.-m1.

⁷⁸ *In ethicorum*, q8 vto.

⁷⁹ *In ethicorum*, r8 vto.

No sale en ningún punto de Aristóteles al levantar la que pudiéramos llamar su teoría de la comunidad política, edificada sobre el cimiento de cuño aristotélico y no platónico de la sociabilidad natural. Mientras los académicos arrancaban de un pesimismo antropológico por el cual la vida social hubo de ser enseñada por seres superiores y semidivinos, los del Peripato sustentaban provenir de las fuerzas intrínsecas a la naturaleza humana. Es así la sociabilidad algo lógico y no forzado, algo a lo que tiende naturalmente el ser humano. Es lo que recoge Martínez de Osma en sus *Comentarios* cuando sostiene que nadie puede vivir sin amigos⁸⁰, ni ser feliz en soledad⁸¹, siendo así que la felicidad es el mayor bien posible, más alto inclusive que la virtud.

Lo mismo que la justicia se dividía según mirase a comunidad o al individuo, la prudencia se discierne según considere al común o a la particular, existiendo dos especies de prudencia: la privada o familiar y la pública, sobre todo manifestada en la toma de consejos y peso de ellos antes de obrar⁸².

La prudencia desarrollada por los gobernantes en función de la amistad que liga socialmente a los ciudadanos da origen a las diversas clases de comunidades, que Martínez de Osma plantea como diversas maneras de «secundum diversitatem societatem societatum sine comunitatum auicities esse diferentes»⁸³.

Dándose tres tipos: la familiar, la que congrega a los hombres para su comodidad o deleite y la civil, que comprende a todas las anteriores⁸⁴. Que Pedro de Osma busque la calificación a tenor del fin repite en su preocupación teleológica una vez más su tenaz aristotelismo.

La catalogación de las formas de gobierno se hace sobre idéntico molde, atemperándose al criterio eticista y estimado pueden ser virtuosos tanto el gobierno de uno, como de unos pocos o de los más⁸⁵.

Hay un paraje importantísimo en donde Pedro de Osma da por supuesto que el gobernante ha de ser nombrado por elección. Tal vez debido a su entrañado aristotelismo y a que en la mentalidad antigua helena no había plaza para el señor hereditario, o fuese por reflejo del consecuente democraticismo que sostuviera Alfonso de Madrigal sobre todo en su selección *De optima politeia*⁸⁶, quizá por ambas cosas a la vez, si es que no porque al filosofar prescindía de cuanto le rodeaba para enfrascarse en los decires peripatéticos, el caso es que uno de los problemas que se plantean es el de las condiciones que haya de ostentar el rey para ser elegido, dando por supuesto que la elección será el procedimiento más adecuado para nombrarlo⁸⁷. Por

⁸⁰ *In ethicorum*, s6 vto.

⁸¹ *In ethicorum*, u5.

⁸² *In ethicorum*, q7 vto.

⁸³ *In ethicorum*, t2 vto.

⁸⁴ *Ibidem*.

⁸⁵ *In ethicorum*, m3 vto.

⁸⁶ ALFONSO DE MADRIGAL, EL TOSTADO: *Opera*. Venecia, Gregorio de Gregoriis, 1507, XXII, in fine, 5. Sobre este tema, JOAQUÍN CARRERAS ARTAU: *Las «repeticiones» salmantinas de Alfonso de Madrigal*, en la *Revista de filosofía*. Madrid, II (1943), 224-233.

⁸⁷ *In ethicorum*, t3.

donde, sin profesar el abierto criterio electivo que propugnara un Francesc Eiximenis, lo da por sentado a tenor de sus lecturas peripatéticas y a tono con la tendencia encabezada por el famosísimo Tostado.

En la teoría del príncipe da entrada a la distinción de las dos personas, pública y privada, que la Glosa había elaborado sobre textos justinianos y que venía siendo lugar común en el grupo de los juristas⁸⁸. De donde toma igualmente, pero aquí ya en coincidencia con parejas opiniones de Aristóteles, la noción de que la ciencia civil o política estudia el bien común, por lo cual le concierne analizar la justicia legal, que, como ya anoté, es para él la suprema entre todas las virtudes.

El bien común es el contenido de la ley. Siendo de ver aquí cómo presciende de la definición tomista de ley, con venirle como anillo al dedo, para sustituirla por la noción aristotélica de la felicidad. Arrastrado por su desdén hacia la escolástica y por su prurito clasicista no ve en la ley una ordenación al bien común, cual certeramente precisó Santo Tomás de Aquino, sino algo que tiende a promover la felicidad de los ciudadanos. «Itaque leges cum diversorum hominum vitam et officia disponunt: unam communem felicitatem componere intendunt»⁸⁹, exclama, sustituyendo la idea del bien común por la de felicidad, y a Santo Tomás por puro Aristóteles⁹⁰. En tal extremo que confiesa a la letra cómo, al hablar de «bonum civitatis» como contenido de la ciencia política o civil, lo hace porque Aristóteles habló palabras equivalentes y sólo donde el griego las usó⁹¹.

Esa felicidad o ese bien común tan a lo antiguo visto es el bien de la comunidad, no el del gobernante⁹². Sin salirse ni un paso de su lejano maestro, llegará como él a diferenciar al bueno o mal gobernante según que atienda o no a procurar la felicidad de quienes les están sometidos, esto es, como con marchamo soberbiamente helénico explica Osma, según que procedan o no con amistad⁹³. Cuando el gobernante obra con amistad de padre es recto, cuando actúa con señorío inamistoso es tirano⁹⁴. Cuando trata a los súbditos como amigos es justo, cuando los considera a manera de propiedades, cual si fuesen siervos, es tirano⁹⁵.

Por sí mismo, como hombre, el señor cede delante del padre; sólo cuando obre en papel de persona pública, o sea en nombre de la comunidad, el ciudadano ha de anteponer a los lazos de sangre el deber de obediencia: traslado fiel de la tesis aristotélica de la primacía de la comunidad total que se compadece con la defensa del individuo manifestada en la aseveración de que, salvo en ese caso concreto, es tiranía pretender anteponer el gobernante al padre⁹⁶.

⁸⁸ *In ethicorum*, m1.

⁸⁹ *In ethicorum*, l8.

⁹⁰ Lo corrobora la referencia a Boecio que luego hace en la misma página.

⁹¹ *In ethicorum*, a4.

⁹² «... id de quo civilis considerat nos esse bonum unius tantum sed civitatis aut gentis». *In ethicorum*, a3.

⁹³ *In ethicorum*, t4.

⁹⁴ *In ethicorum*, m6 vto.

⁹⁵ *In ethicorum*, t4.

⁹⁶ *In ethicorum*, t8 vto.

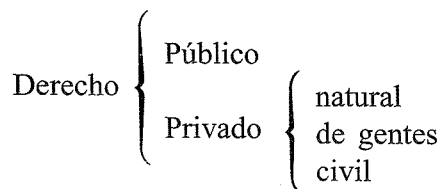
Por lo dicho es dable inferir que la política de Pedro de Osma se aferra hasta en los menores detalles a las formulaciones de su admirado y único filósofo, en todas sus partes, desde la fundamentación de la vida social hasta la calificación del tirano.

9. FILOSOFIA DEL DERECHO

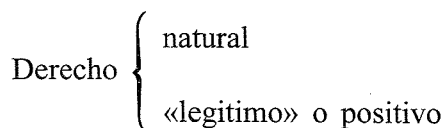
En lo que roza al derecho, Pedro Martínez de Osma es un filósofo que nunca descende al plano de las leyes positivas y que repite los viejos y sabidos conceptos clásicos. El derecho que esencialmente tiene en cuenta es el derecho natural y éste se integra en una disciplina cuyo aprendizaje requiere estudio y que nunca es conocida sin previo esfuerzo⁹⁷.

En el análisis del derecho no le basta Aristóteles, su siempre seguida guía, y acude con mayor frecuencia a los juristas de Roma; pero no por eso, apenas le es posible, deja de repetir lo que Aristóteles dijera. Así, por ejemplo, al exponer la doctrina del derecho natural observa ser diferente las definiciones que del derecho natural dan Aristóteles y Ulpiano⁹⁸, ateniéndose por supuesto a la de su bienamado griego⁹⁹.

Su filosofía jurídica no presenta novedad. Es la reiteración de la serie de clasificaciones antiguas, que Martínez de Osma concreta en dos planteamientos. El del



que atribuye a Ulpiano, y la dicotomía



ambas reflejo de préteritas fuentes¹⁰⁰

Si añadimos que el derecho natural difiere del llamado por él «legítimo» en que aquel es invariable y este no¹⁰¹, y que cita a «Acursius et alii iuristarum in locis non paucis»¹⁰², tendremos un cuadro bastante fiel de su filosofía jurídica y la prueba

⁹⁷ *In ethicorum*, o2.

⁹⁸ *In ethicorum*, n7.

⁹⁹ *In ethicorum*, n7 vto.

¹⁰⁰ *In ethicorum*, n7.

¹⁰¹ *In ethicorum*, bb7, q5 vto.

¹⁰² *In ethicorum*, q5 vto.

confesional de que completó con ella a su Aristóteles con las leyes justinianas y los comentarios de la Glosa. En contraste con su menosprecio de la escolástica utiliza el fondo cultural de la edad media en la medida en que este no empañaba la tersura doctrinal del Perípato.

10. JUICIO CRÍTICO

Un reflejo de tales preocupaciones jurídicas aflora en una de las contadísimas ocasiones en que se asoma a la realidad circundante; lo mismo que los demás juristas hispanos, no desaprovecha la oportunidad para declarar la independencia de los reyes hispanos respecto del imperio, junto con la de todos los españoles en relación al emperador¹⁰³.

Quizá porque vivió durante los calamitosos años de Enrique IV y porque le supieron a frutos asaz amargos los seis que alcanzó bajo el cetro de los Reyes Católicos, no trasluce nunca aquel orgullo que animó a la generación que poco más tarde se gloriaría de las dos magnas jornadas del 3 de enero y del 12 de octubre de 1492. Si exceptuamos los sitios en que apoda al castellano por «hispanica lingua»¹⁰⁴, no topamos con ninguna alusión a la gran Hispania que nacía; y aún esas no pasan quizá de puro acento literario y clasicista, un alarde erudito más muy propio en labios de un catedrático de la Universidad de Salamanca.

En cambio, sí he encontrado una clara censura contra los reyes de Castilla. Retratando la figura del rey perfecto dice que el príncipe ha de considerar a los súbditos a fuer de amigos y no en calidad de cosas, y añade a la letra: «Notabis quod ex his argumentum officium regis potius in iusticia q fortitudine consistere cuius contrarium reges nostri temporis opinantur»¹⁰⁵. ¿Se referiría al débil Enrique IV? Parece que no, pues que el Impotente no se distinguió precisamente por la dureza en el regir. ¿Alude a los Reyes Católicos? No cabe afirmarlo por entero, pero éstos sí que emplearon la fortaleza en el regir. Sea lo que fuere, dice harto el hecho de que Fernando de Roa dejara en pie esas frases al imprimir la obra el año 1496.

Pedro de Osma es una figura gigantesca de la cual solamente se consideró durante muchos años la cara negativa de su supuesta herejía. Hace no más de cuatro lustros su recuerdo era el de un díscolo profesor salmantino, casi un Miguel de Unamuno del siglo XV, sujeto a censuras eclesiásticas, audaz hasta precursor del protestantismo, el primero de los protestantes españoles, hombre de mucha doctrina que nadie se tomó la molestia de estudiar. Su erudición copiosísima y la brillantez de sus talentos acrecentaban el reparo de quienes no hincaban el hueso a su doctrina. Los estudios más recientes de Friedrich Stegmüller, de los hermanos Carreras Artau y del padre González

¹⁰³ «Presertim in nostra Hispania ubi nec reges imperatoribus nec nos suis legibus subiecti sumus.» *In ethicorum*, h3 vto.

¹⁰⁴ *In ethicorum*, bb2, bb4 vto., bb5.

¹⁰⁵ *In ethicorum*, t3.

Olmedo aquilataron su bibliografía, bosquejaron su ideario y realzaron la consideración en que era tenido por sus colegas salmantinos; mas nadie había afrontado la empresa, por primera vez acometida aquí, de estudiar críticamente su pensamiento en la parte en que éste es más vigoroso, en los estudios éticos y políticos.

A la luz de este análisis el juicio se modifica. Ya no es el díscolo plagado de originalidades, ni la mente ligera que vuela al compás de las noticias recién llegadas. No es ya tampoco siquiera el «renovador del peripatetismo en la Universidad de Salamanca» dotado de «un conocimiento cabal de los textos de Aristóteles y de un raro poder de penetración filosófica»¹⁰⁶; si tal pudo decirse por quienes habían leído sus *Comentarios* a la *Ética* a Nicómano, mucho más cabrá elevar el juicio por quien en la lectura del imponente mamotreto haya calado una claridad mental, un tino en la crítica y una compenetración hondísima con el autor que comenta, todas cosas rarísimas en la literatura filosófica.

Si no es dable equipararle al Tostado, porque éste fue un genio y los genios no se miden por el rasero de los demás hombres, sí hay que concederle sin disputa el segundo puesto entre los catedráticos salmantinos de su siglo. Y aun cabría decir ventaja en algunas cosas al Tostado, porque su conocimiento de Aristóteles es más profundo al no desparramarse por los anchos campos que el abulense transitó. Demos de lado al recuerdo ingrato de sus peligrosas demasías mentales y memoremos en Pedro Martínez de Osma al magno profesor universitario, honra de los estudios salmantinos, el mayor aristotélico de su tiempo y el que soñó la magna empresa de recibir nuevamente al Estagirita yendo a buscarle de la mano directamente, sin ayudas embarazosas de comentarios escolásticos. Sus *Comentarios* quedarán siempre en pie como muestra de una de las más lozanas tentativas doctrinales en la historia del pensamiento político español; y desde luego como la más puramente aristotélica de todas ellas.

¹⁰⁶ TOMÁS CARRERAS ARTAU y JOAQUÍN CARRERAS ARTAU: *Filosofía cristiana de los siglos XIII al XV*. Madrid, Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, II (1943), 589.

CAPITULO X

Fernando de Roa, síntesis y cumbre

1. FERNANDO DE ROA Y SU FAMA

Sin disputa posible, Fernando de Roa, hoy lamentable y triste despojo del anonimato en que la incuria ha venido envolviendo a nuestros hombres más ilustres, es la figura insuperable del pensamiento político español del siglo XV y una de las máximas en la historia del pensamiento político universal. Discípulo de Santo Tomás, como Francisco de Vitoria y antes de Francisco de Vitoria, hizo resonar en las aulas salmantinas la doctrina de la positividad del derecho de gentes, en términos que no presentan la desenvoltura genial con que los esboza el dominico de San Esteban, pero que sin duda hubieron de darse con amplitud generosa en su disputación *De iusto naturale*, hoy lamentabilísimamente desaparecida. Conocidas las teorías consignadas en esta conferencia de Roa, únicamente a través de las referencias hechas en su otra disputación *De servo et domino*, aun así, reducidas a reflejo macilento, son las ideas más agudas y brillantes de aquel siglo.

Fernando de Roa incorpora en el brillo pausado de su genio, un tanto metódico y cansino, las dos tendencias apasionantes de la Salamanca de la segunda mitad del siglo XV: el aristotelismo desnudo y desbordante al par que ciego del Tostado, de Martínez de Osma y de Jiménez de Prejano, con la robusta nervatura de la arquitectura tomista, que en manos temblorosas de Costana o en el pulso firme de fray Diego de Deza va a ocupar posiciones preeminentes en los claustros de la primera Universidad de las Españas.

Ideológicamente ha de situársele en la línea de Alfonso de Madrigal y de Pedro Martínez de Osma por sus actividades universitarias y publicísticas, aunque les separe de ellos el más fecundo riego de los arroyuelos tomistas, esparcidos en las exposiciones de Roa como primavera fértil de filosofía. Lo que en la Salamanca del 1500 ensalza a nuestro castellano sobre todos es esta actitud de síntesis mental. Va detrás de Nebrija en la posesión de la lengua latina, porque sus decires no son floridos ni galanos, antes

se duerme sobre los lechos plúmbeos de la metodología escolástica más exquisitamente alambicadora. No conoce a Santo Tomás con aquella soberanía de pensamiento con la que Diego de Deza se eleva a cien codos sobre la escolástica decadente, cavando en roca viva la reconstrucción de las catedrales de la razón iluminada por la fe. Aventájale Alfonso de Madrigal en aquella prodigiosa riqueza de matices culturales, única en su siglo y rarísima en el correr de los siglos. Pero él vence a todos en la escrupulosidad moderada del desarrollo, en la incomensurable seguridad de sus trazos mentales y en el audaz perfil con que busca nuevos destellos; mas sobre todo en aquel papel preeminente con que echa los cerrojos a la Edad Media, él, tan original en la definición del nuevo derecho entre las gentes, y abre cauces al Renacimiento, él, sustancialmente ultraescolástico.

Verdad es que el olvido en que lleva enterrado cuatro siglos y medio forma constante contraste con la fama de que gozó en sus días. Profesor en la Universidad salmantina desde 1469 hasta su muerte, primero de lógica durante cuatro años, en 1477 alcanza una de las cátedras de mayor relieve, la de filosofía moral, una de las más reñidas al decir de Pedro Martínez de Osma¹. Allí actúa con participación brillante en los problemas académicos y consérvase de él su opinión en el conciliábulo de Alcalá de Henares acerca de los errores de su grande amigo Pedro de Osma, cuyas ideas favorece allí en la medida de lo posible². Leal a esa amistad personal o a esa simpatía ideológica, después de fallecer Osma, Roa se encarga de editar los *Comentarios a la Ética nicomaquea* de aquél, poniendo la mano en sus cuatro últimos libros, según indiqué en el capítulo que al Osmense dediqué. Muerto poco más tarde, ya, que en 1502 es otro maestro, Martín de Frías, quien ha de cumplir con él la misma piadosa tarea de albaceazgo intelectual que él cumpliera con Martínez de Osma, según resulta del título de su obra más voluminosa, los *Comentarii in politicorum libros*.

La suerte adversa de su fama póstuma no abrió las negras alas del olvido hasta después del cuarto lustro del siglo XVI. Hasta entonces, Fernando de Roa fue universalmente estimado, no ya sólo por insigne catedrático salamanquino, antes por una de las grandes autoridades de su época. El padre Félix G. Olmedo ha recordado recientemente cómo el nombre de Roa era invocado por autoridad decisiva en las polémicas que siguieron al clasicismo renovador de Nebrija, y sobre todo al intento de remozar todas las disciplinas del saber repristinando de exactitud las correspondientes terminologías³. Cuando Arias Barbosa, el portugués que reforma los estudios helenistas desarrollando una labor igual en ellos a la que Nebrija llevara a cabo en los latinos, véase acorralado por el acoso de la jauría de los enemigos de la renovación filológica, acude al argumento de enorgullecerse de haber sido discípulo de Roa, para amparar su postura en la gloria del discipulado de tan grande maestro. En el prólogo a la *Historia apostolica* de Arator se jacta de sus saberes, pues por algo fue discípulo del más

¹ En sus *Comentarium* dice Osma «q. in nostra salamātica universitate facilius esset auferre atque delere legū cathedra q. moralis philis», folio h3 vto.

² MENÉNDEZ Y PELAYO: H. Het. Esp., II, (1947), 285.

³ FÉLIX G. OLMEDO: *Nebrija*, cit, 44-45.

famoso de los teólogos salmantinos, de Fernando de Roa, que lo mismo se paseaba por las aceras del Liceo que bajo los pórticos de Salomón. «Roam illum audisse omnium thologorum salmanticensium longe doctissimum: q non minus in spaciis lycei quantum in portium salomonis sese exercierat», son sus palabras terminantes⁴. Y en verdad hemos de conceder que fue varón de altos cielos y resonante fama, hombre de quien todo un Arias Barbosa hacía gala de discipulado acudiendo a su memoria como argumento decisivo contra sus émulos.

Más adelante estableceré la hipótesis que a mi ver explica el rápido apagamiento de la fama de Fernando de Roa, súbitamente producido pocos años más tarde de estas significativas alusiones de Arias Barbosa.

2. CLASIFICACION DE SUS ESCRITOS

Las obras de que tengo noticia de Fernando de Roa pueden separarse en dos grupos: las conservadas y las que no he podido hallar, aunque me alcanzaron noticias de su existencia.

La más voluminosa de las que he visto son sus *Comentarios* a los ocho libros de la *Política* de Aristóteles, impresos en Salamanca a costa del bachiller Juan de Zarauz, bajo los cuidados del maestro Martín de Frías, por Juan de Porres, en 1506. Abultado volumen de 176 folios en donde el texto aristotélico, según la versión latina de Leonardo de Arezzo, se ve rodeado de cuatro apretadas columnas, llenas de abreviaturas y puntuadas con grafía paleográfica.

Síguele en volumen el conjunto de notas marginales con que, sobre apreciaciones anteriores de Pedro Martínez de Osma, completó los *Comentarios a la Etica nicomaquea* de éste. Es dudosa la atribución a Roa de los textos que glosan los libros VII a X de la Etica. El mismo parece indicar en dos pasajes de sus *Comentarios a la Política* que fue el autor de aquellas glosas. Comentando el libro II de la *Política* corta la exégesis diciendo que «de hoc satis diximus exponendo librorum IX ethicorum»⁵, palabras que más o menos reitera en otro lugar comentando el libro V⁶. A pesar de cuya declaración tengo para mí, valorado el criterio que sobre la autoría de esa obra reinaba en aquel entonces y por los argumentos que alegué al analizar los *Comentarios* de Martínez de Osma, que la labor de Roa respecto a las glosas a los libros VII a X de ella no pasa de la de ordenador cuidadoso de notas dispersas compuestas por el Osmense.

De menor extensión, pero sobremanera importantes, son las tres repeticiones o lecciones magistrales explicadas en la universidad en fechas solemnes, conservadas en

⁴ ARATORIS CARDINALIS: Historia Apostolica cum Comentariis Arii BARBOSAE LUSITANI. Salamanca, Juan de Porres, 1516, folio 3. En la Biblioteca Nacional de Madrid se guarda también de Arias Barbosa una selección titulada *Prosodia*, impresa en Salamanca en 1517.

⁵ *In politicorum libros*, 28d.

⁶ Y remitiendo a las glosas al libro VIII de la Etica. *In politicorum libros*, 121a.

paginación aparte que forma doce folios, al final de la edición de los *Comentarios a la Política*. Titúlense respectivamente: *De domino et servo*, tema de la repetición anual correspondiente a 1482; *De iusticia et injusticia*, sin fecha conocida; y *De felicitate*, explanada en 1486. La primera, sobre todo, puede considerarse la obra maestra de Fernando de Roa; lo que en ella indica, siquiera sea lamentablemente sólo de pasada, sobre el derecho de gentes es el cogollo de su doctrina y una entre las más felices páginas del pensamiento político español.

Las obras perdidas, o al menos por mí no encontradas todavía, mas de las cuales poseo noticia fidedigna, son otras dos repeticiones, intituladas, respectivamente, *De iusto naturali* y *De ignorantia*. Tanto a una como a otra hácense no menos de tres referencias en los textos conocidos; a la *De iusto naturali* en los libros I y III de los *Comentarios* y en el curso de la repetición *De domino et servo*⁷; a la *De ignorantia* en esa misma repetición y en el libro I de los *Comentarios*⁸. Siendo así que la *De domino* está fechada en 1482, hay que suponer anterior a la *De iusto naturali*, que así se adelanta en más de medio siglo a las formulaciones de Francisco de Vitoria.

3. FUENTES Y AMBIENTE

Fernando de Roa, lo mismo que la orientación general del pensamiento bajo los Reyes Católicos, clava sus raíces en la tradición medieval no obstante suponer un empuje hacia adelante. En él, como en todos los hombres mayores de aquel tiempo, queda clara la tendencia a no detener el giro de las ideas, pero caminando siempre por los carriles de la ideología cristiana. Tal vez la entrega preferente de Fernando de Roa al Aquinate, superior incluso a la de muchos dominicos de entonces, es un signo más confirmador de esa directriz que jamás abandona.

Verdad es que aprovecha los avances instrumentales pero siempre en su condición subordinada de instrumentos. Así le vemos verificar sus *Comentarios a la Política* aristotélica ciñéndose a la nueva traducción del Aretino, con tanto cuidado que comenta, además del texto aristotélico en latín, la carta del de Arezzo al Papa Eugenio IV y el prólogo del mismo toscano. Lo que no le obnubila el aparato crítico, pues no falta ocasión en que ponga reparos a la versión de Leonardo, rectificando algún vocablo malsonante⁹, amén de tener presente sin cesar el texto de la traducción anterior, pues se acercan al medio centenar los pasajes en que el cotejo se trasluce al comentario¹⁰ y de opinar que en algún trecho la nueva traducción ofrece menor claridad que la antigua¹¹.

A esta faceta medievalizante hace contrapié su prurito aristotelizador, indudable en quien, como Pedro Martínez de Osma, trilla las huellas del Tostado. Admira sin duda

⁷ In *politicorum libros*, 4c, 61d. *De domino et servo*, 1c.

⁸ In *politicorum libros*, 5a, 10b. *De domino et servo*, 2a.

⁹ In *politicorum libros*, 101c, 111b.

¹⁰ In *politicorum libros*, 5b, 12a, 12d, 16b, 17c, 18a, 20c, 27b, 27c, 30b, 30d, 34b, 37a, 51b, 51d, 53b, 57c, 61c, 64d, 65d, 70c, 71b, 72b, 74a, 74b, 78c, 80b, 81c, 82c, 84d, 87c, 92a, 96d, 97a, 99a, 100b, 101a, 102b, 102c, 111c, 111d, 113c, 120c, 128a, 133b, 152b, 158d, 169c.

¹¹ In *politicorum libros*, 74b.

a Platón, pero más por la estatua del recuerdo gigantesco, que por el contenido del ideario; hállele demasiado lejano de la realidad, demasiado dogmatizante¹², a la par que parece digno de rara admiración que inteligencia tan alta sostuviera teorías como la de la comunidad de bienes y mujeres¹³. Mucho más cerca se halla por eso de Aristóteles, a quien con deliciosa pedantería de aristotelizante tostadista, llama familiarmente «noster» en numerosas ocasiones¹⁴. Aristotelismo más pretendido que logrado pues entre otras cosas fáltale un conocimiento de la lengua del Estagirita; algunas alusiones a vocablos griegos, como «mega» por grande¹⁵ o la etimología de «prologus»¹⁶, dicen más de su ignorancia que de su saber en letras helenas.

Ambas caras, tomista a lo escolástico y aristotelizante con ínfulas de saltar directamente al griego, pugnan entre sí. A reforzar la primera contribuía su cabal lectura del Aquinate y la seducción que el Angélico había de ejercer con aquella su poderosa fibra sistemática; mantenía a la segunda el embrujo docto de Alfonso de Madrigal, cercano y admirado. Empero, dentro de la línea del pensamiento castellano del siglo XV, ha de concluirse que Fernando de Roa remata la actitud independentista y directamente aristotelizante del Tostado, con algo que sabe en mucho a claudicación; en su cerebro la pugna terminó por una victoria de Santo Tomás, esto es, por valerse de los comentarios tomistas con preferencia a la elaboración de otros nuevos que implicasen una nueva recepción del aristotelismo, diversa de la que aconteció en el siglo XIII. Más que suprimir a Santo Tomás acabó sustituyendo a su visión buscadamente nueva la visión tomista de Aristóteles; el Aristóteles «noster» concluyó por Aristóteles a lo escolástico tomista; en alguna ocasión trasluce su postura, tal vez sólo inconsciente, diciendo que es Aristóteles quien coincide con Santo Tomás¹⁷, cuando lo exacto hubiera sido haber dicho precisamente lo contrario.

Una serie de detalles confirmatorios acuden a los puntos de la pluma para acreditar sea ésta la definición de Fernando de Roa. En primer lugar, sus exégesis de la Fortuna, que nunca en sus menciones sube a la diosa clásica dadora de destinos vitales, ni mucho menos al devenir fatal y combatible de las teorizaciones renacentistas: sino que queda siempre por marco vital de riquezas, poderes, bienes o amigos¹⁸ sin ninguna trascendencia histórica ni metafísica.

En segundo lugar, las fuentes manejadas. Un elenco incompleto y trazado a vuela pluma nos mostraría la gran apelación a fuentes bíblicas, tanto del Antiguo Testamento, en los libros mosaicos como el Génesis¹⁹, El Exodo²⁰, el Levítico²¹, Los Números²² y

¹² *In politicorum libros*, 26a.

¹³ *In politicorum libros*, 30b.

¹⁴ *In politicorum libros*, 11b, 25b, 82a, 145b, 151d. *De domino*, 3c, 3d.

¹⁵ *In politicorum libros*, 103a, 112a.

¹⁶ *In politicorum libros*, 3c.

¹⁷ *De Domino et servo*, 3c.

¹⁸ *In politicorum libros*, 144d, 160d, 163c.

¹⁹ *In politicorum libros*, 11a.

²⁰ *In politicorum libros*, 73a, 77c.

²¹ *In politicorum libros*, 73a, 77c.

²² *In politicorum libros*, 28a, 136b.

el Deuteronomio²³, o los profetas como Jeremías²⁴, Isaías²⁵ Ezequiel²⁶ u Oseas²⁷, o los salomónicos como los Proverbios²⁸ o el Eclesiastés²⁹ o los Salmos davídicos³⁰, o los relatos de los Reyes³¹, de los Jueces³² o de Job³³, cuanto del Nuevo, en las epístolas apostólicas o en los *Evangelios* de San Mateo³⁴, San Lucas³⁵ y San Juan³⁶. Todas estas fuentes escriturarias, en su variedad y riqueza, se inclinan del lado escolastizante en que al cabo cae, a través de otra no menos florida hueste de Santos Padres. En primer término de San Agustín, uno de los autores más estudiados y menudamente citados por Fernando de Roa; no solamente la *De civitate Dei*³⁷ empero otros numerosos tratados agustinianos son traídos a colación con gran frecuencia, entre ellos el *Liber retractationum*³⁸, el *De libero arbitrio*³⁹, las *Confesiones*⁴⁰, el *De vera religione*⁴¹ las *Enarrationes in Psalmos*⁴², los comentarios sobre San Juan⁴³, el *De virginitate*⁴⁴, las consideraciones en torno al Sermón de la Montaña⁴⁵ y el *De trinitate*⁴⁶; manajo de citas en la que Roa va captando lo más granado de la patrística, completadas por otras lecturas de San Jerónimo⁴⁷, de San Juan Crisóstomo⁴⁸, de San Hilario⁴⁹ de San Gregorio⁵⁰, de San Isidoro⁵¹ y de Boecio⁵². De la Escolástica propiamente dicha empiedran sus textos referencias a Pedro Lombardo⁵³, a San Anselmo⁵⁴, a San Alberto

²³ *In politicorum libros*, 48b, 75c.

²⁴ *De iusticia*, 5b.

²⁵ *In politicorum libros*, 51a, 53c, 62d, 86d, 99c.

²⁶ *In politicorum libros*, 73a, 149b, *De felicitate*, 9d.

²⁷ *In politicorum libros*, 132d.

²⁸ *In politicorum libros*, 12c, 19a, 42b, 76d, 81d, 85b, 87a, 94a. *De domino*, 1d.

²⁹ *In politicorum libros*, 19a, 19b, 21b, 77c, 86d, 101b, 153b. *De domino*, 3b.

³⁰ *In politicorum libros*, 73a, 86d, 105b, 132d.

³¹ *In politicorum libros*, 148b, *De domino*, 2a.

³² *In politicorum libros*, 75a.

³³ *In politicorum libros*, 132d.

³⁴ *In politicorum libros*, 27d, 146c, 148a, 149c. *De iusticia*, 6a.

³⁵ *In politicorum libros*, 105b, 147b. *De felicitate*, 10d, 11d.

³⁶ *In politicorum libros*, 148b, 149a, 150a. *De felicitate*, 11a.

³⁷ *In politicorum libros*, 11a, 11b, 42c, 49d, 51a, 73a, 73b. *De domino*, 3b. *De felicitate*, 10b.

³⁸ *In politicorum libros*, 8d.

³⁹ *In politicorum libros*, 19a, 39b.

⁴⁰ *In politicorum libros*, 24d.

⁴¹ *In politicorum libros*, 76c.

⁴² *In politicorum libros*, 86d.

⁴³ *De iustitia*, 4b.

⁴⁴ *In politicorum libros*, 167b.

⁴⁵ *In politicorum libros*, 142b, 142c.

⁴⁶ *De felicitate*, 10a, 10c, 11b, 11d.

⁴⁷ *In politicorum libros*, 13d, 20b, 87a, 101d.

⁴⁸ *In politicorum libros*, 21b.

⁴⁹ *In politicorum libros*, 76d.

⁵⁰ *In politicorum libros*, 94a, 99a, 105b, 105d, 130d, 132d. *De domino*, 3b, 3d. *De felicitate*, 9c, 11a.

⁵¹ *In politicorum libros*, 7c, 11a, 14a, 14b, 31d, 43d, 62d, 67a, 68d, 73a, 75a, 77a, 81d, 144d, 151b. *De domino*, 2b, 3a. *De iusticia*, 5b, 5d.

⁵² *In politicorum libros*, 7c, 11a, 14a, 14b, 31d, 43d, 62a, 67a, 68d, 73a, 75a, 77a, 81d, 144d, 151d. *De domino*, 2b, 3a. *De felicitate*, 8a, 8b.

⁵³ *In politicorum libros*, 6c, 28a. *De iusticia*, 4b.

⁵⁴ *De felicitate*, 12a.

Magno⁵⁵ y a Duns Scoto⁵⁶. Pero sobre todos campea la influencia de Santo Tomás, en tanto grado que no sería inexacto colocar a Roa entre los campeones de la restauración del tomismo al lado de fray Diego de Deza, no obstante su presunción de puro aristotelizante tostadista. Es imposible traer aquí el detalle de las referencias de Roa al Angélico, tan numerosas y frecuentes son; baste decir que comprenden a todas las partes de la *Summa Theologica*⁵⁷, a los Comentarios sobre las Sentencias⁵⁸, a las *Cuestiones quodlibetales*⁵⁹ y al *De regimine principum* de Egidio de Colonna⁶⁰. Asimismo los canonistas medievales no se ausentan en las lecturas de aquel eruditísimo maestro, representados por Graciano⁶¹, Inocencio III⁶² y el Hostiense⁶³.

A ese conjunto de hontanares escolásticos o cristianos interpretados con luces de la Escuela, corresponde otra gama no menos rica de referencias clasicistas, en las que Roa apoyó su ilusión no conseguida de preparar una nueva y depurada recepción de Aristóteles. Muchos son los autores clásicos que cita, griegos como latinos. En cuanto a los primeros tiene noticias de Homero⁶⁴, Hesiodo⁶⁵, Aristófanes⁶⁶, Pitágoras⁶⁷, Antístenes⁶⁸ y Eurípides⁶⁹, entre otros. De entre los segundos, leyó a Lactancio⁷⁰, a Séneca⁷¹, a Vegecio⁷², a Virgilio⁷³, a Valerio Máximo⁷⁴ y sobre todo a Cicerón⁷⁵. Ni qué decir tiene que a quien mejor conoce es a Aristóteles del que refiere los libros II⁷⁶ y III⁷⁷ del *De anima*, los II⁷⁸ y IV⁷⁹ de *De los Meteoros*, el I de *Coelo*⁸⁰, los I⁸¹, II⁸², IV⁸³

⁵⁵ *De felicitate*, 8d, 9b.

⁵⁶ *De felicitate*, 9d, 10c, 11d, 12a.

⁵⁷ *In politicorum libros*, 11a, 11c, 13c, 13d, 15a, 21a, 23c, 27c, 28d, 39a, 39b, 42d, 46c, 48b, 48c, 55a, 66d, 67a, 73b, 76d, 86d, 94b, 95d, 132d, 142c, 146d, 147a, 160b, 162b. *De domino*, 1d, 2b, 3b. *De iusticia*, 4b, 5b, 5d, 6a, 6c, 7b, 7c. *De felicitate*, 9c.

⁵⁸ *In politicorum libros*, 142c. *De iusticia*, 7c.

⁵⁹ *In politicorum libros*, 46c, 66d, 67a. *De felicitate*, 9c, 9d.

⁶⁰ *In politicorum libros*, 23d, 24a.

⁶¹ *In politicorum libros*, 14a, 67a.

⁶² *In politicorum libros*, 39b, 147a.

⁶³ *In politicorum libros*, 49b.

⁶⁴ *In politicorum libros*, 7a, 7c, 22a, 57b.

⁶⁵ *In politicorum libros*, 6a.

⁶⁶ *In politicorum libros*, 28b-c.

⁶⁷ *In politicorum libros*, 66b.

⁶⁸ *In politicorum libros*, 69c.

⁶⁹ *In politicorum libros*, 120d.

⁷⁰ *In politicorum libros*, 5c, 27c, 32b, 39a, 72b.

⁷¹ *In politicorum libros*, 26c, 72a.

⁷² *In politicorum libros*, 40a, 97b, 153b.

⁷³ *In politicorum libros*, 62d.

⁷⁴ *In politicorum libros*, 86d.

⁷⁵ *In politicorum libros*, 6b, 88a. *De iusticia*, 4c, 7a. *De felicitate*, 10d.

⁷⁶ *In politicorum libros*, 5d, 12b, 154c. *De domino*, 2d. *De felicitate*, 8a, 9a.

⁷⁷ *In politicorum libros*, 7d, 150c. *De domino*, 2d. *De felicitate*, 8c, 8d, 9a, 9b.

⁷⁸ *In politicorum libros*, 82c.

⁷⁹ *In politicorum libros*, 5d.

⁸⁰ *In politicorum libros*, 7d.

⁸¹ *In politicorum libros*, 59c, 151d.

⁸² *In politicorum libros*, 119b, 151d, 172.

⁸³ *De felicitate*, 8a.

y V⁸⁴ de las *Físicas*, el XVIII de *Sobre los animales*⁸⁵, I⁸⁶ y II⁸⁷ de la *Retórica*, el III⁸⁸ y VIII de los *Tópicos*⁸⁹, la *Economica*⁹⁰ y la *Magna Moralia*⁹¹. La *Metafísica* le fue familiar, según el número de alusiones a casi todas sus partes: al Prólogo⁹², y a los libros I⁹³, II⁹⁴, IV⁹⁵, VI⁹⁶, IX⁹⁷, X⁹⁸ y XI⁹⁹. Y ni que decir tiene que la *Ethica a Nicómaco* viene nombrada en todos sus libros muchas veces: dieciocho en el I¹⁰⁰, dieciséis en el II¹⁰¹, diez en el III¹⁰², seis en el IV¹⁰³, quince en el V¹⁰⁴, once en el VI¹⁰⁵, cinco en el VII¹⁰⁶, diecinueve en el VIII¹⁰⁷, once en el IX¹⁰⁸ y dieciséis en el X¹⁰⁹.

Difícil es establecer sus nexos con Platón, cuya producción parece haber conocido de un modo fragmentario. Directamente leyó el *Timeo*¹¹⁰, otras veces le cita a través de San Jerónimo¹¹¹ o del propio Aristóteles, lo mismo que a Pitágoras o que a Epicuro¹¹². En todo caso, se le alcanzó lo que sobre Platón se sabía en la segunda mitad del siglo XV y, siquiera no fuese más que para perpetuar una contraposición antigua, tiénelo constantemente en cuenta como rival del Estagirita, aunque siempre dando la razón a este último.

El cuadro heurístico puede ser completado mencionando sus alusiones a los juristas romanos, con referencias al *Digesto* y a la *Instituta*, refiriendo los criterios de Ulpia-

⁸⁴ *De iusticia*, 7b.

⁸⁵ *In politicorum libros*, 165a.

⁸⁶ *In politicorum libros*, 43b, 63b, 73c, 90c, 147a, 150b. *De iusticia*, 6c. *De felicitate*, 7c.

⁸⁷ *In politicorum libros*, 39b, 65d, 71a, 75a, 86a, 125a, 136a.

⁸⁸ *De felicitate*, 10c.

⁸⁹ *In politicorum libros*, 39d.

⁹⁰ *In politicorum libros*, 164b.

⁹¹ *In politicorum libros*, 66b.

⁹² *De felicitate*, 9c.

⁹³ *In politicorum libros*, 39a, 59c, 64d, 149a, 150c.

⁹⁴ *In politicorum libros*, 88a.

⁹⁵ *In politicorum libros*, 50b.

⁹⁶ *De felicitate*, 10c. *In politicorum libros*, 4a.

⁹⁷ *In politicorum libros*, 9c.

⁹⁸ *In politicorum libros*, 71a.

⁹⁹ *De felicitate*, 7c.

¹⁰⁰ *In politicorum libros*, 18c, 20c, 25b, 81d, 93c, 117d, 144c, 144d, 148d, 149c, 150a, 160b, 160c, 162a, 162b, 169c. *De felicitate*, 7c, 10c.

¹⁰¹ *In politicorum libros*, 8d, 20c, 20d, 23a, 28d, 32d, 39a, 39d, 48b, 53c, 53d, 67d, 71c, 74a, 149c. *De domino*, 2b.

¹⁰² *In politicorum libros*, 10b, 27c, 78d, 81d, 119b, 130d, 143d, 160a, 160d, 175d.

¹⁰³ *In politicorum libros*, 7d, 23d, 86c, 145b, 169c.

¹⁰⁴ *In politicorum libros*, 39b, 42c, 43b, 51c, 60b, 65d, 73c, 103d, 106c, 119b, 139d, 144b. *De domino*, 1d, 2a, 2d.

¹⁰⁵ *In politicorum libros*, 20d, 24c, 43b, 64d, 68a, 87a, 94b, 160a, 162b, 172c. *De felicitate*, 9b.

¹⁰⁶ *In politicorum libros*, 4b, 10b, 73d, 145a. *De domino*, 1c.

¹⁰⁷ *In politicorum libros*, 144c, 161d. *De domino*, 2d.

¹⁰⁸ *In politicorum libros*, 29d, 52a, 57c, 74b, 74d, 77a, 144c, 164b. *De felicitate*, 7c, 11b, 12b.

¹⁰⁹ *In politicorum libros*, 4b, 20d, 35c, 69c, 77a, 81d, 117d, 145a, 147a, 148c, 149c, 163b, 169c. *De felicitate*, 8b, 9c, 11b.

¹¹⁰ *In politicorum libros*, 156c.

¹¹¹ *In politicorum libros*, 13d.

¹¹² *In politicorum libros*, 145a.

no¹¹³ y de Gayo¹¹⁴ sobre el derecho natural, o sentando que la servidumbre no era derecho natural en el *Digesto*¹¹⁵.

Del mismo modo su heurística escolastizante puede completarse con los autores árabes que entendió a través de los tratados escolásticos, como Avicena, de quien acota opiniones sobre Etiopía¹¹⁶ y sobre Platón¹¹⁷ y de «Albumazar», astrólogo secuaz de Tolomeo¹¹⁸.

Me he detenido morosamente en el análisis de las fuentes donde nutrió su saber Fernando de Roa porque en ellas transparece su afán de recoger el clasicismo en torno a Aristóteles, al lado de la entrega a la interpretación tomista, esto es, a aquella recepción peripatética que cabalmente se proponían superar los que llamo aristotelizantes salmantinos del XV. Por lo demás, el tono doctoral con que los maestros del Tormes se ajenan a la realidad viva de sus contornos, constituye en Roa una entrega a la doctrina donde los libros ahogan su circunstancia humana. Una vez sola nos habla de Castilla¹¹⁹ dándole el entrañable adjetivo de «nuestra», y si bien se habla algo de Salamanca sólo es buscando ejemplos para los oyentes y cuando no hay anecdotario apropiado en las historias de Lacedemonia o del Epiro. La iglesia de San Lázaro, en «nostra salamantina civitate»¹²⁰, la devoción con que las mujeres encinta consagran los frutos de sus vientres a la patrona Santa María de la Vega¹²¹ o el recuerdo de la Universidad insigne¹²², son rasgos pasajeros con valor secundario y pintoresco. Solamente una vez la política castellana penetra en sus páginas en relación a los concejos¹²³; pero es tan excepcional y tan solitario este recuerdo en la mole imponente de tantos apretadísimos folios, que no es posible ver en ello un espíritu observador que trasladara a los libros lo que veía con ojos de la carne.

Lejos de ello, Fernando de Roa encarna al erudito que, apasionado por una glosa a una realidad muerta hacía doce siglos, concede más importancia a la muerte de Sócrates que la unión de Aragón con Castilla. Su horizonte cultural adolece de presbicia; ve desmesurado lo clásico, con borrosa ceguera para lo presente. Despegado casi de la Castilla y de la Salamanca que tanto honrara, quiso ser un aristotelizante que no pasó a la larga de tomista, a pesar de formar parte del grupo que aspiró a superar al Aquinate.

4. LA CIENCIA POLITICA

Tono doctrinal que preside a todas sus edificaciones, y en primer término a su concepción de la ciencia política, que se integra en una serie de saberes agrupados bajo

¹¹³ *In politicorum libros*, 6a-b.

¹¹⁴ *De domino*, 1d.

¹¹⁵ *De domino*, 3b.

¹¹⁶ *In politicorum libros*, 82c.

¹¹⁷ *In politicorum libros*, 130b.

¹¹⁸ *In politicorum libros*, 130c.

¹¹⁹ *In politicorum libros*, 71c.

¹²⁰ *In politicorum libros*, 159c.

¹²¹ *In politicorum libros*, 166a.

¹²² *In politicorum libros*, 169a.

¹²³ *In politicorum libros*, 102c.

el tema general de ciencia civil. Esta ciencia pártese en dos: la legal, que estudia las leyes de una ciudad, variando por ser varias las ordenaciones de las comunidades humanas; y la moral, inmutable por su carácter universal. La ciencia moral parcélese a su vez en tres partes, las tres clásicas del Estagirita: la ética, la económica y la política¹²⁴. Dando de lado al forzado clasicismo que supone reducir las comunidades a ciudades con olvido de la patente realidad de los reinos que rodeaban a Roa en lugar de las formas políticas helénicas, baste notar como la política se encierra en contornos morales, en un eticismo desprovisto de aquella etización moralista propia de la Escolástica, pero sin una recepción nueva y auténtica de Aristóteles, sino apenas una repetición del Aristóteles escolástico, ya que al transformar a la política en ciencia racional, abstracta, moralista y no alimentada de experiencias, se desconoce todo el sentido nuevo, antiplatónico y experimental que llevan los libros IV, V y VI de la *Política* aristotélica.

Bien es verdad que en otro pasaje y comentando el libro IV define a la política por «ordo principatuum», con la secuela de variar según varían las ordenaciones humanas¹²⁵. Mas aquí se opera otro fallo, el de ignorar la ἀριστη κολιτεια que a platónico teorizó Aristóteles en los libros VII y VIII a manera de concepción de una comunidad política perfecta.

Y es que Fernando de Roa no consigue captar aquel esfuerzo sintético que Aristóteles consumó. La primera de sus definiciones es una idea eticista y escolastizante de la política; la segunda, una versión del crudo realismo experimental de Aristóteles. Situadas en lugares apartados de su obra, no me parece lícito complementarlas; y al dejarlas así, separadas y opuestas, dan dos definiciones escolástica o helenista, eticista o aristotelizante, abstracta o experimental, que no responden a aquel espíritu sintético que constituye el gran secreto de Aristóteles en cuanto pensador político.

5. LA ETICA

Su ética se inscribe en la línea aristotélica-tomista, incluida la bifurcación entre virtudes monásticas o individuales, y virtudes sociales, civiles o políticas. Tan aferrado en esa orientación que en temas cardinales se limita a copiar a sus modelos; así a lo que Aristóteles dice en el libro II de la *Retórica* diferenciando el odio de la ira¹²⁶, así a Santo Tomás para discernir el dolo del fraude¹²⁷. También a lo Aristóteles, es el apetito de felicidad el gran motor moral del hombre¹²⁸, aunque cristianiza la idea para situar a la felicidad en el interior del ser humano, cual secuela de la práctica de la virtud¹²⁹. Siendo curioso en este punto ver que en Roa se da literalmente la lucha

¹²⁴ In *politicorum libros*, 4b.

¹²⁵ In *politicorum libros*, 82c.

¹²⁶ In *politicorum libros*, 124d-125a.

¹²⁷ In *politicorum libros*, 94b.

¹²⁸ In *politicorum libros*, 159b.

¹²⁹ In *politicorum libros*, 146a, 160d.

renacentista de virtud contra fortuna con palabras iguales a las utilizadas por Nicolás Maquiavelo; empero palabras que encubren significados muy distintos. Roa habla de que la virtud vale por ascesis en lugar de ímpetu, mientras fortuna queda por bienes buenos en vez de diosa voluble y enemiga¹³⁰.

Las virtudes sociales por excelencia son la prudencia y la justicia, especialmente la primera, ya que la felicidad comunal «consistit in operatione prudentie»¹³¹, y que se divide en varias clases: la que usan los hombres en provecho propio, la que endereza los actos al bien común, la de los magistrados, la de los súbditos, etc.¹³². De todas esas clasificaciones es a mi juicio la más interesante aquella en que Roa distingue la prudencia preceptiva de la ejecutiva, achacándolas respectivamente a las autoridades y a los súbditos¹³³, puesto que en esa estimación se adviene a una concepción de la prudencia con independencia de matices éticos en lo posible, dentro del juego de las fuerzas del mandar y del obedecer, que es uno de los rarísimos instantes en que Roa parece asomarse a las ventanas de la inminente secularización renacentista.

Por lo que respecta a la justicia repítense una vez más las clásicas definiciones y divisiones¹³⁴, en términos que no es necesario comentar. Apenas si una explanación con tintes que se salen de lo trillado, como la enumeración, entre los casos en que se aplica la justicia distributiva, de que se castigan los crímenes de rebeldía según la calidad del rebelde¹³⁵. La selección *De iusticia* es un remedo de cosas archisabidas y en verdad que, si nos atuviéramos a ella, no sería Fernando de Roa astro de primera magnitud en la historia del pensamiento político español.

En consecuencia, una ética tan aristotélica como escolástica, en que lo que haya a lo primero lo hay a través de lo segundo.

6. LA TEORIA DE LA AMISTAD POLITICA

Mucho más aristotelizante y, para su tiempo, sobremanera original es cierta teoría que cupiera emplazar dentro de la ética o en el punto que relaciona a la ética con la política; la doctrina de la amistad, cuyo solo nombre memora evocaciones ciceronianas y que tan próxima se halla a aquella anhelada meta por que suspiraron los salmantinos del siglo XV, desde el Tostado hasta nuestro maestro.

Es la amistad política, tal como resulta de lo que Roa declara, aquella actitud benévola que hace posible la convivencia, suprimiendo violencias, aquietando pasiones, serenando ánimos y ayugando caracteres; actitud que mana sin duda de la ética, pero cuya proyección es política; por eso dice Fernando de Roa que la amistad política se

¹³⁰ *In politicorum libros*, 146b.

¹³¹ *De felicitate*, 12b.

¹³² *In politicorum libros*, 60c.

¹³³ *In politicorum libros*, 56b.

¹³⁴ *De iusticia*, 4a, 7c.

¹³⁵ *In politicorum libros*, 60c.

funda en la virtud individual¹³⁶, al par que es el mayor bien de las comunidades¹³⁷. Así es de una parte la coronación de la ética y de la otra el cimiento de la política.

Sus especies son tres: la benevolencia entre padres e hijos, la armonía entre marido y mujer, la paz de gobernantes con gobernados¹³⁸. Su presupuesto es la libertad de los amistados pues una relación entre sujetos no libres sería una relación entre desiguales y entre desiguales no cabe amistad; por eso advierte Roa que entre señor y siervo no cabe ninguna amistad política¹³⁹. Sus mayores enemigos la envidia, que «maxime repugnat amicicie et civili societati»¹⁴⁰, y la ambición, causa de alterar la paz comunal¹⁴¹. Cuando la amistad falla, acaecen las sediciones, siendo precisamente sediciosos quienes perturben la amistad política¹⁴², sea con violencia interna o con violencia externa; por donde la sedición es un pecado igual que la tiranía¹⁴³, sin que sean sediciosos los tiranícidas que pretenden restaurar la amistad libre entre gobernantes y gobernados, rota por las violencias del tirano que suprimió la libertad¹⁴⁴. Condición de la amistad es la libertad política, la cual no se da más que cuando no hay pugnas entre los miembros de una comunidad¹⁴⁵. La amistad es por tanto el meollo de toda la ciencia del convivir, el nudo de lo ético con lo político y el esqueleto interno de toda asociación entre los hombres.

Prima incluso sobre la justicia, según se deduce de que Roa sostenga la licitud de dar de lado a ésta con tal de conservarla¹⁴⁶; más todavía, si la justicia existe es porque la amistad desapareció¹⁴⁷; la necesidad de la justicia proviene de la carencia de amistad.

En esta doctrina asistimos a un feliz intento de repristinar los temas aristotélicos en forma original; logra el grupo aristotelizante uno de sus contados éxitos y por primera vez en su siglo el Aristóteles desnudo de ornamentaciones escolásticas es expuesto en la límpida exactitud de su sistema. Aunque aislado, es de hacer constar el triunfo de Fernando de Roa al descubrir aquí uno de los cabos auténtico de los telares de su amado estagirita. Yendo rectamente al modelo con fortuna envidiable, Roa limpia el salto de la ética a la política de la hiedra del siglo XIII, en ansia de besar el robusto Tronco de la *Politeia*. Lástima que sea ineludible reconstruir la sistemática con citas desparramadas, aunque todas respondan a una evidente unidad lógica; mas aun así, igual que antes anoté sus quiebras, he de subrayar ahora el mérito de la concepción y cómo responde a las metas que el autor se proponía.

¹³⁶ *In politicorum libros*, 82a.

¹³⁷ *In politicorum libros*, 26b, 28b.

¹³⁸ *In politicorum libros*, 5b.

¹³⁹ *De domino*, 2d.

¹⁴⁰ *In politicorum libros*, 94c.

¹⁴¹ *In politicorum libros*, 105a.

¹⁴² *In politicorum libros*, 165b.

¹⁴³ *In politicorum libros*, 108a.

¹⁴⁴ *In politicorum libros*, 105b-c.

¹⁴⁵ *In politicorum libros*, 154c.

¹⁴⁶ «qd. licitum est praetermittere iusticiam propter conservationem amicicie». *In politicorum libros*, 73b.

¹⁴⁷ *In politicorum libros*, 28c.

7. LA COMUNIDAD

La amistad política va del hombre aislado a su convivencia con otros; lo que implica ante todo discutir esa convivencia, justificarla o condenarla. Es el tema que la ciencia política moderna denominó de la justificación de la comunidad y del poder, sin que escape a la ciclópea labor del maestro salmantino.

Roa fundamenta aristotélicamente la comunidad en exigencias de la naturaleza, en el apetito de sociabilidad¹⁴⁸, así como en la vida mejor que se da en común que solitariamente. Vívase más «recurior»¹⁴⁹, por más que inserte extemporáneamente en la formulación aristotélica la excepción cristiana al otorgar superioridad sobre la vida común a la contemplativa que llevan los anacoretas en el yermo¹⁵⁰. No falta la leyenda de unos «tempora heroyca» en los cuales la virtud suplía a las necesidades¹⁵¹, lejanísima estampa áurea herencia de las tradiciones patrísticas, de las quimeras filosóficas y del valor sagrado del $\alpha\pi\chi\eta$; ni se da de lado a un estado feliz de inocencia, versión paradisíaca del mito primitivo ideal, donde hasta la fieras se amansaban y eran herbívoros los leones¹⁵², pero todo se difumina en lejanías inasequibles y la férrea verdad del maestro redescubierto es que la convivencia procede de la naturaleza humana, siendo el hombre un animal sociable. La amistad política no era más que la formulación respecto a los hombres asociados del apetito de sociabilidad innato a todos ellos.

Las formas son muy variadas. Van desde la comunidad familiar al pago y a la ciudad, según Roa, que además agrega incidentalmente las dos realidades de mayor enjundia moderna: el reino y el Imperio. Siendo uno de los capítulos más confusos, en Roa, que en ello se comporta igual que el resto de sus contemporáneos, penetrar las vías por donde acomoda a la ciudad clásica las instituciones de los *regna*. El choque entre su aislacionismo doctoral y la realidad circundante cobra aquí un relieve característico.

8. LA CASA Y LA FAMILIA

La casa es la primera comunidad. Falta en el plano de los comentaristas salmantinos del Estagirita un comentario sobre la Económica. Osma labró la Etica. Roa la Política, restaba la Económica por comentar; mas que todo quedó en dorso incompleto y no por fallo del plan metódico acreditado que al final de los *In politicorum libros* se imprimía la *Económica* aristotélica, cierto que desprovista de glosas, pero presente allí casi para testimoniar con su presencia muda que sólo el

¹⁴⁸ *In politicorum libros*, 7c.

¹⁴⁹ *In politicorum libros*, 7d. También 92b-c.

¹⁵⁰ *In politicorum libros*, 7d.

¹⁵¹ *In politicorum libros*, 72a-b.

¹⁵² *In politicorum libros*, 11d.

tiempo evitó en la temprana muerte de Fernando de Roa la redacción de unos comentarios que hubieran completado el plan de la recepción salmantina del Aristóteles ético-político.

Mucho de lo que hubiera sido puesto en esa parte nonnata se halla fragmentario en los textos que nos son asequibles. Nos es posible asegurar que Roa siguió también aquí a Aristóteles, combatiendo a Platón en los puntos más típicos de la sistemática platónica. Considera al matrimonio como algo subordinado a la naturaleza, siguiendo a Ulpiano en estimar por natural solamente a la fornicación no a la institución¹⁵³. Las relaciones ético-jurídicas de la comunidad familiar son tres, según la noción comúnmente repetida: varón con mujer, padre con hijos y señor con siervos¹⁵⁴. Sobre la mujer y los hijos el padre de familias ejerce un poder civil o limitado, equivalente a relación entre sujetos libres; sobre los esclavos o siervos la potestad del padre de familias es dominical o ilimitada, la que suele ejercerse sobre cosas¹⁵⁵. La autoridad del padre de familias es la más excelente entre todas, cediendo sus órdenes únicamente delante de los mandatos de Dios¹⁵⁶. Sobre pasos aristotélicos censura a la comunidad de mujeres propuesta por Platón¹⁵⁷ y a lo clasicista se apresura a sentar la regla de las edades ideales para contraer matrimonio, que fija en 36 años para el varón y 18 para la mujer, edades cimeras de la madurez y de la belleza¹⁵⁸. Uno de los rasgos más llamativos de todo el pensamiento de Fernando de Roa es la doctrina que acerca de la educación de los hijos expone en los comentarios al final del libro VII y a todo el libro VIII¹⁵⁹; no hay nada en la literatura de la época que ni de lejos pueda compararse a la exquisita precisión con que el catedrático salmantino estudia cuanto a la formación del niño atañe, desde los ejercicios gimnásticos hasta la moralidad de las lecturas; Nebrija queda sobremanera por debajo de él en la *De liberis educandis*; y mentira parece haya podido escribirse libro tan erudito como el que Foster Watson dedicó a la educación de la mujer en el renacimiento¹⁶⁰ sin tener en cuenta lo que Roa dijo, cuando lo que dijo es lo más documentado y completo que quizás se haya escrito nunca sobre el tema.

9. LAS COMUNIDADES SUPERIORES

En la teoría de la ciudad, Roa mezcla la estampa de la «polis» helénica que teorizara su maestro en cuanto suprema comunidad política del mundo griego, con la realidad del reino, suprema comunidad política del siglo XV. Con frecuencia lo que

¹⁵³ *In politicorum libros*, 6b.

¹⁵⁴ *In politicorum libros*, 6d.

¹⁵⁵ *In politicorum libros*, 5a, 6a, 21d, 58a.

¹⁵⁶ *In politicorum libros*, 149b.

¹⁵⁷ *In politicorum libros*, 27a-d, 28d.

¹⁵⁸ *In politicorum libros*, 165c.

¹⁵⁹ *In politicorum libros*, 166c-176b.

¹⁶⁰ FOSTER WATSON: *Vives and the Renaissance education of women*. London, Edward Arnold, 1912.

Aristóteles acreditó de la ciudad, él lo atribuye al reino; otras veces casi no distingue de nombres y sigue llamando a la ciudad cosas que en el siglo XV sólo del reino cabía decir. Desbordado por el contorno, confunde las cosas y quiere, al igual que hizo Aristóteles, trazar la teoría de la comunidad política suprema al hablar de la ciudad, siendo así que en realidad esa teoría sólo era dable elaborarla arrancando de algo que no estaba en los libros comentados porque no llegó a ser conocido por Aristóteles: un conjunto superior a las ciudades, territorial y superurbano, el reino. De donde cierto pintoresco anacronismo y ciertas expresiones ininteligibles a no salvar con buen juicio la mescolanza de situaciones entre el comentador y el comentado.

Ateniéndonos a numerosos trechos podemos concluir que Roa encubre bajo la teoría de la ciudad su doctrina de la comunidad política. Dícenos, por ejemplo, que es «Ommium optima societas»¹⁶¹, integrada por personas, casas y aldeas¹⁶², aristotélica unidad superior de convivencia¹⁶³, síntesis la más elevada de todas las formas de vida que el hombre pueda realizar; lugares en los que la palabra ciudad, más que por la literalmente análoga «polis» griega, vale por la de comunidad política suprema.

Por eso aplica a la ciudad el sentido del reino medieval cuando la entiende por unidad de vida común que a sí se basta en vez de agrupación urbana. Castilla o el Imperio, reino y cristiandad son, en este sentido ciudades. «Ipsa est maxime per se sufficiens et sic totum regnum castelle hodie potest dici una civitas cuius sedes principalis est burgis et totum romanum imperium poterat olim dici una civitas cuius sedes principalis roma, et similiter tota iudea una civitas cuius sedes principalis erat hierusalem»¹⁶⁴. Actualizando a Aristóteles descubría así lo permanente de la doctrina aristotélica, quitándole la cáscara de una terminología confusa. La voz reino equivale en él a poder del príncipe más que a conjunto de ciudades¹⁶⁵, con lo que la terminología se complica más aún.

A acrecer las nubes que oscurecen el atisbo de claridad señalado en el párrafo anterior contribuye que su omnicompreensivo eruditismo aplique a la ciudad, ahora de nuevo entendida como centro urbano, la consabida doctrina entonces tan corriente de los requisitos que una ciudad precisa para existir, en situación, limpieza de aires, abundancia de aguas, y demás preferentes requisitos naturales¹⁶⁶. Tema que Roa desenvuelve con su acostumbrada erudición total, de tal modo que no sería excesivo poner a sus breves pero apretadísimas páginas en balanza con el entero manojito de las diez primeras consideraciones del libro I de la *Suma de la Política* de Rodrigo Sánchez de Arévalo¹⁶⁷.

De lo dicho se infiere el cuño singular del pensamiento de Fernando Roa. Los dos lados de la teoría aristotélica de la ciudad mézclanse en su obra, reuniendo lo

¹⁶¹ In *politicorum libros*, 7b.

¹⁶² In *politicorum libros*, 5c-d, 48d.

¹⁶³ In *politicorum libros*, 150d.

¹⁶⁴ In *politicorum libros*, 51a.

¹⁶⁵ In *politicorum libros*, 70d.

¹⁶⁶ In *politicorum libros*, 152a-154b.

¹⁶⁷ Madrid, CSIC, 1944, págs. 41-59.

transitorio de la exterioridad de la *polis* con lo permanente de la concepción de una unidad suprema de convivencia. Lo segundo está entrevisto en aquella Castilla que es reino y se denomina ciudad, o en aquel imperio romano en donde la urbe se confundía con el orbe; mas a la postre venció la preocupación terminológica, y aquella mirada inicial que pudo ser esbozo de teoría nueva y original no pasó de excepcional atisbo.

Por lo demás su aristotelismo resalta al forjar la ordenación de la ciudad contra la excesiva unidad platónica rayana en uniformismo¹⁶⁸, estima que precisamente es en la variedad de los estamentos donde reside la fortaleza de la ciudad¹⁶⁹.

Al lado de la ciudad, como nueva excepción a su falso clasicismo, reconoce la existencia de otros dos núcleos políticos: la aldea y la ciudad. La aldea o «pago», que equipara al «vico»¹⁷⁰, superior a la casa pero inferior a la ciudad, no permite le sea aplicado el esquema aristotélico, quedando por pieza extraña en aquel afanoso conglomerado clasicista. La cristiandad, concebida como conjunto de reinos subordinados al imperio, como nueva realidad que tampoco puede ser asimilada a la ciudad aristotélica¹⁷¹. Si Castilla cabía en la *polis*, la inacomodación de estas otras dos realidades consagra lo inestable de los equilibrios que Fernando de Roa hubo de levantar para encerrar en su saber viejo de casi dos mil años la florida exuberancia de su época; y la manera en que por las fisuras de su estudio se escapan las realidades incontrastables mueve a compasiva admiración hacia lo extraordinario del inútil esfuerzo del eximio maestro salmantino.

10. TEORIA DEL PODER

El dualismo tantas veces apuntado es en la cuestión de las formas de gobierno una alternativa entre la exposición de la tríada de Aristóteles y el reflejo de las pugnas vividas, con la añadidura de una simpatía clara hacia ciertas formas de libertad y en pro de la limitación del poder que son lo más próximo que haya en Castilla a las teorizaciones catalanas de un Mieres y un Marquilles, ya estudiadas en otro libro mío¹⁷².

La repetición de las fórmulas aristotélicas era frecuente y no es de extrañar en un comentarista de la *Politeia* cuando es pan diario en todos los autores¹⁷³. Lo original de Fernando de Roa es su machacona insistencia en procurar reducir los términos a una situación en la cual los gobernantes hubieran de acomodarse al yugo de las leyes.

Parte para ello de la usual distinción entre las dos especies de dominio, ya vista entre otros por Santo Tomás y que acabo de aludir dentro de la esfera familiar: el

¹⁶⁸ La censura expresamente en folio 26a.

¹⁶⁹ *In politicorum libros*, 30c, 76b.

¹⁷⁰ *In politicorum libros*, 7a.

¹⁷¹ *In politicorum libros*, 132d.

¹⁷² *Las doctrinas políticas en la Cataluña medieval*, Barcelona, Aymá, 1950, págs. 176-211.

¹⁷³ *In politicorum libros*, 14c, 29c, 82c.

dominical o real, ilimitado, y el civil o frenado por las leyes. Roa los expone varias veces¹⁷⁴ con agudeza suma, y en verdad que únicamente el desconocimiento que nuestros tratadistas de derecho político tienen de los clásicos hispanos pudo llevarles a referir a Philippe de Commines o a su John Fontescue una diferenciación que este maestro salmantino expone con mayores exactitud y perfección técnica.

Original es ya el sentido dinámico que Roa pone en esa división, arguyendo que el bárbaro señorío ilimitado o real fue el más antiguo, y que a esta «prima et antiquissima hominun regia gubernatio»¹⁷⁵ sucedió en el curso de los tiempos otra más lógica y benigna, más temperada y mejor, más civilizada en suma y más apetecible siempre.

La monarquía limitada, al ser signo de civilización, es también señal de libertad. Toda la teoría del poder político de Fernando de Roa da en insistir sobre las maneras de limitar o frenar el poder arbitrario de los gobernantes, pudiendo calificarse del más vigoroso esfuerzo doctrinal en la defensa de la libertad política que viera la Castilla del siglo XV.

Porque lo más notable es que, al igual que los magnos juristas catalanes de la primera mitad del siglo, no se contenta con las afirmaciones moralistas. Tiénelas ciertamente en cuenta y los textos abundan en aquel eticismo político tan del gusto de los siglos medios, propugnando un príncipe virtuoso¹⁷⁶, bosquejando un cuadro de deberes del monarca¹⁷⁷ y cayendo en las sabidas teorías al efecto. Pero supera el estrecho ámbito del eticismo al uso con un vigor intelectual desusado en la Castilla histórica, antecedente en la pluma de lo que poco después será bandería en las espadas de los comuneros; en tal grado que me parece será imposible separar a este teórico de aquellos soldados ni dejar de ver en la sangre de Villalar la tinta del cálamo de Roa.

En cinco direcciones mueve su artificio dialéctico en defensa de la libertad política: primero, en la mayor conveniencia de la monarquía temporal sobre la hereditaria, móstrala con paradigmas griegos; segundo, en la apología de la monarquía electiva; tercero, en preferir las leyes a los hombres, repercusión del intelectualismo tomista análogo al intelectualismo de Mieres o Marquilles; cuarto, en la animadversión a la nobleza, que equivale al antagonismo de éstos respecto a la milicia, quinto, en considerar a la posesión de bienes o riqueza como plausible criterio para seleccionar los gobernantes. Si a esos cinco criterios, tan excepcionales en su patria en aquel siglo, conjugamos su desconfianza hacia las democracias igualitarias o universales, a lo que hoy llamaríamos soberanía de las masas a través del sufragio universal, no nos será difícil catalogar a Roa como el teórico de la burguesía castellana, más medido en sus opiniones que un Mieres cuanto menos pesaba en Castilla que en Cataluña la fuerza social que él hace doctrina política; y a la larga como el autor de la bandera ideológica de las Comunidades, de quien el propio padre trinitario Alonso Castrillo no es más que discípulo y reflejo.

¹⁷⁴ *In politicorum libros*, 5a, 11a, 58a, 78b, 161d. *De domino*, 1b.

¹⁷⁵ *In politicorum libros*, 7d.

¹⁷⁶ *In politicorum libros*, 46b.

¹⁷⁷ *In politicorum libros*, 78d-79a.

La mayor conveniencia de los principados temporales, se busca en el ejemplo de Esparta, con clara aplicación política a la administración castellana; pues, son sus palabras, si tal sistema vigiera, «utinuum multi qui nvis temporibus civitates administrant: perpetuam non gererent administrationes quia non eset in administratione tanta labes et corruptela: quanta hodie in eis reperitur»¹⁷⁸. Arribando a vuelos filosóficos para reafirmar la tesis, en cuanto todo «perpetuo dominare» sea nada menos que contrario al derecho natural, que «contra naturam»¹⁷⁹.

La apología de la monarquía electiva sobre la hereditaria viene por sí sola de la defensa de los principados temporales. Que por «multis rationibus» demuestre «est melius reges per electionem: q. per sucessionem recipere»¹⁸⁰ un profesor salmantino que daba lecciones en tiempos de la autoritaria Isabel sería uno de los rasgos más audaces de la historia hispana, si no supiésemos la amplia libertad de Castilla, sólo ahogada en el barro de Villalar.

La primacía de la norma o lo que ahora, con palabras inglesas decimos «The rule of law» también la expresa Fernando de Roa con modos terminantes. No se reduce a decir una vez más que el príncipe ha de amoldarse a la ley, pues al «príncipe non licet agere contra verba legis»¹⁸¹, sino que sube a postular ese reinado de la norma escribiendo ser preferible la ley buena al buen gobernante, «melius est legem q. hominem dominari»¹⁸². Con un intelectualismo manifiesto, muy de acuerdo con la línea tomista y que se empareja al de Mieres en la fórmula típica de definir a la ley como acto racional y no volitivo, con la secuela de concluir sea mejor el gobierno de la ley, que es razón escrita, que el de los hombres, que son voluntades desatadas: «melius esse civitati legem dominari: quam plures pro voluntate dominari: etiam si virtuosí sint»¹⁸³. Lugar por donde incide en su rotundo combate al voluntarismo jurídico, tanto si encarna en un sujeto como en muchos, lo mismo contra la tiranía que contra la demagogia; nueva coincidencia con aquel gobierno de las clases medias ricas que teorizaron Mieres y Marquilles.

Lo que entre los catalanes fue animadversión a la milicia, es en Fernando de Roa prevención contra la nobleza; tanto da, pues que entonces la nobleza era el brazo militar por excelencia. A la vera de las usuales fórmulas medievales que hacen noble al virtuoso¹⁸⁴ y que nada tienen que ver con la nobleza institucional a no ser la coincidencia de vocablos, y junto a las ponderaciones de lo muy necesaria que es en la comunidad¹⁸⁵, y junto a los distingos doctorales de tres clases de nobleza¹⁸⁶, resplandece por encima de las lecturas el recuerdo cercano de los condenables nobles revoltosos que

¹⁷⁸ *In politicorum libros*, 42d. También en 78b.

¹⁷⁹ *In politicorum libros*, 76a.

¹⁸⁰ *In politicorum libros*, 74d.

¹⁸¹ *In politicorum libros*, 76d.

¹⁸² *In politicorum libros*, 76c.

¹⁸³ *In politicorum libros*, 76d.

¹⁸⁴ *In politicorum libros*, 14a-b. *De domino*, 2b.

¹⁸⁵ *In politicorum libros*, 67b.

¹⁸⁶ *In politicorum libros*, 82a. *De domino*, 2b.

despedazaran a Castilla bajo Enrique IV¹⁸⁷, para concluir en la condena de aquellos ariscos y violentos señores, duros, indisciplinados, egoístas anteponeedores del propio medro al bien común. La desconfianza contra la milicia asoma igualmente en los reparos que pone al uso de las armas¹⁸⁸, pero se confunde con el amargor del tranquilo hombre de letras herido por la violencia, eterno y ciceroniano anhelo de que las togas valgan más que los arreos bélicos.

El final, previsible ya puesto en este sendero, es la doctrina del gobierno de los económicamente más abastados, siendo curioso como, al objeto de no salirse de los cauces medievos para él tan caros, acude al expediente de transformar a los nobles en ricos. «Nobilitas nihil aliud est: quam antiquitate divitie»¹⁸⁹. Hecha la riqueza nobleza, poco falta para que la vara mágica del salmantino la trueque en virtud política; bastará que observe cómo los pobres son más fáciles de corrupción que los ricos por carecer de independencia igual a la de éstos¹⁹⁰; bastará que, incorregible erudito de las cosas griegas, note que hombres «mediocres» cuales Carondas o Licurgo fueron excelentes legisladores¹⁹¹; bastará que eche una mirada en torno y deduzca que los nobles de sangre desprecian a los mejores¹⁹²; para que las riquezas pasen a requisito previo del saber político y del buen gobierno, o como Roa, con palabras extraordinariamente dignas de subrayar en la Castilla del 1500, dice, «quia divitie sunt organa quedam necessaria virtutis et doctrine»¹⁹³. Ciertamente que no osó decir más ni siquiera Tomás de Mieres defendiendo la causa de las libertades de la burguesía barcelonesa en la libérrima Cataluña del 1400.

Ya tenemos al de Roa partidario de una monarquía limitada, en la cual las leyes superen a los reyes, en donde los cargos públicos se otorguen temporal y electivamente sobre las clases económicamente fuertes, dando a un lado criterios de prestancia hereditaria al uso en las instituciones de nobleza; para que sea protagonista de las teorías intelectualistas no democráticas será preciso hacer ver que, tanto como de la nobleza detesta del gobierno de masas. También aquí son tajantes sus ideas, según nos declara: «huius questionis solutio facilis est: q. non omnes esse tot... q. tunc omnes in civitate essent principantes»¹⁹⁴, cosa evidentemente absurda en la doctrina y en los hechos servidos por la erudición doctoral del catedrático salmantino, que acudirá a referir la anarquía imperante en la Lombardía a causa de las ordenaciones democráticas, para deducir que también en la historia el gobierno de los más no es otra cosa que tiranía, porque «hac specie popularis gubernationis sententie populi sunt similes mandatis et iussis tyranni»¹⁹⁵.

¹⁸⁷ Aflora incluso esa memoria en el folio 195b.

¹⁸⁸ *In politicorum libros*, 98a-b.

¹⁸⁹ *In politicorum libros*, 90d.

¹⁹⁰ *In politicorum libros*, 88b.

¹⁹¹ *In politicorum libros*, 95b.

¹⁹² *In politicorum libros*, 96a.

¹⁹³ *In politicorum libros*, 90d.

¹⁹⁴ *In politicorum libros*, 68d.

¹⁹⁵ *In politicorum libros*, 86c.

11. REVISION DEL CONCEPTO DEL TIRANO

La visión clásica del tirano sufre, por tanto, grande cambio. Ya no será la imagen del príncipe que pisotea los cánones de la moral o los mandatos de las leyes, sino la de todo el que obra de esa guisa, sea un hombre o sean muchos, sea un príncipe o una multitud; la amplificación del concepto funde en el concepto de tiranía las tres formas malas que Aristóteles consideraba como tiranía, oligocracia y demagogia.

Fernando de Roa da en igualar la tiranía con la arbitrariedad, sin importarse del número de sujetos; lo que le interesa es el criterio cualitativo de la violencia divorciada de la razón. Una serie de diadas contraponen al gobernante justo con el injusto o tiránico por motivos de paz o de bondad: amor-odio¹⁹⁶, paz-discordia¹⁹⁷, fin comunal o privado¹⁹⁸, regir con consentimiento de los gobernados o por la violencia. Contra los modernos tiranos modestamente llamados dictadores sería de recordar que también en el pensamiento castellano se repite la reducción de la tiranía a la violencia verificada por Francesc Liximenis en el orbe catalán¹⁹⁹, al leer en los *Comentarios* que «rex dominat in civitate aut regno de voluntate suorum subditorum, tyrannus vero dominat contra voluntatem suorum subditorum»²⁰⁰.

La distinción entre súbdito y vasallo, propiamente medieva, coincide con un concepto típicamente aristotélico, el de la amistad política, en una de las más hermosas síntesis del maestro salmantino, para definir a la tiranía como aquella situación en la que el gobernante trata al súbdito como siervo²⁰¹, suprimiendo la amistad política²⁰². Verdad que si el duque de Alba hubiese leído a este su coterráneo tan vecino no hubiese dado las muestras de extrañeza que dio al llegar a la puerta iruñesa de la Taconera un día de julio de 1572.

La «multitud brutal» desmelenada es una de las maneras en que se presenta la tiranía²⁰³; otras, una falsa religiosidad para engañar a los súbditos incautos, pues apunta agudamente Roa que «est itaque cautela isa: q. tyrannus subditis appareat xpianissimus et religioni xprane maxime affectus»²⁰⁴. Contra todos esos equívocos la perspicacia del maestro de Roa monta la guardia doctrinadora con anticipo de siglos y segura mano magistral.

Todos los tipos son analizados: el pueblo sin freno²⁰⁵, el rey sin leyes²⁰⁶, hasta el pontífice romano si se aparta de las vías de la razón²⁰⁷, muy a tono con el conciliaris-

¹⁹⁶ *In politicorum libros*, 22b.

¹⁹⁷ *In politicorum libros*, 30c.

¹⁹⁸ *In politicorum libros*, 122a.

¹⁹⁹ En el capítulo 157 de *Lo dotzé del Cuestia*. Vide mi libro *Las doctrinas políticas en la Cataluña medieval*, pág. 152.

²⁰⁰ *In politicorum libros*, 122a. Lo remacha en 108a.

²⁰¹ *In politicorum libros*, 121b.

²⁰² *In politicorum libros*, 60b.

²⁰³ *In politicorum libros*, 62d.

²⁰⁴ *In politicorum libros*, 128c.

²⁰⁵ *In politicorum libros*, 86b-c.

²⁰⁶ *In politicorum libros*, 59d, 105c.

²⁰⁷ *In politicorum libros*, 105c.

mo latente en los autores castellanos del tiempo, y que, sobre trazas del Tostado, prima al concilio sobre el Papa. Dondequiera que brote la usurpación o la violencia, sea donde y por quien fuere, Roa percibirá la tiranía.

Aristóteles visto por Santo Tomás será Roa en combatir a los tiranos, apelando el salmantino a las fuentes tomistas, en este caso de un modo expreso y abundoso²⁰⁸. Tiranicida como la tradición política hispana, dícenos a la letra ser gran bien matar al tirano, algo recomendable a más lícito²⁰⁹; no olvidando la regla experimental de que mientras más tiránicos más buscan mantenerse los gobiernos²¹⁰ y que Balmes recogerá más tarde viendo que sólo son tiránicos los gobiernos que son débiles.

La teoría roana del tirano es simple secuela de aquella su brillantísima audacia, regada con talento magno y arrolladora lectura, rica en aplicaciones para todos los siglos hasta hoy.

12. LA PROPIEDAD

En hombre que asentaba a la riqueza por esencial factor político habrá que esperar una apología de la propiedad, mucho más cuanto que también Aristóteles la defendió contra las opiniones comunizantes de Platón, bien que fueran en la escala reducida de los sectores de gobierno. Al igual que Aristóteles léense en Roa los argumentos de que la comunidad de bienes postulada por Platón es imposible²¹¹ y antinatural²¹²; la excepción cristiana que vimos conjugarse con las tesis aristotélicas en la teoría de la sociabilidad, surge de nuevo incrustándose en la cuestión de la propiedad, admitiendo Roa la posibilidad de un sistema común de bienes en los casos excepcionales en que el fervor religioso supera a las tendencias de la naturaleza²¹³. Con lo cual, sin darse cuenta quizás, viene a decir lo que Platón dijera, ya que acaba en un comunismo de escogidos.

13. LA LIBERTAD

Idéntica preocupación aflora en la teoría de la libertad. Acorde con su tendencia de libertad burguesa que hoy diríamos, Roa abre a todos los hombres el acceso a la riqueza que es clave de su sistema político²¹⁴, pero otorga perennidad a la distinción entre ricos y pobres²¹⁵, extendiéndola a sus secuelas de cultura, capacidad y signos externos de vida²¹⁶.

²⁰⁸ *In politicorum libros*, 105c.

²⁰⁹ *In politicorum libros*, 35d.

²¹⁰ *In politicorum libros*, 139c.

²¹¹ *In politicorum libros*, 26d.

²¹² *In politicorum libros*, 26d. Otros argumentos en 29b y 30c.

²¹³ *In politicorum libros*, 31c.

²¹⁴ *In politicorum libros*, 64b.

²¹⁵ *In politicorum libros*, 85a.

²¹⁶ *In politicorum libros*, 92c.

El más espinoso de los temas aristotélicos del Renacimiento, según pocos años más tarde hará ver la polémica de Ginés de Sepúlveda contra fray Bartolomé de las Casas, es la de la servidumbre natural inherente a aquella justificación económica de la esclavitud con el sabido ejemplo de la lanzadera en el telar. Poniéndose aquí una vez más de relieve el tinte tomistizante del aristotelismo de Roa, ya que emplea su mejor empeño en conciliar a las varias enumeradas tesis de teólogos y filósofos²¹⁷, esforzándose por llegar a una salida conciliatoria que anude a su respetado Santo Tomás con su admiradísimo griego: la de que los dos coinciden en admitir la servidumbre natural a tenor de las condiciones de los hombres²¹⁸.

No es mi tarea aquí la de discernir el yerro o el acierto que asistió a Roa interpretando abruptamente al Aquinate; sólo quiero subrayar el modo en que de nuevo topamos en materia tan vidriosa con su constante preocupación de acercar al de Estagira con el de Aquino en una tendencia que, por muy forzada que nos parezca a cinco siglos de distancia, corona sin embargo toda la problemática filosófico-política de la Salamanca del siglo XV.

14. TEORIA DE LA LEY

Orientado en tales giros, poca novedad ofrece la parte general de su teoría de la ley, medieval a ultranza, ceñida a repetir la problemática de las clasificaciones tomistas²¹⁹ o la tabla de requisitos condensada en las *Etimologías* isidorianas²²⁰. Leemos una vez más la justificación teleológica de las normas legales en el bien común²²¹, el consecuente intelectualismo²²², la subordinación «per determinationem» de las leyes positivas al derecho natural²²³, la negación de cualquier ley opuesta al derecho natural, que al ser tal bajaría a escueta corruptela, indigna de obediencia²²⁴. El aristotelismo jurídico de Roa es el aristotelismo medieval pasado por las prensas de Santo Tomás de Aquino.

15. EL DERECHO DE GENTES COMO DERECHO POSITIVO

Sobremanera original es, en cambio, su visión del derecho internacional, verdaderamente digna de ser diputada por genial y uno de los dos grandes pilares de la gloria del maestro de Roa. Y no por lo que toca a la teoría de la guerra, matizada de íntegro

²¹⁷ *In politicorum libros*, 11a.

²¹⁸ *De domino*, 3c.

²¹⁹ *De iusticia*, 5a.

²²⁰ *De iusticia*, 5d.

²²¹ *In politicorum libros*, 69a, 76d, 148d.

²²² *In politicorum libros*, 77a.

²²³ *In politicorum libros*, 132c-d.

²²⁴ *In politicorum libros*, 148b. *De domino*, 1c.

tomismo, que con acierto de letrado reconduce a cuestión jurídica²²⁵, amén de la usual justificación de la guerra contra los «infideles qui nobis subijci nolunt»²²⁶; aquí queda a la par de la ciencia jurídica de su siglo, si es que no le adelantan algunas opiniones, hasta las de siglos atrás, cual es el caso de Ramón Lull. Lo importante del pensamiento iusinternacionalista de Fernando de Roa es que en él aparece por vez primera un claro discernimiento entre los aspectos iusnaturalista y positivo del derecho de gentes, con la paladina afirmación de la positividad del derecho internacional, más de medio siglo antes que Francisco de Vitoria y cerca de centuria y media antes que Francisco Suárez.

La tesis fue formulada con anterioridad a 1482 en la relección *De iusto naturale*, ya que en tal data se la alude en los términos que más arriba consigné. Verdadera tragedia para la historia del pensamiento político hispano fue la pérdida de tan preciosa conferencia, honra eterna de las aulas salmantinas. Apenas si por referencia al correr de las palabras sabemos de su contenido; pero con ser tan desmedrada la noticia basta para ensalzar al maestro Fernando de Roa al título cierto de fundador del derecho internacional.

Porque Roa fue quien primeramente aplicó al tema el ciceroniano «ubi societas, ibi ius», razonando que la convivencia entre los pueblos requiere unas normas reguladoras por el mero hecho de producirse. Normas que no son de derecho natural, empero de auténtico derecho positivo, exactamente iguales a la del derecho civil o particular interno de cada reino y diversas más que por la calidad por el más extenso campo de aplicación. He aquí las palabras que tanto tiempo han preterido nuestros iusinternacionalistas: «Et ideo (salvo meliori indicio) mihi videtur q. ius gentium sit ius positivum: et q. ius positivum sine legitimum contineat infra se et ius gentium qd. est ius: quos unaqueque civitas sine unaquaq. provincia sernat: et custodit»²²⁷.

Estas frases de la relectio *De domino et servo*, conferencia magistral pronunciada por Fernando de Roa en la Universidad salmantina el año 1482, contienen la primera afirmación rotunda de la positividad del derecho de gentes en el sentido en que es positivo el derecho interno de las comunidades políticas.

Aunque aquí el maestro Roa se limitaba a recordar lo que antes discernió en su otra repetición *De iusto naturali*, aplicando la doctrina general allá sentada al tema que ahora estudia: el de las relaciones del señor con el siervo. Con ocasión de averiguar la licitud o ilicitud de la esclavitud originada en las presas hechas en guerra dice: «Unde cum ius istud q. capta in bello est. non habeat vim obligandi: nisi q. scriptum est: patet istud ius esse legitimum et positivum et non naturale ut multis visum est cum quibus et mihi in repetitione: quam fecit de iusto naturali»²²⁸.

Con estas afirmaciones Fernando de Roa figura a la cabeza de nuestros iusinternacionalistas.

²²⁵ *In politicorum libros*, 15a.

²²⁶ *In politicorum libros*, 16d, 148b.

²²⁷ *De domino*, 2a.

²²⁸ *De domino*, 2a.

16. EL OCASO DE UNA FAMA

Fernando de Roa quiso realizar una empresa digna de las hazañas de un Amadis jurídico o de un Esplandián filosófico. Convencido de la necesidad de rehacer la estampa que de Aristóteles corría en su siglo y de la conveniencia de actualizar la sabiduría helénica impregnando de ella la conciencia de sus contemporáneos, su nombre corre tras los de Martínez de Osma y de Alfonso de Madrigal como colofón preclaro del preclaro grupo de los aristotélicos políticos de Salamanca.

Transido de tomismo, bebió en Santo Tomás a boca llena, codo con codo sin decirlo en la rehabilitación del Angélico en las escuelas, emprendida por Diego de Deza en la teología. De ahí que la primera cualidad de Roa es el chisporroteo doctrinal que caldea sus páginas a resultas de centrar las dos directrices más vigorosas del pensamiento castellano bajo los Reyes Católicos: el aristotelismo tostadista y el tomismo primaveralemente rebrotado.

Quiso además aunar lo antiguo con lo nuevo, con variada fortuna en las resultas. Escribe con los ojos en el pasado pero agujoneado por la comezón del contorno, ortigas en sus manos literarias. Asómase con fresco atrevimiento y no se arredra en denunciar las costumbres malhadadas del clero²²⁹, los abusos que en los cargos supone la continuidad ilimitada al desempeñarlos²³⁰, la ignorancia y brutalidad de los hombres de milicia²³¹, hasta veladas censuras contra el propio supremo gobierno de Castilla²³², cuando tenía las riendas la recia Isabel I. Aun proponiéndose escribir contemplando la «polis» griega, Castilla dura y apremiante acuciaba en sus vicios y en sus virtudes. Duélele el mal o el yerro que mira, pero hínchasele el pecho en el goce de vivir en la que a boca llena llama «nostra Hispania»²³³, en los instantes en que la confianza en ellos mismos aireaba los temblores inciertos de la universalidad que comenzaba. Embebido en el ayer, y siendo un ayer idealmente construido como suma de perfecciones sin mácula, el hoy era espuela en el corcel del pensamiento, repugnada tal vez, pero inevitablemente hiriente. Y al no poder menos de tener en cuenta la vida en los libros, su doctrina mezcla la «polis» de Aristóteles con la Cristiandad o el reino, la tríada de las formas de gobierno con su inconsciente defensa de una libertad en Castilla con menguado sostén social, su negación del comunismo platónico con la reducción de las virtudes políticas a hiedra del árbol de la propiedad, su definición clasicista del tirano con la innata repugnancia a toda clase de voluntarismos.

²²⁹ *In politicorum libros*, 40c.

²³⁰ *In politicorum libros*, 42d.

²³¹ «Prima est: q. istis non sunt conferendi magni magistratus civitatis et correctoriatus et pretoriatu nec minus fieri debent duces exercitus q. cum p. maiori parte sint ignorantes et iniusti: p.p. ignorantiam in multis errare poterunt et p.p. iniusticiam aliis iniuriabunt.» *In politicorum libros*, 64b.

²³² Si se tienen en cuenta las circunstancias, hasta como explanación erudita resultan oradísimos trechos como el siguiente, en el folio 81a: «q. multe que hodie discuntur regie gubernationes: non sunt regie gubernationes: nisi nomen et vocen habeant regis: sm. veritaten non sunt solo nomine: et multi qui hodie discuntur reges: quamvis reges: sed potius tyranni immo quod plus est gentes q. hodie sunt non sunt digne regia gubernatione.» Corroborando en el folio 125c que «multi dicuntur reges: qui non reges: sed verius tiranii nominandi sunt.»

²³³ *In politicorum libros*, 96a.

Colosal empresa sin duda, por más que destinada al fracaso, este querer trasplantar al bronco suelo castellano el cedro aristotélico de los huertos atenienses; pero, en el mismo fracaso inevitable, grande con la magnitud de las cosas imposiblemente apasionadas.

Dos puntos quedan de él encima de todo: su brillantísimo planteamiento del derecho de gentes como sistema de normas positivas, primer jalón de la cadena de los fundadores hispanos del moderno derecho internacional; y su teoría de la libertad, intelectualista a lo tomista y a la larga para minorías burguesas, concejos independientes, hermana digna de las formulaciones de Mieres, tanto más si se compara la diferente circunstancia de Castilla y Cataluña, condenada a uncir su suerte a lo que poco después sería la rebeldía de los comuneros. Roa es y será dos cosas: el primero de nuestros magnos internacionalistas y el Moisés teórico de las comunidades de Castilla.

Tan es así que su fortuna póstuma sigue la suerte de aquellos sus hijos ideológicos. ¿Qué otra explicación tiene, si no, el que este hombre, el más afamado de los maestros salmantinos del 1500, sufra hacia 1520 un eclipse que ahora comienza a disiparse? ¿Cabe otra explicación, vista la cercanía ideológica, para semejante olvido, que el deseo de borrar tras Villalar los recuerdos de aquella corriente de libertades, mamada en Aristóteles, rehecha en Santo Tomás, real en los concejos, reinante en la Salamanca universitaria sobre todo por los libros o clases de Fernando de Roa, y rutilante en las huestes de Juan de Padilla? ¿Cómo, si no, este varón sapiente ante cuya mención se postraban los contemporáneos aun de la talla de un Arias Barbosa, cae de súbito en el negro olvido del silencio?

La historia la escriben los vencedores y había prisa en hacer desaparecer todo lo que en Salamanca se relacionara con la preparación ideológica de la guerra de las comunidades en aquellas aulas libres y sabias. En documentos sacados a la luz por mi querido compañero Ricardo Espinosa resulta que al entregar el escribano Oviedo a la Universidad en veinticinco de agosto de 1530 los libros que en depósito tenía, hízolo con las lagunas que hoy echamos de menos, o sea en conjunto casi todos los que correspondían desde 1480 hasta 1525²³⁴; no de otro modo en nuestros días y por referir sucesos que alguien quiso hacer olvidar, faltan hojas de periódicos de los años de la segunda República en la misma biblioteca de la Universidad de Salamanca.

A esa prisa en el olvido debió Fernando de Roa su triste apagamiento; hoy, los ánimos serenos y los intereses aquietados, saludamos en él a uno de los máximos exponentes en la historia del pensamiento político castellano y al varón de mayor lustre de todo el reinado de los Reyes Católicos en nuestras materias, florón insigne de la Universidad mayor de las Españas.

²³⁴ RICARDO ESPINOSA MAZO: *El maestro Fernán Pérez de Oliva en Salamanca*. Madrid, Tip. de Archivos, 1927, pág. 24, nota 2. Disiento de Espinosa en cuanto a que la pérdida débese a descuido del escribano; téngola por intencionada.

CAPITULO XI

Un eco del Tostado: Pedro Jiménez de Préjano

1. EL MAESTRO PEDRO JIMENEZ DE PREJANO

El riojano Pedro Jiménez de Préjano o de Prexano, colegial de San Bartolomé de Salamanca, maestro de teología, canónigo de Segovia y Toledo, obispo de Badajoz de 1486 a 1489 y de Coria de 1489 a 1495, es uno de los secuaces más notables de Alfonso de Madrigal, casi el testamentario formal de la producción literaria del Abulense y prez de las escuelas salmantinas donde desempeñó la cátedra de Vísperas durante muchos años. Muerto en 1495, dejó fama de gran hombre, mereciendo que el padre Juan de Mariana se hiciese lenguas de la agudeza escolástica de su ingenio¹.

Pedro Jiménez de Préjano fue uno de los denunciantes de Martínez de Osma en las reuniones de Alcalá de Henares, de 1479, y gran parte de su obra va enderezada a combatir al compañero audaz de las aulas salmantinas; hasta escribió una refutación de las opiniones de Osma, publicada en Toledo en 1486 y que dedica al arzobispo Alfonso Carrillo², el mismo que condenara a Pedro de Osma, en cuyos 142 capítulos rechaza las ideas de su contrario, tras haber dado un resumen de ellas en el capítulo I³, sacadas del *Libello sobre la confesión*.

Tipo de varón apegado a sus convicciones, duro e ingenuo al mismo tiempo, armoniza la violencia de su repudio de las supuestas herejías del compañero de claustro con una de las más dulces y sencillas lecturas que encontrarse caben, la serie de meditaciones piadosas con puntas de filosofar que acumula en los 156 capítulos de su *Luzero de la vida cristiana*⁴, redactadas siendo obispo de Coria al cabo de sus días, y en donde va comentando ejemplar y hasta casi diría catequísticamente la vida de

¹ P. JUAN DE MARIANA: *Historia general de España*, en BAE de Rivadeneyra, XXXI (1950), 205a.

² *Confutatorium errorum contra claves ecclesie*. Toledo, Juan Vázquez, 1486. Folio ala.

³ *Confutatorium*, alb-a2a.

⁴ Burgos, Fadrique Alemán de Basilea, 1495.

Cristo, en especial los momentos de su encarnación y muerte, los sacramentos de la Iglesia, las leyes mosaica y de gracia, y el juicio que ha de venir al final de los tiempos. Contraste entre el apóstol que predica y el celoso guardián de la fe que refuta, símbolo de un alma suave y fanática, inquisitorial y aniñada, mezcla del fuego y del agua que queman al hereje y bautizan al fiel, sin transición alguna. Tal vez su más cabal retrato se halla por eso en las palabras de protesta con las que cierra el prólogo de su *Luzero*. «E porque la materia deste libro —exclama entre precavido y fervoroso— sera de cosas ala fe tocantes scripta en lengua castellana: si, lo que Dios por su inmensa piedad no permita, se scriviere algun error: o cosa no consona ala santa fe catholica e doctrina delos santos e catholicos doctores: cuyas pisadas sana e santa doctrina fielmente abrazaré e seguiré en todo este libro: dende agora por entonce confieso e protesto: que será por ignorancia o inadvertencia: e no por alguna otra intencion siniestra. E someto a mí e alo que dixere e escriviere a la correccion de la sancta sede apostolica que es maestra de verdad: a quien pertenece corregir los errores a la fe tocantes»⁵.

Muy hombre, por lo dicho, bueno para el tiempo de los Reyes Católicos. Celoso como Deza y sencillo como Montesino, en su pluma se ayuntan el brío del inquisidor con la delicadeza del poeta de los villancicos que enamoraban a la reina Isabel. Su *Luzero* parece compuesto a la medida de los gustos de la reina, feliz logro de un encargo expreso de los reyes⁶, perla de las meditaciones escritas con orgullo de hispano de aquella hora cenital «en nuestra lengua castellana⁷ y coronadas por la loa de sus señores», a quienes ensalza en contraste con los tenebrosos años del anterior reinado por «fautores de la paz introduzida en las Hispañas sin consolacion e sin speranca de remedio lacrimosas: e turbadas: dissipadas: tiranizadas: e miserablemente opressas e denostadas»⁸.

Personaje a quien tocó en suerte una oportunidad conforme a sus condiciones personales, hijo de su tiempo en lo bueno y en lo malo, significa la perduración en una generación más tarde de las opiniones de Alfonso de Madrigal, del cual es apenas eco relevante y fidedigno.

2. SU DEPENDENCIA DEL TOSTADO

Desde el punto de vista científico, Pedro Jiménez de Préjano es un colofón del Tostado, sea bibliográfica, sea doctrinalmente. En lo bibliográfico, los dos libros más aparatosos que legó son dos abultadísimos volúmenes⁹, extractos de los comentarios de Alfonso de Madrigal al Evangelio de San Mateo, gigantescas antologías que editó con

⁵ *Luzero de la vida cristiana*, 3 vto.

⁶ *Luzero*, 2 vto.

⁷ *Luzero*, 2 vto.

⁸ *Ibidem*.

⁹ Ambos fueron impresos en Sevilla en 1491 por Pablo de Colonia y Juan de Pegniezer o de Nüremberg.

el nombre de *Floretum*, por utilizar la palabra que entonces se empleaba para tales menesteres y que por su desmesurado tamaño concuerdan bien con la magnitud de los *Comentarios* de donde se sacan.

La dependencia del *Floretum* es confesada por Préjano, ya que su texto proviene directamente del Abulense. Sólo haré notar que esta dependencia da pie a que Pedro Jiménez haga suyas las tesis políticas del Tostado. Baste un ejemplo: lo que dice del principado secular y del eclesiástico, de sus rasgos respectivos y de sus diferencias peculiares, en el párrafo 59 del capítulo XX de la Segunda Parte del *Floretum* no es sino un extracto, con gran pieza de frases literalmente transcritas, de lo que Alfonso de Madrigal, escribió glosando el capítulo XX del *Evangelio* de San Mateo¹⁰.

Empero no se limita a copiar al Tostado cuando confiesa extractarlo, sino que hace lo mismo cuando escribe por cuenta propia, dando como suyas palabras que a la letra transcribe sin el menor de los empachos. En prueba de mi aserto basta contrastar un pasaje: la teoría de las cinco acepciones de la Iglesia.

Del cotejo de tales pasajes puede colegirse hasta qué extremos llega la dependencia del maestro Pedro Jiménez Préjano respecto al grande obispo de Avila.

3. POLITICA

El tema político favorito de Préjano, al cual hace referencia en todos sus escritos, es la teoría de las llaves, en la que se comprendía de un lado el problema general de la vigencia de los sacramentos y de otro lado la cuestión de la esencia y ámbito de la potestad de jurisdicción en la máquina constitucional de la Iglesia.

La exposición más clara es la que brinda en el *Luzero*, donde separa las dos llaves aun advirtiendo trátase en realidad de una sola, para discernir la llave de la ciencia consistente en la facultad de examinar, de la llave de la potencia consistente en la facultad de setenciar¹¹. Este punto de vista, tomado igualmente del Tostado según costumbre de Préjano¹², se concreta en un desarrollo particular de los fundamentos sobre que se asienta la potestad jurisdiccional, que igual que la otra dimana de Cristo¹³. Es de foro público y no afecta al cuerpo verdadero de Cristo, sino al conjunto de fieles que integran el cuerpo místico, correspondiendo a la Iglesia¹⁴.

El Papa posee plena potestad sobre el cuerpo místico de la Iglesia, en su calidad de cabeza de la jurisdicción, tocándole la administración del tesoro espiritual de las indulgencias, en contra de lo que opinara Pedro Martínez de Osma¹⁵.

¹⁰ ALFONSO DE MADRIGAL: *Commentaria in quintum parten Matthaer*. Venetüs, 1596, v. 200 c-d, a la cuestión XCV. En el *Floretum* no hay paginación, debiendo citarse por tomos, capítulos y párrafos.

¹¹ *Luzero*, 120a. *Confutatorium*, 11b, 13c.

¹² En el *Floretum*, II, capítulo XVIII, párrafos 79-80.

¹³ *Confutatorium*, f10b.

¹⁴ *Luzero*, 120b.

¹⁵ *Confutatorium*, en 8b.

Aunque la Iglesia romana está a su juicio sujeta a la posibilidad de error, debiendo subordinarse a la Iglesia universal, única infalible, cuyas decisiones se exteriorizan en los concilios. Fiel en todo al Tostado, Jiménez de Préjano le sigue en su actitud conciliarista, por más que en el *Luzero* parezca suplantarla por una ciega sumisión a la Silla Romana. Pero en sus escritos anteriores, incluso al combatir contra Pedro de Osma, se limita a reproducir las ideas del Tostado con literal servidumbre, admitiendo la superioridad del Concilio sobre el Papa, aseverando que las Iglesias particulares, sean toledanas o romanas, pueden errar, y concretando que la certeza de la verdad reside exclusivamente en la congregación conciliar que representa al universo de los fieles de la Iglesia.

A lo primero, son exactas las palabras con que Préjano y el Tostado aseguran que es sólo la Iglesia universal la que «errare non potest», aquél en el *Confutatorium*¹⁶, este comentando a San Mateo¹⁷, con igual argumento de que el Papa es un hijo de la Iglesia.

A lo segundo, a la supremacía del Concilio, tocan las palabras del Tostado en sus *Comentarios a San Mateo*: «... et potestas Concilii Generalis: qua nulla est maior super terram, et non potest errare in pertinentibus ad fidem, nec errat in pertinentibus ad mores. Quilibet autem homo quantumque sanctus, et quantocunque potestatis potest errare in fide, et effici haereticus, sicut de summis Pontificibus legimus»¹⁸, que copio para mostrar cómo las recoge Jiménez de Préjano al recalcar en el capítulo CXLII de su *Confutatorium* que «tanta fuit semper in ecclesia auctoritas generalium conciliorum q. nunquam fiebat aliqua determinatio circa fidem nisi in generali concilio. Et de hoc vere dicimus q. non potest errare circa fidem», cosa que no cabe decir ni del Papa ni del Colegio de cardenales¹⁹.

La política que preocupa al maestro Préjano es, como puede verse, la que atenazaba a un maestro de teología cuando la edad media agonizaba; no asoma en sus páginas el tema de la neopaganización de la vida pública con la divinización del hecho que va a canonizar Maquiavelo, ni se da cuenta de las transformaciones que el romanismo ya casi triunfante va a suponer para la contextura política de los pueblos europeos. No trasciende la Edad Media, vive culturalmente con ochenta años de retraso; no percibe las transformaciones en curso, no sale de las páginas ya pulidas por el tiempo de su admirado obispo de Avila. Lo único que le parece interesante en política es aquilatar las relaciones del Papa con el Concilio, ni más ni menos que si la vida cultural no tuviese ya problemáticas más apremiantes que la envejecida polémica conciliar. Su actividad ideológica en política se halla retardada respecto al giro de fuera y corrobora una vez más el sello medievalista del pensamiento político español bajo los Reyes Católicos.

¹⁶ *Confutatorium*, en 9d.

¹⁷ *Commentaria in quintam partem Matthaei*, 56c.

¹⁸ ALFONSO DE MADRIGAL: *Commentaria in primam partem Matthaei*. Venetis, apud Io. Baptistam et Io. Bernardum Sessanfrete, 1596, folio 7d.

¹⁹ *Confutatorium*, en 10b.

4. FILOSOFÍA DEL DERECHO

Su filosofía del Derecho adolece de pareja perspectiva. Apenas son tres los problemas a que alude y siempre con mentalidad de teólogo moralista que nada tuviera que ver con la filosofía del derecho propiamente dicha.

Los apuntaré brevemente.

El primero de ellos se refiere a las relaciones entre la ley antigua dictada por Moisés y la ley nueva promulgada por Cristo, que le sirve de pie para desarrollar su teoría de la ley. Plantéase Préjano el problema de si Cristo vino a cumplir o a quitar la ley mosaica, manifestando vino a cumplirla no porque desenvolviera lo que en ella se ordenaba, sino lo que en ella se prometía, a través de sustituirla por la ley de gracia, ley de amor que durará eternamente²⁰. Siendo al explicar el modo de esa operación sustituidora donde el maestro Jiménez de Préjano explana su teoría de la ley.

La cual tiene, a su vez, dos maneras de vigencia como hoy diríamos, «de vigor o de fuerza» en su vocabulario: la primera forzando a los súbditos a observarla, la segunda ordenando las cosas con vistas al fin hacia donde tiende. De ambas la primordial es la segunda, «porque ninguna ley es por sí misma mas que por algun fin a que es ordenada», hasta el punto de que «la ley no tiene virtud ni fuerza de obligar los súbditos; salvo en quanto determinada e directamente los lleva a fin»²¹. Con lo cual traslada a su teoría de la ley aquella orientación teleológica que ya recogiera Santo Tomás de Aquino de un modo paralelo, pero que a Jiménez de Préjano no le viene de influjos del Aquinate, sino por la vía de los gustos aristotelizantes de Alfonso de Madrigal, a quien sin cesar sigue. Cuando remata su análisis de la ley de gracia en relación a la ley mosaica, afirmando debe su vigor al alto fin a que tiende, «porque la ley es siempre ordenada a algun fin»²², confirma el planteamiento aristotélico, bebido en las linfas eruditas de las sugerencias del Tostado.

Un segundo punto que notar es la forma en que inserta en esa cuestión la realidad del derecho natural. Hablando de la pervivencia o supresión de los preceptos de la ley vieja o mosaica dice ser de tres clases: judiciales o de ordenación del pueblo hebreo, que cesaron con la ley nueva dada por Jesucristo, ceremoniales o de índole ritual, que asimismo cesaron, sustituidos por otros; y morales, que siguen obligando a causa de coincidir con los dictados del derecho natural, o sea no por sí mismos, sino en razón de encajar en los dictámenes de la «recta ratio». Ejemplo de estos últimos son los diez mandamientos del Decálogo, que siguen en pie después de la venida de Cristo, «como sean impressos naturalmente en la razon».

El tercero concierne al ámbito de aplicación de las leyes positivas o emanadas del legislador humano, que para Jiménez de Préjano se detienen delante del muro que guarda los secretos actos interiores de los hombres. Es opinión que reitera. Ya en el

²⁰ Luzero, 131b-133c.

²¹ Luzero, 131b.

²² Luzero, 130d.

Confutatorium sostiene tal imposibilidad, fundándose en que el «legislator non potest percipere vel prohibere: nisi de his que eius cognitioni subiacent»²³, y que razona con numerosos argumentos: porque hacia actos ocultos que no podría conocer el legislador político sino gozando de un poder de adivinación del cual carece; porque acarrearía males mayores, lo que prueba justificando la existencia de las meretrices como modo de evitar males mayores de adulterios y otros escándalos; por la prevalencia de malas costumbres y porque las leyes positivas miran sólo a la conservación del orden político, «non sunt leges nisi ad conservandum statum politicum», como prueba con cita al libro VIII de la *Ética a Nicomaco* de Aristóteles²⁴.

Argumentación que le sirve para razonar la necesidad de las leyes evangélicas o morales, al lado de las positivas o políticas, dada la insuficiencia de las últimas. Es que éstas no miran más que a la conservación de la paz en la convivencia, mientras aquéllas contemplan el fin último del hombre. Arrancando de su aristotélica visión teleológica de las leyes dice son precisas, porque sin ellas no podía subsistir la comunidad, ya que a no ser lícito matar al agresor o castigar al ladrón «ninguna policia ni comunidad humana podría permanecer», en cuyo caso las leyes «serían malas ça no convendrían al fin para que son instituydas»²⁵. La dependencia del libro III de la *Política* aristotélica es patente cuando sostiene que «leges politice: sunt ad finem politicum qui est tranquilus et habundans status civium»²⁶, así como es de teólogo cristiano la deducción de que tal limitación en sus fines arguye un empequeñecimiento en el contenido, la no comprensión de aquellos actos internos que viene a abrazar cabalmente la ley evangélica.

Por eso para él las leyes de la Iglesia constituyen una «policia ecclesiastica» que vigen también en el fuero de la conciencia al tener por meta la consecución del fin último del hombre²⁷; mientras que las leyes positivas, por contemplar tan sólo el orden tranquilo en la convivencia no obligan en fuero de conciencia sino en la medida en que coinciden con la ley natural, nunca por sí mismas, sino «inquantum derivantur a lege eterna»²⁸.

La filosofía del derecho integra la parte más interesante del pensamiento político de Pedro Jiménez de Préjano. Júntase en ella el saber aristotélico con la visión teológica, sin mezcla, eso sí, de ninguna ingerencia escolástica, antes dentro del estricto cauce postulado por Alfonso de Madrigal y que es el canon de los salmantinos de la segunda mitad del siglo XV. Las leyes positivas son estudiadas con avizoramiento peripatético, las leyes morales con mentalidad cristiana; y es de la fusión de ambas corrientes, dentro de los márgenes de una agudeza llena de sutilezas profundas, de donde mana una de las filosofías jurídicas más agudas de su tiempo. Lástima que

²³ *Confutatorium*, e2c.

²⁴ *Confutatorium*, e10c.

²⁵ *Luzero*, 135a.

²⁶ *Confutatorium*, flb.

²⁷ *Confutatorium*, fld.

²⁸ *Confutatorium*, fla.

apenas si rozase unos temas sueltos y que no levantase en construcción completa un monumento filosófico-jurídico quien tan diestro se muestra en cortar sueltas columnas para pórticos inacabados.

5. OTROS ASPECTOS DE SU PENSAMIENTO

Esa agudeza se transparenta en cuantos aspectos aislados aborda, sin que me sea dado repasarlos todos. Citaré, sin embargo, como modelo de enfoque su planteamiento del estudio de la institución matrimonial, que considera a tenor de la orientación teleológica que es clave de todo un pensamiento político. Porque su fin es la perpetuación de la especie humana, el matrimonio cae dentro de las esferas del derecho natural; porque se ordena a un fin político, le sujeta la ley civil y humana; porque su fin afecta al bien de la Iglesia, legisla sobre él la ley canónica²⁹. Sirva de ejemplo de claridad mental y de consecuente aristotelismo ese enmarque de las cuestiones a tenor del fin que las perfila.

6. MARTINEZ DE OSMA Y JIMENEZ DE PREJANO

No hemos de alabar en el maestro Pedro Jiménez de Préjano una originalidad desbordante, ni pretender que su tarea fue la de renovar el pensamiento de su tiempo, pero sí hemos de reclamar para sus fatigas el lauro de haber cumplido con lo que se requería para un afanado y docto catedrático de la Salamanca universitaria del siglo XV. No es hombre brillante, más sí sesudo; no poetiza, argumenta; no descubre, coloniza; no crea, remacha. Híbrido producto del candor y de la intolerancia, de la miel y de la hiel, sus escritos tienen en conjunto el sabor agridulce de las cosas naturalmente frecas y sabrosas. Manzana en agraz del pomar espiritual de la España de los Reyes Católicos, es prototipo de lo que debiera ser un hombre que fue lo que él ha sido.

Aletea cierta inconsecuencia en su prurito lidiador contra Martínez de Osma y en el hontanar común donde ambos abrevan: Aristóteles, servido por la erudita maestría del Tostado. Aunque enfrentados en Alcalá de Henares, hállanse muy cerca uno del otro; les liga entrañadamente su tostaísmo, su aristotelismo puro, su desdén hacia la Escolástica, su olvido de los luminares del siglo XIII; en una palabra, su idéntica perspectiva mental. El choque fue por cuestiones menores y por temas de fe con rasgos de detalle que no modifican el dato fundamental de que Pedro Jiménez de Préjano y Pedro Martínez de Osma son centellas emanadas de la lumbre clara del Abulense; aunque a primera vista haya quien se gozara en contraponerlos, como el P. Juan de Mariana o Menéndez y Pelayo, un estudio más atento del legado escrito de ambos delata su parentesco intelectual.

²⁹ Luzero, 135b.

Gánale Osma en erudición y amplitud de miras, pero vence Préjano en el aquilataamiento de lo menudo de los temas; aquél es más ancho, más abierto, más ambicioso; éste, más concreto, más acabado, más perfecto. Y los dos pueden hoy, al cabo de medio milenio, hermanarse en la catalogación del historiador del pensamiento político español.

En lo que sí cabe discernirlos es en que Osma merodeó campos sospechosos de la infección que poco más tarde expandería Lutero por el corazón de Europa, mientras que Préjano se adelanta a los tiempos y parece querer pugnar contra las futuras doctrinas del próximo enemigo, reafirmando la libertad humana³⁰, cual si presintiese que en negarla iba a residir el meollo de la gran revuelta que su olfato de teólogo ventea.

La parte más señera del pensamiento de Préjano es su filosofía jurídica; en el resto apenas si copia literalmente a Alfonso de Madrigal. Pero aun así, este repetidor consecuente del Tostado, con la mente hacia atrás y el corazón hasta adelante, es prez del pensamiento castellano de su hora y gala de los gloriosos estudios salmantinos.

³⁰ Recordaré al efecto sus palabras en el capítulo XXVI del *Luzero*: «Lo segundo avemos de hazer todo lo a nos possible segunlas fuerças e prudencia humana ca desearlo a dios todo: e no hazer lo que pudiessemos: seria temptar a dios: cierto es que joseph sabia que aquel niño era dios: o se podia librar: mas puso toda su diligencia: por lo librar de herodes que no lo matasse» (folio 23b).

CAPITULO XII

La vuelta al Tomismo: fray Diego de Deza, O.P., y Pedro de Costana

1. LA RESTAURACION DEL TOMISMO POR FRAY DIEGO DE DEZA

Lo que Alfonso de Madrigal fue para Pedro de Jiménez de Préjano es Santo Tomás para fray Diego de Deza (1444-1523), su compañero en el claustro salmantino, sucesor de Pedro de Osma en 1480 en el desempeño de la cátedra de Prima de Teología, obispo de Zamora y Salamanca, protector de Colón, arzobispo de Sevilla, inquisidor general, una de las personalidades más insignes de la orden dominicana y restaurador de los estudios de Santo Tomás entre nosotros, pues puede decirse sin temor a extravío que su actuación puede emparejarse con la desarrollada por su hermano de hábito Juan de Capreolo en la universidad de París.

Como él, significa Deza la vuelta al Santo Tomás purificado de las sombras de las glosas de los teólogos de los doscientos años últimos. Su tarea de escritor, su fundación en Sevilla del Colegio de Santo Tomás imponiendo preceptivamente el estudio de la *Summa Theologica*, todo gira en torno a esta meta: la vuelta al tomismo puro.

Sus dos libros fundamentales arrancan de la defensa de Santo Tomás. Como en 1429 el obispo de Burgos Pablo de Santamaría criticase las anotaciones que Nicolás de Lira, aquel de quien dijo que

«si Lyra non lizaret
totus mundus deliraset»,

redactara acerca de la *Biblia*, salió a la palestra en defensa del Teólogo italiano el franciscano alemán Matías Dorinck, en un alarde en que se ventilaba una vez más el rescoldo nunca apagado de la rivalidad de escotistas contra tomistas, tanto vale de franciscanos contra dominicos. A contraatacar a Dorinck en defensa de Santo Tomás acorre fray Diego de Deza, continuando la polémica antigua, pero superándola con la

amplia visión de Juan de Capreolo, es decir, cerrándola mediante la difusión del entonces olvidado tomismo auténtico. Para ello acude directamente a las fuentes como Capreolo, y compone dos larguísimas defensas del Aquinate que en realidad se reducen a espaciosas antologías de sus obras. Tales son las *In deffensione Sancti Thomae ab impugnationibus magistri Nicholay magistrique Mathei propugnatoris sui*¹ y las *Nonarum deffensionum doctrine angelici doctoris beati Thome de Aquino super primo (o secundo, tercio o quarto) libro sententiarum questiones profundissime ac utilissime*².

Trátase de florilegios extraídos de las obras del santo dominico, parejos a los que Jiménez de Préjano sacara de los *Comentarios* de Alfonso de Madrigal al *Evangelio* de San Mateo. Lo que en ambos escritos se propugna es la doctrina del Aquinate a la letra seguida. Ya desde la primera cuestión, la superioridad de la Teología sobre el resto de las ciencias por partir de la revelación, y aún dentro de ella de la «Theologia per revelationem habita» sobre la «Theologia naturaliter inventa»³, denota el alcance que se busca. La antropología tomista de las *De veritate*, con la subordinación del libre albedrío a la razón y sobre las potencias motoras⁴, prepara a una temática cuyo color se ve de lejos.

2. DEZA COMO PENSADOR POLITICO

Muy pocos son los puntos abordados por Deza que quepan en una historia de la índole de la presente, y siempre consistirán en repetición de las sabidas tesis tomistas. Por escoger los más relevantes apuntaré la afirmación de que las virtudes cardinales guardan cohesión entre sí y de que ninguna puede existir faltando la prudencia⁵; que el papel de la sindéresis es enderezar las virtudes según los principios del derecho natural⁶; que las virtudes difieren de los dones del Espíritu Santo⁷; y que la ley «ad practicam cognitionem pertinet»⁸; que las llaves de la Iglesia coinciden con la potestad sacerdotal⁹; que la Iglesia romana no puede errar en materias de fe¹⁰; todas las afirmaciones coherentemente documentadas en las que el inflexible dominico va colaborando a poner en pie otra vez las opiniones de Santo Tomás en las contadas ocasiones en que la ética o la política asoman en libros de la calidad de los que él compuso.

¹ Sevilla, Meynardo Ungut alemán y Stanislao Polonio, 1491.

² Sevilla, Jacobo Kronberger alemán, 1517. En cuatro partes.

³ *Super primo Sententiarum*, 7d.

⁴ *Super secundo Sententiarum*, 217d.

⁵ *Super tertio Sententiarum*, 125a.

⁶ *Super tertio Sententiarum*, 126b.

⁷ *Super tertio Sententiarum*, 122c.

⁸ *Super primo Sententiarum*, 122c.

⁹ *Super quarto Sententiarum*, 105d.

¹⁰ En sus opiniones sobre las proposiciones de Pedro Martínez de Osma, emitidas en la junta de teólogos convocada por el arzobispo Carrillo en Alcalá de Henares, según Menéndez y Pelayo. *Heterodoxos*, II, 385 nota 2.

Tal vez el asunto en que más ampliamente se detenga con interés directo para nosotros sea ocupándose del matrimonio, al cual considera institución divina en un doble sentido: como sacramento y como «*officium naturae*»¹¹, en un planteamiento iusnaturalista en el cual discierne las inclinaciones naturales propias de las criaturas racionales de aquellas que son comunes a hombres y animales, al bosquejar los impulsos naturales que en el matrimonio vienen a cumplirse¹². Si añadimos a semejante análisis que la poligamia se halla prohibida por el derecho natural secundario y no por el derecho natural primero¹³, habremos completado el cuadro de la porción más interesante de la recepción de Santo Tomás por fray Diego de Deza para un estudioso de los temas que me ocupan.

En resumidas cuentas, fue Deza brillantísimo teólogo, maestro insigne y acendrado hombre de letras, grande en el gobierno y docto en la lectura; mas su labor central excede a los temas políticos, anclando en lo más denso de la teología. Fue un teólogo a quien cupo la reforma de los estudios teológicos, afanoso por reintegrar a Santo Tomás al puesto preeminente que en tales zonas le correspondía; por eso, si alguna vez alude a temas nuestros fue muy de refilón; lo que él buscaba era otra cosa ciertamente muy distinta.

Dominico en todo, hasta en la agria forma en que se yergue como rival del franciscano Jiménez de Cisneros en el violento *Memorial* que enderezó *al Rey Católico sobre varios asuntos de Estado*, desde Sevilla el 11 de enero de 1507¹⁴, pues llega a juzgar apasionadamente como «ofensa de Dios» la entronización del arzobispo de Toledo al puesto de inquisidor general; intransigente siempre, pero también tenazmente celoso, con las condiciones pertinentes a un reformador incansable, hombre de hierro en la disciplina de la vida, voluntad de acero en la reforma de la teología. Político práctico no pasó de teólogo teórico; y aun en lo que de política opina lo hace a fuer de teólogo que, en lo que la bordea, aspira como siempre a la reivindicación y expansión del pensamiento aquinatense. Hombre macizo, incidió en la política cuando ésta se avecindaba con su misión teológica.

3. PEDRO DE COSTANA

Compañero de Osma y de Préjano en vestir las becas bartolomeas, catedrático de Vísperas, hebraísta y teólogo con reconocidos méritos, deán de Toledo e inquisidor, Pedro Díaz de Bustamente; más conocido por Costana, puede ser colocado a la vera de Deza en el empeño introductorio de Santo Tomás, bien que sea lícito alterar la

¹¹ *Super quarto Sententiarum*, 140c.

¹² *Super quarto Sententiarum*, 140a.

¹³ *Super quarto Sententiarum*, 136b: «q. unum virum plures uxores simul repugnat iuri naturali matrimonii non primero sc. secundario.»

¹⁴ Fue publicada por ARMANDO COTARELO Y VALLEDOR como apéndice, a las págs. 350-355 de su *Fray Diego de Deza. Ensayo biográfico*. Madrid, José Perales y Martínez, 1902.

cronología para posponerla al prelado dominico, dado el menor peso de sus aportaciones.

Aunque Menéndez y Pelayo, siguiendo al marqués de Alventos, da por obra distinta un tratado *Sobre el Decálogo y los Siete pecados capitales*¹⁵, paréceme que el tal libro es solamente una parte, la tercera, del ejemplar que he podido manejar de su *Tractatus de confessione sacramentali*, donde el comentario *Super decalogo* consiste en un análisis de los diez capitales, que va desde el folio d1 vuelto hasta el d8; al cual sigue otro comentario sobre *De septem viciis capitalibus*¹⁶, cuya unión pudo tal vez ser impresa aparte como libro distinto, engañando así al maestro y al cronista del Colegio de San Bartolomé.

En cambio sí existe otra obra de Costana que todavía no he visto citada por nadie. Es su *Tractatus de canonum penitentialium*¹⁷, impreso a continuación del anterior.

Erró asimismo Menéndez y Pelayo¹⁸ cuando dijo que el *Tractatus de confessione sacramentali* era una serie de ataques contra Pedro de Osma. No he encontrado ninguna alusión al colega salmantino, sino larga serie de recomendaciones sobre la utilidad, requisitos y particularidades de la confesión, y más que nada consideraciones acerca de la mejor manera de practicarla. Por lo que concierne al *Tratado de cánones penitenciales* es una antología discreta de las disposiciones aplicables del derecho canónico.

No preside el ánimo de Costana un deseo consciente de propugnar la vuelta a Santo Tomás, y es por eso por lo que altero el orden del tiempo para posponerle a fray Diego de Deza, más seguro de intenciones. Pero, en contraste con Pedro de Osma o con Jiménez de Préjano, no pisa los senderos del neoaristotelismo del Tostado, antes atesora en su regazo erudito las enseñanzas de la Escolástica dominicana. Al revés que en aquéllos, es frecuente en él empedrar sus opiniones con citas del Aquinate¹⁹, desde luego mucho más numerosas que las que hace de Aristóteles directamente²⁰. Si añadimos que menciona a San Alberto Magno²¹ veremos en él hombre que tornaba los ojos a la tradición del siglo XIII, tan desdeñada por la pléyade tostadista.

La clave de esta actitud está quizá en su conocimiento de los trabajos de Juan Capreolo en pro de la restauración del tomismo, de lo que es prueba fehaciente el que nombre al fraile tolosano²². Sea lo que fuere, todo esto induce a clasificarlo en la corriente neotomista, al lado de Deza y con menos vigor por supuesto que éste, pero lejos del grupo de los seguidores aristotelizantes de Alfonso de Madrigal.

¹⁵ MENÉNDEZ Y PELAYO: *Heterodoxos*, II, 377.

¹⁶ PEDRO DE COSTANA: *Tractatus de confessione sacramental. Cum aliis et necessariis et utilibus additamentis* s.l.n.d. Ejemplar incompleto de la Biblioteca Nacional de Madrid, bajo la signatura I-318.

¹⁷ Ocupa los folios 1-2 vto. y siguientes. Es obra distinta porque en el folio 12 aparece el «explicit» del *Tractatus de confessione*.

¹⁸ *Heterodoxos*, II, 377.

¹⁹ *De confessione*, al vto; b1 vto; c5, e1, 23 vto; etc.

²⁰ Apenas si lo hace una vez en el folio e1, con alusión nominal al libro V de la *Política*.

²¹ *De confessione*, eb.

²² *De confessione*, c5.

Cerca de los dominicos se halla también en su adhesión a las tesis reforzadoras del poder pontificio. El fue, con Jiménez de Préjano, quien acusó a Pedro Martínez de Osma en Alcalá, entre otras cosas, porque Osma seguía al Tostado en creer que puede errar la Iglesia de Roma. Orientación que repercute en el *De confessione sacramentali* y que es la muestra más granada de su especulación política. Muy en ese cauce ideológico, declara que el Papa puede excomulgar a todos los fieles, separándolos de la comunión de los fieles en virtud de su propia autoridad pontificia²³, así como que la elección del emperador requería la confirmación pontificia, la cual pudiera ser negada si mediasen causas razonables para hacerlo²⁴. En contraste evidente contra el conciliarismo de los tostadistas, Pedro Costana es postulador rotundo de la supremacía del Papa sobre todo el cuerpo de la Iglesia, con menosprecio para todas las fórmulas del conciliarismo.

Un curioso aspecto del pensamiento de Costana es su crítica contra determinadas clases sociales. Crítica de teólogo que aprendió a censurarlas en el confesionario y que devuelve golpe por golpe la que los seglares disparaban contra las gentes de sotana. Son blanco de sátira los ricos, los médicos y los abogados especialmente, a todos los cuales llama sin más ladrones; los ricos porque explotan a los pobres, cumpliendo el dicho del *Eclesiastés* del león que caza al onagro en el desierto; los médicos porque expolían y no curan; los abogados porque esquilman a todos, a los ricos y a los pobres, reos en consecuencia de los males previstos en los *Proverbios* salomónicos y dibujados ya por la musa bíblica de Isaías; finalmente los cobradores de tributos o como él, con donoso castellano llama en frase que intercala dentro del texto latino «cogedores de pechas», por sus desafueros en la exacción. Sátira tan recia, tan de moralista a derechas, que se justifican como introducción a un libro sobre el sacramento de la penitencia, pero que resultan desaforadamente violentas aun en edad en que la violencia verbal era cosa asaz frecuente.

Quien la ley negará a Costana relación alguna con el poeta del mismo apellido autor de un *Conjuro de amor con una nao de amor*, tan difundido en los pliegos de cordel y que puede verse en un papel sin lugar, data su impresor que se halla en la Biblioteca Nacional de Madrid impreso con otras poesías del Comendador Escrivá y de Antón de Montoro²⁵. No obstante las alusiones clasicistas del poeta, que invoca a los tristes amores de Dido en la partida de Eneas²⁶ o las porfías dolorosas de Medea²⁷,

²³ «... Papa potest excommunicare omnes fideles directe in separando eos a participatione sacrorum e comunione fidelium.» *De confessione*, e7-e7 vto.

²⁴ «Casus electionis imperatoris examinatio ad dominum papam spectat qui confirmat consecrat et coronat qui potest ex causa rationabili infirmare et etiam reprobare.» *De confessione*, e7-e7 vto.

²⁵ Bajo la signatura R-2263.

²⁶ «A este con rabia pido
que de su mano herida
tal te veas
qual se vio la reyna Dido
ala muy triste partida
de su Eneas.»

Conjura de amor, hecho por Costana con una nao de amor, folio 2c.

²⁷ *Conjura de amor*, 2d.

nada puede haber de común entre uno y otro personaje. Nuestro Pedro de Costana es siempre el docto profesor salmantino, inflexible en sus convicciones hasta la terquedad, celoso hasta vestir ropones inquisitoriales, duro e íntegro, hombre que se rompiera antes de tolerar el menor doblo. Viene aquí como portaestandarte de la vuelta a Santo Tomás, conocedor de lo que hiciera Juan Capreolo y cooperador desde lejos a lo que va a hacer fray Diego de Deza; con un pensamiento anticonciliar, el propio de la línea hostil a la estela del Tostado; propugnador de un reforzamiento de la autoridad pontificia al modo de Torquemada; denunciador y enemigo de Pedro Martínez de Osma en Alcalá de Henares; siempre violento, arisco, amonestador e inquebrantable en el fluir triunfante de neoaristotelismo de los secuaces de Alfonso de Madrigal.

CAPITULO XIII

El escotismo político: Pedro de Castrovol

Este capítulo no llegó a ser redactado por el autor

CAPITULO XIV

La alta didáctica: Alonso Ortiz

1. EL OPORTUNISMO ELEVADO DE ALONSO ORTIZ

La literatura adoctrinadora del 1500 prende en los escritos de Alonso Ortiz, canónigo toledano, oriundo de Villarrobleto y estudiante en Salamanca, en la floración transicional que cierra la didáctica al uso medieval e inicia el nuevo gusto, aquí en semillas, cuya primera esplendente granazón será el *Reloj de príncipes* de fray Antonio de Guevara. Al filo del cambio en los procedimientos de la didáctica política, Alonso Ortiz sella un momento en la literatura adoctrinadora, cuya medida será la misma que orienta el giro de los sucesos bajo el cetro de los Reyes Católicos en los demás aspectos de la cultura hispana. Sus escritos, en parte publicados en Sevilla en 1493 y en parte inéditos en la biblioteca de la universidad salmantina, proporcionan en medio de su inconexa estructura, un cuadro fiel de la mentalidad que entonces vivían nuestros abuelos.

Escribe Alonso Ortiz, igual que todos los del 1500, bajo la obsesionada pesadilla de los males causados por las luchas intestinas durante los reinados precedentes y en la alegre esperanza de que semejantes demasías no volverán, dado el recto gobierno de los Católicos. Identificado por entero con la nueva política de autoridad, en su *Oración* a los monarcas describe la anterior anarquía¹ para concluir que ambos, por decreto del cielo, vinieron a ser «reparadores de las españas»². A sus ojos, están cumpliendo «el deseo con que passaron desta vida nuestros progenitores»³, enorgu-

¹ ALONSO ORTIZ: *Oración fecha a los muy poderosos principes e muy altos Rey e Reyna de España nuestros señores*, en *Los Tratados*. Sevilla, por tres alemanes compañeros, 1493, fol. 44a-b.

² ALONSO ORTIZ: *Oración*, 44c.

³ ALONSO ORTIZ: *Cartas a los Reyes*, en *Tratados*, 48d.

llegándose de que fueran los «nunca vencidos»⁴, escribiendo con lágrimas sus lamentos por la muerte prematura del príncipe don Juan⁵, y diputando el mayor «peligro de las españas» aquel loco que hirió a Fernando en Barcelona el año 1492⁶. De modo especial aplaude la expulsión de los judíos, sea en la *Oración* ante ellos pronunciada⁷, sea en el *Tratado de la herida del rey*⁸, sea en la lamentación por el fallecimiento del infante don Juan⁹. Para Alonso Ortiz los Reyes Católicos son un don benéfico de la clemencia de Dios¹⁰.

2. PROVIDENCIALISMO POLITICO

Para el canónigo toledano, la aparición de esos monarcas modelo enraiza en su filosofía de la historia. Serio y preciso, poco amante de clasicismos ni fantasías literarias, con sequedad de teólogo rechaza el decir común de la fortuna y ataca las «poéticas fábulas» con que la «dayficaron» los rimadores¹¹, apelando derechamente a la verdadera causa de los hechos, la providencia de Dios. Aquella rueda famosa de Juan de Mena voltea mudanzas porque Dios lo quiere; de ahí que, mejor que referirse a una fortuna loca y ciega, sea más cierto saber que «los juyzios de Dios son grande abismo e sondura para nuestro saber ques flaco»¹².

Semejante providencialismo procura un mecanismo eticista a la filosofía de la historia de Alonso Ortiz, con arreglo al cual Dios castiga a los pueblos por los pecados propios o de sus reyes. La rota de Guadalete es la punición de los pecados de don Rodrigo¹³, así como por el contrario la longevidad y grandeza de Priamo es una recompensa por los padecimientos anteriores¹⁴. «Los reyes buenos —dirá Ortiz resumiendo su filosofía de la historia— son dones que da Dios de su gracia así como los malos da por yra suya»¹⁵.

No esclarece, sin embargo, cómo insertar en ese providencialismo político el temprano fallecimiento del infante don Juan, siendo como era para el canónigo toledano un perfecto dechado de virtudes y viviendo las Españas en cabal justicia, hasta purificada con la expulsión de los hebreos. Elude el tema, que hubiera sido el más interesante y se deshace en ponderar cuán poco sosiego dan las muchas

⁴ *Tratado del fallésim^o del muy Inclyto señor don Juan el tercero principe de las españas*, en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, manss. n.º 367, fol. 1.

⁵ *Ibidem*.

⁶ ALONSO ORTIZ: *Tratado primero de la herida del rey*, en *Tratados*, 2b.

⁷ ALONSO ORTIZ: *Oración*, 46a.

⁸ ALONSO ORTIZ: *Tratado de la herida del rey*, 7a.

⁹ ALONSO ORTIZ: *Tratado del fallésimto*, 12.

¹⁰ *Oración*, 48b. Textualmente.

¹¹ *Tratado consolatorio dirigido ala muy inclyta princesa de Portugal*, en *Tratados*, 17a.

¹² *Tratado consolatorio*, 18b.

¹³ *Tratado del fallésim^o*, 4 vto. y 22 vto.

¹⁴ *Tratado del fallésim^o*, 11 vto.

¹⁵ *De la herida del rey*, 3d.

posesiones¹⁶ o en preguntarse donde cayeron los reinos de Ciro o de Alejandro¹⁷. Abierto el tema, es de anotar la falta del más sugestivo planteamiento actual de las consecuencias de su providencialismo eticista; a no ser que se tome por solución la que pone en boca de Isabel con motivo del triste óbito: «Xto. deme abundosa agua para llorar: quando considero yo: quanto fuera bienaventurada la republica: si le guardara Dios para mas luenga vida»¹⁸; con la consiguiente réplica de Fernando de que no es lo mismo «regir por imperio los pueblos: como acabar fielmente en Xto»¹⁹. La salida es en demasía abstracta, aunque el rey la apoye con los sucesos de Alejandro y Ameliano²⁰; parece más bien una escapatoria que la resolución oportuna del problema que la muerte había tan inoportunamente suscitado castigando a la corte con la privación de su mayor esperanza, precisamente cuando los reyes creían seguir la más cristiana de las políticas posibles.

3. DE LA JUSTICIA A LA INQUISICION

La aprobación total de la política de los Reyes Católicos tiene reflejo en la construcción doctrinal con la que subordina la clemencia a la justicia, con ocasión de apoyar el establecimiento de la Inquisición.

La justicia es para Alonso Ortiz suprema entre las virtudes, «reyna de todas las virtudes morales»²¹. Llevada a extremos excesivos es mal, porque a su amparo hay muchos que suelen por exageración destruir las comunidades²², encubriendo al socaire de la justicia estricta aquella ambición que «da manjar a los tyranos»²³. Mas es compatible en ella la severidad con la clemencia²⁴, porque el «perdonar con razón» en que la clemencia consiste²⁵ puede muy bien armonizarse con la severidad. De ella es ejemplo la Inquisición que los Reyes Católicos instituyeron y que Ortiz justifica relacionando la severidad con la clemencia dentro de cada una de las dos sabidas especies de justicia distributiva y justicia conmutativa²⁶.

Así para Alonso Ortiz la Inquisición enlaza en el más puro eticismo aristotelizante y escolástico, a fuer de expresión máxima en la efectividad de la virtud de la justicia.

¹⁶ *Tratado consolatorio*, 22d-23b.

¹⁷ *Tratado del fallesimº*, 12 vto.

¹⁸ *Tratado del fallesimº*, 3 vto.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ *Tratado de fallesimº*, 24.

²² «So color de bien y de justicia suelen destuyr la republica.» *Tratado de fallesimº*, 24 vto.

²³ *Tratado de fallesimº*, 24 vto.

²⁴ *Tratado contra la carta del protonotario Juan de Lucena*, en *Tratados*, 67a.

²⁵ *Tratado contra la carta del protonotario Juan de Lucena*, 67c.

²⁶ *Tratado contra la carta del protonotario Juan de Lucena*, 67a-b.

4. SIMBOLISMO DANTESCO

El simbolismo dantesco dura todavía con sabores políticos ni más ni menos que en un marqués de Santillana. El libro para la educación del príncipe don Juan²⁷ no cae en tales simbolismos, dado su carácter didáctico, quedando en entramado de sabidas doctrinas eruditas. Empero los dos escritos suscitados por la muerte del príncipe, tanto la *Consolatoria*²⁸ como el *Tratado del fallecimiento* que se conservan inéditos en la biblioteca salmantina.

En el *Tratado del fallecimiento* hácese dormir a los reyes según la moda usual neodantesca que hemos visto tantas veces en el siglo XV, para permitir a las virtudes penetrar en la cámara regia cual resplandecientes doncellas portadoras de un mensaje de Dios, que van exponiendo sucesivamente la Caridad²⁹, la Fe³⁰, la Esperanza³¹, la Prudencia³², la Justicia³³, la Fortaleza³⁴, la Templanza³⁵, que resume de nuevo la Caridad para confirmar en su paciencia a los corazones reales³⁶, y a los cuales responden tanto el Rey³⁷ como la Reina³⁸, hasta que la llegada de la aurora restablece el orden usual de los seres y las bellísimas doncellas retornan al empíreo cumplida su misión de consolar a los regios padres atribulados y de ensalzar los méritos del príncipe fenecido.

En la *Consolatoria* acude al artificio del sueño nuevamente para nuevamente hacer hablar a las virtudes discursos parecidos a los que pronunciaran en el *Tratado del fallecimiento*, con invenciones de la Caridad³⁹, o de la Fe⁴⁰, de la Esperanza⁴¹ y de la Templanza⁴², amén de las consabidas respuestas del Rey⁴³ y de la Reina⁴⁴, truncadas por el coro de vírgenes nuncio de la aurora. La sola diferencia está en que en el *Fallecimiento* se expresan en sonoro castellano, mientras aquí retuercen sus razones en latín.

²⁷ *Liber de educatione Johannis serenissimi principis et pmogeniti. Regum potestissimorum Castelle Aragonum et Sicilie Fernandi et Elisabet Inclyta prapia coniugum clarissimorum*, en Mn. 368 de la Bib. de la Un. de Salamanca, fols. 2-60 vto.

²⁸ *Consolatoria sup. obitu Inclyti pncipis hispaniarum johaniis*, en Mn. del a Bib. de la Universidad de Salamanca n.º 368, folios 62-93 vto.

²⁹ *Tratado del fallesim*º, 11 vto., 13 vto.

³⁰ *Tratado del fallesim*º, 13 vto.-17.

³¹ *Tratado del fallesim*º, 17 vto.-21.

³² *Tratado del fallesim*º, 21-23.

³³ *Tratado del fallesim*º, 23-25 vto.

³⁴ *Tratado del fallesim*º, 25 vto.-27 vto.

³⁵ *Tratado del fallesim*º, 27 vto.-31.

³⁶ *Tratado del fallesim*º, 31.

³⁷ *Tratado del fallesim*º, 31-31 vto.

³⁸ *Tratado del fallesim*º, 31 vto.-32.

³⁹ *Consolatoria*, 72 vto.-74.

⁴⁰ *Consolatoria*, 74-77 vto.

⁴¹ *Consolatoria*, 86-88 vto.

⁴² *Consolatoria*, 88 vto.-92.

⁴³ *Consolatoria*, 92 vto.

⁴⁴ *Consolatoria*, 92 vto.-93 vto.

Sin que quede reducido el simbolismo a la concepción general del sueño y de las virtudes dialogando con los reyes, sino que Alonso Ortiz lo extiende al tenor de los discursos mismos. Sirva de ejemplo el discurso de la Reina Isabel en los finales del *Tratado del fallecimiento*, donde compara las siete ligaduras con que Dalila ató a Sansón a siete pecados graves: egoísmo, concupiscencia, ambición, etc.⁴⁵.

Alonso Ortiz es la última manifestación de didáctica simbólica a lo dantesco dentro de la literatura castellana.

5. SINCRETISMO DIDACTICO

Sin embargo, conocía saberes antiguos y sus tratados están empedrados de citas a Platón, a Aristóteles, a San Bernardo, San Agustín, San Ambrosio, a los libros de la Escritura y a Séneca de quien hace decir «nuestro» a Fernando el Católico⁴⁶.

La más galana primavera de tantas sementeras de lecturas es la que resulta en el *Liber de educatione*, verdadero ramillete de doctrinas donde puede hallarse un auténtico resumen de las disciplinas escolásticas. Aquí vuelve a superar la visión pagana del Hado en la concepción cristiana de la Divina Providencia⁴⁷, a relacionar afecto con hábito a lo aristotélico⁴⁸, a coordinar al alma imperante con el cuerpo imperado casi a lo Platónico⁴⁹, a poner la felicidad en la virtud casi a lo estoico⁵⁰, a exponer la teoría del acto humano cual la expuso Santo Tomás de Aquino⁵¹, a proponerse transformar al príncipe en modelo de saberes como la estampa bíblica de Salomón⁵². Cuantos hontanares caben en la literatura didáctica se hallan sincretísticamente entramados en este *Liber de educatione*, verdadero exponente típico de la didáctica política del 1500, con su mérito de erudiciones y su defecto de sistemática.

6. MODELO DE ALTA DIDACTICA

Del conjunto de la obra de Alonso Ortiz se desprende un perfume de sano oportunismo, en cuanto sus escritos responden a la coyuntura en que nacieron de una manera inmediata y expresiva. Desde su recogimiento toledano siguió las incidencias del juego político, atento a lamentar la herida sufrida por don Fernando en Barcelona,

⁴⁵ *Tratado del fallesim*°, 7 vto.-8 vto.

⁴⁶ *Tratado del fallesim*°, 10.

⁴⁷ *Liber de educatione*, 14 vto.

⁴⁸ *Liber de educatione*, 43.

⁴⁹ *Liber de educatione*, 39 vto.

⁵⁰ *Liber de educatione*, 58.

⁵¹ *Liber de educatione*, 12 vto.

⁵² *Liber de educatione*, 1.

a defender la primacía de Toledo sobre Granada⁵³ o a ponderar el acierto de la expulsión de los judíos. Mas sin abandonar nunca su atalaya toledana, consagrandos muchos ocios a apurar las glorias de los santos de Toledo y a escribir las vidas de San Ildefonso⁵⁴, de San Eugenio⁵⁵ y de Santa Leocadia⁵⁶, rumiadas en sus paseos a las veras del río imperial y férreo.

Desde aquella atalaya, los sucesos menudos ganaban trasfondos de universalidades. Sigue a sus reyes porque para él encarnaban la plenitud activa y presente de la universalidad histórica de Castilla. De ahí que el conjunto de sus escritos, con responder a hechos concretos de muertes, atentados, disputas o enseñanzas, adquieran dimensiones gigantescas en la oportunidad de la hora en que los redactó, ya que en cada uno de ellos, sobre la menudencia ocasional, clavaba el hálito solemne y mayestático que entonces encendía el alma de los suyos. En el colofón de su obra ha de colocarse, por eso mismo aquel párrafo con que, en la *Vida de Santa Leocadia* canta la «Dne. Ihn rex aeterne glorie»⁵⁷. Porque ahí, más que en cada una de la páginas ocasionales, daba en dos trazos el espíritu que le animó y que animaba a la Castilla del 1500.

De ahí que al referirme a Alonso Ortiz yo no haya topado mejor juicio que acuñar para él un vocablo nuevo en la historia del pensamiento político: la alta didáctica, que él practicó quizá sin darse cuenta cabal de lo que hacía.

⁵³ A ello tienden las dos cartas a los Reyes, que constan en los folios 48d-50d de los *Tratados*. Por cierto que apela al sabido argumento gótico; elogia a Toledo por ser, dice a los reyes, «el título principal de los godos, linaje real de donde vinisteis» (f. 49a).

⁵⁴ Manuscrito 366 de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, folio 1-6.

⁵⁵ Manuscrito 366 de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, 7-10 vto.

⁵⁶ Manuscrito 366 de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, 10 vto.-12.

⁵⁷ Manuscrito 366 de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, folio 12 vto.

CAPITULO XV

La casuística de la guerra: Juan López de Segovia

1. MEDIEVALISMO POLITICO

Juan López de Segovia, (1441-1496), estudiante y catedrático en la universidad de Salamanca, escribe en Italia en la última década del siglo XV dos tratados en que compendia en inacabable casuística todo cuanto cabía decir y habían dicho los eclesiásticos como Santo Tomás o los juristas como el Hostiense o Inocencio III, acerca del derecho de la guerra. En contraste con los pruritos de independencia, ya que no con la originalidad, con que Alfonso de Madrigal repasó las menores posibilidades anejas a una contienda armada, Juan López de Segovia reduce sus deseos a compendiar los frutos de sus lecturas profesionales removidas por los sucesos de la campaña de Carlos VIII por tierras italianas. Vicario del cardenal Francisco Piccolomini cuando éste era arzobispo de Siena y todavía no había ascendido las gradas del solio pontificio, a él dedica su loable tratado *De la confederación de príncipes y de la guerra y de los guerreros*, impreso en un solo cuerpo en Siena y separado en las ediciones posteriores, entre otras en la más reciente que, con traducción de Florencio Antón Moreno, fue editada por la Asociación Francisco de Vitoria¹.

También en disparidad con el otro gran casuista de cosas bélicas de su siglo, Alfonso de Polo, Juan López de Segovia toma partido por la supremacía pontifical, de acuerdo con la resultante de la gran polémica conciliar que, si viva aún en los días del Tostado, es ya simple rescoldo de hogueras polémicas en los años en que estos escritos se redactan. Libro medieval por sus fuentes y por su espíritu presídelo, la concepción jerárquica de la Cristiandad, a pesar de que su título parezca aludir a supuestos mecanismos internacionales; no concibe el conjunto de los pueblos entrelazados por sistemas de alianzas y contraalianzas, o sea de confederaciones, sino

¹ Madrid, Tip. de Archivos, 1931.

jerárquicamente ligados al sol áureo del pontificado de Roma. A tal grado que pocos escritos cantan tan alto en su tiempo la autoridad universal del Papa, precisamente en este punto de regular las relaciones entre los pueblos. He aquí sus palabras terminantes: «Et sic summus pontifex Xti. vicarius ad quem regnum status e omniun fidelium disponese pertinet q. super gentes et regna a domino constitutus est ut evellat dissipet bedificet et plantet et tanquam Xti summi regis regum vice fungens in terris ac ominum vivorum index universalis rector et pastor in distincte et universalit debet omnes ones tenere in sedere et confederatione ac unione universali e novia et scandala submonere ut anime suditorum sibi commisse ex sua diligentia et vigilantia vinentes quiete el tranquilla dirigantur in patriam»². Con citas al capítulo 8 del Judit, a una constitución del Papa Juliano y a diversos textos del Papa Inocencio IV, reafirma Juan López de Segovia esta visión orgánica y jerárquica del orbe cristiano, por él visto en acepción completamente medieval.

Prudente en sus apreciaciones, si es que no papista declarado, pasa en ascuas sin detenerse ni decidir nada en la polémica conciliar propiamente dicha, limitándose a consignar que el Papa es juez en la Iglesia es «bonorum ac rerum ipsius ecclesie conservator» y que este asunto pende en definitiva del problema de la supremacía conciliar o papal³; aunque más parece haya motivos de prudencia y acepte la teoría tostadiana concilianista, pues más adelante dice ser la Iglesia igual al Concilio, «Ecclesia seu concilium» y admite la posibilidad de que el Concilio deponga al pontífice culpable de herejía⁴.

Mas, concilianista oculto o papista convencido, nunca olvida aquella perspectiva unitaria y orgánica del orbe cristiano, como tampoco la olvidaron los demás apologetas del concilianismo; sus confederaciones tienen lugar dentro de la cristiandad o por lo menos al servicio de la cristiandad, con arreglo a criterios superiores al mero juego de fuerzas políticas; por encima o debajo del concilio, el obispo de Roma es siempre cabeza de la Iglesia, eje de la cristiandad y autoridad a quien Dios encomendó vigilar las relaciones entre los pueblos para el logro de la ansiada paz universal.

A veces las alianzas concertadas rebasan el ámbito de lo cristiano y Juan López de Segovia hace al discípulo que pregunte sobre admitir la posibilidad de entablar pactos de amistad con los infieles⁵; pero con tantas limitaciones lo acepta que en la práctica resulta imposible, y a ello llega en resumidas cuentas Juan López de Segovia, tras larga alegación de ejemplos, citas y argumentos pertinentes expresándolo así por boca del Maestro en su diálogo⁶.

² Siena, «per magistrum Henricum de Haerleym», s.a. folio a5.

³ Folio b7: «Tota questio an est quando papa possit esse index in causa eccesie aut in causa patrimoniali seu personaliant criminali est satis confusa et gravis quia pendet ex graviori sanet quando papa est supra concilium et concilium supra papam.»

⁴ Fol. c3.

⁵ Fol. a1 vto.

⁶ Folios a2 vto. y a5.

2. CASUISTICA DE LA GUERRA

El pedestal de la unidad del cuerpo político cristiano sirve de base a su casuística del hecho bélico, perfilado especialmente en la diferenciación entre la guerra justa e injusta. Claro es que, según sus pretensiones no innova gran cosa repitiendo a Santo Tomás y a los canonistas, sobre todo a San Isidoro, a quien remite a la letra⁷, concluyendo en señalar cinco causas de injusticia en las guerras: hacerla contra la voluntad de Dios, no emprenderla con necesidad, llevarla en venganza, falta de autoridad en declararla o impedimento por razón de oficio o estado⁸.

Cada uno de esos casos abre una serie de situaciones derivadas, que Juan López de Segovia va desvelando armado con argumentación aprendida en lectura de las consabidas fuentes. La relación entre la guerra y las personas eclesiásticas, cuándo se cae o no en pecado matando con ocasión del choque bélico, casos de retención lícita de la guerras ganadas en lid, si se puede presumir que una guerra es justa por el dato de haberla declarado un superior, la desobediencia al tirano que declara la guerra, y otros muchos temas parecidos completan el armazón de este libro tan erudito, tan repleto de noticias, tan fiel reflejo de doctrinas cuanto huero de originalidad; curiosa muestra sin mayores transcendencias de los frutos que el sosiego bajo el acicate de las circunstancias, promovía en un docto catedrático de la Salamanca del siglo XV, por mayores razones emigrado en la Italia de los *candottieri* y de las contiendas permanentes.

⁷ Folios c5-c5 vto.

⁸ Folios c4-c4 vto.

CAPITULO XVI

El grupo andaluz

1. EL GRUPO ANDALUZ

El alma secular de Andalucía, la más depurada y completa de las maneras peninsulares en lo sociológico, hace milenios perdía su sustantividad política. Desde que la conquistaran cartagineses y romanos, la tierra paradisiaca que los cristianos bautizarían con el máximo galardón de tierra de María Santísima, se ha visto sujeta al sucesivo yugo de visigodos, árabes y castellanos, devolviendo siempre en frutos de espléndida cosecha intelectuales las sementeras de la dominación. Tierra barbechera generosamente pródiga, sirvió para fructificar bajo todos los temperos. Al Lacio dominador regaló lo más brillante de la edad argéntea, amén de emperadores y cónsules con prioridad en el tiempo y en la fama. A los germanos violentos ofreció el yugo cultural y religioso que doblegó la cerviz de los vencedores bárbaros desde los veinte libros de las *Etimologías* isidorianas. A los árabes fanáticos y orientalizantes brindó el sutil halago de su terruño mágico, en términos de edificar un nuevo califato y de engendrar los nombres más excelsos del pensamiento y algunas de las mejores plumas del Islam. Hasta la raza dispersa encontró en la bendita tierra de las fecundidades prodigiosas, la chispa inapagable de un Maimónides. Y cuando la conquista castellana vino a anegar todas esas civilizaciones vetustas y todas esas glorias añejas en el nivelador turbión de la lengua y de la ley de la meseta, nacieron en Andalucía los líricos más altisonantes, los más granados decidores y los filósofos más excelsos de la cristiandad hispana, los Fernando de Herrera, los Luis de Góngora y los Francisco Suárez.

El momento que en este capítulo se aborda es uno de esos instantes, tan repetido a lo largo de los siglos, en los que Andalucía rinde cien por uno a la sementera espiritual del conquistador. Bajo los Reyes Católicos, que coronan la conquista definitiva de Andalucía, hay un grupo de hombres, castellanzados en la lengua, cristianos en la fe y radicalmente andaluces en el alma, que aportan al conjunto político

de las Españas del 1500 el tesoro de sus esencias viejísimas, ahora cristianas y castellanizadas.

Alienta en ellos una serie de rasgos comunes: son cristianos, pero de un cristianismo hirviente y férreo que pertenece a aquel exacerbamiento religioso causado por ocho siglos de afirmación violenta de la fe y que tanto contrasta con la endeblez creyente de los pueblos no peninsulares; son hispanos, y en todos ellos la lira se hincha al viento de las glorias hispánicas, y todos ellos creen pertenecer a unas gentes especialmente selladas con el signo de las genialidades universas, súbditos de unos Reyes que jamás deja Dios de su mano protectora y poderosa; son medievales, y aunque la yerba de las musas paganas crezca a veces en el tronco robusto de su fe, será el musgo sin raíces de la primavera literaria, nunca el brazo torneador de la yedra que viste las ruinas de un dogma decaído; son andaluces, y sus palabras se animan de especial manera cada vez que rozan con alas líricas la suprema realidad de la vega de Carmona, del Potro de Córdoba, de las gradas de la catedral hispalense, del heroísmo del Gran Capitán o del conde de Cabra, de la perfección de Juan de Mena o de la leyenda lejana y dorada de aquel semidios paisano y sabio que fue Lucio Anneo Séneca.

Desde tres ríos ven la tierra madre. Juan de Padilla desde las orillas sagradas del río sagrado; Juan de Narváez desde su desterrado afán, regando con lágrimas de ausencia el Turia a su paso por Valencia; Alonso Hernández, desde la majestad universal del Tiber, empero asimismo añorante de no trocarle por el Betis. Dos sevillanos y un cordobés que cantan glorias comunes, que vibran al son de iguales motivos íntimos, que adoran la Andalucía materna, que sienten la grandeza de sus reyes con parejo orgullo indomable, que expresan en fin las mismas problemáticas políticas.

Pocas veces fue más lícito hablar de un grupo de pensadores, pese a la lejanía de sus respectivas estelas terrenales; ni tampoco fueron muchas las ocasiones en las que se separó a un grupo de escritores con mayor motivo que estos tres que yo defino por componentes del grupo andaluz bajo los Reyes de Castilla y de Aragón, Isabel y Fernando los Católicos.

2. JUAN DE PADILLA, A ORILLAS DEL BETIS

Encerrado en su cenobio cartujano del monasterio sevillano de Santa María de las Cuevas, fue el sevillano Juan de Padilla uno de los grandes vates nacionales en la España de aquella edad por todos los conceptos expansiva. Recorre sus páginas el aura incitadora de las Españas contemporáneas, y una de las maneras más acertadas para hacerse cargo del generoso impulso de nuestros abuelos en aquellas datas memorables es ver cómo hasta el recortado silencio de los cenobios cartujanos, en un libro que procura imitar fórmulas literarias extrañas, por hombre vocacionalmente alejado del bullicio de los hechos bélicos, en la madeja de condiciones menos propicias que supieran darse, este monje siente rebotar en su corazón los anhelos luminosos de la gloria común de su pueblo.

Literariamente es un imitador de Dante, el mayor de los imitadores del 1500 a juicio de Luis Usoz repetido con aplauso por Menéndez y Pelayo¹, hasta el punto de que a juicio de Bernardo Sanvisenti su obra supone «l'innesto felice della poesia dantesca su quella spagnuola»². Humanísticamente su cultura es la del monje medieval, un tanto caldeada a la lectura de los clásicos, pero sin pérdida de aquel estilo trascendente, depurado y espiritualísticamente religioso, tan entrañable y caro en los hijos de San Bruno por tradición cuidadosamente cultivada en las disciplinas monásticas de la orden; cuando alardee de cultura e imágenes viejísimas, nunca tendrán éstas valor mayor que el de la presencia de un Virgilio en la *Divina Comedia* o el que represente hacer alarde de saberes eruditos jamás sentidos con hondura. Filosóficamente su mentalidad es la tomista, siéndole familiar la acción de las causas según en el juego cósmico³ o el dualismo de obras y gracia en el negocio de la salvación⁴; que no en balde al llegar de mano de San Matías al signo zodiacal de Piscis, topa entre lumbres iluminadoras en las que

«el angel famoso se muestra de Aquino»⁵;

aunque no deje de hablar de los puntos y grados pitagónicos⁶, del

«no menos el crudo sutil Demócrito»⁷,

del peripatetismo reducido a la calidad de recta⁸, y del mismo Aristóteles⁹. Políticamente representa, como ahora veremos por ser el solo aspecto en que nos interese considerarlo, voz sonora y patriótica que repite los módulos políticos medievales en función de la tarea de expansión que sacude nuestros pueblos al filo de 1500.

Sobre dos obras suyas, se orientan los juicios emitidos: sobre el *Retablo de la vida de Cristo*, más popular, más sencilla, más desprovista de meritorios afeites literarios y más difundida que su otra cardinal metrificación sobre *Los doze triumphos de los doze apóstoles*, joya en los tesoros de la imitación dantesca y lauro inmarcesible de su autor.

Quien, fiel al Dante, no sale de los linderos del medievo. Hablará de las musas, pero para reprobarlas, porque su rima camina imantada hacia las cosas de Cristo¹⁰, con

¹ MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: *Antología...*, III (1944), 81

² BERNARDO SANVISENTI: *I primi influssi di Dante, del Petrarca e del Boccaccio sulla letteratura spagniola*. Milano, Urico Hoepli, 1902, págs. 238-239.

³ *Los doze triumphos de los doze Apostoles*, en NBAE, XIX (1912), 305a.

⁴ *Los doze triumphos*, 419a-b.

⁵ *Los doze triumphos*, 417b.

⁶ *Los doze triumphos*, 305a.

⁷ *Los doze triumphos*, 305b.

⁸ *Los doze triumphos*, 395b.

⁹ *Los doze triumphos*, 311a.

¹⁰ He aquí como se expresa en el *Retablo de la vida de Cristo*, al mismo tomo XIX de la NBAE, pág. 424b:

«Huyan, por ende, las musas dañadas
a las Estigias do reina Plutón,
en nuestro divino muy alto sermón
las tienen los santos por muy reprobadas.
Aquí celebramos las cosas sagradas
la vida de Cristo...»

constante menosprecio para lo que a sus ojos no pasaba de fabulario desprovisto de auténtico interés.

Fraile cartujo que construye su problemática política en torno a un menosprecio de Roma, traducción histórica de su desapego literario por las musas. La Roma imperial carece de glorias; la verdadera Roma es para él la de los papas cristianos y no la de los emperadores paganos, la medieva y no la clásica. Es la primera la que lava las manchas de la segunda, la que realiza el imperio indiscutible de Roma. Pocos pasajes tan expresivos en la condena del imperialismo de las legiones y en la consecuente exaltación del pontificado de los sucesores de San Pedro, como los siguientes versos del Cartujano de Santa María de las Cuevas:

«O inclita Roma, tu debes gozarte
 ça siendo maestra de muchas errores
 eres agora por tales doctores
 bien doctrinada, repulsa tu arte.
 Ni Romulo pudo, ni Cesar, ni Marte
 darte perfecta la gran monarquía;
 agora la tienes con más señoría,
 siendo cabeza del bien que reparte
 tu sacratísima gran prelación.
 En el principio de tu fundamento
 con sangre fraterna tus muros untaste;
 agora con agua de gracia lavaste
 este segundo divino cimiento.
 Mayor es tu gloria, según lo que siento
 pues tu multiplicas en paz lo sagrado,
 que no las tres partes del mundo poblado
 que sojuzgaste con pecho sediento
 la paz lo divino, tu sed lo dañado».¹¹

Aquí se acumulan todos los crímenes ya pintados por la paleta agustiniana: el patricidio de Rómulo, el ansia de poder, las crueldades y los crímenes, para edificar en contraste una Roma pura, perfecta y cristiana.

Aunque el cartujo sevillano sabe que no es así, en otro lugar de *Los doze triumphos*, describirá a lo dantesco los males de la Roma cristiana, pintando la simonía como enfermedad dañosa y extendidísima que ni respeta a las escaleras que conducen al propio trono de San Pedro. Una velada alusión a Alejandro VI describe a un pontífice simoníaco y pecador, hundido en los infiernos atormentadores por haber hecho en la silla romana cosas que no debiera¹².

¹¹ *Los doze triumphos*, 333b-334a.

¹² «Yo de la Silla muy santa Romana
 hice las cosas que nunca debiera.»

Hace decir al Papa condenado en *Los doze triumphos*, 326a.

Mas, pese a ello, desde las paredes de su claustro sólo podía atisbar con holgura la Roma de los Papas, aunque fuera a las veces simoníaca y pecadora. Juan Padilla tiene los ojos en Roma y los pies en Sevilla, lava su frente con aguas del Tiber y hunde sus plantas en los barroes del Betis. Si los ojos del alma le llevan a la Jerusalén ideal, los del cuerpo se endulzan hasta el deslumbramiento en la espléndida naturaleza de la patria Andalucía.

Porque es ante todo y sobre todo un andaluz en las cosas de la tierra, como antes de nada fue cristiano en las cosas del espíritu. Con orgullo habla de «nuestra Sevilla»¹³ y compara la riqueza de la vega de Carmona con los rincones más famosos del planeta¹⁴; fuerza a la historia para concluir que fue la Sevilla romana o Hispalis la que bautizó a todas las Españas¹⁵; Trajano se le aparece como magno moralista, aparte el peso de la tradición desproporcionada corriente en los siglos medios, por su lugar de nacimiento¹⁶; hasta cuando camina por los terrados del infierno reconoce a sus hermanos en aquello en que Cicerón ya los conocía¹⁷, en el esplendor locuaz de sus decires, porque en sus palabras inimitables

«Yo te conozco por un andaluz
según la loquela te hace disertar»¹⁸.

Vibra en él la personificación histórica de Andalucía en cuanto ésta plasma en un tipo humano característico más que en una lengua aparte o que en un cuerpo social organizado, ni más ni menos que como yo la expuse en mi libro *Las Españas*¹⁹. Una Andalucía integrada por tipos humanos únicos, que en este momento se incorpora a la capitánía castellana sin mengua de su personalismo sociológico. Es una Andalucía que forma parte de Castilla y que habla la lengua castellana.

Dicenlo dos encuentros habidos en el peregrinar que relata en *Los doze triumphos*. Al hablar con el montañés homicida dice ser castellano por haber

«bebido las aguas del río sutil Sevillano»²⁰.

y cosa parecida le sucede con los malhechores con quienes toca en el círculo zodiacal de libra, a quienes juzga «guardiones» o habitantes del Estrecho de Hércules y cuya procedencia viene a serle declarada por la lengua materna que usan²¹.

Así, en su pluma Andalucía es parte con personalidad peculiar y reparada dentro de la comunidad de los reinos hispanos; para él la más cercana, la más pródiga, la más

¹³ *Retablo*, 427b.

¹⁴ *Los doze triumphos*, 397b.

¹⁵ *Retablo*, 443a.

¹⁶ *Los doze triumphos*, 417b.

¹⁷ Cicerón.

¹⁸ *Los doze triumphos*, 311a.

¹⁹ FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA: *Las Españas*, Madrid, Ambos Mundos.

²⁰ *Los doze triumphos*, 362a.

²¹ *Los doze triumphos* 382b.

rica, la más completa de cuantas gobernaban los monarcas de Castilla; comarca sentida con caricias de patria y embelesos de posesión, joyel que en el fraile imitador del Dante encarna la más perfecta de las regiones de la tierra, casi la correspondencia seglar de su rigurosa canonización de la Roma pontificia. Era quizá el milagro de las primaveras andaluzas, exuberantes y acariciadoras, regando de primores los rincones de su celda austera de Santa María de las Cuevas.

Porque bajo los Reyes Católicos la tierra inigualada acorría al servicio de la religión incomparable, las Españas todas se aureolaban de indecibles maravillas. El poeta se siente inferior a su deseo para cantar grandezas tan excelsas y prorrumpe en un dolor humilde puesto que

«la gran excelencia de nuestras Españas
excede la pluma de los oradores;
y mucho mas destos versicos menores
considerando sus cosas tamañas»²².

También a orillas del Betis le había ocurrido lo mismo nada menos que a San Isidoro y que a Alfonso el Sabio. Menos mal que vendrá en su ayuda Santo Domingo y que con este apoyo le será posible rimar los cinco capítulos III a VII del Quinto Triunfo, apología ensoñadora y heroica donde volcará los mejores impulsos de su ser: las leyendas heroicas del Cid, los recuerdos de Vellido Dolfos, la caída de Guadalete, la heroicidad de Pelayo, las grandezas de Toledo, los ensueños granadinos; toda una perspectiva multiforme y forzada, avasalladora y singular, lecciones sueltas de su horario frailuno en las meditaciones solitarias del cenobio.

En esa masa de las Españas está, no hay que decirlo, Portugal, descrita como parte integrante en la descripción geográfica que le señala Santo Domingo en el capítulo V²³. Alusión que casi suena a incitación cuando se la coteja con sus alabanzas a la obra conquistadora de los Reyes Católicos; parece que es el colofón obligado de la conquista de Granada y de la pacificación interior con que libraron a Castilla de los «tiranos» nobles levantiscos²⁴. A Fernando ya

«Teme lo resto del reyno de España»²⁵,

²² *Los doze triumphos*, 357a.

²³ *Los doze triumphos*, 356b.

²⁴ Hablando de los hechos de Fernando el Católico dice en el prólogo al *Retablo*, pág. 424a:

«Los quales exceden ingenios humanos
queriendo sumarlos en poco papel,
y su serenísima doña Isabel,
reina muy alta en los Castellanos.
Estos quebraron a los Africanos
las fuerzas, tomando su dulce Granada;
y más, alimpiaron a España dañada
de mil herejías y treinta tiranos.»

²⁵ *Los doze triumphos*, 355a.

reitera gráficamente con no disfrazada referencia a la monarquía del occidente peninsular, mostrando cómo su alejamiento cartujo no empecía a su participación en comunes sueños exteriores, ni sobre todo a la incitante palpitación de nostalgias de unidad íbera. Era lo que requería el prurito goticista²⁶ de su preocupación historificadora: la reconstrucción de la monarquía toledana siquiera bajo las maneras federales y multiformes de los tiempos medios, bajo el cetro de aquellos Reyes Católicos invencibles en cuantos empeños habían tratado de lograr.

Si contemplamos con mirada de conjunto el pensamiento político del cartujo sevillano, hemos de convenir hay en él perfiles de original textura. Tuvo en su pluma temblores impacientes, mal disimulados por los gustos de la imitación dantesca, tantas veces traídos a contrapelo en forzado encaje de aquella llamarada generosa y patriótica, alucinada y viva, que aún exorna sus estrofas, literariamente en sí amodorradoras y aburridas. Era harto difícil armonizar la forma dantesca con la pasión innata, sobre todo cuando esta pasión no cabe en los detalles líricos con que se propone modelar sus versos sobre los del vate florentino. Son las Españas, y sobre todo su amada Andalucía, la Beatriz política de este Dante bético; tan donosa, tan gallarda, tan hirviente y sugestiva, que al propio cartujo se le encandilan los sentidos deslumbrado por la suma impar de las bellezas patrias.

Otro recorte íntimo es la canonización de la Roma cristiana y el menosprecio del Imperio pagano, aquí sobre rieles agustinianos sobremanera reconocidos hasta ser moneda común en los siglos medios. Y de la mezcla de unos y otros factores brota aquel ensalmo de sus rimas, monótonas pero atrayentes, cerradas pero vivas, cadenciosas aunque bullangueras, lecho de procusto muchas veces para el genio incontento de la raza que se escapaba por los puntos de su pluma. Lo que de originalidad haya en Juan de Padilla no ha de buscarse ciertamente en sus fórmulas literarias, sino en sus cadencias vitales y en sus aseveraciones políticas; con ser tan alta la calificación que el poeta ha merecido a los críticos de la literatura castellana, pareceme vale más como escritor político; porque lo que en sus versos hay de cálido

²⁶ Así, en el signo de León, Santiago

«mostraba su rostro a la gótica gente»

(*Los doze triumphos*, 348a), con identificación de lo gótico con lo noble hispano.

Tesis reiterada con ocasión de acompañar a San Felipe por el signo zodiacal de Tauro, cuando nos cuenta haber hecho recorrido en donde

«el monte Tauro fue luego patente
de do se declinan los montes Ripheos,
hacia los frígidos Hiperbóreos,
allí do Bóreas se muestra valiente,
vimos Alanya, con Dacia de frente,
y la foribunda que Gothia dijeron;
de allí do los ínclitos Reyes salieron,
que tienen a Burgos muy mas prepotente,
que otros ninguno jamás lo tubieron».

(*Los doze triumphos*, 309b).

Constituye un anticipo de la tesis del goticismo originario de la nobleza hispana, alguna de cuyas manifestaciones desarrollé en mi libro *Doce nudos culturales hispano-suecos*. Salamanca, Universidad, 1950.

y de sugeridor, de brioso y de atrayente, no será en verdad la copia de las descripciones del Dante ni lo pedantesco de sus eruditos comentarios, ni los retorcimientos frecuentes del estilo; sino por el contrario aquella llana alegría andalucísima, aquel afán heroico por las expansiones hispánicas, aquel devoto servicio de la Roma cristiana y aquella gala fecunda de unos temperos humanos en los que reverdecía aquel tipo decantado y potente que es la creación secular de las gentes acampadas a orillas del Betis antiquísimo.

3. JUAN DE NARVAEZ, A ORILLAS DEL TURIA

Los escritos de Juan de Padilla son el loor de Andalucía desde Andalucía misma; los del cordobés Juan de Narváez serán el recuerdo de la tierra amada, de la patria desde las orillas mediterráneas de Valencia. Abandonó las del Betis por faltarle en ellas el amparo de parientes o amigos²⁷, habiendo de desterrarse a Valencia, que también le vino a resultar

«boscaje de malas sombras»²⁸;

porque tras vivir varios años en Valencia trabó amistad con el conde de Oliva, deseoso de leer sus escritos, al que ofreció su *Tratado de la partida del ánima*, con la mala fortuna de que éste le fuese devuelto al cabo de un mes por el conde; afrenta que le afectó en extremo hasta hacerle coger la pluma para redactar las *Lamentaciones valencianas*, obra de mayores vuelos y tamaño que la que fue motivo de su redacción. Allí lamenta cómo los grandes señores otorgan mercedes a los locos menospreciando la buena ciencia, de tal suerte que imperan los necios maldicentes mientras los sabios son difamados por los ignorantes torpes²⁹; hay puntos de personales desengaños en sus quejas, donde los errados grandes señores reflejan la actitud hostil del conde de Oliva y donde los torpes difamadores encubren a enemigos hoy difícilmente identificables.

²⁷ En *Las valencianas lamentaciones* nos dirá a la letra su condición triste de desterrado, cuando declare que en Córdoba le fue mal, porque

«nunca tuve en ella abrigo
de pariente ni señor,
antes siempre el disfavor
cognoscí por enemigo;
tal, que escribiendo no digo
el medio del mal causado
que padesco desterrado.

Dios lo sabe, ques testigo» (pág. 141).

Cito por *Las valencianas lamentaciones* y el *Tratado de la partida del ánima*. Editadas en Sevilla, E. Rasco, 1889.

²⁸ *Las valencianas lamentaciones*, 110.

²⁹ *Las valencianas lamentaciones*, 111 y 134.

Pero los daños recibidos en Córdoba y en Valencia tienen distinta tasación, porque los de la ciudad donde se mora son imperdonables, al paso que cabe siempre la actitud generosa del olvido hacia la patria cordobesa, desde lejos adorada con la sed acuciante del destierro. Hubo de ausentarse de Córdoba por burlas, o, en sus palabras

«con temor de ser corrido»³⁰;

mas su cariño no disminuye, antes crece las atalayas de la lejanía, con el amor que todo andaluz auténtico siente hacia la tierra que le vio nacer, señal ésta la más exacta de auténtico andalucismo. Desde Valencia la Córdoba ingrata seguirá aureolada de esa sagrada y mágica irradiación que la cuenca del betis posee para todos sus hijos; de ahí que nos proclame su andalucismo férvido en versos esenciales como los que siguen:

«Y aunque la patria mía,
Córdoba la triunphante,
por todo causa mediante
tenga tanta señoría,
que se muestre (como el día
contra las obscuridades)
sobre todas las ciudades
por consejo et valentía»³¹.

Orgullo andaluz que es orgullo de la lengua castellana que en Andalucía se habla; un idioma pronunciado con grandeza, con gracia y con concierto³² y por el que sienten envidia los enemigos de lo hispano; una envidia general contra lo español, que aumenta contra la más excelente porción de las Españas, contra la Bética³³.

Envidia, por otra parte, absolutamente inútil, porque las Españas son el pueblo de Dios y Dios no las deja de su mano. Vale la pena repetir sus palabras altisonantes, signo de la seguridad en sí mismos que anidaba en el pecho de los vasallos de Fernando e Isabel:

«Porque Dios, bien soberano,
según su gran caridad,
ya vesita nuestra edad
y nos guarda con su mano.
Ya nos de Dios que cantemos
las gracias que en nos infunde,
y por todo el orbe cunde

³⁰ *Las valencianas lamentaciones*, 140.

³¹ *Las valencianas lamentaciones*, 141.

³² *Las valencianas lamentaciones*, 19.

³³ *Las valencianas lamentaciones*, 20.

los bienes que poseemos.
 A todos honra le hazemos
 y todos nos pagan mal,
 ciegos de envidia mortal
 del mucho bien que tenemos»³⁴.

Todo el orgullo del triunfador que desprecia al enemigo con gestos de superioridad y toda la convicción iluminada de los hispanos de entonces bulle en esos versos. Fernando V triunfará sobre todos, su poderío excederá a los demás reyes, le acompaña la gloria en sus hazañas³⁵. ¿Qué importan contra él las añagazas de Francia o las porfías islámicas?³⁶ Ningún rey en el pasado goza las fortunas que el rey de los hispanos; por eso el poeta le canta supremo, como España era suprema, en el concierto de los pueblos todos, triunfante de las sañas envidiosas y hostiles,

«que puesto que mucha saña
 contra él se mueva y ande,
 es su ventura tan grande
 que ninguno le daña»³⁷.

Hay patente en esta actitud un bosquejo del choque entre las Españas y el resto de los pueblos, que Juan Narváez comprende quizá porque ve las cosas desde un terrado estrictamente medieval. Paréceme que la causa de que en Juan de Narváez aparezca la contradicción de las Españas victoriosas contra el conjunto de los pueblos hay que buscarlas en su formación mental radicalmente medieval. Porque su *Tratado de la partida del ánima* es una exposición en verso de los temas usuales de la psicología de la Escolástica, donosa metrificacón de temas que en las *Summas* constan en latín más o menos enrevesado. Véase la definición que da del alma:

«Es el alma difinida
 una forma substancial

³⁴ *Las valencianas lamentaciones*, 20-21.

³⁵ «Nuestro Rey, en especial,
 don Fernando, el más nombrado
 y más bienaventurado
 deste linage humanal
 cuya gracia imperial,
 cuya potencia y alteza,
 cuya victoria y firmeza
 sobre todos es triumphal.»

³⁶ «Nuestro Rey especialmente,
 contra quien tienen porfia
 la Turquía y Barbaria,
 y Francia la rebolvente.»

Las valencianas lamentaciones, 81.

³⁷ *Las valencianas lamentaciones*, 87.

dentro del material
 cuerpo orgánico metida:
 toda en todo contenida
 y en cualquiera parte puesta,
 la cual impartible resta
 inmortal perpetua vida»³⁸.

Allí se señalan las «tres maneras» que la Escuela separaba: la vegetativa, la sensitiva y la racional³⁹, la naturaleza limitada del hombre⁴⁰ y su referencia a Dios⁴¹, todo según los cánones de la Escuela y según la filosofía más estrecha por los «magistri» sustentada y que Juan de Narváez disputa por «alta philosophia»⁴².

Su cultura humanística es la propia de los siglos medios. Citas de Séneca⁴³, de Aristóteles en *Ética*⁴⁴, los libros *Físicos*⁴⁵ y la *Metafísica*⁴⁶, de las matemáticas euclidianas⁴⁷. Pero sin que por un instante deje de subordinar todos los conocimientos a la teología, con arreglo a los cánones conceptuales de la Edad Media que el antropocentrismo neopagano de los renacentistas exaltados vendría a trastocar. Porque para Juan de Narváez todos los saberes tienen fallos: la poesía, la gramática, la retórica, la lógica, la aritmética, la geometría, la música, la astrología y la jurisprudencia y hasta la magia⁴⁸, ya que todas atienden a fines concretos y bajos, olvidando que la meta del hombre es el destino ultraterreno de Dios; por lo cual la teología es, a lo medieval y escolástico, la suma sabiduría, pues es la sola que enseña al hombre su destino trascendente acercándole al conocimiento de Dios⁴⁹.

La tesitura escolástica de su pensamiento concede carácter moralizador a sus escritos y han justificado que Luis Montoto y Ranteustranch los definiera de preciosos tratados de moral cristiana⁵⁰. El que la teología sea la primera entre las ciencias, el que lo que acerque a Dios constituya el supremo de los conocimientos humanos, el que la entrega a Dios sea la más alta de las enseñanzas, el que Dios vela por nosotros escribiendo derecho con renglones torcidos sin que nuestra pretensión de alterar el

³⁸ *Partida del ánima*, 187.

³⁹ *Partida del ánima*, 161.

⁴⁰ *Partida del ánima*, 185.

⁴¹ *Partida del ánima*, 184.

⁴² *Partida del ánima*, 166.

⁴³ *Las valencianas lamentaciones*, 3.

⁴⁴ *Las valencianas lamentaciones*, 12. Debe de ser la *Ética a Nicómaco*, la conocida en aquel siglo.

⁴⁵ *Las valencianas lamentaciones*, 8.

⁴⁶ *Las valencianas lamentaciones*, 5.

⁴⁷ *Las valencianas lamentaciones*, 11.

⁴⁸ *Las valencianas lamentaciones*, 114-117.

⁴⁹ Lo confiesa en *Las valencianas lamentaciones*, 122:

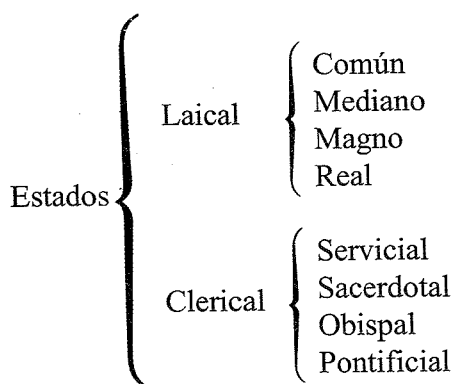
«Esta summa sapiencia
 o sacra teología
 enseña la recta vía
 con su grande suficiencia.»

⁵⁰ LUIS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH: *Prólogo* a la edición citada, página XV.

orden por El labrado pase de la del niño que llora por jugar con fuego sin que su padre se lo permita⁵¹, genera la consecuencia de un recto obrar cotidiano a tenor de los preceptos que la Divina Sabiduría estableció. Es el salto lógico desde la teología a la moral, muy cabal en hombre de las circunstancias espirituales de Juan de Narváez.

El conformarse con los males del mundo terreno abre pie a la meditación de donde resulta la que pudiéramos calificar de su sociología. Porque para consolarse de sus males hubo de comparar sus penas con la de los distintos grupos del cuerpo social; es partiendo de la ética como analiza cuales sean tales variados sectores en un agudo y original esquema, que supone la parte más altamente interesante y la original de toda su ideología.

Esos estados sociales pueden resumirse en el siguiente cuadro⁵²:



Juan de Narváez los va analizando uno por uno para deducir que todos ellos sufren cargas y padecen amarguras, tema muy a propósito para servirle de consuelo en sus malandanzas. Los menores penan en el esfuerzo material de edificar ciudades, navegar en navíos, sudando sus fatigas y acabados de pobreza, amén de que

«en el fin son mal pagados»⁵³.

Los medianos en ir a la guerra y arriesgar la vida⁵⁴. Los magnos, donde entran los condes, marqueses y duques que desempeñan los puestos superiores de embajadas y capitanías, por cuanto les acosa la preocupación de los cuidados del gobierno⁵⁵, tanta que pudiera decirse caminan sobre senderos de espinas⁵⁶. El estamento real ha de sujetarse a Dios y a la ineludible guadaña de la muerte⁵⁷, amén del temor constante a perder la corona por traiciones o rebeldías⁵⁸ y ya la preocupación de arbitrar medios

⁵¹ Ejemplo que JUAN DE NARVÁEZ pone en *Las valencianas lamentaciones*, 105.

⁵² Formado recogiendo lo que dice en las páginas 39, 40 y 89 de *Las valencianas lamentaciones*.

⁵³ *Las valencianas lamentaciones*, 41, 42.

⁵⁴ *Las valencianas lamentaciones*, 51.

⁵⁵ *Las valencianas lamentaciones*, 68.

⁵⁶ *Las valencianas lamentaciones*, 70.

⁵⁷ *Las valencianas lamentaciones*, 81-82.

⁵⁸ *Las valencianas lamentaciones*, 84.

con los que cubrir los gastos inherentes a las guerras⁵⁹. Sucediendo lo mismo con los cuatro grados de la escala clerical, desde los religiosos que han de dar cuenta a Dios de sus infracciones a las reglas monacales⁶⁰, hasta los cardenales rebeldes⁶¹ y el Pontífice atareado en la defensa de la Iglesia⁶².

En dos pilares se basa el resumen de la doctrina entera: en la igualdad de todos los humanos delante del tribunal de Dios⁶³, con la subsiguiente bien fundada esperanza de que las desigualdades presentes se han de remediar en el primer día de la eternidad cuando la comparecencia en el último de los juicios; y la seguridad de que a medida que van siendo más elevados los cargos que tenemos son mayores las cargas de las preocupaciones y disgustos⁶⁴. Doctrina lógica dentro de sus puntos medievales de partida, transida de sugerencias escolásticas, cristiana hasta la médula y muy apropiada al brío de un español de aquella edad: la doctrina que iguala al rey con el mendigo en las gradas del trono del Señor, hermanadas en el caer de rodillas en los peldaños donde la mirada de la Verdad traspasa misterios y deshace injusticias en la desnudez escueta de las almas. ¡Qué lejos, ciertamente, se halla esta visión del orden social, transitorio y secundario, respecto de aquellas absolutizaciones axiológicas de lo terreno que escribieran con su espada los «condottieri» audaces de la Italia contemporánea!

No quiero terminar este estudio del pensamiento político de Juan de Narváez sin apuntar algunos detalles que completen la sistemática que en bloque acabo de dibujar. Aspectos aislados y sin conexión entre sí, que no obstante sirven para precisar la índole de la temática sustentada por el poeta cordobés y aquilatar destellos de originalidad o motivos que mejor definan su catalogación ideológica.

Es el primero su amor por la nobleza medieva, con dos consecuencias: antipatía hacia los juristas, antípodos mezquinas y leguleyas del noble oficio de las armas; y dolor por los signos de decadencia que daba muestras el estamento nobiliario, debida a su ligazón con los sectores de los mercaderes enriquecidos. A lo primero, los juristas que no tratan de cosas canónicas son viles y se venden al mejor postor⁶⁵; a lo segundo,

⁵⁹ *Las valencianas lamentaciones*, 85.

⁶⁰ *Las valencianas lamentaciones*, 91.

⁶¹ *Las valencianas lamentaciones*, 93.

⁶² *Las valencianas lamentaciones*, 95. Por cierto, elogiando grandemente al Papa Julio II.

⁶³ En el día del juicio
«allí no se acatará
de los hombres la grandeza;
que el pobre con su pobreza
con el rey se igualará».

Las valencianas lamentaciones, 168.

⁶⁴ «Cuanto grandes los estados
tanto sus penas mayores;
por lo cual a los menores
menores males son dados.»

Las valencianas lamentaciones, 74.

⁶⁵ «¿Quien del jurista civil
nota sus grandes tráfigos
que no fuya los estragos
de su condición tan vil?

al mezclarse los nobles con los mercaderes en matrimonios de conveniencia pierde la nobleza su primer desprendimiento y se rebaja a los tratos del comercio, con desdoro de la grandeza de su oficio militar y heroico⁶⁶. ¿No había en esa hostilidad hacia los juristas civiles algún motivo de queja contra enemigos literatos, que muy bien pudieran pertenecer a hombres de estilo del poeta y jurista Juan Moreno, de tanta tradición vera del Turia? ¿Y no se dará en su queja de la casta que pierde sus virtudes de constancia y generosidad una alusión a posibles enlaces matrimoniales de la casa de Oliva con mercaderes enriquecidos? Puede ser que circunstancias de su vida expliquen esas facetas de su pensamiento.

Quiero hacer notar también su concepción de la comunidad que hoy llamamos internacional. Obsérvala con criterio realista y no jurídico; de ahí que, en lugar de concluir en tesis parecidas a las que formuló Fernando de Roa y en vez de estimarla como un todo ordenado y jerárquico al modo de las sistemáticas dantescas o bernardinadas, acepte la irrealidad de un posible mando único para todos los pueblos y la necesidad consiguiente de la guerra como instrumento eficaz y forzoso de la política entre los reinos. Dícelo a la letra:

«Segun se puede juzgar,
este siglo triste y vano
sólo por un rey humano
no se puede gobernar:
pues haviendo de reynar
diversos reyes potentes,
entre muchos diferentes
no puede guerra faltar»⁶⁷.

Es en esta visión de la comunidad total donde se introduce en sus páginas un sutil cierzo del Renacimiento. Si en todo lo demás quedó apegado a los criterios radicales de la Edad Media, y nos repite la psicología escolástica y el moralismo cristiano, en la contemplación de la realidad social más extensa rehúye todo contacto con el cuadro cerrado del imperio-papado y define las cosas de acuerdo con las situaciones vividas.

El cual alega subtil
no las leyes judiciales,
mas los textos pecuniales
sin poner el peso en fil.»

Las valencianas lamentaciones, 116.

⁶⁶ «... Con los mercaderes
ya los nobles son mezclados:
por lo cual cosa, alterados
los hombres con la ganancia
de calidad y constancia
los vemos muy apartados.»

Las valencianas lamentaciones, 63.

⁶⁷ *Las valencianas lamentaciones*, 86.

Ya es imposible hablar de la unidad en torno a los dos astros superiores y ha de admitirse con todas sus consecuencias la quiebra de aquel ideal unitario; en los tiempos que corrían solamente existen rivalidades entre príncipes poderosos, sin que quepa otro remedio que resolverlas echando mano de la fuerza de las armas. En contraste con el resto de sus afirmaciones, esta parcela de sus decires está tomada de la observación directa, pudiendo decirse constituye el único fragmento renacentista de su pensamiento político.

Cotejado con Juan de Padilla y con Alonso Hernández ocupa un puesto medio dentro del grupo de los andaluces; es el único cordobés, y su recuerdo desde el destierro levantino cobra mayor viveza que en los demás, como si sus raíces espirituales fueran todavía más hondas que las que amarraban al cartujano a su cenobio de Santa María de las Cuevas o que las coyundas que doblegaban los diálogos de las musas de Hernández a la memoria de la tierra andaluza, materna y adorada con hechizos. Medieval como ellos en el fondo, e incluso menos renacentista que los otros dos en las formas externas de la literatura y de la invocación a los fingidos dioses de la paganía rediviva, es el único que levanta un rincón de la cortina de las coyunturas políticas nuevas con afán de catalogarlas en toda su novedad desarticuladora y nueva. Como cordobés no falta en sus páginas la memoria elevada del Gran Capitán⁶⁸; como hispano participa en el desprecio a los enemigos envidiosos de las Españas; como ético se aferra a la Escuela; como político clasifica desde ángulos eticistas el juego de las clases sociales y capta la desaparición del viejo Imperio, junto con el choque de intereses que ha venido a heredar el entramado de la Cristiandad extinta.

De ahí su importancia en la historia del pensamiento político español.

4. ALONSO HERNANDEZ, A ORILLAS DEL TIBER

El sevillano Alonso Hernández recuerda a su tierra patria desde Roma, a donde fuera protegido por el cardenal Bernardino Carvajal, famoso y arriscado con el título de Santa Cruz. Falto del alto vuelo lírico de Padilla y carente de las dotēs observadoras de Narváez, su *Historia Parthenopea* roza lo insulso y lo plebeyo, pese a que en ella se propusiera pulir la lengua castellana con el alado apoyo de las musas.

Vana empresa, porque el largo contacto con la lengua toscana empedró su lenguaje de vocablos de desterrado itálico, cuales «tiempos venturo», «musas malencónicas» y otros de tal laya; por lo cual fue pérdida de tiempo aquel «seguir de las suavísimas musas»⁶⁹ con que fatiga en líricos paseos la mente del lector.

A primera vista la lectura sugiere que estamos delante de un escrito del Renacimiento, ya que los dioses y las diosas intervienen desenfadadamente en los negocios

⁶⁸ *Las valencianas lamentaciones*, 8.

⁶⁹ ALONSO HERNÁNDEZ: *Historia Parthenopea*. Roma, Stephano Guilleri delo Reño, 1516. Primeros folios, sin numerar.

de los hombres, agitando tempestades, lidiando en batallas, declamando arengas y dando temas de meditación a los monarcas. La *Historia Parthenopea* se halla henchida de artificios mitológicos, apareciendo Palas armada de lanza y casco⁷⁰, lamentándose las sirenas⁷¹ interviniendo Neptuno del brazo de Eolo⁷² oyéndose discursos de Mercurio⁷³ y de Juno⁷⁴, invocándose a las musas con fervido entusiasmo⁷⁵, presentándose a los Reyes Católicos como discípulos fieles de Atenea⁷⁶.

Y, sin embargo, todo ello no pasa de pura tramoya, porque su sistema de conceptos es rígidamente medieval. Los dioses son estatuas desprovistas de vida, casi trucos de la máquina escénica que oculta su verdadero deseo de trazar una descripción fiel y exacta de los sucesos del Gran Capitán. Más que todas esas falsas locuciones hay solidez en la oración de Gonzalo de Córdoba a la Virgen María⁷⁷, fragmento sincero que contrasta con la sarta de invocaciones forzadas y a contrapelo de una manera que impresiona al que leyere. Y el tema crucial del Renacimiento, el de las relaciones entre la Fortuna ciega y el libre albedrío humano, se resuelve sin apartarse de los cánones más propios de la edad media; porque si es cierto que parece aceptar la omnipotencia de la diosa al confesar que los cielos

«el mundo gobiernan con su movimiento»

apresúrase a salvar la libertad teológica del hombre declarando que

«no dan necesidad aquellos moviendo
mas la criatura humana dispone
por la calidad quel alma compone
aquella alvedrío, esta libre teniendo»,

toda vez que

«estando muy libre el alma criada»

la Fortuna se recorta a términos en los cuales

«Fortuna no es otro que el querer humanal
del cielo dispuesto en cosa animada»⁷⁸.

⁷⁰ *Historia Parthenopea*, 5.

⁷¹ *Historia Parthenopea*, 9 vto.-10.

⁷² *Historia Parthenopea*, 10 vto. y 14 vto.

⁷³ *Historia Parthenopea*, 35 vto.

⁷⁴ *Historia Parthenopea*, 58.

⁷⁵ *Historia Parthenopea*, 76.

⁷⁶ *Historia Parthenopea*, 28.

«Los Reyes despaña que se han acordado
de aquellas palabras que Palas dixera.»

⁷⁷ *Historia Parthenopea*, 113 vto.

⁷⁸ *Historia Parthenopea*, 70.

De ahí a que el merecer sea inherente a la libertad individual no media más que una secuela que Alonso Hernández desarrolla expresamente⁷⁹, quedando reducida también la Fortuna a mero recurso literario, pero sin que ni ella, ni ninguno de sus congéneres mitológicos ensombrezca en lo más mínimo la armónica visión del orden universal como juego entre la Omnipotencia del Creador y la medida libertad de las criaturas racionales.

Las otras dos cuerdas del andalucismo y del hispanismo vibran también en su vihuela lírica. Menudean las alabanzas al Gran Capitán, cosa natural dado el tema de la obra y las intenciones que en el prólogo confiesa⁸⁰. Pero sobre todo su pluma se encabrita de entusiasmos al cantar la patria del héroe, confirmando una vez más mi opinión del valor sacro de la tierra andaluza para sus hijos de todos los tiempos. Casi parece que la gesta de Gonzalo de Córdoba no pasa de pretexto para loar la tierra que mecía su cuna, la Córdoba que le dio patria y nombre, incorporándole al decoro de su fama. Vista desde Roma por el poeta, la Andalucía que Córdoba encarna está a dos dedos del ideal. Sus campos con gran copia de trigos, sus prados abundosos, sus jardines paradisíacos, «el bethis hermoso», las «viñas plaxientes con vino precioso», los caballos que más correr «son boladores»⁸¹, toda la espléndida naturaleza de la tierra santificada y madre bulle en su pluma con retozos de lejano endiosamiento: lo único que de pagano haya tal vez en las rimas de Alonso Hernández no es la artificiosa zarabanda de unas musas huera, antes la alucinación mágica de la Andalucía lejana y adorada.

Las memorias halagüeñas no se detienen en la naturaleza extrahumana, suben a la alta calidad de las mujeres cordobesas, dechados de perfecciones en todos los aspectos de la belleza y del honor⁸²; y se alzan hasta los hombres insignes en las letras y en las armas, los dos Sénecas, Lucano, Juan de Mena, el conde de Cabra, el propio Gonzalo Fernández de Córdoba⁸³. A toda Andalucía pudiera extenderse el canto elogioso y desde lejos casi tristemente elegíaco de este poeta andalucísimo, cuando asevera cómo

«sy fuese en milicia mucho belicosa
que fuese otra atenas en gracia y saber
atal que dentranbas toviere el valer
sy docta muy alta mas cavallerosa»⁸⁴.

Igual que en sus dos cofrades anteriores, el andalucismo enciende sus orgullos hispánicos. Para entender su fervor, contrastado quizá muchas veces en las lides

⁷⁹ Insiste en el folio 70 vto.

«que solo alvedrío le da meresçer
que neçesidad no pueda ally estar».

⁸⁰ *Historia Parthenopea*, 158 vto. y primeros folios, sin numerar.

⁸¹ *Historia Parthenopea*, 123.

⁸² *Historia Parthenopea*, 122 vto.

⁸³ *Historia Parthenopea*, 122-122 vto.

⁸⁴ *Historia Parthenopea*, 122.

romanas⁸⁵ hay que repasar su dolor sincero por la desidia con que los españoles olvidan hacer escribir sus incomparables glorias⁸⁶ o su acerada descripción del soldado hispano, entonces señor triunfal de Italia. Es la comunidad total de pueblos nuestros la que triunfó sobre Francia, nos declara con precisión de historiador y sentir comunal de grandezas⁸⁷; hombres sobrios, sufridores del hambre y la sed, afincados de padres a hijos en sus tradiciones, que jamás temieron a la muerte, guardadores de las palabras dadas, muy vergonzosos de pedir limosna, señores que prefieren combatir antes que meter sus manos «en viles oficios», ya que es su condición la de

«que biven con gloria y an gloria en morir»⁸⁸.

En Alonso Hernández las Españas triunfan porque, como soberbiamente dijera, sus hijos son los mejores, justificándose así el poderío de nuestros reyes con causas humanas; pero por si no bastaran, y no bastaban para un hombre de su cuño medievo, era además que Dios veía en las Españas el pueblo realizador de sus designios eternos, por lo cual tomaba a los reyes hispanos bajo el amparo de su mano todopoderosa. El mesianismo era la postrera consecuencia de esta cadena de teorizaciones medievales, providencialistas, orgullosas y andalucísimas.

Alonso Hernández, el clérigo sevillano que canta desde Italia las hazañas que en Italia hizo un paisano, no es ciertamente ni un estilista maravilloso, ni un genio de las letras, ni un observador perspicaz de la realidad circundante, ni un tratadista de enjundia; pero corona el grupo de los andalucistas con el airón de una continuidad cerrada que manifiesta la perennidad de la secular manera tartésica por debajo de todas las sucesivas inundaciones políticas del valle del Guadalquivir, tan inmutable cuanto plácido.

⁸⁵ Veáanse las cosas que dice en folios 105 y 160 sobre el odio que Alejandro VI hizo estallar contra todos los peninsulares nuestros.

⁸⁶ *Historia Parthenopea*, 157 vto.

⁸⁷ «Con cantabros astures y vandalianos
y con castellanos muy claros de honores
con aragoneses (sic) hidalgos señores
y con catalanes tan bien valencianos
tu has castigado furores livianos
de galos potentes y has bien escogido
que la yspirença te ha ynstruido
tomar los mejores que son los yspanos.»

Historia Parthenopea, 149.

⁸⁸ *Historia Parthenopea*, 150. Vale la pena recoger algún trozo de esta descripción de los hispanos:
«antiguas paternas han ynstituciones
Mas la providencia divina sagrada
que a Reyes despaña los tiene en su cuna».

CAPITULO XVII

Aragón y Cataluña

1. ARAGON Y CATALUÑA BAJO LOS REYES CATOLICOS

Entre los yerros más frecuentemente repetidos y que más desdichada fortuna han tenido entre el vulgo de los doctos, hállase la equivocada creencia de que la unidad política forjada por los Reyes Católicos era ni más ni menos que una unificación, como si todo viniese a moldes férreos iguales a los que los modernos sistemas emplean en sus maneras de gobierno. Lejos de eso, la unidad gloriosa y fecunda de los diversos reinos españoles tuvo lugar bajo el signo federativo, siendo la monarquía de los Reyes Católicos, sin tacha de las sombras que ni por pienso ocultaré, la máxima expresión de nuestra monarquía tradicional en los rasgos que definen a esta: ser federativa y ser misionera. Variedad y misión que son dos caras de aquella inigualada síntesis del realismo político con la hazaña histórica, entonces lograda como nunca, y cuyo resplandor hace olvidar de buen grado todas las palideces turbias de unos ordenamientos en los que la caducidad de las fórmulas envejecidas del Medievo, junto con el ascendente poderío de los firmes puños reales, implicaban las primeras nubes en el claro cielo de nuestras libertades políticas concretas.

Por lo que concierne a Cataluña no creo quepan dudas de mi aserto después que Jaume Vicens i Vives consagró los tres nutridos tomos de su *Ferrán II i la ciutat de Barcelona (1479-1576)* a demostrar que «aleshores estava mol lluny de formarse el concepte modern que atribuíx al període de Ferran II i d'Isabel la cristal litgació de la mitat política i sentimental dels pobles espanyols»¹; bien que parécenos excesiva la tesis, por cuanto con criterio típicamente liberal ignora la distinción tradicional que diferencia la unidad de la unificación a la par que desconoce cómo la unidad

¹ JAUME VICENS I VIVES: *Ferrán II i la ciutat de Barcelona (1479-1576)*, I (Barcelona, Universitat de Catalunya, 1936).

sentimental estaba harto lograda, como verá quien leyere los capítulos que componen el presente libro.

El mismo Jaume Vicens recorta bastante sus apreciaciones en el libro resumen castellano donde analizó la *Política del Rey Católico en Cataluña*². Hay sí, una modificación del marco histórico, por el historiador catalán certeramente vista en los cinco puntos siguientes: establecimiento de una monarquía autoritaria, transformación social de los elementos catalanes, revueltas campesinas, fijación de medidas en defensa de la unidad religiosa y decadencia del régimen municipal³; empero, con ser tan importantes y verídicos tales hechos, su eficacia no llega a alterar la perspectiva histórica hasta traducir la hermandad en identidad, ni mucho menos hasta borrar la hermandad o hacer vivir a espaldas unos de otros al conjunto de pueblos unidos en empresas tan totales como la conquista de Granada, tan comunes por la presencia de catalanes como la aventura heroica de los descubrimientos o tan típicamente catalano-aragonesas como la ocupación de Nápoles. Cuando un andaluz como Gonzalo Fernández de Córdoba es el Gran Capitán en luchas por la herencia de los Pedros y Jaimes en Nápoles no cabe hablar de discontinuidad entre los pueblos hispanos, a no ser que se caiga en el error de confundir a la unidad con la nefasta unificación política. Que el comercio catalán se resienta a causa de «l'especial situació interior de Catalunya»⁴ es cosa harto dispar; como lo sería, en el lado contrario, y en esto Vicens tiene razón completa, confundir a las depuraciones locales o a los saneamientos administrativos a que tendían las reformas de Fernando II, con una política mermadora de los fueros catalanes; lo que Fernando el Católico hizo fue fijar claramente el límite de la esfera de acción de las autoridades respectivas⁵, mas sin atentar a los fueros, perfectamente compatibles con la unidad federativa de las Españas. Confundir el decreto de Nueva Planta de Felipe V o las leyes constitucionales decimonónicas con aquella monarquía federativa⁶ es el paso falso que da Jaime Vicens por desconocer la fórmula política de engradecimiento familiar.

Y cosa pareja sucede en lo tocante a Aragón. Verdad es que a veces se sintió pesar en demasía la mano del nuevo autoritarismo renaciente como en el caso de aquel Jimeno el Gordo, castigado con exceso por Fernando al entrar, joven aún, en Zaragoza y en cuya muerte violenta la mano férrea del príncipe golpeaba en el escudo de las libertades aragonesas de un modo tan duro cuanto indirecto, símbolo más que efectiva realización de las nuevas orientaciones políticas.

Contribuía a ello la índole humanísima, hasta en vicios y virtudes, del monarca, tan contrapuesta al genial misticismo suprahumano de la reina Isabel, y por ende más afable, más llana, más comprensiva y más flexible que la voluntad indomable de la real compañera. Cuando las Cortes zaragozanas de 1498 se resisten a reconocer a la

² Barcelona, Destino, 1940.

³ JAUME VICENS I VIVES: *Ferran II*, I, 85.

⁴ J. VICENS I VIVES: *Ferran II*, I, 86.

⁵ J. VICENS: *Política*, 25. *Ferran II*, I, 99.

⁶ J. VICENS: *Ferran II*, I, 89-90.

princesa Isabel por heredera de Aragón es Isabel la que habla de la necesidad de conquistar a este reino; mas aquellas impacientes palabras transcritas por Francisco Guicciardini: «Aragona non é nostra, bisogna la torniamo a conquistare»⁷, siendo expresión de la impaciencia de la reina, no hallaron eco en el comedido sentido de su esposo, siempre atento a las circunstancias políticas de los reinos del oriente peninsular. Y así, el proceso de progresiva rigidez de la vida colectiva y el aumento de poderes del aparato gubernamental no merman en las monarquías aragonesas el sentido de la libertad, orgullo suyo de los años del Medievo, aunque los primeros chubascos de la tormenta absolutista ennegrezcan con leves matices la radiante luz del cielo de los pueblos más libres que el mundo ha conocido.

2. ARAGON: ANDRES DE LI Y OTROS

El elenco de escritores políticos aragoneses es sobradamente pobre; o a lo menos ha sido sobremanera escasa mi fortuna, pues no he conseguido caigan en mis manos los que de tal índole figuran en la *Biblioteca* de Félix de Latassa. No sé dónde pueden estar, por ejemplo, los escritos de juristas como micer Braulio Rubio, autor de unas *Advertencias pertenecientes al Tribunal del Justicia de Aragón*, redactadas hacia 1487⁸; ni tampoco los compuestos por historiadores como la *Relación de las inquietudes de Cataluña en tiempo del rey don Juan II*⁹, escritas a lo que parece dos años más tarde; ni, sobre todo, el comentario expositivo a la *Epistola de San Pablo a los romanos*, de fray Jaime Catalán, escrito en 1493 y que muchos años más tarde se conservaba manuscrito en el convento dominicano de Santa Lucía de Alcañiz¹⁰, obra sin duda la más importante para nosotros. De todos los cuales apenas si he topado más noticias que las que el diligente Félix de Latassa pudo coleccionar ya en el siglo XVIII.

Caen al margen los trabajos traductorios de Martín Martínez Dampiez o de Ampíes, sean de materias veterinarias, sean de narraciones de viajes, como los hiciera del *Libro de Albeytería*, del catalán Manuel Díaz¹¹, o del *Viaje a Tierra Santa*, del deán de Maguncia Bernardo de Breidenbach¹², así como la descripción de las ochenta iglesias romanas que añade a este último con el acompañamiento de soberbios mapas, orgullo de la tipografía de Juan de Hurus en que se imprimiera¹³. Ni entran tampoco en nuestro campo otros libros del mismo autor, cuales el *Triumpho de María*¹⁴, versos de la

⁷ FRANCESCO GUICCIARDINI: *Diario del viaggio in Spagna*. Publicato e illustrato de Paolo Guicciardini, Firenze, 1932, pág. 56.

⁸ FÉLIX DE LATASSA: *Biblioteca antigua de los escritores aragoneses*. Zaragoza, Medardo Heras, 1796.- II, 281.

⁹ FÉLIX DE LATASSA: *Biblioteca antigua*, II, 289.

¹⁰ FÉLIX DE LATASSA: *Biblioteca antigua*, II, 299.

¹¹ Zaragoza, con el signo de Pablo Hurus, 1499.

¹² Zaragoza, Paulo Hurus alemán, 1498.

¹³ El *Tractado de Roma* ocupa los folios 4c-40b, delante del texto latino de Bernardo de Breidenbach que vertiera en castellano y que corre entre los 41a-172b.

¹⁴ Zaragoza, s. i., 1495.

escuela del cartujano hispalense, o el raro *Libro del Anticristo*¹⁵, condensación de las ensoñaciones del autor en los tiempos en que servía de soldado durante la campaña de Perpiñán.

Más se acerca a nuestro campo el moralista Andrés de Li, aunque tampoco entre dentro de las materias aquí historiadas. Su *Repertorio de los tiempos*, impreso en Zaragoza en 1495, es ya el popular zaragozano del 1500, con sus predicciones y tablas cronológicas, ornado de bellos y curiosos gráficos¹⁶; su *Tesoro de la pasión sacratissima de nuestro Redemptor*¹⁷ procura ser «estudio de tener piedad en la vida e costumbres»¹⁸, sin pasar de una retahila de oraciones empedrada de citas a los santos padres, sin que en sus ochenta capítulos haya para nosotros nada digno del mayor provecho.

Micer Alfonso de la Cavallería, vicecanciller de la Corona de Aragón y hombre de confianza de Fernando el Católico, altamente elogiado por Hernán del Pulgar¹⁹, por Gerónimo de Zurita²⁰ y por Félix de Latassa²¹, no nos ha legado ningún monumento por el que sea dable inferir era grande letrado y exímio conocedor de los fueros de Aragón.

Entre los autores de obras jurídicas o históricas impresas, tampoco puede hallarse figura de mayor relieve en la historia del pensamiento político. No he logrado ver el *Memorial* que micer Gregorio Samper compuso de orden del Justicia para ser presentado a los reyes con ocasión del establecimiento de la Inquisición, sin que sepa más sino que fue impreso en Zaragoza en 1496²²; y nada aprovechable he visto en la *Vida de Juan II*, de Gonzalo García de Santamaría publicada en el tomo 88 de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España* en doble texto latino y castellano²³. El despego para lo individual y el aprecio innato de las libertades políticas colectivas y concretas, que los aragoneses heredaran de sus raigambres euskera aflora aquí en este desierto sin oasis que es el pensamiento político aragonés bajo los Reyes Católicos; sólo caben dos excepciones que a continuación analizo: Juan de Luzón en la moral y Gauberte Fabricio de Vagad en la historia.

3. JUAN DE LUZÓN, PRIMER DEFINIDOR DEL FERNANDISMO POLÍTICO

Juan de Luzón se asienta en la zona intermedia que amojona la moral con la didáctica, dentro de la consabida manera de la especulación medieval. Aspira a

¹⁵ Zaragoza, Pablo Hurus, 1496.

¹⁶ Zaragoza, Pablo Hurus, 1495.

¹⁷ Sevilla, Jacobo Cromberger, 1507.

¹⁸ ANDRÉS DE LI: *Tesoro*, 2.

¹⁹ HERNANDO DEL PULGAR: *Crónica de los Reyes Católicos*, en *Rivadeneyra*, LXX (Madrid, 1878), 473a.

²⁰ GERÓNIMO DE ZURITA: *Anales de la Corona de Aragón*, IV (Zaragoza, Juan de Lanaja y Quartanet, 1610), 223d-224a.

²¹ FÉLIX DE LATASSA: *Biblioteca antigua*, II, 334.

²² FÉLIX DE LATASSA: *Biblioteca antigua*, II, 324.

²³ Madrid, Miguel Cinesta, 1887, págs. 175-350.

labrar un resumen de la filosofía moral sujetándose «a lo divino y catholico»²⁴ y así dice ya en el título que su *Cancionero* es «epilogación de la moral philosophía», por lo cual mereció ser «aprovada por muchos Theologos». Una primera parte, ordenada a la teoría general de la virtud, cuatro siguientes acerca de las cuatro cardinales y un epílogo de «Contemplaciones sobre la pasión de nuestro Señor», dicen lo bastante para catalogarla, aun prescindiendo de los salmos que por colofón traduce o de los devotos «Gozos del nascimiento del señor san Juan Bautista» que la rematan.

Las fuentes abundan a tenor del estilo. San Agustín²⁵ se hermana al «gran Séneca»²⁶ y al «gran Cicerón»²⁷, del brazo de poetas como Lucano²⁸, Virgilio²⁹ u Ovidio³⁰, de filósofos como Platón³¹, de comediógrafos cual Eurípides³², de historiadores de la guisa de Plutarco³³ o de retóricos como Quintiliano³⁴, en medio de un mar de alusiones falsamente clasicistas donde no dejan de bogar ni los centauros³⁵ ni la Selva Nemea de la Tesalia³⁶. Todo ese círculo sabihondo presidido por Aristóteles, en el papel de filósofo supremo que le otorga la escolástica, concebido como «príncipe de la philosophia... de donde todos toman lo q. de la philosophia se puede scrivir»³⁷.

Y el contenido se atempera a los hontanares. El meollo de todas las virtudes es la justicia y el que Juan de Luzón le otorgue la primacía en la medida en que es virtud política dice lo bastante para que figure con honor preferente en estas páginas. Es la mayor virtud porque

«pues no es virtuosa quien justa no es:
ser deve por esto mayor y primera.»³⁸

En ella coinciden todas. La prudencia, porque da en distinguir lo justo de lo hacedero³⁹; la fortaleza, porque si es que es virtud «es siempre fundada en justa justicia»⁴⁰; la

²⁴ *Cancionero de Juan de Luzón*. Zaragoza, Jorge Coci Alemaín, 1508, folio a1 vto.

²⁵ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, a1 vto., a4.

²⁶ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, a7.

²⁷ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, a8.

²⁸ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, b2, b4.

²⁹ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, b3. La Eneida.

³⁰ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, b4.

³¹ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, b7 vto., d6.

³² JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, b8 vto.

³³ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, c1 vto.

³⁴ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, d8 vto.

³⁵ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, b1.

³⁶ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, b2.

³⁷ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, a2.

³⁸ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, a8 vto.

³⁹ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, f7 vto.

⁴⁰ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, f2.

templanza porque es moderación en justos límites⁴¹, y sobre todo porque es la virtud que permite

«vencer las codicias / hambrientas tyranías»⁴²

cosa sin duda harto importante en aquel siglo.

El fundamento de la virtud que da Juan de Luzón es oportuno anticipo de la réplica que el pensamiento hispano dará a la protesta que pocos años después desencadenará Lutero. Diez años antes de que el heresiarca clavara en Wittenberg su menosprecio de la libertad teológica del hombre, el poeta aragonés apreciará que es preciso ir

«sabiendo que fe / sin obras es muerta»⁴³.

Consciencia hispánica inconsciente que hermana harto bien con su seguro orgullo de súbdito del rey Fernando, engréido en la ufanía de los tiempos que corren y bien ido con la situación presente, contento del gobierno real y prometiéndose glorias de él. Véase cuanta fue su dedicación al príncipe aragonés por la muestra de los siguientes versos:

«Razon ya no suffre, q. cante alabando:
las cosas passadas, y no las presentes:
pues vemos que nunca su par vieron gentes
al muy poderoso, rey don Fernando:
tan dino de rey, de reynos y mando:
quanto mas dinos son que los agenos:
sus reynos que todos por el son muy buenos
en paz y justicia, y amor governando.
Verdad me lo manda, mandando que quede
dichoso mi metro, que en el se razona:
que en todas las cosas, su sola persona:
a todas las otras personas excede:
dichosa la España, que del le sucede:
la via catholica, tanto enxalçada:
y ya la Politica del restaurada
muy mas que mi pluma, loarselo puede»⁴⁴.

Este texto es de capital valía en la historia de la leyenda fernandina, tanto más cuanto que no le he visto mencionado por ninguno de los historiadores de ella, ni siquiera por

⁴¹ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, h8 vto.

⁴² JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, b5.

⁴³ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, a6 vto.

⁴⁴ JUAN DE LUZÓN: *Cancionero*, c6 vto.

el cuidadoso Angel Ferrari. Lo mismo que Juan del Encina en Castilla, escapósele Juan de Luzón en Aragón al erudito compañero, que de esta suerte olvida alguno de los tramos de la corriente que ejemplariza la política en los hechos del Rey Católico, precisamente los primeros y de más clara iniciación.

Tratadista de moral que adrede rehuye hollar los suelos de la política, Juan de Luzón principia la estimación política de Fernando en una larga línea que poco a poco se hará consustancial con el pensamiento político aragonés y cuyo máximo exponente será Baltasar Gracián. Lo mismo que se anticipa a rechazar al aún no nacido luteranismo fundiendo el destino del hombre con la calidad de obrar, y anticipándose así a los magnos teólogos de su siglo, se adelanta a todos sus paisanos en la apologética visión del Fernando político magno, sello de las perspectivas políticas posteriores de aquel reino y capítulo entre los más notables del pensamiento político español. Precursor en ello como retardado repetidor de normas moralistas en la parte ética que se propuso cultivar, es pensador político sin buscarlo a sabiendas, y recuérdasele no por lo que pretendió hacer, sino por las orlas tal vez imprevistas de aquel su manto retaceado de latines clasicistas archimanidos. Aquí y solo aquí, empero en alto grado, su nombre merece puesto preeminente en la historia del pensamiento político del reino de Aragón.

4. GAUBERTE FABRICIO DE VAGAD, ESPEJO DE SU HORA

En Juan de Luzón el entusiasmo por Fernando le eleva a medida de lo político; en el historiador más representativo de la hora aragonesa, Gauberto Frabricio de Vagad, el orgullo será sentimiento de grandeza de su pueblo, pero no hechura de su rey por canon del arte de gobierno. Y eso que él había de conocer a Fernando II mejor que nadie, puesto que a su lado actuó nada menos que de «coronista mayor».

Monje de San Bernardo, escritor real y criado en condición de alférez mayor del arzobispo de Zaragoza don Juan de Aragón, Vagad teje su crónica con notables yerros y poniendo en ella mayores entusiasmos de amores que verdad. Precursor de Mariana por las arengas literarias que da en boca de los personajes, ha sido catalogado entre los seguidores del cardenal gerundense en lo que a hontanares y gustos clasicistas se refiere⁴⁵; catalogación que, si resulta válida en la historiografía, es falsa en el pensamiento político. Vagad ignora aquel realismo casi maquiavélico del cantor de Juan II⁴⁶ no brillando ni una sola vez en sus palabras al acerado relampago de la política renacentista. Cumple su oficio lo mejor que puede y para dignificar su obra hace galas de copiosas lecturas: Quinto Curcio⁴⁷ y Plinio⁴⁸, las *Metamorfosis*, de

⁴⁵ G. CIROT: *Les histories générales d'Espagne*, I, 57.

⁴⁶ Vede mi libro *Las doctrinas políticas en la Cataluña medieval*. Barcelona, Aymá, 1950, págs. 247-256.

⁴⁷ GAUBERTE FABRICIO DE VAGAD: *Coronica delos muy altos y poderosos principes y reyes cristianissimos delos siempre constantes y fidelissimos reynos de Sobrarbe, de Aragón, de Valencia y de los otros*. Zaragoza, Paulo Hurus, 1499, folios a2b, d1d.

⁴⁸ GAUBERTE FABRICIO DE VAGAD: *Corónica*, a3d

Ovidio⁴⁹, y las *Etimologías*, de San Isidoro⁵⁰; Eutropio⁵¹ y San Agustín⁵², Justino⁵³ y Orosio⁵⁴, Tito Livio⁵⁵ y Tácito⁵⁶, Suetonio⁵⁷ y San Jerónimo⁵⁸, Salustio⁵⁹ y Virgilio⁶⁰, se dan la mano en la zarabanda clasicista con que adereza un pesadísimo trabajo que no sé como pudo parecer bello de lectura al autor del *Genio de la Historia*, fray Jerónimo de San José⁶¹.

El optimismo consabido en aquellas jornadas áureas de Granada y de la Española rebosa literalmente de su pluma. Contadísimas ocasiones habrá el genio de la raza sentido motivos de tamaña vanagloria, y menos todavía habrán sido aprovechados lo concienzudamente que Vagad se extasía en los méritos y bellezas de las Españas. La limpieza de los aires, la fertilidad del suelo, hasta el mejor sabor de las carnes de corderos y conejos de España, valen como criterios de soberbia⁶², en manera que recuerda textos parejos de San Isidoro o de Alfonso el Sabio, un tanto infantiles de puro atenerse a la geografía y un mucho rebuscados a fuerza de detalles. Hoy día esas apologías gregias hacen sonreír a quien va desde los páramos iberos a las verdes campiñas del Po o del Sena; pero Vagad se deja llevar al regodeo ponderando de cómo nuestras tierras vencen en fertilidad a las de Francia e Italia, con un juego de frases que entonces tal vez serían verdad para hacer gracia a los ojos del cronista.

España es superior al mundo clásico; ni romanos ni griegos alcanzarán a igualar tantas glorias. «Desengañense, pues, los tan engañados romanos y griegos —apostrofa Vadag con grandilocuencia— que todo lo atribuyen a sí y den gracias al tanto descuydo de nuestros tan leídos y olvidadizos escriptores: que tanto supieron del mundo callar»⁶³.

«Que hoy tenga Hespaña el ceptro y regimiento del mundo» dálo por inconcuso⁶⁴. Y lo es porque ya asume la función de defensora de la cristiandad. Es sobremanera admirable ver cómo el secreto designio que rige las fuerzas escondidas de la historia, cuando todavía Lutero era un fraile oscuro y los turcos lejana amenaza oriental, los hispanos iban adquiriendo certeza consciente de la misión que pocos años después les tocará desempeñar. Este monje cisterciense tiene muy segura la mano y retrata como nadie el espíritu de sus

⁴⁹ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, a3d.

⁵⁰ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, c8a.

⁵¹ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, b1d, c4d.

⁵² G. F. DE VAGAD: *Corónica*, a8a.

⁵³ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, a5c, b1c.

⁵⁴ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, b2b.

⁵⁵ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, b1d, c5b, d1d.

⁵⁶ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, c1a.

⁵⁷ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, c1a.

⁵⁸ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, c8a.

⁵⁹ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, c4b.

⁶⁰ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, c4a.

⁶¹ FR. GERÓNIMO DE SAN JOSÉ: *Genio de la Historia*.

⁶² G. F. DE VAGAD: *Corónica*, a5d.

⁶³ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, a4a.

⁶⁴ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, a8a.

coterráneos cuando desafía a las demás gentes en el nombre de su señor el rey de Aragón. Juzgue el lector de su sensibilidad extraordinaria para captar la coyuntura en que vive por el siguiente trecho de la *Corónica*: «Conozcan, pues, los mortales, otorguen y sientan los humanos gentíos, confiessen mucho mas los cristianos: quan sola es la Hespaña la que sola guerrea, esfuerça y sojuzga y quando los otros mas tiemblan y caen: sola es ella la que vence y conquista, quando los otros se pierden y rinden: sola combate y gana ciudades, quando los otros se dan a merced: sola recibe vasallage y servicios: quando los otros pagan tributos. Pues quien dexara de reconocer y sentir, que la sola Hespaña es hoy el reparo, salud, esperanza, remedio: y la vida de toda nuestra christiandad: que ella sola es el bien, el favor, y consuelo de todos los cristianos»⁶⁵.

Pudiera recargar el cuadro con tantas citas, pero no serán precisas para captar el sentido altísimo con que Vagad mide la historia. Si yerra al contar los sucesos del pasado, no se equivoca al pintar al vivo el presente. Cual Juan de Luzón dio en político pensando ser moralista, Gauberte Fabricio de Vagad da en portavoz de su pueblo cuando aspiraba a ser cronista del pasado. Paralela circunstancia que parece sellar el pensamiento político bajo Fernando II.

Por lo demás su aragonesismo es patente a cada paso. Ya dedica un prólogo entero a loar las alabanzas del reino aragonés⁶⁶ y se llena la boca de las muchas conquistas habidas con tan pocos medios por sus reyes⁶⁷, con el ejemplo de serenidad, superiores a todos los que recuerdan Grecia o Roma, que supuso el Compromiso de Caspe⁶⁸ o con las remotas leyendas del supuesto principado de Sobrarbe.

Tan aragonés en todo que su voz expresa el gusto por la libertad característico de aquel pueblo libérrimo. Cuando Pedro I de Castilla reclama de Pedro IV de Aragón le sean entregados algunos castellanos huidos allá, el cronista pone en boca del Ceremonioso toda la teoría fuerista al hacerle replicar cómo «en Aragon justicia de alguno fazer no se podia sin ser primero escuchado y oydo»⁶⁹. Sentir que aflora también en su apego amoroso hacia la institución del Justicia, al que califica de «padre de los huérfanos» y «ayo de los desabrigados»⁷⁰.

Aragonesismo que brilla también en su concepción de la confederación pirenaica, al tener buen cuidado en recalcar que la corona real recíbenla los reyes en Zaragoza, por ser Aragón la cabeza de todos los reinos confederados⁷¹.

Por las páginas ya envejecidas de Vagad sopla un céfiro de alegre sonrisa de esperanzas. Su rey es grande, su Aragón es libre, las Españas son la espada de la fe y el escudo de la cristiandad. Escribe antes de tiempo, avanzadilla de sus hermanos en la batalla de nuestra gente universal; y por eso su voz tiene un no se qué de clarín de

⁶⁵ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, b3d.

⁶⁶ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, c2b-d2c.

⁶⁷ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, d4d-d5a.

⁶⁸ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, 145b.

⁶⁹ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, 139d.

⁷⁰ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, 147a.

⁷¹ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, 136a.

combate, aunque él tal vez no intentó sino aureolarla de oropeles clasicistas y lejanos. Monje que da a los rasgos de su pluma garabatos de espada soldadesca y aragonés que sabe el destino de su pueblo, interpretó como ninguno en aquella edad de empeños entusiastas la proyección histórica de las Españas.

Tan fiel en su hazaña que, en medio del optimismo, no deja de consignar el fallo: el olvido de la economía en aras de las armas. «La gente de aca —consigna con su fiel princetonada— toda refuye: y anda muy lexos de las tristes ganancias: intereses y mercaduryas de Italia: que allá todo se vende, bien como acá todo se da, la gente de acá toda sabe mas a la corte que a la feria y al trato toda esta puesta mas en cavallería: en honra y esfuerço: que en officios de manos: unas en crianca: fidalguia, y nobleza (que la gente común de Alemaña: y Francia: que los más son oficiales: y viven de sus artes)»⁷². Cuando pase el momento de la holganza heroica y el futuro del mundo se ventile con industrias y mercaderías, estos héroes violentos y holgazanes que Vagad tan fielmente retrata deberán ceder su puesto de capitania a aquellos artesanos y comerciantes que ahora desprecia el monje cronista aupado como está en el engreimiento de la grandeza de su pueblo. En la meditación de estas frases aprenderá el lector más que en todos los libros escritos o por escribir acerca del manoseado tema de la decadencia de los pueblos españoles.

Tan extraordinariamente fiel que todavía hoy, consumido el heroísmo del 1500 y confesada la incapacidad mercantil de estos hidalgos de raza, lo que nos queda está también consignado por el cronista de Aragón. Muchas veces, dentro y fuera de las actuales fronteras hispanas, he oído a universitarios cargados de saber como a ignaros viajeros de cordel repetir el orgullo de la feminidad nuestra, este postrer motivo de orgullo de que «fasta las damas de Hespaña, en dexar de ser frias: como son las de ytalía: y en saber festejar y ser mucho mas dulces que no las de allá»⁷³.

5. CATALUÑA: PERE MIGUEL CARBONELL

¡Qué decadencia la catalana en el transcurso de una generación apenas! ¡Qué pobre la Cataluña del 1500 en comparación con la del 1400! ¡Qué falta de varones magnos en aquel pueblo tan pródigo de sombras tutelares! Parece como si el postrer vagido de la concepción burguesa hubiera arrastrado al panteón del silencio las comentadas voces de los pensadores políticos de Cataluña.

Nadie iguala al historiador Pedro Miguel Carbonell, y los dos tomos de *Opúsculos*, de Carbonell son de una mezquindad rayana en la miseria ideológica. Y eso que Carbonell, había vivido los días de las luchas contra Juan II y alcanzó a conocer a los hombres que vieron a Mieres y a Marquilles. Veintiocho años contaba ya cuando Pedralbe, y ocupaba ya desde los veinticuatro, desde 1458, el cargo respetado de

⁷² G. F. DE VAGAD: *Corónica*, a5d-a6a.

⁷³ G. F. DE VAGAD: *Corónica*, a6a.

notario público. Magnífico pendolista y concienzudo archivero, Pere Miguel Carbonell es el triste heredero de una gran familia espiritual, vástago postrero de esos que suelen calificarse atinadamente de finales de una estirpe.

Repasaré los tres temas clásicos de la historiografía catalana medieval: libertad política, providencialismo y sentido hispánico, para que puedan contemplarse las ruinas de su tajante decadencia.

De sus recuerdos a la libertad política cantada por Muntaner en trepidante prosa lírica no queda apenas nada. Como Margarit, estima a Juan II dechado de hombre recto y de gobernante liberal⁷⁴, en palabras que suenan a burla de los hechos. Si a ello agregamos que Pedro el Ceremonioso merece plácemes por que «ha posat en gran orde la casa de Arago»⁷⁵, poco podrá prometernos la lectura. Que, en efecto, nos relata un hecho en que Cataluña hace efectiva su libertad medieval: el choque de Fernando de Antequera con el síndico barcelonés Ramón de Pla en las Cortes de Monteblandch⁷⁶, pero sin que la más mínima expresión denote que el archivero de Juan II y cronista del Rey Católico tenga nada que ver con los varones que en los siglos medios acuñaron formas políticas cuya intelección se ha perdido ya entre los escritores del corte de Pere Miguel Carbonell. Cuando muera en 1517 no se llevará al sepulcro ningún misterio; el alma de la Cataluña libre nunca inflamó sus venas eruditas.

Tan desmedrado es el hombre que ni siquiera percibe aquel hábito heroico de destinos geniales, tan bien anotado por casi todos los contemporáneos. Del providencialismo de los magnos historiadores medievos, de la fe en Cataluña y en las Españas, tampoco sabe nada este meticuloso y ramplón archivero catalán.

Anota, en cambio, con puntualidad de notario, la adscripción de Cataluña a las Españas. En Guadalete contempla «la desolacio, e distruccio deles Hespanyes»⁷⁷; estudia junto a las fundaciones de Lérida y Gerona las de Segovia y Toledo⁷⁸; paladinamente expresa que Cataluña forma parte integrante de «toda la dita Hespanya»⁷⁹. Pero refiriéndose a una pertenencia estática, ayuna de los bríos insignes que los medievales expresaron.

¡Qué menguado en todo! Ni sabe elogiar cumplidamente a los reyes a que sirve, como en su carta al secretario de Fernando el Católico, al bilbilitano Miguel Pérez Almazán⁸⁰; ni sabe ensalzar a Juan II sin rebajarse con humillación innecesaria y

⁷⁴ «E jatsin aquest rey don Juan sia estat bon Chirstia bon Rey piados misericordios virtuos e molt liberal.» PERE MIGUEL CARBONELL: *Chronica o hystoria de Espanya*. Barcelona, Carles Amoros, 1546, fol. 248d.

⁷⁵ P. M. CARBONELL: *Chronica*, 100b.

⁷⁶ P. M. CARBONELL: *Chronica*, 211c-d

⁷⁷ P. M. CARBONELL: *Chronica*, 7a.

⁷⁸ P. M. CARBONELL: *Chronica*, 5a.

⁷⁹ P. M. CARBONELL: *Chronica*, 2b.

⁸⁰ Me refiero a los elogios que de los Reyes Católicos consigna en su carta titulada *Super facto expulsionis haereticorum judeorum que ab omnibus terris regis Castellae Aragonum Legionis Sicillae Granatae et cetera ac super deditione Regni Granatae*, en *Opúsculos inéditos*, Barcelona, Archivo de la Corona de Aragón I (1864), 369-374.

repugnante⁸¹; ni acierta a cantar las grandezas catalanas por sí mismo, yendo a copiar el afamado discurso de Martín de Humano en las Cortes de Perpiñán⁸². Lo único que conoce es su admiración hacia Pedro IV el Ceremonioso, que le lleva a imitarle un mucho ridículamente hasta en la costumbre de llevar a mano un puñal que aquel rey usaba y que le valió el remoquete del «Punyalet»⁸³, admiración que labró su único título de gloria: la edición de la *Crónica* de aquel rey⁸⁴.

Escaso en todo, sólo una vez cita a Aristóteles⁸⁵ en momentos de tanto brillo aristotelizante y en un pueblo en el que había reinado aquel insigne entre los insignes aristotelistas que fuera Carlos de Viana. Pocas veces aparta los ojos con tanto alivio de desmadradas minucias como al concluir la lectura de este triste epígono de una gloriosa trayectoria intelectual.

6. GIRONI PAU

Muchas veces alude Pere Miguel Carbonell a un doctor coetáneo y coterráneo, primo suyo, llamado Gironi Pau, de quien dice haber corregido su *Crónica*⁸⁶, del cual inserta un epigrama y a quien elogió entre los hijos insignes de Cataluña⁸⁷. Mas tampoco Jerónimo Pau llega a las cimas de sus predecesores de la primera mitad del siglo XV, aparte el hecho de que su actividad jurídica se concentra en cuestiones canónicas casi exclusivamente, con olvido de las atañentes el derecho patrio, y que residió en Italia la mayor parte de su vida intelectual.

La figura de Gironi Pau ha sido aclarada reciente y excelentemente por mi caro amigo el profesor de la Universidad de Sassari, Antonio Era, quien da cuenta hasta de catorce escritos suyos, muchos perdidos⁸⁸, entre los cuales descuella su *Practica Cancellariae Apostolicae*, impresa ya en 1493. Trátase de un conjunto de notas memoriales, que a través de la casuística más detallada permiten colegir sus opiniones canonísticas.

La primera que puede interesarnos es su aversión al Imperio, cosa propia de un jurista pontificio, pero a la que Gironi Pau añade su reacción hispana. Pau arremete contra el procedimiento para elegir emperadores, sosteniendo que los elegidos no

⁸¹ Véanse sus palabras: «Y en lo temps de son reynat haja hagut molts infortunits treballs e adversitast dem sabsi son estats peccats seus hode sus vassalls si be crech yo son estats mes meus: e des altres vassalls seus.» *Chronica*, 248d.

⁸² P. M. CARBONELL: *Chronica*, 257c-253d.

⁸³ P. M. CARBONELL: *Chronica*, 100a. También MANUEL DE BOFARULL: *Biografía* en el tomo I de los Opúsculos citados, pág. 4 nota.

⁸⁴ P. M. CARBONELL: *Chronica*, 101a-204a.

⁸⁵ En carta al jurista Juan Villar, aludiendo al libro V de la Ética aristotélica, en *Opúsculos*, II (1865), 358.

⁸⁶ P. M. CARBONELL: *Chronica*, 6c.

⁸⁷ P. M. CARBONELL: *De viris illustribus catalanis*, En *Opúsculos*, II, 243-244.

⁸⁸ ANTONIO ERA: «Il giureconsulto catalano Gironi Pau e la sua "Practica Cancellariae Apostolicae"» Milano, A. Guiffre, 1939r.

pueden representar a la cristiandad, toda vez que no se cuentan entre los votantes franceses, italianos ni españoles, «Italici et Galli et Hispani clarissimae nationes Christianorum»⁸⁹ ausentes las cuales, la Cristiandad no es tal. Argumento que refuerza con el dato un tanto patriota de que «Hispani et Galli nunquam consenserunt hunc translationi»⁹⁰; y digo un tanto, ya que la inclusión de los franceses en el argumento a la fría alusión jurídica.

Su análisis del Imperio le conduce a elaborar una tabla realista de los reinos cristianos en demostración de lo falso de las tesis imperiales de dominio sobre la Cristiandad entera. Tabla que repite en gran parte el cuadro bosquejado por Francesc Eiximenis en su *Pastoral*,⁹¹ pero dándole formulación concreta en jerárquica enumeración de los reinos cristianos⁹².

Reinos que constituyen la cristiandad con independencia completa del Imperio. Pau acepta el hecho de las «Christianae terrae fuerunt divisae in plura regna»⁹³, aunque lo lamenta por ver en ello debilitación de la defensa contra los infieles.

En Gironi Pau se consuma la estimación del hecho político de los reinos, que por primera vez viera con precisión cabal aquel genio incomparable que fue el doctor iluminado. A tres siglos de distancia Gironi Pau certifica lo que Lull intuyó con su clara mirada de prodigio. El canonista del 1500, más que cerrar la lista de los grandes juristas medievales, es un eco remoto que certifica ser cierta una de las muchas visiones penetrantes de Raimundo Lulio.

⁸⁹ D. HIER. PAULT: *Practica Cancellariae Apostolicae cum stilo et formis in Romana Curia usitatis*, en PEDRO REBUFFI: *Praxis beneficiorum*. Lugduni, apud Haeredes Gulielmi Rovillii, 1620, págs. 354-344.

⁹⁰ HIER PAULI: *Practica*, 392b, *Ibidem*.

⁹¹ FRANCEX LINIMENIS: *Pastoral*. Barcelona, Pedro Pora, 1495, fol. 9a.

⁹² HIER PAULI: *Practica*, 441b. El orden es: Francia, Castilla y León, Sicilia, Hungría, Mallorca, Armenia, Escocia, Dacia, Trinacria, Polonia, Suecia, Inglaterra, Aragón, Portugal, Navarra, Chipre, Cerdeña, Noruega y Bohemia.

⁹³ GIRONI PAU: *Practica*, 392b.